HISTORIA
de
CATALUÑA

HISTORIA

DE

CATALUÑA

SUS MONUMENTOS, SUS TRADICIONES
SUS ARTISTAS
Y PERSONAJES ILUSTRES

POR

ANTONIO BORI Y FONTESTÁ

DIRECTOR DE UNA ESCUELA MUNICIPAL
DE BARCELONA

Con 100 ilustraciones de Tussell, Padrós, Eriz,
Urgellés y autor de la obra



BARCELONA. — 1898

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª, EN COMANDITA
Calle de Córcega

A las Excmas.

Diputaciones Provinciales

de Cataluña.

A vosotras que conserváis dignamente la tradición de la antigua y celebrada GENERALIDAD DE CATALUÑA, *dedica esta sencilla obrita*

El Autor.

PRÓLOGO

«Causa admiración, en verdad, ver cuán someramente han tratado nuestros historiadores generales las cosas de Aragón, siendo como era la monarquía aragonesa el más importante de los Estados españoles, así por lo que se extendía fuera de la Península, como por el respeto que inspiraba en las naciones extranjeras su poder; así por la fama del esfuerzo y brío de sus habitantes y de su pujanza naval, como por la singular organización de su gobierno, que, aun con los defectos de que adolecía, ha sido siempre y será todavía objeto de admiración para los politicos y para los hombres pensadores de todos los tiempos.»

LAFUENTE. — *Historia general de España.*

Transcritas estas líneas, créome dispensado de escribir un molesto prólogo para llegar, en sustancia, á lo que no ha de ser dudoso en boca de persona tan autorizada como el Sr. Lafuente: esto es, que la HISTORIA DE CATALUÑA, que es la de Aragón desde 1137, ha sido mirada con harto desvío por los historiadores generales, con todo y ser la del entonces *más importante de los Estados españoles.*

Las noticias que de ella tenemos, debidas á los analistas Monfar, Feliu de la Peña, Pujadas, Balaguer, Bofarull y otros, no han pasado tampoco de ser patrimonio

de las personas estudiosas que aprenden en los grandes volúmenes; y como estoy persuadido de que no por éstos sino por opúsculos y compendios se populariza la historia, he abordado la de CATALUÑA señalando los perfiles generales de ella y los hechos todos, si bien con la concisión que reclaman publicaciones como la presente. Esta labor es la que someto á la censura de la prensa y de mis amados lectores: una y otros vean en ella un exceso de voluntad en difundir las grandes epopeyas de este Principado, y perdonen el atrevimiento de quien, sin títulos para ello, se engolfa en trabajos históricos que desearía ver divulgados desde el sencillo artesano hasta los alumnos que frecuentan las escuelas de primera enseñanza.

He de señalar, por fin, que he procurado inspirarme en los mejores cuadros de nuestros artistas para la exornación de la obrita, y que, creyendo no estará ella exenta de faltas y omisiones lamentables, confío en Dios y en mis benévolos lectores para que puedan ser corregidas y reparadas, á cuyo efecto estimaré toda indicación pertinente é imparcial que se me haga.

Antonio Bori y Fontestá.

Castanys, 5, 1.º—(San Martín).

BARCELONA.



HISTORIA DE CATALUÑA

TIEMPOS PRIMITIVOS

Las noticias acerca de los primeros pobladores de la región conocida más tarde por PRINCIPADO DE CATALUÑA se pierden en la oscuridad de los tiempos. Sólo vestigios nos quedan de las tribus cazadoras que la ocuparon sedentariamente; vestigios que, llevándonos á sorprender las *estaciones prehistóricas*, (*) donde el hombre primitivo rendía culto á su divinidad y á la muerte, acusan en él una intuición de las artes en su forma y manifestación más tosca y rudimentaria. Las cavernas ó *báumas*, que vemos en la falda de algunos

(*) Lugares donde se establecían las primeras tribus. Es notabilísima la descubierta en Seriñá, donde se han hallado restos de animales, hachas y cuchillos iguales ó parecidos á los que se descubren en Caldas de Malavella, considerada también como estación prehistórica de aquella *edad de piedra.*

montes, nos dan idea de sus rústicas viviendas; los *dólmenes*, formados de enormes bloques de piedra y en la soledad de los bosques, nos hablan de sus sepulturas; los *menhires*, postes también de piedra, de su religión; y los restos de animales, armas y objetos labrados, son pruebas evidentes de los banquetes funerarios y ocupación é industria de aquellas primeras tribus

Sucedería á ellas la invasión de una raza progenitora de la actual éuskara, pues por este idioma podemos depurar la etimología de algunos pueblos, ríos y montañas; y seguirían á ésta, aborigen. otras razas que dejaron marcada influencia en esta región, que parece fué ocupada por ellas en lo sucesivo. En efecto: procedentes del Asia y después de haber dominado en Egipto y norte de Africa, vienen los *chetas*, de fenicia confederación, y embocan por el Ebro ocupando ambas riberas, cuyos naturales se adiestran en el trabajo de los metales y en el conocimiento del alfabeto; y por los siglos XVI ó XV invaden los *sardos*, de Cerdeña, el Rosellón y el Ampurdán hasta la Cerdaña (que toma su nombre), y difunden los frutos de su civilización oriental por dichas comarcas, al paso que los *celtas*, raza inculta del centro de Europa, atraviesan los Pirineos y avanzan hacia el interior de la península, estableciéndose en ella.

De las razas *ibera* ó aborigen y *celta* formóse el pueblo *celtíbero* que ocupó el centro de España, quedando el noreste dominado solamente por los iberos más ó menos influídos por los chetas y sardos; cosa que explica tal vez la diferencia de carácter que se nota entre los pueblos catalano-aragoneses y los castellanos. Y de que no influyeron mucho los celtas en esta región oriental de la península es prueba manifiesta la de poderse traducir

casi todos los nombres de poblaciones por la lengua vasca ó ibera y por la hebrea ó semítica, si no lo justificaran ya las colecciones numismáticas con sus inscripciones, con el casco ibérico del jinete con palma (á diferencia del celta que usa la lanza) y con las alegorías y leyendas que señalan alguna de las divinidades fenicias.



Dolmen. Menhir.

Los dólmenes de *Puig-sas-llosas* en la Plana de Vich, de *Pla Marsell* en Cardedeu, de *Cabana arqueta* en Espolla, de Villalba Sasserra cerca del Mogent, de Vallgorguina, Parets y Senterada, conocidos vulgarmente por *pedras arcas* y *covas d' alarbs;* y los menhires de *Pedra dreta* en Prats de Llusanés y Vilarrodona, de *Pedra del diable* en Santa Pau, de *Pedra murtra* en Espolla, de Palau Solitar, Aiguafreda y San Hilario, son monumentos megalíticos de los tiempos prehistóricos muy posteriores á los en que deberían tener lugar aquellas colosa-

les construcciones de Tarragona conocidas por *murallas ciclópeas* cuyo origen inútilmente se afana en depurar la historia. Algunos autores, sin embargo, dan el nombre de celtíberos á aquellos monumentos. Podrán serlo en el resto de España, pero no en Cataluña donde los celtas apenas dejaron otros recuerdos que unas sepulturas, cerca de Olérdula, talladas en la roca y con la figura del cuerpo humano.

Los iberos, pues, si bien se conservaron puros en el interior, recibían por la costa y en el siglo IX la influencia de los *griegos* que les traían la civilización de la Jonia y continente helénico donde predominaban; y de las factorías de *Rhoda* (Rosas) y *Emporión* (Ampurias) que establecieron los griegos para dilatar su comercio, partía por todo el litoral una oleada de arte que fué traduciéndose en la elaboración de objetos de uso común, de armas y monedas, y de joyas y urnas cinerarias que continúan descubriéndose en la necrópolis de Cabrera de Mataró y en los arenales de la antigua Ampurias. Por esto la estancia de los griegos en dichas colonias debió ser considerada más bien como de utilidad que de estorbo por los iberos; pues, iniciados por aquéllos en los rudimentos de las artes y ciencias, no observaron jamás imposición alguna respecto á su propia organización é independencia. Adoraban al sol, á la luna y á otras divinidades, conforme acreditan una lápida ibérica de Barcelona (*) y un monumento de Olesa de Montserrat, y

(*) Algunos han atribuído á Hércules líbico la fundación de Barcelona, y muchos se inclinan á creer que la edificó el general cartaginés Amílcar Barca. Por la citada lápida y por traducirse *Barcino* en *pozo del golfo* por la lengua semítica, convienen los historiadores modernos en que sería fundada mucho antes de la invasión cartaginesa.

estaban divididos en los pueblos ó repúblicas siguientes:

Los CERETANOS y los RUSINOS que ocupaban lo que actualmente es la Cerdaña y el Rosellón, teniendo los primeros por capital á *Julia Lybica* (Llivia).



Los INDIGETAS que, partiendo del Pirineo, se extendían hasta más abajo del río *Sambroca* (Ter), ocupando el actual Ampurdán y teniendo por principales poblaciones á *Emporión* (Ampurias), *Rhoda* (Rosas). *Deciana* (Báscara), *Sebendunum* (Besalú) y *Juncaria* (Figueras). Atravesaba esta comarca el río *Clodianus* (Fluviá).

Los AUSETANOS que dominaban la Plana de Vich y comarca del Gironés, contando á *Ausa* (Vich), como capital y *Gerunda* (Gerona) y *Aquæ calidæ* (Caldas de Malavella) como poblaciones importantes.

Los LACETANOS que, desde el Ter al Segre, comprendian la Segarra y gran parte del río *Rubricatum* (Llobregat), con las ciudades de *Minorisa* (Manresa), *Odura* (Cardona), *Bergista* (Berga), *Setelsis* (Solsona), *Bacasis* (Bagá), *Yespus* (Igualada), *Annabis* (Tárrega), *Kissa* (Guisona), *Telobis* (Martorell) y *Ceresus* (Santa Coloma).

Los LALETANOS que ocupaban la costa desde el Llobregat hasta San Felíu de Guíxols y contaban con los pueblos de *Barcino* (Barcelona), *Bétulo* (Badalona), *Iluro* (Mataró) y *Blanda* (Blanes) cerca del río *Ethurthur* (Tordera).

Los CASTILANOS que poblaban la comarca del Vallés con sus ciudades de *Egara* (Tarrasa), *Rubricata* (Rubí), *Beseda* (Montbuy) y *Bassi* y *Sessera* que se creen ser La Roca y San Celoni respectivamente.

Los ILERGETAS que desde el río *Sícoris* (Segre), llegaban hasta Huesca y los Pirineos contando á *Ilerda* (Lérida) por capital y á *Bergusa* (Balaguer), *Orgia* (Seo de Urgel), *Yese* (Isona) y *Erga* (Tremp) como poblaciones de importancia.

Los COSETANOS que dominaban desde Coll de Balaguer hasta el Llobregat y montañas de Prades, teniendo en la orilla del río *Tulcis* (Francolí) á *Tarraco* (Tarragona) como capital, y á *Salauris* (Salou) y *Subur* (Sitjes) como subalternas.

Extendíanse entre los cosetanos é ilergetas los SUESETANOS hasta Aragón, y comprendían los ILERCAHONES ambas riberas del *Ibero* (Ebro) cerca de su desemboca-

dura, siendo *Dertosa* (Tortosa) é *Ibera* (Amposta) sus principales ciudades.

Todos estos pueblos ó repúblicas, que no precisan los historiadores y que vivían en absoluta independencia unos de otros, se confederaban ante el enemigo común y ayudaban á los griegos en sus descubrimientos; y si bien no se identificaban con ellos, ya que la misma ciudad de Ampurias estaba dividida en población indigeta y en factoría griega, gustaban mucho de su vecindad por la cuenta que les tenía la actividad y el trabajo que se desarrollaban en sus florecientes colonias. Explotaban éstas unas minas de plata y oro que se hallaron en los Pirineos, y este descubrimiento excitó la envidia de los demás pueblos navegantes, especialmente de la república de Cartago naciente entonces y empeñada ya en luchas contra su enemiga la romana en la isla de Sicilia (241 años antes de Jesucristo).

DOMINACIÓN CARTAGINESA

Concluída la primera *guerra púnica,* que tan mal parados dejó á los cartagineses en Sicilia, quiso el general Amílcar Barca colmar de oro á su república de Cartago ya que no pudo colmarla de gloria en la primera de sus expediciones militares. Llamado por los fenicios para que les auxiliara contra los turdetanos, y habidas noticias de que se exportaban á Grecia las inmensas riquezas que los Pirineos ofrecían en sus minas, atravesó la parte oriental de la península para dejarse caer en la región catalana y disputar á los griegos sus descubrimien-

tos. Favorecía sus fines, y lo alegaba como excusa para no prevenir en contra suya á los naturales, el haber en el Rosellón ciudades aliadas de los romanos, á los cuales, decía, quería exterminar definitivamente.

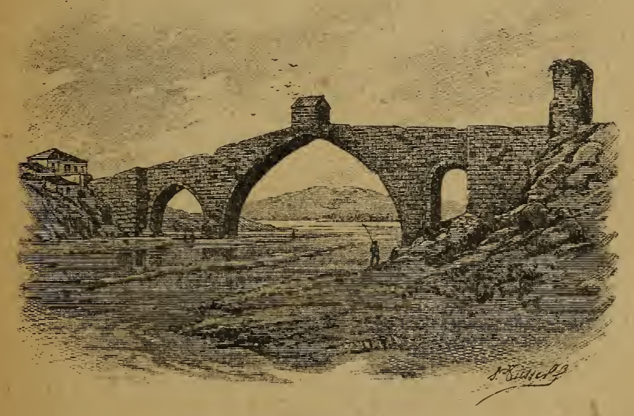
Los ilergetas, sin embargo, fueron los primeros en detenerle. Sus caudillos Istolacio é Indortes opusieron á las legiones de Cartago una tenaz y temeraria resistencia; y si bien no consiguieron el objeto que apetecían, pues fueron derrotados y destruídos por Amílcar, dieron en cambio á los pueblos circunvecinos el ejemplo de un heroísmo y espíritu de independencia que sólo logró, en parte, apaciguar aquel general con la fundación de una ciudad que nombró *Cartago la Vieja,* á la que algunos designan hoy día por Olérdula.

Sin embargo, el ejemplar castigo que recibió Indortes, crucificado en desquite de las pérdidas que ocasionara á Amílcar, solivianto los ánimos de los laletanos, quienes, encontrándose á orillas del río *Betulón* (Besós) con los ejércitos de Cartago, alcanzaron sobre éstos una señalada victoria y obligaron al general Amílcar á guarecerse en *Barcino* donde le esperaba su hermano con una flota. Los laletanos no dejaron por esto de mortificarle, y sus acometidas deberían ser tan obstinadas y continuas, que, para preservarse de ellas, determinó Amílcar circuir de murallas los reales de sus ejércitos, reconstruyendo tal vez la ciudad cuyo nombre *Barcino* quieren algunos autores derivar de *Barca,* apellido del general cartaginés que la defendía.

La ambición que guiara á Amílcar en su paso por Cataluña no tuvo feliz éxito. Llegó con sus tropas hasta el cabo de Creus; pero llamado á la *Bética* (Andalucía) para sofocar una rebelión de los iberos, fué derrotado en

Elice por Orisón, muriendo en su retirada al vadear un río.

Su yerno ASDRÚBAL, que le siguió en el mando, pactó con los romanos señalándoles el Ebro como límite de sus correrías; y ANÍBAL, su sucesor, que había jurado odio eterno á Roma, rompió el tratado con el proceder que observó con los saguntinos, y llevaba apresuradamente la guerra al centro de su enemiga república mientras el general romano Gneo Escipión desembarcaba en Ampurias para malograr sus fines. (218 a. de J. C.)



Puente del Diablo (Martorell)

Al paso por Cataluña hallaron algunas tropas de Aníbal corta resistencia en los laletanos é indigetas capitaneados por Telongo Bacchio, quien, habiendo contraido estrecha alianza con Escipión, mereció que éste le eri-

giera un monumento en Blanes como grata memoria de su temeridad y arrojo Fracasada esta intentona, vieron con terror los romanos el avance de Aníbal por los Pirineos; y por más que solicitaran el apoyo de los rusinos, dejaron éstos expedito el camino de Masana que hubieran hecho inaccesible con la más insignificante resistencia.

Es opinión de algunos, y así parece confirmarlo una lápida moderna, que hizo Aníbal construir sobre el río Noya el famoso puente de Martorell, que es de remotísimos tiempos conocido por el *Puente del Diablo*. De ser esto cierto, sería el único monumento que nos queda de la dominación cartaginesa en Cataluña.

Mientras Aníbal fatigaba á la victoria en sus luchas contra los romanos de Italia, se granjeaba Escipión el cariño y la confianza de los indigetas y ceretanos embelleciendo la ciudad de Ampurias con monumentos y escogiendo á Tarragona como capital para fijar su corte. Derrotó á los generales cartagineses Hannón y Asdrúbal que instigaban á los catalanes á la rebelión, temerosos de la preponderancia romana; les tenía amedrentados con el éxito de sus excursiones y poderío de sus armas, y hubiérales seguramente aniquilado á continuar en su trato bondadoso con los pueblos que recorría, alguno de los cuales, los ilergetas, contaban con fuerzas y caudillos suficientes para protestar contra el cambio de conducta de Escipión que se presentaba afecto á ellos para luego imponerles su voluntad ó su capricho. Á los manejos de Asdrúbal concertando la boda de Indíbil con una joven cartaginesa pariente de Aníbal, y á la falta de tacto de Escipión que castigaba duramente á los pueblos que le resistían, debióse la sublevación de los hermanos

Indibil y Mandonio, cuya autoridad entre los ilergetas era harto conocida de los cartagineses que les contaban en el número de sus aliados.

Vencido Indibil con grandes pérdidas, pasó Escipión á Tarragona donde había desembarcado su hermano Publio; creyóse prepotente con sus nutridas legiones y con una flota que le proporcionaba abastos continuamente, y prosiguió en su obra de devastación destruyendo las poblaciones de Cartago la Vieja y Rubricata, al paso que elevaba en mérito á Barcino y á Tarragona por haberse mantenido fieles á su alianza.

Pero Indibil y Mandonio volvieron á su idea. No era ya la influencia cartaginesa lo que les movía, sino el mal trato que recibían de los romanos y el inmaculado sentimiento de independencia que hervía en sus generosos pechos. Queriendo los Escipiones acabar con estos caudillos tan pertinaces, les presentaron batalla campal para destruirlos; pero, reforzado el partido de los ilergetas con las tropas de Asdrúbal, fueron completamente vencidos los romanos y muertos en la lucha los generales Gneo y Publio, á quienes se erigió más tarde un monumento conocido por el nombre de *Sepulcro de los Escipiones*.

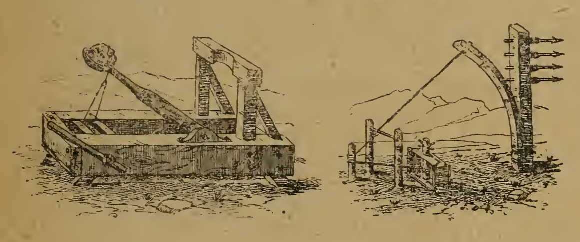
Con los restos que quedaron del ejército romano, después de esta derrota, intentó el caballero Marcio continuar la lucha contra los ilergetas; mas esterilizados sus propósitos como los de Claudio Nerón enviado al mismo objeto por el Senado romano, desalentó éste ante la perspectiva que ofrecían sus derrotas en España y el poderío cada día creciente de Aníbal en Italia. Entonces tuvo lugar en Roma aquel desesperado llamamiento de generales para la lucha; pero, amedrentada la nobleza

por sus derrotas en Cannas, Trevia y Trasimeno, apenas hubo quien levantara la voz para continuar la guerra de España ó para presenciar su desastre, que era lo mismo. Cuando nadie se atrevía contra España ó contra Cataluña, el animoso joven Publio Cornelio Escipión, hijo del otro Publio que murió peleando contra Indíbil, pedía el mando de un ejército y juraba vengar la muerte de su padre con el total exterminio de las tropas cartaginesas.

Desembarcó en Ampurias como su tío (209 antes de J. C.), y conociendo que el éxito de aquella empresa consistía en destruir primeramente la capital cartaginesa de la península, pasó á Cartagena donde estaban concentradas las fuerzas de los africanos. Sitiada y tomada esta ciudad, libertó Escipión algunas familias que como rehenes tenían en ella los cartagineses y entre las cuales se contaba la madre de Indíbil y Mandonio; caballerosidad tan bien recibida por dichos caudillos, que, separándose de las fuerzas de Asdrúbal, determinaron presentarse á Escipión para auxiliarle en su campaña contra los africanos. Prosiguió ésta con mucha ventaja para Roma; y, reducidos los cartagineses á los montes de Andalucía, fuéles acosando Escipión hasta Cádiz, de donde pasaron á las costas de Cartago para dejar enteramente libres á los romanos en la soberanía de la península española.

En estas luchas conoció el general romano la envidiable organización militar de los ilergetas y la preponderancia de los caudillos Indíbil y Mandonio; pero, enorgullecido tal vez por la expulsión de los cartagineses, suscitó con el abandono del buen trato el descontento de sus aliados, quienes se pusieron en espera de

ocasión favorable para protestar de la opresión de que eran objeto. La marcha de Escipión á Roma alentó á Indíbil y Mandonio para lanzarse al campo con sus famosos ilergetas, á los que se unieron los lacetanos y ausetanos formando un cuerpo de 30,000 infantes y 4,000 caballos: no estaban desprevenidos los generales Léntulo y Accidino, á quienes había conferido Escipión el gobierno militar de Cataluña; y así, viendo la necesidad de contener un golpe decisivo, agotaron los recursos de la estrategia romana logrando con ella inutilizar la caballería enemiga y destruir las formidables líneas de ilergetas que, viendo morir á Indíbil, se entregaron á discreción con su general Mandonio, que fué decapitado por orden de Léntulo y en el mismo campo de batalla. (205 antes de J. C.)



Catapulta. Ballesta.

Noticioso Escipión de la victoria alcanzada por sus generales en Cataluña, pasó al África á humillar la república de Cartago conforme había jurado al tomar el mando del ejército. Amenazada la capital por la presencia de los legionarios, llamó el Senado cartaginés á Aníbal que se hallaba en Italia descansando á la sombra de sus laureles; y, ni el espíritu de resistencia ni la

llegada de este general pudieron evitar que en la batalla de Zama se eclipsara por completo la estrella de los africanos, quienes se vieron obligados á aceptar la paz que Roma les imponía.

DOMINACIÓN ROMANA

Con la caída de Indibil y Mandonio quedó la España entera bajo el dominio de los romanos que, para su gobierno, la dividieron en ulterior ó *Bética* y citerior ó *Tarraconense.* Entonces fué cuando Tarragona, capital de la parte citerior, se vió embellecida con palacios y monumentos para hacer más grata la estancia de los *pretores* ó *cónsules* á ella enviados por el Senado romano; pero estos gobernadores, recordando malamente la obstinación de los naturales en dejarse arrebatar su independencia, procuraron amedrentarles con vejámenes y extorsiones, para presentarse ricos y poderosos en Roma donde dominaba la sed de oro y de riqueza. Así vió Tarragona salir de su seno aquella cáfila de tiranos que recorrían los pueblos imponiéndoles enormes tributos y robándoles sus tesoros para entrar en ella al día siguiente contando luchas y victorias que no habían tenido; hasta que, indignados los naturales de tanta alevosía y rapacidad, cerraron los puertos de Rosas y de Ampurias á Marco Porcio Catón enviado por Roma como cónsul de la *Tarraconense.*

Obstinado, sin embargo, Catón en desembarcar en Ampurias que le rechazaba, acudió al recurso de hallarse esta ciudad dividida en población indigeta y fac-

toría griega, recabando de esta última poder efectuar el desembarco para luchar contra los ampurianos. Resistieron éstos con mucho heroísmo el primer empuje de los romanos; mas advertido Catón de que las fértiles campiñas que circuían la ciudad eran tenidas en mucha estima por sus moradores, las devastó por completo, y, simulando un levantamiento de campo, logró sacar á los indigetas de sus murallas para acosarles como á fieras después de haberse batido leal y desesperadamente.



La guardia de Sertorio.

A este ejemplo de venganza observado tantas veces por los pretores, tomó incremento la rebelión iniciada por los indigetas, y los pueblos vecinos ofrecieron sus vidas para sacudir el yugo pretorial y para relevarse de

los onerosos tributos que pesaban sobre ellos como un estigma irritante y vergonzoso.

Pero faltaba á los sublevados un jefe que les organizara. Las disensiones surgidas en Roma entre Mario y Sila, habían obligado á Sertorio á refugiarse en España, y Sertorio se puso al frente de los oprimidos. Llegado á Cataluña y elegida su guardia de honor de entre los ausetanos, organizó el país á la romana y venció en diferentes encuentros á Metelo y á Pompeyo; hasta que, envidioso el lugarteniente Perpena de las glorias de su ilustre jefe, le asesinó en *Etosca* (Aytona), registrando la historia, á consecuencia de traición tan inicua, uno de los mayores actos de abnegación de que puede darse ejemplo. Los ausetanos, que formaban como se ha dicho *la guardia de honor* de Sertorio, determinaron acabar con sus vidas creyendo que no debían sobrevivir á su jefe; y, labrada una lápida que conmemorara su adhesión al finado, se embistieron unos á otros con las armas hasta caer exánimes sobre el campo que su ilustre general de la dominación romana había libertado. Vencido el traidor Perpena por Pompeyo que le dió muerte, volvió Cataluña á ser pasto de los pretores, y no consta ya en sus anales otra revuelta hasta la venida de César.

Formaba Pompeyo, con César y Craso, el triunvirato electo en Roma para el régimen y dirección de la república, y le había cabido el gobierno de España en la repartición que se hicieran de los dominios. Pero César aspiraba á proclamarse emperador, y para ello era necesario deshacerse de sus adláteres. Craso marchó á la Siria para morir á manos de los partos; y Pompeyo, que no ignoraba los intentos de su rival, aseguró sus ejércitos en España para hacer frente á los de César que

pasaba el Rubicón profiriendo aquellas célebres palabras *(allea jacta est)* que le habían de llevar al Capitolio para ser, de tanta altura, más tremenda y desastrosa su caída

Llegado César á Cataluña, se encontró junto á Lérida y á orillas del Segre con las armas de Pompeyo mandadas por los generales Afranio y Petreyo; y por más que estuvieran de parte de éstos los denodados ilergetas, no pudieron evitar una derrota que decidió á todos los pueblos afectos á la causa de Pompeyo, á ofrecerse incondicionalmente á César en quien miraban á uno de los primeros generales del mundo. (49 a. de J. C.)

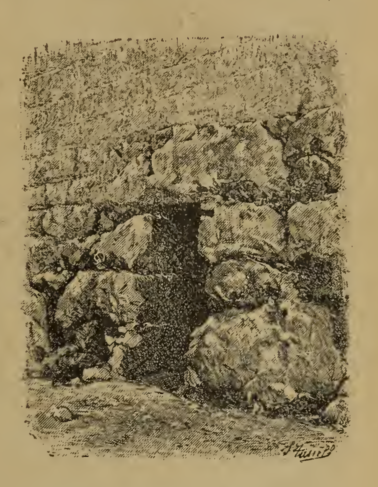
Formado en Roma el segundo triunvirato después de la muerte violenta de César, vino Octavio Augusto á Cataluña para someter á los ceretanos que se habían sublevado. Poco le costó la sujeción de éstos, quienes, como los cántabros y astures, hubieron de convenir en que el poder de Roma estaba completamente asegurado en la península. Terminada su obra de pacificación, fijó Octavio su corte en Tarragona, que era la ciudad más importante de España; consideró como colonia romana á Barcelona y municipio á Lérida, que acuñaron monedas en su honor y alabanza, y levantó el castillo de *Castro Octaviano*, principio de una población que había más tarde de llamarse San Cucufate del Vallés.

Octavio había logrado proclamarse emperador en Roma: la guerra de la independencia catalana había concluído; y durante la paz de que disfrutó esta región tan fuerte y belicosa, nació en Belén el deseado de las gentes NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, terminando la *Era antigua* ó romana y principiándose á computar el tiempo por la *Cristiana*, que es la que actualmente se sigue.

Los cartagineses en su paso por Cataluña no ofrecen ninguna novedad acerca de la manera civil y política por que esta región se gobernaba. Entraron á son de guerra guiados por el egoísmo de las riquezas, y no pudieron fijar en ella régimen alguno, pues jamás lograron sujetar otras tierras que las que pisaban sus aguerridos ejércitos. Sólo el arte militar que poseían ellos á envidiable altura influyó en el rústico y primitivo de algunos pueblos, y sus máquinas de guerra, *arietes, ballestas* y *catapultas,* fueron alcanzadas en tal grado de perfección por las armas de fuego, que tardaron mucho en ser reemplazadas por éstas, especialmente la tormentaría de eficaces resultados para batir las murallas y fortalezas de las grandes ciudades. Su trato para con los naturales fué en extremo solapado y deficiente: exigían rehenes á sus aliados, como se ha visto con Indíbil y Mandonio, y añadían á esta desconfianza la ninguna preocupación de que las repúblicas prosperaran más ó menos á su protección y amparo. Más poderosos en cambio los romanos, y comprendiendo que la región que tan valerosamente supo pelear por su independencia merecía de un trato peculiar que le hiciera soportar con cariño la in-influencia romana, fijaron en ella un sistema de gobierno tan beneficioso para los naturales como para la misma Roma, que veía en Cataluña la comarca más importante de sus dominios en la península española.

La organización aquí planteada era similar á la que se observaba en todo el Imperio, y los cargos y dignidades con que se distinguía á los naturales alejaron de éstos la memoria del mal trato de que habían sido víctimas durante el gobierno de los pretores, induciéndoles además á velar por el bien de la metrópoli que no era otro

que el de su propia seguridad, perfeccionamiento y cultura. Así se clasificaron las ciudades en: *colonias,* que se regían por las leyes de Roma disfrutando de sus privilegios; *municipios*, cuyos magistrados podían optar á las altas dignidades del Imperio; *ciudades libres ó inmunes,* que estaban exentas de impuestos, y *estipendiarias* que en cambio de ciertos derechos venían obligadas á pagar sus tributos.



Puerta ciclópea de Tarragona.

Entre las colonias figuraba en primer lugar Tarragona, que, extendiéndose hasta la ribera del Francolí, dominaba su hermoso puerto, sus jardines, termas, gimnasio y circo romano; ostentaba sus obras monumentales de Venus, Minerva y Palacio de Augusto, su famoso Templo de Júpiter y la elevada muralla romana que tiene por digno basamento aquellos muros ciclópeos que continúan siendo la admiración del curioso que en vano intenta dar con las fechas de su fundación remotísima. Eran también colonias Tortosa y Barcelona, famosas ambas por su comercio y marina, aunque no tan favorecidas por el fausto como Tarragona.—Mataró, Blanes, Badalona, Tarrasa y Lérida, eran municipios; ciudades libres Gerona, Vich, Llagostera y Besora; y las de Cal-

das de Montbuy, Isona y Tárrega se contaban en el número de las estipendiarias. Todas estas divisiones fueron desapareciendo con el tiempo, extendiendo el emperador Vespasiano el derecho latino á todas las provincias, y declarando Antonino Pio ciudadanos romanos á todos los súbditos del Imperio, que podían desde entonces ser admitidos en los cargos públicos.

Para la administración de justicia estaban distribuídas las ciudades en *Conventos jurídicos* ó *Audiencias* en las cuales se decidían las causas de cada distrito; y el derecho municipal ó de localidad, adquiriendo importancia á medida que los pueblos se iban identificando con la metrópoli, elegía entre los principales vecinos sus *decuriones* y *duumviros* al igual que Roma sus senadores y cónsules. Había además los *ediles* que cuidaban de la policía urbana y los *curadores* que tenían á su cargo los granos y abastos públicos. Estos cargos civiles que en época de paz ejercían sus funciones con bastante independencia, estaban en tiempo de guerra subordinados á los *pretores, cónsules* y *cuestores* que eran las jerarquías militares y superiores en el Imperio.

Sometidos así los catalanes á organización tan saludable, se iniciaron muy pronto en las artes y ciencias; adoptaron el idioma, usos y costumbres de Roma; enriquecieron sus pueblos con el desarrollo de la agricultura; extendieron su comercio con la exportación de aceites, vinos y telas que eran muy solicitadas en la metrópoli; aumentaron su población en alto grado, y vieron sus ciudades embellecidas con monumentos y acueductos, estableciéndose entre ellas magníficas vías de comunicación que contribuyeron á su florecimiento y grandeza. De esta época data el *Sepulcro de los Esci-*



1. Pretorio de Augusto. — 2. Arco de Bará. — 3. Torre del Arzobispo.
4. Sepulcro de los Escipiones. — 5. Acueducto de las Ferreras.

piones levantado á una legua de Tarragona; el *Arco de Bará* erigido por Liciano en la carretera que de aquélla va á Barcelona; el famoso acueducto conocido por *Puente de las Ferreras*, que desde Vallmoll surtía de aguas á Tarragona; la *Torre del Breny;* el puente sobre el Cardoner en Manresa; y, según muchos, el de Martorell que hemos visto atribuir á Aníbal en su paso á Roma y durante la dominación cartaginesa en Cataluña.

Estas obras y monumentos, que caracterizan la grandeza y la soberbia romanas, vieron en tiempo del emperador Calígula aparecer la humildad, no menos grande, en el apóstol Santiago predicando, el año 42, la religión de Jesucristo en Lérida, Tarragona y Barcelona, donde formó el primer núcleo de cristianos dirigidos por el obispo Teodosio, al que siguieron Víctor y Ecio, víctimas de la persecución iniciada entonces contra los propagadores de la sagrada doctrina. En el año 59 y gobernando Nerón, vino á Cataluña San Pablo quien, tomando á Tarragona por centro de sus conversiones, eligió sacerdotes y les aleccionó en la práctica de su divina misión estableciendo las provincias eclesiásticas para celebrar sus concilios.

Sembrada ya en Cataluña la semilla del cristianismo por tan santos varones, florecieron en ciencias y letras San Dámaso, de Argelaguer, que fué Papa; San Orencio, arzobispo de Tarragona; Paulo Orosio, gran historiador, también de Tarragona; San Martín, San Olimpio y el ilustre escritor San Paciano, que fueron obispos de Barcelona; San Hierotheo, teólogo eminente de Ampurias; San Víctor de Barcelona, y Licino Floro, celebrado orador y poeta, de Gerona.

Por fin, cuando el Imperio romano, ya en su deca-

dencia moral, vió pasar por su trono á los Cómodos, Severos y Dioclecianos, sucedieron á los primeros mártires Víctor y Ecio, una pléyade de atletas que ofrecieron con sus predicaciones tenaz resistencia á los perseguidores de la verdadera fe, sin que el tormento pudiera hacerles cejar en su redentora empresa. Después de la muerte de San Magín, iniciador en Brufaganya de la vida eremitica, el heróico prelado San Fructuoso sufre el martirio en Tarragona con sus diáconos Eulogio, Verón Zemona y Augurio; Santas Eulalia, Julia y Semproniana son, con San Cucufate, decapitadas, clavadas en cruz ó atormentadas en Barcelona; el obispo San Narciso, San Félix, Vicente, Oroncio, Germán y Justo, perecen en las prisiones y suplicios de Gerona; Santos Luciano y Marciano mueren en Vich, y se ceban los perseguidores en San Anastasio que en Badalona ha dejado tradiciones de su cárcel y tormentos y sepultura.

A esta decadencia moral había de seguir en breve la ruina del grande Imperio romano, puesto que resentido en las provincias orientales por las correrías de los persas, partos y escitas, humillado en la Galia por la invasión de los germanos, y desquiciado en Cataluña por los francos que llegaron hasta los muros de Tarragona, veía con espanto á los godos ante las puertas de la misma Roma donde se bamboleaba la grandeza del trono y se oscurecían la soberbia y la púrpura de los Césares.

DOMINACIÓN GODA

Aunque Póstumo, general romano, ahuyentó á los francos de Catalaña, no pudo resistir la invasión de

los *suevos, vándalos* y *alanos* que en el año 414 atravesaban los Pirineos para sembrar la destrucción en la península española, mientras los *godos* sitiaban á Roma con poderosos ejércitos. Los bárbaros del Norte atravesaron como un relámpago las tierras catalanas, puesto que ocuparon en seguida los ángulos de la península, y sólo es probable que hallaran resistencia en Tarragona donde las tropas romanas se concentrarían obligadas á ceder el paso á aquella avalancha de gentes que, con la rudeza de sus costumbres, venían á sorprender su degenerada organización próxima á recibir el último golpe.

Saqueada Roma por Alarico, pactó el sucesor de éste, Ataúlfo, con el emperador Honorio, comprometiéndose á defender sus posesiones de España contra los suevos, en cambio de la ocupación de la Galia y de parte de Cataluña. Indignado Constancio por haberle el emperador Honorio faltado á la palabra casando á su hermana Placidia con el godo Ataúlfo, acometió á éste en la Galia obligándole á reducirse á Cataluña donde sentó los reales de su ejército y eligió á Barcelona para fijar su corte. Desde entonces quedó esta región bajo la influencia de dos razas distintas: la *goda* que señoreaba desde los Pirineos hasta el río Llobregat, y la *romana* que continuaba en el resto de Cataluña rigiendo, desde Tarragona, los dominios españoles amenazados por la presencia y las correrías de los bárbaros.

La política de paz observada por ATAÚLFO disgustó mucho á los godos que veían en Placidia un freno á sus ambiciones y condición guerrera por excelencia; y, conjurados por Sigerico, enemigo mortal de Roma, se valieron de un esclavo para dar muerte á Ataúlfo y engrandecer su monarquía con la expulsión de los im-

periales que continuaban ocupando las ciudades más importantes del resto de España.

Asesinado Ataúlfo en Barcelona el año 415, fué proclamado SIGERICO, quien sólo pudo contentar á sus ardorosos visigodos haciendo pasear como esclava y delante de su caballo á la hermosa Placidia, pues á los siete días de su gobierno fué acuchillado por los parciales de VALIA que devolvió á Honorio su desconsolada hermana y pactó con los romanos trasladando la corte á Tolosa de Francia.



Los bagaudos.

En el año 454 y durante el gobierno godo de TEODORICO renace en Cataluña el espíritu de independencia adormecido por el trato romano y penetrado de la imposibilidad de hacer frente á la preponderancia del Impe-

rio. Ya éste en su decadencia y amenazado por las ambiciones de los godos, aparecen los *bagaudos* en la Tarraconense con Arnaud quien, pareciendo hacerse émulo de Indíbil, acaudilla los descendientes de los ilergetas y de aquellas antiguas repúblicas que habían desaparecido bajo el dominio de la potente Roma. Dueños los bagaudos de Lérida y de otras importantes poblaciones, luchan con ventaja contra los generales Asturio y Merobaudes, haciéndose temer del emperador Valentiniano que pide protección á los godos para sostenerse en su corte de Tarragona. El rey godo Teodorico manda en seguida á su hermano Eurico para sofocar la rebelión de los bagaudos, y sólo por alevosía puede prenderse al valeroso Arnaud obligando inmediatamente á los sublevados á deponer las armas.

Asesinado el rey godo por su hermano Eurico, ciñó éste la corona desentendiéndose luego del pacto que aquél hiciera con los romanos; y, deseando extender sus conquistas por toda España, vino de la Galia con sus ejércitos, encomendando á su general Heldefredo la ocupación de la romana Tarragona que perdió la capitalidad de que por tanto tiempo había disfrutado. Dejó Eurico un código de leyes (Fuero Juzgo) que continuó vigente hasta 1071, y decretó la persecución de los cristianos, siendo una de las víctimas el obispo de Barcelona, San Severo, que sufrió con otros el martirio en Castro Octaviano por no querer abrazar la religión arriana (*) que trajeron los godos y subsistió hasta Recaredo I.

El arrianismo arreció sus persecuciones en tiempo

(*) Negaba la divinidad de Jesucristo considerándole como simple criatura, si bien más perfecta que los ángeles.

de AMALARICO que había casado con Clotilde hija de Clodoveo, rey de los francos. Los malos tratos de que, por ser católica, era continuamente víctima tan apreciada princesa, fueron causa de que su hermano Childeberto viniera con tropas á Cataluña y devastara los campos sitiando á Barcelona, que fué saqueada furiosamente el año 531. Corría Amalarico, en su derrota, á guarecerse en las naves del puerto, cuando fué alcanzado por las lanzas de los francos que le dieron la muerte.

Sucedióle TEUDIS que había sido regente de la monarquía, y devolvió la corte á Barcelona donde recrudecieron las persecuciones contra los cristianos. El rey franco Childeberto, amagando su espíritu de conquista con el pretexto de vengar en los godos las ofensas recibidas por su hermana Clotilde, invadió de nuevo las tierras catalanas de donde fué expulsado por Teudiselo después de haber visto acuchillados á sus numerosos ejércitos.

Trasladada la corte á Toledo por ATANAGILDO, no consta en la historia hecho alguno memorable hasta el reinado de LEOVIGILDO, que sofocó la rebelión de Absidio, señor de Ager, y persiguió á su primogénito Hermenegildo al que con su segundo hijo Recaredo había asociado á la corona. El casamiento de Hermenegildo con Ingunda, á ruegos de la cual se hizo católico, promovió entre padre é hijo una sangrienta guerra en la que, derrotado San Hermenegildo, fué preso y llevado á Tarragona para morir degollado por Sisberto, servidor y caballero de Leovigildo (585).

Las crónicas catalanas atribuyen á este rey la fundación de *Recápolis* (Ripoll) en honor de su hijo RECAREDO, quien habiéndole sucedido en el solio, abjuró pública-

mente el arrianismo é indujo á su pueblo á que abrazara la religión católica. Preparada estaba la nación española para recibir tan benéfica influencia, puesto que los concilios, robusteciendo la disciplina del clero, y la orden de San Benito, levantando sus casas de oración en la soledad de los bosques, habian contribuido á mover los ánimos á la piedad y á abandonar los errores de la secta arriana que por tan diferentes medios solicitaba la conversión y pretendía el aumento de sus prosélitos. Residió Recaredo bastante tiempo en Tarragona reponiéndola algún tanto de los pasados sitios y saqueos; y deseando visitar el sepulcro de San Félix, pasó á Gerona donde se veneraban las reliquias del santo al que dejó en tributo la corona de oro que ceñia su frente.

Los reinados de SISEBUTO, RECAREDO II y CHINTILA, que dicen fundó Centellas, no ofrecen otro particular que la celebración de concilios en los cuales se iba robusteciendo el poder cristiano. En 672 y con motivo de haberse sublevado algunos ambiciosos en la Aquitania, envió VAMBA al conde Paulo para reducirlos á su obediencia; pero desentendiéndose este caudillo de las órdenes del monarca, procuró hacer partido en Cataluña y proclamarse rey en Narbona, ostentando la corona que el ilustre Recaredo habia dejado en el sepulcro de San Félix. Advertido Vamba del levantamiento de Cataluña y de que á instancias de Ramosindo las ciudades de Barcelona, Tarragona, Vich, Gerona y Perpiñán defendian la causa del conde Paulo, castigó duramente á los sublevados y cayó sobre Nimes haciendo prisionero al alevoso conde á quien rapó la cabeza y cambió, por una de cuero, la corona de oro que habia usurpado y que ostentara tan indignamente. Sofocada esta sedición, de-

dicóse Vamba á reducir las diferencias que respecto á límites de diócesis existían entre los prelados, y logró apresar 270 naves de los árabes que por primera vez se presentaban con carácter hostil en los puertos de la península.



San Miguel de Tarrasa.

En tiempo del ambicioso Ervigio sucesor de Vamba, principia á notarse la decadencia de la monarquía goda; y ni la importancia de los concilios ni el estar libre de imperiales el territorio, puede en éste como en los sucesivos reinados detener el empuje de las pasiones que, debilitando el poder, lo llevan á la desastrosa caída de Rodrigo en el campo de Guadalete, donde los árabes demuestran que no la superioridad numérica sino la organización y virilidad de una raza determinan sobre otra su victoria y su preponderancia.

En la batalla de Guadalete se obscurece, pues, la gloria de los godos que ni aun en sus tres siglos de dominación lograron dejar huellas de su influencia sobre la

civilización romana; sólo en tiempo de Eurico se nota una tendencia á legislar, no decisiva empero para vencer la indiferencia del pueblo ante los actos de la monarquía, descuidado como estaba de sus gobernantes por las continuas discordias que determinaban la forzada sucesión de la corona. Lo único que contribuyó á la cultura del país fueron los concilios que se celebraron en Tarragona, Barcelona, Lérida, Gerona y Tarrasa (*). Los clérigos, más en comunicación con los catalanes, corrigieron notablemente las costumbres que acusaban algo de la crueldad y barbarie romanas; y la orden de San Benito, levantando los primeros monasterios, promueve el cultivo de las tierras, llega á influir para que se legisle sobre acequias y riegos, recomienda la cría y reproducción de las abejas y ocupa en sus obras monumentales los brazos que desdeñan el arma de la guerra, defensora de instituciones que no han logrado interesar á los naturales en lo más mínimum.

DOMINACIÓN ÁRABE

A raíz de la desastrosa batalla del Guadalete en la que se derrumbó para siempre la dinastía visigoda, ocuparon los *árabes* la España, ya que escasa ó ninguna resistencia hallaron en sus moradores á quienes respetaron

(*) Nada se sabe de cierto sobre el origen de Egara y de su famoso castillo. Supónese que ocupaba aquélla lo que actualmente es San Pedro de Tarrasa, donde pueden verse las iglesias de Santa María, San Pedro y San Miguel, de arquitectura original esta última y levantada sobre ruinas de ruinas.

la autonomía local y el libre ejercicio de su religión mediante un tributo.

En Cataluña solamente sufrieron las iras de la invasión las ciudades de Tarragona, Ausa (*) y Ampurias por haber resistido á Muza y á Tarik que llegaron á los Pirineos en el año 714. Sometidos estos pueblos, gozaron los catalanes de relativa tranquilidad, refugiándose los descontentos en los montes de Conflent y de Cerdaña donde, como en los de Asturias y de Navarra, se iban formando los núcleos de las nacionalidades modernas.

En tiempo del gobernador árabe Ambisa, intentaron los catalanes y aragoneses la reconquista; pero, vencidos en Tarazona, tuvieron que volver á las fragosidades de los Pirineos en espera de mejor ocasión para realizarla. El poder absoluto del Califato aumentó con su opresión las filas de los descontentos, y la tradición nos habla del valeroso Otger y de los *nueve de la fama* á quienes conduce victoriosos desde el valle de Arán hasta Ampurias donde fallece Otger, que entregó el mando á Dapifer de Moncada, tronco de la familia de tan ilustres varones.

De lo que no puede dudarse, porque consta en documentos fehacientes, es de la existencia en 778 del príncipe Quintiliano, quien, después de las derrotas sufridas por los árabes en la Galia defendida valerosamente por Carlos Martel, aparece en el inexpugnable Montgrony ahuyentando de la Cerdaña y de los valles del Freser y de Ripoll á las fuerzas musulmanas. En Montgrony, pues, que jamás fué dominado por los árabes, y en Quintiliano que hizo contra ellos las primeras campa-

(*) Quedó Ausa tan destruída que se le dió el nombre de *Vicus* (aldea) *Ausonensis,* de donde le viene el de *Vich* que actualmente tiene.

ñas, debemos ver respectivamente la Covadonga y el héroe de la reconquista de Cataluña.

Al año siguiente quiso el gran Carlomagno resarcirse de la derrota de Roncesvalles con la conquista de las tierras catalanas, fundando para su hijo Ludovico Pío el reino de Aquitania que, por ser fronterizo de Cataluña favorecería la invasión de ésta donde los gobernadores árabes estaban en continuas disidencias. Apoyado por alguno de estos contendientes, pudo Carlomagno en 785 apoderarse de Urgel y de Vich, estableciendo en un caballero franco el condado de Gerona así como el de Urgel en Armengol de Moncada, nieto del Dapifer que figura en la lista de los *varones de la fama.* Añadió luego Carlomagno las tierras de Rosellón, Pallárs, Cerdaña y Ampurias á sus dominios; pero, llamado á detener las acometidas de los sajones en la Galia, volvieron los árabes á recuperar lo perdido, llegando Abdel Melek hasta las puertas de Narbona después de haber saqueado Gerona que le opuso una heróica resistencia (793).

Ludovico, que á la sazón guerreaba en Italia, vino á reparar estas pérdidas consiguiendo batir á los árabes hasta los confines de Lérida; mas reforzados éstos, arrinconaron nuevamente á los francos á la Aquitania, y entonces (798) fué cuando decidió Ludovico formalizar la conquista de Cataluña. Al efecto, convocó en Tolosa una asamblea militar á la que concurrieron los principales caudillos de la línea pirenáica, acordándose una expedición que dió por resultado la ocupación de Gerona, Ampurias, Rosas, Cardona, Vich, Caserras, Solsona y Berga, cuyo gobierno, con el título de conde de Ausona, se confirió á Borrell, noble de la corte de Ludovico.

Alentado el rey franco por estas victorias y comprendiendo la importancia que para sus fines tenía la plaza de Barcelona, ordenó el bloqueo de ésta por Rostaing, conde de Gerona, mientras Guillermo de Tolosa se situaría á la derecha del Llobregat para impedir todo auxilio, y estaría él en persona en el Rosellón para acudir con sus fuerzas cuando fuese necesario. Formalizado el sitio, principiaron los ataques que resistían los moros con mucho denuedo; pero las máquinas de guerra de los francos hacían tanto daño en las murallas y edificios, que obligaron al valí Zeid á arriesgar una salida de noche para huir á Córdoba, siendo preso y presentado ante los muros de Barcelona, que se rindió después de un año de bloqueo y de siete meses de asedio (801).

Quebrantados así los árabes se fortificaron en Tortosa para impedir el avance de los francos por el reino de Valencia, y satisfecho Ludovico de su obra, partió á Aquitania estableciendo antes la *Marca hispánica* de la que hizo capital á Barcelona, que lo llegó á ser más tarde de toda la Septimania ó *Galia Gótica* (*).

(*) Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió más adelante la parte española en él comprendida. *Gothland*, palabra teutónica que significa tierra de godos, se fué latinizando y convirtiendo en *Gothlandia*, *Gothalania*, *Catalonia* y después *Cataluña*. LAFUENTE.



CONDADO DE BARCELONA

(DOMINACIÓN FRANCA)

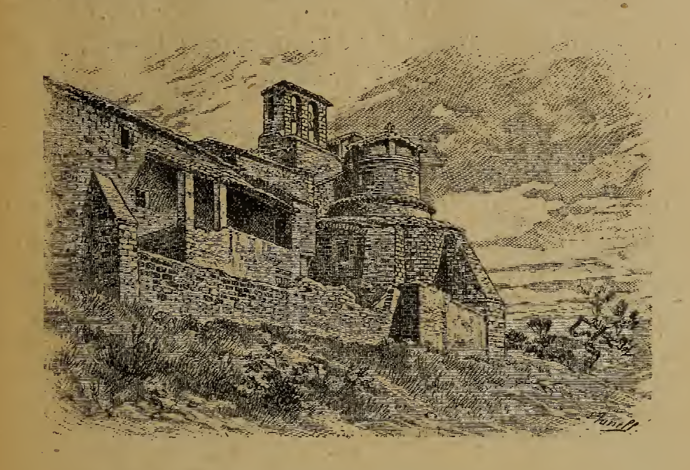
Rescatadas de los árabes las extensas posesiones de la *Marca,* pensó seriamente Ludovico en establecer un gobierno que favoreciera la repoblación de las nuevas tierras solicitadas por muchos cristianos del interior, que veían en ellas seguro albergue contra el dominio sarraceno. De común acuerdo con los prelados que ocupaban ya las diócesis de Barcelona, Vich y Gerona, y con el auxilio de los monjes de San Benito que en la soledad de los bosques levantaban sus monasterios, centros á la vez de actividad y de trabajo, logróse el desenvolvimiento de la agricultura y volvió la esperanza de una vida pacifica á sonreir en el horizonte de los asolados pueblos y descuidadas campiñas.

Los nuevos pobladores gozaron desde luego de grandes franquicias y libertades que fueron reduciéndose por el régimen feudal tan necesario para estimular el espiritu de conquista (*); y los exorbitantes impuestos y

---

(*) El rey concedía en *feudo* y mediante homenaje las tierras á los *señores* que las conquistaban, y se subdividia la soberanía hasta llegar á los *payeses de remensa* quienes, por

usurpaciones de que eran muy á menudo víctimas los colonos, dieron lugar á la publicación de pragmáticas por las que se les inhibía de prestaciones injustas y se les reconocía á los 30 años de cultivo la propiedad de



San Pedro de Tarrasa.

los yermos y baldíos que mejoraran. Robustecido de este modo el amor á la tierra, y compartiendo el clero su influencia en lo civil con los primeros condes que ocupaban las comarcas de Barcelona, Gerona, Ampurias, Ausona, Besalú y Perelada, llegaron todos á contar con vida propia y con sobrados elementos para defenderse de los árabes que incesantemente les hostilizaban.

---

ser antes tributarios de los árabes y no haber querido tomar las armas contra ellos, estaban sujetos á las contribuciones llamadas *malos usos* de las que tardarían más de seis siglos en redimirse.

Bera

El caballero Bera, godo de nación, abre la lista de los *Condes gobernadores* de la Marca, ya que quedó encargado del gobierno de Barcelona cuando Ludovico pasó á Aquitania, de donde volvió pronto para destruir á los árabes que había dejado fortificados en Tortosa. Citados Bera, de Barcelona, y Borrell, conde de Ausona, para acompañarle en la empresa, fué Ludovico derrotado por las tropas que Abderramán mandó en auxilio de Abaydún que defendía Tortosa, no pudiendo conseguir la toma de la plaza hasta 811, á pesar de haber mandado á Ingoberto á sitiarla después de su primer intento. Ajustada una tregua con los árabes, volvió Ludovico á Aquitania, quedando por virtud de su testamento agregada Cataluña á la Septimania (*) que se erigió en ducado teniendo por capital á la ciudad de Barcelona.

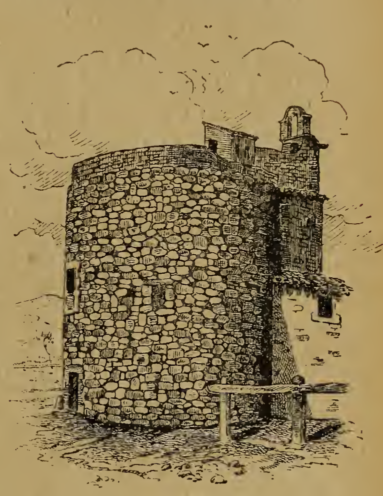
En este tiempo principian los gobernadores de la Marca á hacerse sospechosos de sus reyes, y se van acentuando las tendencias autonómicas del país, que empieza á guerrear sin el auxilio real logrando llevar sus conquistas hasta más allá del Segre. El mismo Bera es en 812 acusado de alta traición por el noble Sanila que le supone en tratos con los moros para hacerse independiente; y, llamado á Aquisgrán para sincerarse de la traición que se le imputa, es vencido en juicio de batalla por Sanila, y condenado á muerte por Ludovico que le conmuta

(*) Créese que el nombre de *Septimania* hace alusión á las siete ciudades: Narbona, Agda, Beziers, Magalona, Carcasona, Elna y Lodeva, que eran las principales del territorio.—AULESTIA, *Historia de Catalunya.*

esta pena por la de destierro perpetuo en atención á los buenos servicios que había prestado cuando la toma de Barcelona (820).

Bernard

En sustitución del conde Bera, fué nombrado Bernard hijo del célebre Guillermo de Tolosa. La tendencia antifranca que se notaba en Cataluña durante el gobierno de Bera, muestra su primera chispa con el alzamiento del caballero godo Ayzón á quien se unieron los hijos de Bera, Villemundo y Etilio, que con algunos árabes se extendieron por todo el territorio de la Marca, permaneciendo sólo las ciudades de Barcelona y de Gerona fieles á Ludovico. Sofocada esta intentona de independencia, fué elevado Bernard á ministro de la corte y nombrado ayo de Carlos (que Ludovico había tenido de su segunda esposa Judit) para quien logró una parte del reino en perjuicio de los tres hijos que el citado monarca contaba de su primer matrimonio. Valió esto á Bernard la calumnia de tener tratos con Judit, y fué enviado de nuevo al gobierno de la Marca que Ademaro había desempeñado durante su ausencia, como lo desempeñó también Berenguer (832-834) por haber vuelto Ber-



Torre de moros (Canet de Mar)

nard á caer en desgracia de Ludovico, contra quien se había levantado en armas su hijo Pepino favorecido por el inquieto conde de Barcelona.

Durante estos disturbios invadió Muza la Marca Hispánica, llegando hasta la Cerdaña que devastó por completo; y muerto Pepino y más tarde Ludovico que privó á los hijos de aquél de la sucesión en los estados de la Septimania, hizo el repuesto Bernard causa común con los huérfanos que se habían rebelado contra su tío Carlos *el Calvo*. Esta decisión de Bernard, que seguramente tendría por objetivo la independencia del Condado, fué castigada por *el Calvo* llamándole á Aquisgrán donde le hizo decapitar, según unos, ó, según otros, le asesinó por su mano, creyendo así vengar la deshonra que en la real familia la calumnia señalaba.

Seniofredo

En el año 844 fué nombrado Seniofredo para conde de Barcelona, y en éste, como en los gobiernos anteriores, se va debilitando la soberanía de los francos en las tierras de la Marca.

El descontento de los godo-catalanes al ver en manos extranjeras la dirección del Condado, tradújose pronto en rebelión que fué propagándose entre los montañeses, llegando á ser imponente por estar de su parte el califa Abderramán que no perdonaba medios para abatir á los francos. Púsose al frente de ella Guillermo, hijo de Bernard, y señoreó por algún tiempo en valles y poblados fiando en el buen trato y caballerosidad que le distinguían, la consecución de su ideal, no otro que restar fuerza á la dominación franca representada á despecho de muchos por el conde Seniofredo.

Aledrán

Nombró entonces Carlos *el Calvo* á Aledrán (846), por considerarle capaz de sofocar la rebelión de Guillermo, quien, aunque perdido el auxilio de Abderramán que hizo paces con *el Calvo*, lograba cada día nuevos prosélitos en la Marca y llegó á vencer y hacer prisionero á Aledrán despojándole de Barcelona que tuvo en su poder por mucho tiempo. A la noticia de que venía el rey franco con refuerzos para reponer á Aledrán, salió Guillermo de Barcelona para detener los ejércitos franco-aquitanos; y al volver á ella derrotado y disperso, hallóse envuelto en una asonada promovida por los parciales del *Calvo* quienes le condujeron preso ante Aledrán que le hizo decapitar, no recordando la caballerosidad que con él había usado el aguerrido Guillermo en las recientes contiendas.

Aprovechándose los árabes de estas luchas intestinas, repitieron sus invasiones en Cataluña, á la que no pudo socorrer Carlos *el Calvo* por hallarse empeñado en guerras contra los normandos que amenazaban la Galia; y, debilitado así el poder franco en esta región, quedaban defendiendo sus comarcas los condes de Ausona, Barcelona, Urgel, Cerdaña, Conflent, Rosellón, Besalú, Gerona y Perelada, sin otro auxilio que el que mutuamente se prestaban, esfumándose por lo tanto en la historia los hechos de Udalrico, Hunfrido y Bernardo II que tendrían superioridad sobre aquéllos y que se supone sucedieron á Aledrán en el Condado de Barcelona. El haber sido éste separado de la Septimania por Carlos *el Calvo*, y descentralizada la soberanía por las capitulaciones



Castell feudal (Vilasar)

de Kiersy (*) que robustecieron el régimen feudal declarando hereditarios los grandes feudos, dió lugar á que cada comarca se rigiera poco menos que por sí propia, á que los condes cuidaran de la repoblación de sus dominios, á que señores y vasallos se aprestaran á la defensa de sus tierras, y á que se cimentara en la Marca la nacionalidad catalana, ya que movía á todos el mismo espíritu de raza y eran idénticas y bien manifiestas sus autonómicas aspiraciones.

(*) Esta subdivisión de la soberanía produjo enemistades y agresiones por parte de los señores feudales, y en la necesidad de defenderse unos de otros hubieron de construirse verdaderas fortalezas: he aquí los *castillos feudales.* Al amparo de éstos, agrupáronse las viviendas de los feudatarios, de la propia manera que lo hacian otros particulares al rededor de los Monasterios, los cuales á su vez hubieron de parapetarse detrás de muros de circunvalación... he aquí el origen de muchas poblaciones de la edad media. — MANJARRÉS. *Las Bellas Artes.*



DINASTÍA CATALANA

VIFREDO I *el Velloso*

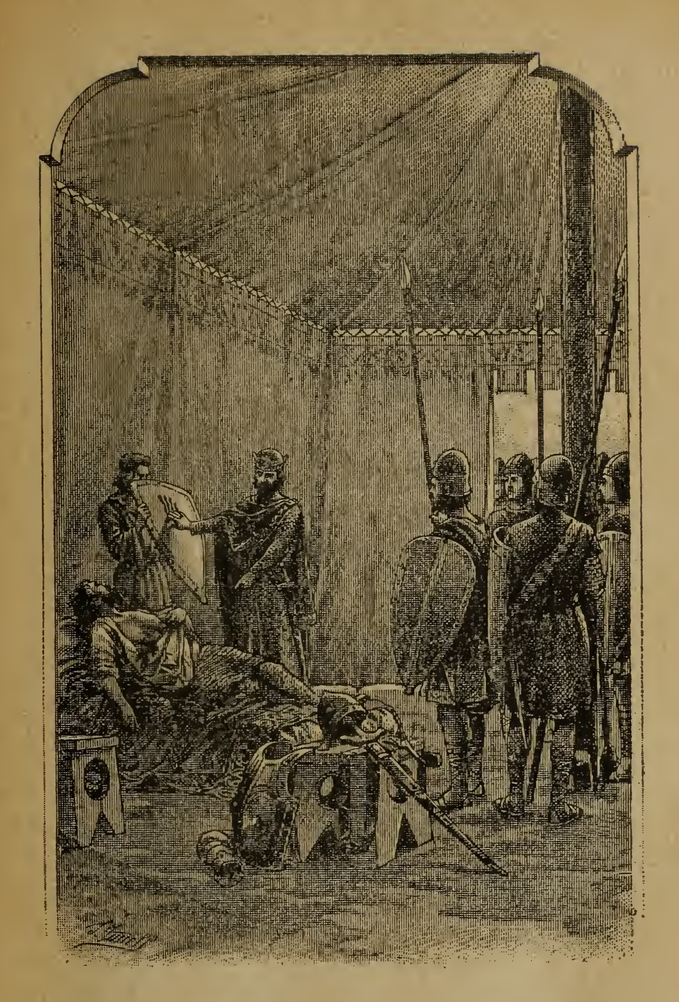
En el último tercio del siglo noveno aparece en la historia la interesantísima figura de Vifredo *el Velloso* fundador de la dinastía condal catalana y primero de los condes independientes, puesto que en los anales francos no se citan sus hechos como se citaban los de sus antecesores que con el cargo de *Gobernadores de la Marca* eran directamente dependientes del rey de Aquitania. Esta circunstancia y la de ver, más adelante, heredados por los hijos de Vifredo todos los dominios de la Marca, confirman la soberanía del *Velloso,* que se cree descendiente de Borrell, conde de Ausona, y por lo tanto de la familia de Guillermo de Tolosa.

La leyenda, que parece encargada de llenar los lamentables vacíos que se notan en la historia, halla el origen de la independencia de Cataluña y del escudo que ostenta su gloriosa bandera en los hechos siguientes: Hallábase Carlos *el Calvo* guerreando con mucha desventaja contra los normandos cuando apareció entre las huestes de los francos el conde Vifredo llevando un aguerrido séquito de paladines catalanes que tras poderosas embestidas lograron determinar la vergonzosa

fuga del vencedor enemigo. El conde Vifredo, á quien debía *el Calvo* la victoria, fué llevado herido á su tienda donde le visitó el rey franco otorgándole cuanto pidiera; y se cuenta que limitóse Vifredo á pedirle un blasón para su escudo, en el que no figuraba divisa ni distinción alguna. Humedeció entonces Carlos *el Calvo* sus dedos con la sangre que manaba de la herida de Vifredo, y pasándolos de arriba abajo en la adarga del conde, dejó en ella señaladas cuatro líneas rojas, diciendo: «Divisa que con sangre se gana con sangre debe estar escrita». Tal es, según la leyenda, el origen de las *cuatro barras de sangre* que figuran en la bandera catalana.—Convaleciente Vifredo de sus heridas y sabedor de que los moros habían invadido sus tierras de Cataluña, mereció licencia de Carlos para recuperar sus dominios; y habiendo oído del rey franco que no podía auxiliarle en la empresa, aprovechó la ocasión para pedirle en completa independencia la parte de Cataluña que lograra arrancar de los sarracenos: conseguido ésto, partió de la corte aquitana y entró por tierras de los Pirineos tremolando el nuevo pendón que había de ser el incentivo de tantas y tan gloriosas jornadas.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que vemos á Vifredo *el Velloso* emprender, sin ayuda de los francos, la reconquista de la alta Cataluña; sentar en los valles de Ripoll el edificio político-religioso, que había de ser engrandecido por sus sucesores, y señalar los límites de sus dominios desde la Cerdaña al Montserrat, desde los valles del Ter y Plana de Vich hasta las riberas del Segre, con Barcelona por capital ó fortaleza avanzada para nuevas y dilatadas conquistas.

Aseguradas estas fronteras de las correrías de los ára-



Las cuatro barras de sangre.

bes, dedicóse Vifredo á la repoblación de las tierras, á la restauración de la antigua catedral ausetana y á la erección de los monasterios de San Juan de las Abadesas, al que ofreció su hija Emmón, y de Santa María de Ripoll, en el que más tarde había de entrar como monje su hijo Rodulfo. A la consagración de este último monasterio, el más célebre de la orden de los Benitos, asistieron Godmar, obispo de Vich, y todos los caudillos y habitantes de la comarca pirenáica; se le dotó de muchas riquezas por parte de Vifredo y de su esposa Vinidilda y fué elegido como panteón de los Condes de la casa de Barcelona.

Tampoco se ha dicho la última palabra sobre la muerte de Vifredo. Un erudito escritor, ensayando la traducción de un texto árabe, dice que Lob, aspirante al gobierno musulmán, entró en Cataluña asolando el Vallés á donde acudió Vifredo sólo con los barceloneses por no serle posible llamar á sus gentes del valle de Ripoll; y si bien tomaron los moros la torre de Vall d' Aura, logró Vifredo expulsarlos de los montes que defienden la ciudad de Barcelona, siendo herido en la contienda y llevado á la capital donde murió á consecuencia de sus heridas. (*)

A la muerte de Vifredo, que muchos citan en 902, vemos todos los condados regidos por sus hijos: Vifredo-Borrell le sucede en los de Barcelona, Ausona y Gerona; Suñer, en el de Besalú; Mirón, en el de Cerdaña; Sinio-

(*) Sampere y Miquel.—Conferencia dada en el Ateneo de Barcelona en 1897.—Laméntase en ella de que no se haya dedicado á Vifredo el Velloso más que una mala calle y un oscuro monumento en la capital de la nacionalidad que defendió con su sangre.

fredo, en el de Urgel, y en el de Rosellón figura Suniario, que algunos creen ser sobrino y otros hermano de Vifredo.

VIFREDO II Ó BORRELL I

Con estos dos nombres señala la historia al sucesor de Vifredo el Velloso en el condado de Barcelona.

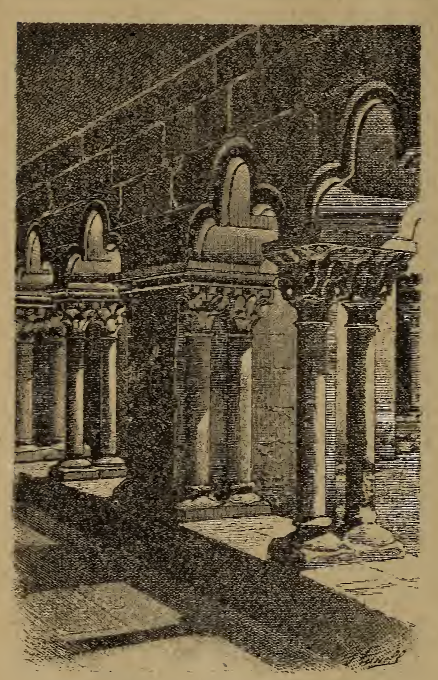
Las luchas entre árabes y cristianos deberían ser continuas en estos tiempos en que el naciente estado catalán pugnaría por extender sus dominios, gobernados como se hallaban por varones de tan esclarecida prosapia. En una de ellas murió el obispo de Barcelona Berengario defendiendo las tierras del Vallés donde las escabrosidades de los montes ofrecerían seguras manidas á los árabes para desde ellas intentar sus atrevidas algaradas.

Seniofredo, conde de Urgel, cansado de la guerra de escaramuzas que le hacían los moros, determinó tomar la ofensiva y extenderse todo lo posible por el llano, á cuyo efecto pidió auxilio á su hermano el conde de Barcelona, llegando ambos con sus ejércitos á poner cerco á Balaguer que apuraron y hubieran tomado á no mediar la ayuda de las numerosas tropas africanas que custodiaban la ciudad de Lérida.

Ningún otro suceso se registra en la historia de este conde; sábese que en 906 se celebró un concilio en Barcelona para formular reglamentos de disciplina eclesiástica, y que en 912 murió Vifredo, siendo enterrado en el monasterio de San Pablo del Campo que al pie de la montaña de Montjuich acababan de levantar los monjes de la orden de San Benito.

Suñer

Muerto Vifredo II sin hijos varones, pasó á ocupar el trono su hermano Suñer que era á la sazón conde de Besalú, según se ha visto en el testamento de Vifredo el Velloso.


San Pablo del Campo (Barcelona)

Deseoso de dedicarse al mejoramiento y repoblación de sus ciudades, aseguró Suñer los límites del condado levantando en tierras del Panadés el castillo de Olérdula mientras Vilara, obispo de Barcelona, fortificaba el de La Granada para contener las correrías de los árabes que eran por aquella parte continuas y desastrosas.

Tal debería ser la preponderancia de este conde que los moros de Tortosa le pagaban *ráficas* ó tributos que donó Suñer á la catedral de Barcelona para restaurar la *Canonja* (casa de los canónigos) levantada por el obispo

Frodonio en tiempos de Carlos *el Calvo*. Igualmente concedió alodios al monasterio de San Cucufate del Vallés (*); la tercera parte de la moneda que se acuñaba en el condado de Gerona á la catedral de ésta, y tierras y rentas á la iglesia de San Pedro de las Puellas que, extramuros de Barcelona, fué por él edificada como otros conventos y abadías que procuró dotar con regulares dominios.

La pérdida de su primogénito Armengol y el fervor religioso que tanto le distinguía, decidieron á Suñer á abdicar la corona en favor de sus hijos Mirón y Borrell, retirándose al convento de la Grasa donde murió en 954.

Borrell II

Aunque dejara Suñer establecido el conreinado de Mirón y Borrell, vemos á este último llevar la dirección del gobierno y quedar exclusivamente encargado de él en 966 por fallecimiento de su hermano.

Durante el reinado de este conde toman mucho vuelo las ciencias y las artes en Cataluña. La reputación universal de que gozaba Athón, obispo de Vich, hizo que el sabio monje Gerberto viniera de Francia para ser discípulo de tan ilustre prelado; el arte románico aun en su primer período de desenvolvimiento levanta templos que son la admiración de los tiempos modernos; se consagran monasterios donde la escultura, la pintura, cerrajería y el trabajo de las sedas acusan el desarrollo

(*) Levantólo en 785 la orden de S. Benito en memoria de los mártires S. Cucufate, S. Severo y Stas. Juliana y Semproniana que perecieron en las prisiones del castillo de *Castro Octaviano*.

más acabado de las artes, y principian á encontrarse en los textos latinos las primeras voces de la lengua catalana.

En su tiempo se dedica en el Conflent la nueva iglesia de Cuxá á cuya consagración concurren los obispos de muchas diócesis; se levanta el monasterio de San Benito de Bages en el que aun se ven los sarcófagos de sus fundadores los esposos Salla y Richardis; y tienen lugar las fundaciones del monasterio de Serrateix y de la magnífica iglesia de San Pedro de Besalú, modelo de la arquitectura románica del siglo décimo.

Mientras favorecía Borrell estas construcciones no descuidaba de relacionarse con los sabios de su época, especialmente con Gerberto, á instancias del cual hizo un viaje á Roma para elevar á metropolitana la diócesis de Vich que regía Athón, hallando resistencia en el arzobispo de Narbona, en quien estaba vinculada la supremacía espiritual de Cataluña, por estar todavía Tarragona en poder de los sarracenos (*). Engolfado Borrell en esta política, que tendía á restar iglesias de la jurisdicción narbonense, le sorprendieron los disturbios de Besalú, donde Adalberto, señor del castillo de Parets, se negaba á reconocer al nuevo conde Vifredo, librándose un combate en el que pereció éste, de cuya venganza se encargaron sus hermanos el conde de Cerdaña y el obispo de Gerona, obligando á Adalberto de Parets á encerrarse en su castillo donde puso fin á sus días.

No fué este solo acontecimiento el que distrajo á nuestro conde de la obra de restauración que con tan

(*) No obstante, la silla de Vich fué metropolitana por algún tiempo.

felices auspicios había empezado. El poderoso Almanzor que en época del califa Hixem había adquirido toda la preponderancia militar, decidió tras 22 sangrientas expediciones apoderarse de las tierras de *Afrank,* como llamaban los árabes á Cataluña; y recogiendo las tropas de Tortosa y Tarragona, se dirigió á Barcelona mientras una numerosa flota debía por el Mediterráneo afianzar su conquista. Noticioso de ello Borrell, salió con su ejército á detener el empuje sarraceno; pero, vencido en la llanura de Matabóus, al pie mismo del castillo de Moncada, tuvo á buena suerte el poderse refugiar en Manresa desde donde hizo un llamamiento á todos los caballeros que en sus castillos y fortalezas esperaban el inminente peligro que les amenazaba. Sitiada Barcelona, caia á los cinco días en poder del terrible Almanzor que la pasó á sangre y á fuego, saqueando sus palacios, destruyendo los templos, y mandando cautivos á Baleares á los pocos cristianos que sobrevivieron á la hecatombe.



San Cucufate del Vallés.

Dueño Almanzor de casi toda Cataluña, pasó á Cór-

doba donde urgentes asuntos le llamaban, mientras el conde Borrell reunía en Manresa aquellos famosos guerreros entre los que se contaban el conde de Cerdaña Oliva *Cabreta,* los Cardonas, Moncadas, Rocabertis, Pinós, Alemany y Mataplana, apellidos ilustres que llenan en distintas ocasiones la gloriosa historia de este Principado. Estos caballeros á quienes concedió el conde grandes franquicias y el título de *homes de paratje* (*) emprendieron la reconquista de Barcelona con tan excepcionales proezas que la leyenda, engrandeciendo la empresa, hace aparecer entre ellos á San Jorge alentándolos y conduciéndolos á la victoria.

Barcelona se recobró en 985 y en poco tiempo fueron echados los moros de las tierras que invadiera Almanzor, llegando Borrell á encerrarles en los muros de Lérida. Asegurada asi la reconquista se dedicó el conde á dar derechos sobre tierras á cuantos caballeros le auxiliaron en la campaña, alcanzando el régimen feudal su más decidido apogeo, tanto, que necesitaba de una legislación vigorosa que pusiera á raya sus despotismos y desafueros.

Borrell había casado con Lutgarda de Auvernia, de la que tuvo dos hijos: Ramón Borrell que heredó los condados de Barcelona, Ausona, Manresa y Gerona, y Armengol que se quedó con el de Urgel. — Á su muerte, acaecida en 992, regía Hugo el condado de Ampurias; Gilaberto, el de Rosellón; Bernardo *de Tallaferro*, hijo de Oliva *Cabreta,* el de Besalú, y Vifredo, hermano de *Tallaferro,* el de Cerdaña.

(*) Hombres de paraje ó casa solariega, título parecido al de los hidalgos de Castilla. — BALAGUER. *Historia de Cataluña.*

RAMÓN BORRELL

Tenía apenas 20 años cuando Ramón Borrell sucedió á su padre en la corona condal y estaba casado con Ermesinda, hija del conde de Carcasona Roger *el Viejo*. Era esta agraciada princesa de tan clara inteligencia y dotada de tanto espíritu varonil que así ayudaba á su esposo en los asuntos de gobierno como en los de la guerra, no siendo raro verla dirigir personalmente la organización y equipo de expediciones mientras Ramón Borrell cuidaba de contener á los sarracenos que hostilizaban sus avanzadas fortalezas.

Dedicábase el jóven monarca á restaurar Barcelona, que habían asolado los árabes, cuando una segunda invasión de Almanzor le llamó al frente de sus tropas que fueron deshechas en Cervera, dejando el terrible general nuevos rastros de sangre en Cataluña. Abdelmelik, que carecía de las dotes militares de su padre Almanzor muerto en los campos castellanos, avanzó también por tierras del Panadés; pero, rechazado por los catalanes en Albesa de Urgel, se replegó en las montañas aragonesas, circunstancias que aprovechó nuestro conde para llevar á cabo una de aquellas empresas que merecen citarse más por lo que acusan de temeridad que de provecho.

El Califato de Córdoba, tan pujante en otro tiempo, era juguete de las ambiciones de Mohamet y de Solimán quienes acudían á los monarcas cristianos para hacerse con la suprema jefatura, habiendo Solimán logrado el auxilio de los castellanos y leoneses como Mohamet el del conde de Barcelona. Entonces tuvo lugar aquella arries-

gada expedición á Córdoba, que, dirigida por el conde Ramón Borrell, sostuvo valientemente la causa de Mohamet, hasta que en la batalla de Guadiaro fué completamente batida por los bereberes que defendían á Solimán, quedando en el campo Armengol de Urgel y los obispos Aecio, de Barcelona, Arnulfo, de Vich, y Otón, de Gerona, que al conde Ramón Borrell acompañaban.

De vuelta de esta expedición que dejó sentir sus horrores en Córdoba, dedicóse el monarca á extender sus dominios por tierras del Segre en donde le halló la muerte en 1018. Fué enterrado en el claustro de la catedral de Barcelona.

Berenguer Ramón I *el Curvo*

Sucedió á su padre á los 13 años de edad bajo la tutela de Ermesinda que ya en ausencia del conde Ramón Borrell había desempeñado el gobierno. La desmedida ambición de esta dama, que heredó por virtud testamentaria la soberanía de los condados de Barcelona, Ausona, Gerona y Manresa, llevó tantos disturbios á la casa de Barcelona que obligaron al joven monarca á firmar convenios y donaciones bien contra su voluntad, hasta que á los dos años se hizo cargo de la corona, casándose en 1021 con Sancha, hija del conde de Gascuña. De este matrimonio tuvo á Ramón Berenguer que había de sucederle en el condado, y á Sancho Berenguer que fué superior del monasterio de San Benito de Bages.

Las ambiciones de Ermesinda se reprodujeron gracias al carácter pacífico del conde, y dieron motivo á nuevos empeños de tierras y pleitos que dirimió en bien de todos el obispo de Gerona, hermano de Ermesinda; así

pudo Berenguer Ramón dedicarse á la confirmación de franquicias á los barceloneses y á los que ocupaban los castillos de la frontera sarracena, entre los que figuraban los del Panadés, Olérdula y La Granada.



San Benito de Bages.

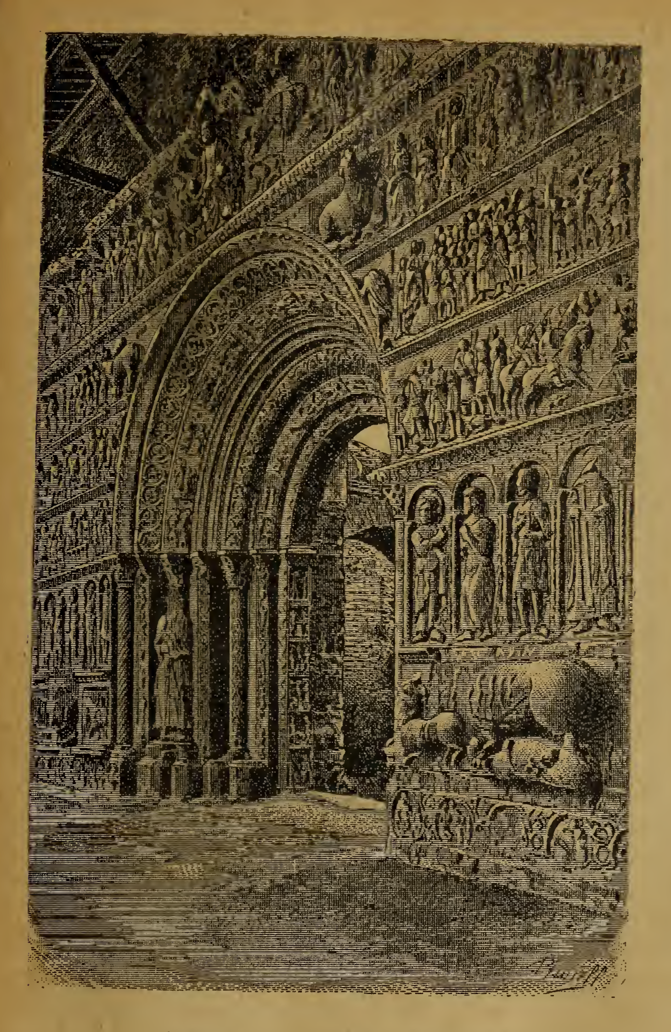
En 1027 casó en segundas nupcias con Guisla, hermana de Hugo é hija de Vifredo conde de Ampurias, Rosellón y Perelada, de cuyo matrimonio tuvo á Guillermo Berenguer que fué temporalmente conde de Ausona, cediendo más tarde este derecho al de Barcelona, su hermano Ramón.

Murió en 1035 cuando apenas contaba 30 años de edad y «como si en su última disposición quisiera revelar la pobre idea que tenía del poder, dividió entre sus

hijos las tierras de que nominalmente era soberano, en términos que á Ramón Berenguer, el primogénito, le dejó tan sólo los condados de Gerona y Barcelona hasta el Llobregat, legando á su hijo Sancho el país desde este río á tierras de árabes, con la ciudad de Olérdula, y á su segunda esposa Guisla y su tercer hijo Guillermo el condado de Ausona. La circunstancia de hallarse la mayoría de estos estados bajo la potestad real de Ermesinda, facilitó más tarde al citado Ramón Berenguer poder unir otra vez las posesiones, puesto que al subir al trono en 1035 tuvo que rescatarlas de manos de su abuela Ermesinda, que se retiró al castillo de Besora conservando hasta sus últimos días su altiva independencia» (*).

En tiempos de este conde tuvo lugar la última dedicación del monasterio de Ripoll llevada á cabo por el ilustre Oliva, obispo de Vich, que levantó la basílica destruída en 1835 y restaurada nuevamente en 1888 por el no menos ilustre Morgades que ha continuado dignamente la gloriosa tradición de la silla episcopal ausetana. También en 1033 y á instancia de Oliva se firmaba en Vich el convenio conocido por *Pau y treva,* por virtud del cual nadie podía promover guerras ni venganzas en el espacio de tiempo que se señalaba; determinación que, entre otros motivos, sería originada por las ambiciones de Hugo de Ampurias que deseaba extender sus dominios por tierras del Rosellón á cuya defensa se aprestaba el célebre Bernardo de *Tallaferro* cuando su hermano Oliva convocó á los litigantes que como otros señores firmaron el convenio.—Bernardo, conde de

(*) AULESTIA. *Historia de Catalunya.*



Portada del monasterio de Ripoll.

Besalú, adquirió el sobrenombre de *Tallaferro* (*) por sus valerosas hazañas y murió al vadear á caballo el Ródano, camino de Provenza á donde había ido á concertar el matrimonio de su hijo Guillermo que le sucedió en el condado. Sus cenizas están depositadas en una magnífica urna y en la nave central del monasterio de Ripoll.

Ramón Berenguer I *el Viejo.*

La prematura muerte de Berenguer Ramón *el Curvo,* dió lugar á que volviera la altanera Ermesinda á inmiscuirse en el gobierno de la casa de Barcelona, ya que su nieto Ramón Berenguer contaba á la sazón muy pocos años. Llegado éste á los 15, edad en que los príncipes podían ser armados caballeros, contrajo matrimonio con una dama francesa llamada Isabel, de la que tuvo á Pedro Ramón, y á otros dos hijos que fallecieron al poco tiempo de su nacimiento.

La madurez de entendimiento y la prudencia que ya en su menor edad demostró Ramón Berenguer, fueron aplicadas con provecho á reunir nuevamente los estados que su padre *el Curvo* había fraccionado en su testamento; llegando con su tacto especial á lograr que los nobles del país le prestaran homenaje y fidelidad, y que desistieran de sus ambiciones los condes de Urgel y de Cerdaña, quienes moralmente defendían las pretensiones

(*) Tallaferro logró elevar á obispado la diócesis de Besalú en 1017, extinguiéndose la sede en 1030 y en San Juan de las Abadesas á donde fué trasladada.

de Ermesinda que en el condado de Gerona representaba una verdadera potencia.

Ocupado en estos asuntos, en levantar monumentos y en restaurar el hospital de enfermos y peregrinos que en Barcelona había fundado el piadoso Guitardo, sorprendióle en 1050 la muerte de su esposa Isabel, muy apreciada de su pueblo, ya que en socorrer á las viudas, casas de enfermos y monasterios tanto se distinguía. Casado Ramón Berenguer con Blanca, á quien repudió, unióse en 1053 con la princesa Almodis de avasalladora belleza y repudiada también del conde Ponce de Tolosa. Las circunstancias excepcionales de esta unión, efecto de la corrupción de costumbres del siglo, dieron argumento á Ermesinda para turbar el sosiego del conde Ramón Berenguer, logrando que recayera la excomunión papal sobre la casa barcelonesa. En 1057 y en su castillo de Besora, moría á los 85 de edad la turbulenta Ermesinda, que fué enterrada en la catedral de Gerona de que era muy devota.

Desembarazado Ramón Berenguer de las disensiones de familia, y aprovechándose del desquiciamiento del Califato de Córdoba, cuidó de excursionar por la parte occidental de Cataluña echando á los moros de Agramunt, Cubélls y Camarasa y obligando á los valíes de la frontera á pagar *parias* ó tributos con los que se enriquecía el condado de una manera extraordinaria. En medio de sus conquistas no descuidaba las construcciones religiosas que tanto contribuían al desenvolvimiento de las artes: se terminaron las iglesias románicas de Vich y de Gerona, así como la de Barcelona (que ocupaba lo que es coro de la catedral), á cuya consagración asistió el conde, su esposa Almodis, los arzobispos

de Arlés y Narbona, los obispos de Barcelona, Urgel, Vich, Gerona, Elna y Tortosa (*) y un brillante séquito de los más renombrados príncipes y campeones de la patria.

Mientras tenían lugar estos faustos acontecimientos, lograba el valeroso Armengol de Urgel hacer tributarios á los valíes de Balaguer, Lérida, Barbastro, Monzón y Fraga; y, habiendo casado á su hija Felicia con el rey Ramiro de Aragón, á quien convenía la plaza de Barbastro, partió con las tropas de su condado á sitiar tan formidable fortaleza que fué tomada por asalto, cayendo el valeroso Armengol al pie de sus muros. Tantas y tales deberían ser las proezas de este conde, á quien da la historia el sobrenombre del *de Barbastro*, que su cabeza fué presentada al emir de Zaragoza, quien, puesta en una caja de oro, dicen que la llevaba consigo en las luchas contra cristianos para alentar á sus huestes á la consecución de la victoria.

La figura de Ramón Berenguer *el Viejo* iba tomando grandes proporciones á los ojos de los demás monarcas españoles, consiguiéndolas todavía mayores ante todos los de Europa cuando en 1071 promulgó los *Usatjes* en sustitución del *Fuero Juzgo* que continuaba rigiendo las tierras de la antigua Marca. Era necesaria una legislación vigorosa que, dando más predominio á la persona real, atajara los abusos y desmanes del feudalismo, sancionara los usos y costumbres que habían ido adquiriendo fuerza de ley, y, con el amparo del débil y disminución de exacciones, fuera de todos bien recibida

(*) Tortosa estaba en poder de los árabes. La asistencia, pues, del obispo á la consagración de la iglesia de Barcelona prueba la tolerancia mahometana, no debida á otra cosa que á la preponderancia de Ramón Berenguer *el Viejo*.

y para todos saludable; pero esto no debía hacerse por mera voluntad del soberano, sino con asentimiento, voto y consideración de cuantos comprendieran las exigencias de la época; así vemos al conde Ramón Berenguer citar al palacio de Barcelona á los magnates de sus dominios, y con ellos y con su esposa Almodis, deliberar y proclamar la nueva institución por la que se mandaba á todos tomar las armas en servicio de la patria *(Princeps namque)*, se imponía juramento de fidelidad á cuantos tuvieran bienes alodiales, se fijaban la duración de los litigios y la edad de los testigos castigándose el perjurio, se miraban como sumarísimas las causas en que intervenían extranjeros para perjudicarles lo menos posible, se determinaban los derechos y deberes de la familia, se proclamaba la libertad de testar, se amparaba al viajero sin distinción de clase y de creencias religiosas, se acudía, en una palabra, á todo; y, aunque se estableciera distancia entre el señor y el vasallo, se hablara de esclavitud tratándose de los sarracenos, se incluyeran la pena del talión, los juicios de batalla y otros



San Pedro de Galligáns (Gerona).

castigos corporales é indemnizaciones humillantes, debe mirarse el código de los *Usajes* como una obra principal atendidas la escasa cultura y la civilización de aquellas rudas edades. Esta obra, en cuya promulgación ven algunos historiadores la primera forma de las Cortes, constituye una de las glorias universales que compete exclusivamente al conde Berenguer, por más que en su confección tomaran parte las fuerzas vivas de la nacionalidad que se iba robusteciendo: ella sola basta á engrandecer un reinado, á sentar una reputación, á lograr el apogeo y la preponderancia de una corona.

Sentado con los Usatjes el fundamento de la legislación catalana, vemos á Ramón Berenguer engrandecer su condado con los derechos de su esposa Almodis al de Carcasona, cuidando de salvar con su prudencia las disensiones que pudieran originarse por parte de la familia de su suegro. La influencia de las costumbres y del régimen feudal de estos nuevos dominios fué verdaderamente decisiva en la cultura del país, y en ella se gozaba nuestro esclarecido conde cuando un acontecimiento inesperado vino á llenar de dolor la gloriosa mansión barcelonesa. Almodis había dado á su esposo dos hijos gemelos, Ramón Berenguer y Berenguer Ramón, que vivían en el palacio condal y en compañía del huérfano de madre Pedro Ramón, que jamás pudo moverse en afecto hacia su madrastra. Sea por recelos de sucesión, ya que Almodis tenía una suprema influencia sobre el conde, sea por odios y rencores domésticos, el melancólico Pedro Ramón asesinó á Almodis, desapareciendo del palacio condal para ir á Tierra Santa á expiar su crimen en virtud de una terrible penitencia que le impuso la Iglesia.

Apenado el conde por este infortunio y pensando hallar en la guerra un lenitivo á sus acerbos dolores, tomó parte en las luchas que en Murcia sostenían los emires de Toledo y Sevilla, hasta que una seria derrota le obligó á volver á Cataluña donde falleció en 1076 dejando la corona *pro indiviso* á sus hijos gemelos y con la condición de que en caso de muerte, heredara el superviviente las tierras y dominios del condado de Barcelona. Sus restos como los de Almodis fueron depositados en dos mausoleos de mármol en la restaurada catedral de Barcelona, y en 1545 se trasladáron á las urnas de madera que hoy se ven á ambos lados de la puerta del claustro.



Asesinato de Almodis.

Fué Berenguer el que más engrandeció sus estados, mereciendo el sobrenombre de *Viejo* por su prudencia, de *primer legislador de España* por su código de los Usatjes y de *muro del pueblo cristiano* por sus hazañas y construcciones religiosas. En su tiempo había en Cataluña, á más de los citados, las iglesias y monasterios

siguientes: Vilabertrán, cuya cruz procesional bizantina es una joya artística de primer orden; San Miguel de Fluviá, con su grandiosa torre de las campanas; San Pedro de Galligáns en donde tiene instalado Gerona su museo provincial de antigüedades; San Salvador de Breda (*), del que sólo quedan la iglesia con torre románica y un ala del claustro; San Martín Sarroca, cuyo ábside románico-bizantino es una preciosidad del siglo x; San Miguel del Fay con sus criptas donde los cristianos celebraban sus divinos oficios y enterraban á los mártires; Santa Cecilia de Montserrat, San Feliu de Guixols, San Esteban de Banyolas, San Pedro de Camprodón y otros que á pesar de haber sufrido mutilaciones y saqueos en los disturbios y guerras de este Principado, acusan la solidez y elegancia con que se llevaban á cabo tan importantes construcciones.

Ramón Berenguer II y Berenguer Ramón II

(Conreinado)

La excepcional previsión con que Ramón Berenguer *el Viejo* llevaba á cabo sus actos de gobierno no se perpetúa en su última voluntad al dejar establecido el conreinado de sus hijos, precisamente en una época en que el relajamiento del régimen feudal tenía campo abierto á las más desenfrenadas ambiciones. La sociedad en todas sus esferas era presa del delirio del poder, y nada de extraño que llegara esta influencia hasta las gradas del

(*) Fué fundado en 1041 por Ermesinda de Cabrera cuya sepultura se conserva en la iglesia.

trono, ocupado por dos hermanos cuya disparidad de carácter hacía prever un pronto y desagradable rompimiento.

Ramón Berenguer II, conocido por *Cap d'estopa* en atención á su ondulada y rubia cabellera, estaba dotado de gentil presencia y de un carácter tan suave como irascible y violento el de su hermano Berenguer Ramón, á quien luego conocería la historia con el sobrenombre de *Fratricida*. Las disensiones que entre ellos principiaron á surgir inmediatamente después de la muerte de su padre, dieron lugar en 1079 á la división de la ciudad de Barcelona con todas sus rentas desde el Besós al Llobregat, ocupando Ramón la casa condal en una época del año y Berenguer en otra.

En esta división, como en tantas que de tierras y castillos se hicieron, parece que llevaba la peor parte el *Cap d'estopa*, quien, no por falta de energía sino por ganas de transigir con su hermano, se conformaba á la decisión del obispo de Gerona, que á instancias del Papa Gregorio VII logró aparentemente conjurar las malas voluntades que ambos condes se tenían.

La circunstancia de haber casado Ramón Berenguer con Mahalta, hija del duque de Calabria, y el nacimiento en 1082 del futuro heredero de la corona condal, encendieron nuevamente las iras de Berenguer Ramón, cuya rudeza y carencia de afecto conyugal contrastaba visiblemente con la felicidad y armonía del conde padre y de su esposa Mahalta.

Estando un día el conde Ramón de caza en los frondosos bosques que se extienden entre Hostalrich y San Celoni, desapareció de entre los que le acompañaban, siendo hallado con cien heridas y en medio de un char-

co de sangre cerca de una apacible laguna que todavía se conoce con el nombre de *Gorch del Compte*. La tradición, encargada de poetizar todo lo extraordinario, presenta al astor que solía el conde llevar en sus cacerías, como autor del descubrimiento del cadáver, y aun le hace volar en frente de la fúnebre comitiva y caer muerto de tristeza al llegar á la puerta de la catedral de Gerona donde la comunidad recibía los despojos del infortunado conde. Dice más la tradición: dice que el capiscol trocó irresistiblemente el *Subvenite Sancti Dei* por el *Ubis est Abel, frater tuus?* (Caín ¿dónde está tu hermano?) palabras que deberían anonadar á Berenguer Ramón II y que, según frase de un autor, resonaron por las bóvedas del templo como la voz de la justicia divina. — En el mismo lugar donde cayó muerto el astor ó halcón, pusieron otro de madera los piadosos gerundenses, y cuando fué restaurado el frontispicio, se cambió aquél por uno labrado en piedra que existe todavía.

Ramón Berenguer fué enterrado con mucha pompa en la citada catedral donde puede verse su mausoleo colocado sobre la puerta de la sacristía.

Berenguer Ramón II *el Fratricida*

(Reinado único)

Aun contra la sospecha de fratricidio que cundió á raíz de tan inesperado suceso, empuñó el conde Berenguer Ramón las riendas del gobierno conforme la voluntad testamentaria de su padre.

La viuda Mahalta tuvo por de pronto que acudir á la beneficencia de algunos señores, obligándose á empeñar



Asesinato de Berenguer Ramón el *Cap d' estopa*

en nombre propio y en el de su tierno hijo los diezmos que recibía del castillo de Senmanat; mas ésta para ella dificilísima situación no debía durar mucho, pues, pasado el estupor que de momento causó el funesto crimen, acudieron los nobles y barones en defensa de la desolada viuda y del inocente huérfano. Ramón Folch, vizconde de Cardona, y Bernardo Guillermo de Queralt fueron los primeros en concertarse para vengar la muerte del conde Ramón, resolviendo en asamblea privada y con los nobles adictos á la causa, poner al huérfano bajo la tutela de Guillermo, conde de Cerdaña, y de su esposa Sancha hasta que el tiempo ó los sucesos precipitaran al *Fratricida* del trono que á despecho de todos ocupaba. Pero ante esta leal adhesión de los nobles á la viuda Mahalta, estaba el testamento de Berenguer *el Viejo* que dejaba heredero al hermano que al otro superviviera; lo cual, unido á que algunos nobles esperaban que se pusiera en claro el crimen, y á la repugnancia que había en muchos de mermar el prestigio de la dinastía, dió por resultado que el *Fratricida* se encargara de la tutela de su sobrino hasta que éste contara la edad de 15 años en que debía ser armado caballero.

La situación otra vez apurada de la condesa Mahalta halló eco en Aymérico, vizconde de Narbona, quien le ofreció su mano y su protección, casándose en 1086 con la viuda de la que tuvo cuatro hijos. Muerto Aymerico en una expedición que hizo á Tierra Santa, abandonó Mahalta la ciudad de Narbona para volver á Cataluña, donde pasó los años de su viudez y falleció en 1112 cuando ya gobernaba su hijo Ramón Berenguer III apellidado *el Grande*. Fué enterrada esta desgraciada condesa en la catedral de Gerona, pudiéndose ver su se-

pultura en el muro opuesto al que ocupa la de su esposo Ramón Berenguer el *Cap d' estopa.*

Mientras tenían lugar los anteriores sucesos, acaecían en el condado del Rosellón varias revueltas motivadas por la tiranía y exacciones de los señores feudales. Los vasallos, negándose á pagar sus tributos, habían constituído como una especie de milicia para hacer frente al poder feudal desprestigiado por la débil administración del *Fratricida;* y ya iba el feudalismo á descargar sus iras contra Carcasona, cuando poniéndose de parte del pueblo el valeroso Bernardo Atón y la clerecía, tuvieron que ceder los señores feudales en su empeño.



Castellón de Ampurias.

Entretanto Berenguer Ramón, que jamás pudo contar con la nobleza catalana, buscaba ocasiones para borrar la malquerencia de su pueblo ó para ahogar la voz de la conciencia que desde la muerte de su hermano no deja-

ría de atormentarle. Las guerras que entre el emir de Zaragoza y los valíes de Denia, Tortosa y Lérida se suscitaron, decidieron á Berenguer á ponerse al lado de los valíes en compañía de quienes tuvo que habérselas con el famoso caballero castellano el *Cid Campeador* que, caído en desgracia de Alfonso VI de Castilla, favorecía la causa del emir de Zaragoza. Acreditóse Berenguer de buen paladín en estas luchas; pero no habiendo, á ruegos del sarraceno, querido levantar el sitio de Almenara, fué hecho prisionero del *Cid* después de haber sido derrotado y perdido buena parte de su gente. Llevada la guerra á Valencia, no fué Berenguer más afortunado que en los campos de Almenara, pues cayó nuevamente en poder de su enemigo el *Cid Campeador,* con quien, desde entonces, mediaron relaciones cordialísimas que debía más adelante estrechar Berenguer *el Grande* casándose con una hija del héroe castellano.

Las atrevidas correrías que en 1065 y por su cuenta hacía el famoso conde de Urgel, Armengol *de Gerp,* tomando los pueblos de Sanahuja, Guisona y la importante plaza de Balaguer á los árabes, facilitaron al conde Berenguer ocasión propicia para resarcirse de las pasadas derrotas con la toma de Tarragona, en la que interesó al obispo de Vich logrando que el papa Urbano II aprobara la empresa. Activadas las diligencias al sitio pertinentes, púdose pronto batir la osada guarnición sarracena que, derrotada y dispersa, pasó á engrosar las de Tortosa y Lérida en tanto que se purificaba la antigua Tarragona cuya restauración no había de llevarse á cabo hasta el reinado venidero.

Entre este celebrado suceso y la desaparición del conde Berenguer de la casa de Barcelona anda algo

oscura la historia para que puedan señalarse los hechos de una manera terminante. Supónese que los nobles Ramón Folch, Bernardo de Queralt y Arnaldo de San Martín, llamaron á *juicio de Dios* ante Alfonso VI de Castilla al conde *Fratricida*, el cual, vencido y declarado autor del crimen que se le imputaba, pasó á formar parte de la segunda cruzada que Godofredo de Bouillon llevaba á Tierra Santa, expiando ante los muros de Jerusalén su enorme delito y sus pasadas culpas. (1097.)

Ramón Berenguer III *el Grande*

Muy joven entró á gobernar el condado catalán el huérfano Ramón Berenguer, que sin duda adquiriría sus dotes militares en las campañas emprendidas por su tío en el campo de Tarragona. Apetecido su gobierno por los nobles que defendieron su causa, y por el pueblo que miraba con malos ojos la tutela del *Fratricida*, había el joven conde de corresponder largamente á los deseos de todos, ya que acometió empresas que le valieron el sobrenombre de *Grande*, enriqueció su condado con extensos dominios independientes, trajo la civilización del mediodía de Francia, y echó los cimientos de la preponderancia marítima, preparando así el grandioso edificio de la Confederación catalano-aragonesa.

En los primeros años de su reinado y cuando los fieros almoravides venían á levantarse sobre las ruinas del Califato de Córdoba, acarició Ramón Berenguer la toma de Tortosa hasta entonces intentada sin provecho por sus antecesores. Favorecía sus planes el haber casado con una hija del *Cid*, quien, por tierras de Va-

lencia donde guerreaba, le aseguraría de toda acometida por parte de los árabes; y ya había el conde fortificado Amposta al objeto, cuando la inesperada muerte del paladín castellano le hizo desistir de su determinado propósito. Igualmente tuvo que dejar para más adelante la anexión del condado de Carcasona que desde la revuelta contra el feudalismo gobernaba Atón, quien pareció desentenderse de la soberanía que la casa barcelonesa tenía sobre aquella región transpirenáica.

Por estos tiempos se negaron los moros de Balaguer á pagar sus tributos á la casa de Urgel, cuyo conde Armengol *de Mayeruca* había pasado á Valladolid, casado con una hija de Pedro Anzures, y muerto en una emboscada después de haberse coronado de gloria en los campos de Andalucía al lado del rey Alfonso de Castilla. Avisado Pedro Anzures de la ofensa inferida al condado de su yerno, vino á Cataluña y solicitó la ayuda de Berenguer *el Grande* para la conquista de la plaza de Balaguer, que, estrechada y batida por las tropas de Urgel y de Barcelona, cayó con todos sus castillos de la ribera del Segre en poder de Pedro Anzures, quien hizo donación del de la Rápita al conde Berenguer por haberle prestado su valiosa influencia.

Decidíase ya Ramón Berenguer á defender sus derechos al condado de Carcasona, cuando los almoravides le obligaron á resistir sus empujes que amenazaban seriamente las comarcas meridionales; y si bien logró derrotarlos en el Panadés, no pudo impedir que incendiaran muchos pueblos, talaran extensas campiñas, y destruyeran cuantas fortificaciones y resistencias hallaran á su paso.

Posteriormente á estos hechos y antes de contraer

nuestro conde el matrimonio que tanto había de engrandecer sus dominios, logró anexionar á su condado el de Guillermo Bernardo de Besalú, quien, habiendo casado con la hija que Ramón Berenguer tuvo de su primera esposa, prestó homenaje á la casa de Barcelona, cediéndole sus posesiones en caso de morir sin sucesión directa, como acaeció en 1111. El conde de Cerdaña, que estaba emparentado con Guillermo de Besalú, hizo sus reclamaciones á Ramón Berenguer y aun se levantó en armas para defender sus derechos, reconociendo por fin á la casa de Barcelona como legal posesora del condado y testando en favor de ésta por haber muerto sin sucesión en 1117.



San Pedro de Roda.

En 1112 y viudo de su segunda esposa Almodis, contrajo Ramón Berenguer matrimonio con Dulcia, hija y heredera de los condes de Provenza, quien, á más de aportarle tan rico patrimonio, aseguró la sucesión de la corona condal con gran alegría y regocijo de todos los

súbditos. Era la Provenza una fertilísima región tan rica en armas como en letras, de mucho empuje marítimo y de venerandas costumbres, pues que los árabes apenas habían dejado en ella recuerdo alguno de su dominación tan poco afortunada como pasajera. Entre los diferentes ramos de su refinada cultura, descollaba la *Poesía Provenzal* que se valía de la lengua vulgar para enaltecer sus bellísimos ideales, especialmente el *Amor* que tenía su *Corte* en los castillos donde los *Trovadores* recibían espléndidos presentes de las damas á cuya disposición ponían sus arpas y sus creaciones. Estaba la Provenza en pleno siglo de oro del romanticismo cuando pasó á formar parte del condado catalán, y en él dejó sentir marcadamente su influencia, especialmente en el idioma derivado de la *lengua d'oc* que desde tierras provenzales hasta las de Valencia señoreaba.

Poderosa la corona catalana con tan pingües posesiones, pensó de nuevo el conde Berenguer en sus estados de Carcasona donde tanta privanza había adquirido el orgulloso Atón, quien, comprendiendo la superioridad del conde de Barcelona, consiguió mediante serios dispendios el auxilio del rey Alfonso de Aragón, que pasó con tropas á defender las pretensiones de su nuevo aliado. La lucha amenazaba ser costosa y dificilísima para ambos contendientes, ya que fuertes eran la corona y el condado, lo que, previsto por el arzobispo de Narbona, se logró conjurar obligándose Atón á reconocerse feudatario de Ramón Berenguer, á quien prestó de momento los debidos homenajes.

De vuelta de aquellas tierras, tuvo Berenguer *el Grande* que reprimir las ambiciones de Ramón de Castellet, á quien había apeado de la veguería de Barcelona;

y cuando lograba someterle á su obediencia, se ofreció á Berenguer la ocasión propicia de llevar sus pendones allende los mares, donde por primera vez habían nuestros condes de dejar sentada su indiscutible preponderancia. Había entonces la república de Pisa solicitado y obtenido del papa Pascual II la bula de cruzada contra las piraterías de los árabes de Mallorca, y marchaba á destruirlos con una flota que, perdido el rumbo, desordenada y dispersa, llegaba á Blanes en 1113. Enviado mensaje á Ramón Berenguer, aceptó éste el ofrecimiento de dirigir la empresa de los pisanos, y, después de muchas contrariedades y de la peste que se cebaba en los ejércitos, partió del puerto de Salou con 500 naves, en compañía de los obispos de Barcelona y de Gerona, de los condes de Ampurias y de Cerdaña, del vizconde de Cardona y de otros distinguidos caballeros del Rosellón y de la Provenza. Llegada la flota á la isla de Ibiza, dispuso Berenguer el ataque de los primeros recintos de la capital por los pisanos, reservándose para sus tropas de Cataluña la rendición de la Zuda ó Alcázar donde con el valí solían estar concentradas las más excelentes compañías de defensa. Tomada esta fortaleza tras una ruda y costosísima pelea, rescató Berenguer á muchos cautivos de sus mazmorras y arrasó los muros para dirigirse sin pérdida de tiempo á Mallorca, que estaba defendida por los fieros y denodados almoravides. — No esperaron éstos que los cruzados les encerraran en las murallas de Palma; salieron á contener las avanzadas que principiaban á invadir la llanura, pero fueron destruídos por las huestes de Ampurias y Rosellón que, ganando palmo á palmo el terreno, arrimaron sus poderosas máquinas de guerra á los muros, batiendo en todas direcciones la

plaza que comenzaba á flaquear en sus fortalezas de recinto. La peste que recrudeció en los cruzados obligó á suspender las operaciones que se reanudaron en 1115, probando los almoravides otra salida de la que resultó Ramón Berenguer herido en el brazo, si bien consiguiendo una decisiva victoria. Atacada la capital por todas partes, logróse tras ocho poderosas embestidas dominar las torres de la Almudaina y encerrar en la Zuda al valí árabe que la creía inexpugnable y que la vió caer en manos de sus enemigos después de una horrorosa matanza (*).

Esta gloriosa empresa, que dió tanta importancia militar á la casa de Barcelona, fué aprovechada por Ramón Berenguer para asegurar su influencia marítima en el Mediterráneo, contraer relaciones comerciales con las entonces potentes repúblicas de Génova y de Pisa, y favorecer la concurrencia de naves al puerto de Barcelona relevándolas de los tributos que antes satisfacían á sus habitantes. Igualmente logró que dichas repúblicas le ayudasen en la campaña de Tortosa que acariciaba desde los primeros años de su reinado y para cuya ejecución creyó necesaria la restauración de la desolada Tarragona, que donó al piadoso Olegario, venido con Dulcia de Provenza y aclamado obispo por los habitantes de Barcelona. Este virtuoso prelado, elegido arzobispo en 1128 y santificado más tarde por sus merecimientos, tomó con tanto celo la repoblación de Tarragona y la fábrica de la hermosa catedral hoy exis-

(*) Los catalanes abandonaron la isla de Mallorca: su objeto fué abatir la piratería y alcanzar la superioridad en el Mediterráneo, como lo consiguieron.

tente, que, para dar digno remate á su obra, cedió el poder temporal al caballero normando Roberto de Aguiló, cuya esposa Sibila, tomando la espada y vistiendo la coraza del guerrero, quedaba encargada de la dirección militar de la plaza mientras Roberto pasaba á Normandía en recluta de gente para engrandecer y mejorar su nuevo feudo.



Asalto de la Zuda.

Los ejércitos que reuniera Ramón Berenguer para el asedio de Tortosa (que como Lérida se declaró inmediatamente su feudataria) tuvo que ocuparlos en asegurar sus dominios de Provenza y Lenguadoc, donde mantenía sus pretensiones el conde de Tolosa que se titulaba marqués de aquellos estados. Mucho tiempo absorbió á Berenguer este litigio que no se acabaría con la guerra,

y en 1125 firmó un tratado por el que reconocía á Alfonso de Tolosa en la posesión de aquellas tierras, para atender á una nueva invasión de almoravides que en el castillo de Corbíns, confluencia del Segre y Noguera Ribargorzana, derrotaron á las huestes del conde, muriendo en la pelea el denodado conde de Pallárs y otros muchos caballeros catalanes.

De vuelta á su condado, que encomendó durante su ausencia á Hugo de Ampurias, tuvo que conminar duramente á éste por el despojo que de diezmos y otros derechos hizo á la catedral de Gerona; y aun se añade que indignado Hugo de la amonestación condal, se fortificó en su corte de Castellón haciendo armas contra Ramón Berenguer, que abatió su altanería llevándole preso á Barcelona.

Cansado, por fin, el conde de su trabajoso gobierno y apenado por la muerte de su esposa Dulcia, ingresó en la orden de los caballeros Templarios, que entonces se había establecido en Cataluña; y en 1131, después de una vida tan gloriosa, quiso morir como pobre en el hospital de Santa Eulalia de Barcelona, encomendando se le diera sepultura en el monasterio de Santa María de Ripoll (*). Dejó la corona á su hijo Ramón Berenguer IV, reservando la Provenza para su segundogénito Berenguer Ramón, y rentas á su hija Berenguela, que había casado con el rey Alfonso VII de Castilla.

A la muerte de este glorioso príncipe estaba perfec-

(*) Los restos de este conde pudieron salvarse de la destrucción de 1835, siendo depositados en el Archivo de la Corona de Aragón y trasladados en procesión solemne á Ripoll en 1893.

tamente delineada la región catalana. Los condados que Vifredo *el Velloso* dividiera entre sus hijos, pasaban otra vez á la soberania de la casa de Barcelona, quedando solamente con vida propia el de Urgel y continuando las ciudades de Tortosa y Lérida en poder de los árabes, si bien pagando tributos á la corona de nuestros condes. Es también en este reinado cuando aparece en las crónicas el nombre de CATALUÑA acerca de cuya etimología tanto han discrepado los autores, pues mientras unos quieren hallarla en Otjer *Catalón,* héroe de existencia puramente fabulosa, la determinan otros, con más acierto, en *Gothalania,* tierra de godos, como dejamos señalado en una nota.



Ramón Berenguer III *el Grande.*

Ramón Berenguer IV *el Santo*

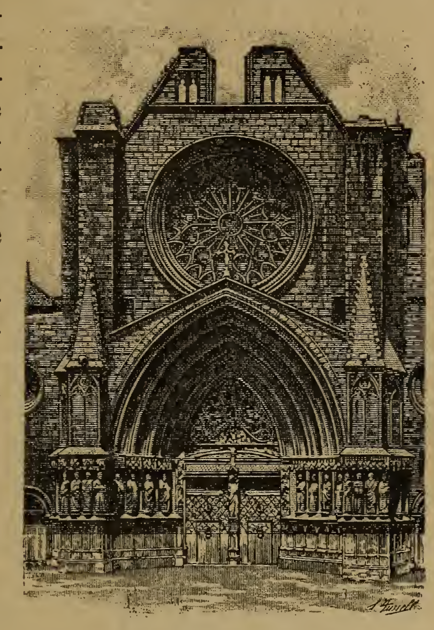
Sucedió en el gobierno á su padre Berenguer *el Grande*, poseyendo como se ha dicho el grandioso con-

dado de Barcelona al que unió los estados de Aragón en virtud de un acontecimiento tan inesperado como provechoso para la dinastía catalana.

La falta de sucesión directa del rey de Aragón Alfonso *el Batallador,* desaparecido en la batalla de Fraga, y el reparto que en su testamento había hecho de sus dominios á los Templarios, Hospitalarios y Caballeros del Santo Sepulcro, decidió á los aragoneses, opuestos á la voluntad del *Batallador*, á interesar al hermano de éste Ramiro *el Monje* para que volviera á encargarse de la corona con el objeto de evitar los conflictos que originaría tal disposición testamentaria. Obtenida por Ramiro la dispensa papal y el consentimiento para contraer matrimonio con Inés de Poitiers, salió del convento y ocupó el trono de Aragón que le disputaban Alfonso VII de Castilla y Garci Ramírez de Navarra á quienes logró Ramón Berenguer IV reducir á sus estados si bien con indemnización, por parte de Ramiro, de algunas tierras y castillos. Sea por esta feliz intervención del conde de Barcelona, por las negociaciones del senescal Guillermo Ramón de Moncada ó por el deseo que tenía Ramiro de volver á la tranquilidad del claustro, concertaron los nobles aragoneses el matrimonio de Petronila, hija del rey, con Ramón Berenguer IV por ser «caballero excelente y monarca tan discreto como benigno»; y en 1137 cuando apenas contaba dos años Petronila, dióla Ramiro por esposa *ad futurum* al conde, con la expresa condición de que en caso de morir Petronila antes que su esposo, quedase éste en plena posesión de la corona aragonesa.

Grandes dificultades se presentaron á nuestro conde en el gobierno de tan poderosa monarquía; aumentábanlas las pretensiones de los reyes de Castilla y de Nava-

rra sobre las nuevas tierras; acrecianlas los desmanes de Hugo de Ampurias, orgulloso de su hueste y más que de todo de su flota; y la muerte de San Olegario ocurrida en Tarragona y sentidísima por el pueblo, privaba á Ramón Berenguer de un saludable consejero para conjurar los disturbios y complicaciones que podrían sucederse. No por ello desmayó el conde de Barcelona, de entereza sin igual en los conflictos y decidido y voluntarioso por las cosas de la guerra: puso en orden el régimen y gobierno de sus estados, acalló á los descontentos que pudieran mortificarle con sus exigencias, y logró apaciguar á su cuñado el rey de Castilla después de haber conseguido el homenaje del revoltoso conde de Ampurias que inútilmente gastó sus energías contra tan poderosa potencia. Más terco Garcí Ramírez de Navarra, continuó en armas por largo tiempo; pero habiéndole salido al encuentro Alfonso de Castilla, que habia pactado con Ra-



Catedral de Tarragona.

món Berenguer, fué encerrado en Pamplona hasta que por mediación del conde de Tolosa se hicieron las paces, casando más tarde el primogénito del rey Alfonso con la hija de Garci Ramírez. También por entonces el Gran Maestre de la orden militar del Hospital vino á negociar sus derechos á la corona de Aragón en virtud del testamento del *Batallador*; mas conociendo el poco éxito que tendría su empresa ó tal vez reducido por la alta política de nuestro conde, renunció en favor de éste y de sus herederos las posesiones que pretendía.

Libre ya Ramón Berenguer IV de estas contiendas y reclamaciones, pudo cuidar de los asuntos de Provenza donde peligraba la soberanía de su hermano que, como se ha dicho, la había adquirido á la muerte de Berenguer *el Grande*. La poderosa casa de los Baucios de la que Raimundo había casado con Estefanía, hermana de Dulcia, disputaba la mitad de las tierras provenzales al heredero Berenguer Ramón, y aun era protegida con armas y gentes por el conde de Tolosa que miraba con envidia la influencia de la casa barcelonesa allende el Pirineo. El asesinato del conde Berenguer Ramón por los baucenses ó *baucios*, decidió al de Barcelona á llevar sus tropas á Provenza, donde recrudeció la guerra en tales términos que, indignada la nobleza de las tropelías de los revoltosos, se puso decididamente al lado de Ramón Berenguer IV. Arles y otras poblaciones que tremolaban el pendón de los Baucios fueron tomadas á la fuerza por nuestro conde, obligado á volver á Cataluña para castigar la mala fe de Garci Ramírez que talaba los campos de Aragón llegando á las riberas del Segre en sus atrevidas correrías. En Barcelona y preparando los ejércitos para ir contra Navarra, recibió Berenguer IV

el homenaje del turbulento Raimundo de Baucio que desistía de sus ambiciones en la Provenza cediendo sus tierras al conde en completa soberanía.

La guerra contra Garcí Ramírez prometía ser durísima y sangrienta á juzgar por los preparativos del conde de Barcelona, y sólo por la intervención de los prelados, que eran enemigos de las luchas entre cristianos, pudo ajustarse una tregua entre los contendientes quienes convinieron en formar parte de la expedición á Almería cuya conquista había proyectado Alfonso VII de Castilla. La empresa de Almería, cuyos piratas infestaban el Mediterráneo, señala el apogeo de las armas cristianas que saliéndose de los límites de sus conquistas van á atacar á los árabes precisamente donde tienen sus formidables posesiones protegidas por la proximidad de las costas africanas. Nada de extraño, pues, que para tan atrevido empeño se unieran los reyes de Castilla, Navarra y el conde de Barcelona, quien por sus relaciones con Génova y Pisa, logró juntar una flota de 1,000 naves en la que, á más de los guerreros aragoneses y provenzales, figuraban el conde Armengol de Urgel, el senescal Guillermo Ramón de Moncada, Guillermo de Anglesola, Ramón de Cabrera, Pons de Santa Pau, Gilaberto de Centellas, Galcerán de Pinós, Sancerni y otros caballeros de no menos afamada y esclarecida estirpe. Convenido el ataque que debían verificar por tierra los reyes de Castilla y Navarra mientras la flota de nuestro conde batiría la del golfo y fortificaciones del puerto, principiaron los actos de heroismo por ambas partes, hasta que destruída la caballería árabe y arrasadas las trincheras de Almería por las huestes de Urgel y de Guillermo de Montpeller, cayó la plaza en poder de los

aliados que la pasaron á cuchillo después de dos meses de asedio y acometidas, en una de las cuales cayeron prisioneros Sancerní y Galcerán de Pinós á quienes la tradición traslada de Granada á sus respectivas posesiones merced á la intervención de la Virgen que invocaban en sus fervorosas plegarias. Repartido el botín, que fué inmenso, contentóse el conde Berenguer con las puertas de la ciudad las que, llevadas á Barcelona, fueron colocadas en el antiguo portal de Santa Eulalia.

Alentado Ramón Berenguer por esta victoria decidió sin pérdida de tiempo la toma de Tortosa aprovechándose de las tropas genovesas y provenzales que le secundaron en la campaña de Almería. Tomados los formidables recintos de la ciudad que defendía una línea de 40 torres, concentróse el ataque en la Zuda donde solían los árabes batirse con tanto denuedo, habiendo para ello necesidad de acudir á la construcción de castillos ambulantes que gracias al desprendimiento del obispo de Barcelona pudieron terminarse como contenerse las deserciones que por falta de pagos se iniciaban en los aventureros que solían formar parte de las más ruidosas empresas. Vista por los moros la obstinación de Ramón Berenguer en tomar la Zuda, pidieron un plazo de 30 días al cabo de los cuales debían rendirse si no les llegaban auxilios de Valencia; los auxilios no vinieron, y en 1149 era Tortosa cristiana para siempre, pues si bien intentaron los moros recobrarla, hace la historia mención de la defensa que á su cargo emprendieron las mujeres de Tortosa guerreando como buenas en los muros y logrando ahuyentar las falanges enemigas que en la ciudad de Lérida tenían su último baluarte.

Sólo quedaba en Cataluña una población en poder de

los árabes, y era ésta la de Lérida que ellos consideraron siempre como la más importante, tanto por su industria militar como por lo extenso y productivo de sus campiñas. Convenida ya entre el conde y Armengol de Urgel la ocupación de Lérida cuando la campaña de Almería, bajaron los famosos montañeses de las cuencas del Segre á reunirse con las huestes del conde de Barcelona que, sentados los reales en la altura de Cardeny, dispuso que se formalizara á la vez el sitio de Fraga en atención á la multitud de guerreros que habían acudido á la cita.



Campanario de Tarragona.

Sabedor de que algunas taifas que merodeaban por las riberas del Segre y del Cinca se concentraban para llevar á Lérida nuevo contingente de defensa, despachó el conde en contra de ellos á los *almogávares*, milicia auxiliar que se hacía temible por su bravura y cuyo nombre tanto había de llenar las páginas de la historia. Reducidos así los árabes á los muros de Lérida, fué ésta

tomada á despecho de su resistencia, quedando concluída la reconquista catalana; pues los pequeños núcleos que todavía quedaban en las escabrosidades de Prades y de Ciurana fueron dispersados por las tropas del conde, señalándose en esta jornada el caballero Bertrán de Castellet que obtuvo en feudo la tenencia del castillo de Ciurana. Cumplimentado el convenio que hiciera Ramón Berenguer con el conde de Urgel dándole los castillos de Aytona y Albesa, concediéronse franquicias á los habitantes de Lérida para estimularles en la repoblación, y extendióse la carta-puebla á los de Tortosa por la que se les otorgaba derechos de caza y pesca bajo el impuesto de la novena parte de lo que con las salinas producían.

En 1150 llevóse á cabo el matrimonio de Ramón Berenguer IV y D.ª Petronila que había ya cumplido los 15 años; pero estaba escrito que no pudiera nuestro soberano gozar de una tranquilidad duradera, pues su tía, la viuda de Baucio, resucitaba con su hijo Hugo y con el conde de Foix aquellas antiguas disensiones que tanto ensangrentaron las llanuras de Provenza. Sin embargo, la política del conde supo vencer de momento tales dificultades por medio de un tratado, así como someter al vizconde de Carcasona Raimundo de Trencavello, hijo del turbulento Atón y muy dado á distraer con sus pretensiones la atención que el soberano necesitaba aplicar al gobierno de tan importante monarquía.

Otras luchas tuvo que sostener Ramón Berenguer IV en defensa del hijo que había dejado su hermano el conde de Provenza y de sus estados de Aragón sobre los que renovaba sus ambiciones el hijo y sucesor de Garci Ramírez, todo lo que llevó á feliz término el monarca

aliándose con el rey de Inglaterra y concertando el matrimonio del infante de Aragón con la hija del rey de Castilla. Atareado en esto y en dirimir las contiendas que se suscitaron en ciertos feudos, le sorprendió una nueva rebelión de los Baucios que contaban esta vez con la valiosa protección de Federico Barbarroja emperador de Alemania. Sólo un acto de alta política podía salvar á Ramón Berenguer del conflicto que le amenazaba. La muerte de Alfonso VII de Castilla, acaecida poco tiempo antes, le prestó ocasión para hacerse con la amistad de Barbarroja, pues consiguió que Riquilda, viuda de Alfonso y parienta del de Alemania, se casara con su sobrino Berenguer Ramón que había heredado las posesiones de la Provenza. Privados así los Baucios de la protección de Barbarroja, fueron acosados con ímpetu por el conde de Barcelona que arrasó las fortalezas de Arles y Baucio encerrando á los revoltosos en el castillo de Trinquetaille con el que vinieron al suelo la arrogancia y las ambiciones de aquella temida raza.

Pasaba el conde Ramón Berenguer á Italia para dar cumplimiento á un tratado que firmara con el emperador Barbarroja, cuando en el burgo de San Dalmacio, cerca de Génova, le sobrevino una terrible enfermedad falleciendo en 1162 después de haber testado ante sus acompañantes, dejando á su primogénito Ramón (después Alfonso) heredero universal de «sus estados y honores de Aragón y Barcelona», excepción hecha del condado de Cerdaña, señorío de Carcasona y derechos de Narbona que reservaba para su segundo hijo Pedro. A voluntad suya fué conducido al monasterio de Santa María de Ripoll, donde se le dió sepultura en una urna de plata que se llevaron los franceses en 1794.

Este glorioso monarca mereció que la posteridad le calificara de *prudente* ya que jamás quiso tomar el título de Rey, contentándose con el de Príncipe y Marqués de Aragón; de *caballero* por haber llevado á cabo tantas y tan afortunadas empresas; de *político* por haber sabido conjurar inminentes conflictos; y de *piadoso* por haber favorecido las construcciones religiosas de Poblet y Santas Creus, por todo lo que el Papa queriendo sintetizar tantos merecimientos le distinguió con el sobrenombre de *Santo*.

Desde la muerte de Ramón Berenguer IV las gloriosas empresas de la casa de Barcelona se hermanan con la de Aragón, y los soberanos que las acometen destacan en los anales de España como dignísimos representantes de tan poderosa y dilatada monarquía. Cataluña al unirse con Aragón, se halla enteramente libre de las huestes musulmanas; de un simple feudo establecido por el imperio franco había llegado en menos de tres siglos á ser una nación respetable bajo todos conceptos; el ejército y la marina hállanse perfectamente organizados; las cartas-pueblas proporcionan grande incremento á la vida municipal y favorecen con sus concesiones la repoblación y el progreso de los más pequeños lugares; el comercio y las artes imprimen su soberana influencia en las costumbres; va reduciéndose la preponderancia feudal á medida que el país otorga á sus príncipes una confianza absoluta, y las soberbias construcciones de Poblet y Santas Creus, se disponen á recibir dignamente las cenizas de la dinastía catalano-aragonesa



1. Cúpulas y muralla de Poblet. — 2. Puerta real — 3. Puerta dorada.
4. Biblioteca. — 5. Bodega.

El origen del monasterio de Poblet va envuelto en una de aquellas tradiciones religiosas que ofrecen señalado contraste con la condición revuelta y batalladora de la Edad media. En el valle de la Conca de Barberá apellidado *Lardeta* por los moros, vivia en 1120 un oscuro ermitaño á quien prendió por tres veces el árabe Almominiz que era señor del castillo de Ciurana. Librado milagrosamente el ermitaño de las prisiones con que le asegurara Almominiz, logró de éste la franca donación de la parte del valle donde tenía la choza á la que acudieron otros compañeros atraídos por las singulares virtudes del eremita. Los desmanes de algunos vasallos del valí de Lérida que atentaban contra la vida pacífica de estos religiosos, dieron lugar en 1130 á que aquél confirmara por medio de un decreto la concesión hecha por el de Ciurana, levantándose entonces una capillita que fué respetada por los árabes hasta que en 1148 fueron expulsados de aquellas tierras. Tres años más tarde se convertía en monasterio la modesta capilla del ermitaño *Poblet* pasando á ocuparlo trece monjes de la orden del Císter venidos de la diócesis narbonense de Fuenfría, á instancias del conde Ramón Berenguer IV que con su esposa Petronila asistió en 1153 á la consagración de la nueva iglesia. Todos los reyes de Aragón dispensaron grandes favores á la solitaria abádia cuya riqueza y suntuosidad movió á Pedro *el Ceremonioso* á rodearla de una fuerte muralla coronada de castillos y ladroneras que aun hoy día contribuye á hacer más imponentes su soledad y grandeza. Este monasterio fué el más notable que la orden cisterciense tuvo en Cataluña, y cedía sólo al de Santas Creus en la severidad y unidad artísticas de que estaba este último adornado, especialmente

en el cuerpo de la iglesia que aventajaba á las principales creaciones de su siglo. Fué también Santas Creus favorecido largamente por los príncipes aragoneses,



Monasterio de Santas Creus.

contando en sus panteones reales una riqueza y abundancia de decoración que concuerda con la fantasía de los artífices que terminaron aquella fábrica fundada por la entonces poderosísima casa de los Moncadas en 1157 (*).

(*) Durante este reinado restauróse el Palacio de los Condes y el castillo de Valldaura; levantóse el sitio real de Bellesguart cerca de Barcelona y fundóse la iglesia de Santa Ana por los miembros del Santo Sepulcro de Jerusalén.

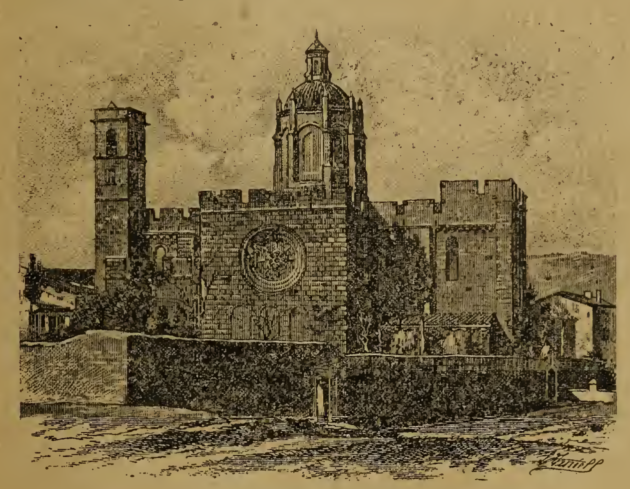
DINASTÍA CATALANO-ARAGONESA

ALFONSO II *el Casto* (*)

La crónica de los Condes de Barcelona, tan brillantemente terminada por Ramón Berenguer IV *el Santo*, se enlaza en el hijo de éste, Ramón, con la de la casa aragonesa, continuando la línea masculina que ha de llegar sin interrupción alguna hasta la muerte de Martín *el Humano*. El monarca destinado á empuñar el doble cetro de Aragón y Cataluña, cambia su nombre Ramón por el de Alfonso á instancia de su madre D.ª Petronila que desea honrar así la memoria del *Batallador* y prepararle las simpatías de los nobles aragoneses: júranle éstos en las Cortes de Huesca, encargando á D.ª Petronila la tutoría del joven soberano, y convienen los prelados y la nobleza catalana en que cuide dicha señora del gobierno de Aragón, reservándose el de Cataluña para Ramón Berenguer, conde de Provenza y primo de D. Alfonso.

(*) Aunque este rey es el primero de su nombre en Cataluña, adoptaremos en los Alfonsos y Pedros la numeración aragonesa para evitar confusiones á quien quiera cotejar esta historia con la general de España.

Distribuída á beneplácito de catalanes y aragoneses la regencia del monarca, confirma enseguida D.ª Petronila el tratado de alianza con el rey de Castilla, Alfonso VIII *el de las Navas;* envía al arzobispo de Tarragona á renovar el que hiciera Berenguer con el rey de Inglaterra, y ajusta una tregua de 13 años con el de Navarra para asegurar la tranquilidad de la Confederación hasta tanto que contara D. Alfonso con la edad suficiente para hacerse cargo del gobierno.



Ábside de Santas Creus.

En 1164, hizo D.ª Petronila donación de los estados á su hijo Alfonso que había cumplido los 12 años, y mientras con el título de Rey de Aragón y Conde de Barcelona se preparaba el príncipe á inaugurar la serie de sus empresas, retirábase la tutora al condado de Besalú donde murió al cabo de algunos años

Al encargarse Alfonso II del gobierno, dejó Ramón Berenguer la regencia de Cataluña y pasó á sus estados de Provenza donde contrajo alianza con el conde de Tolosa para apoderarse del condado de Focalquier que tenía por fortaleza la importante ciudad de Niza. Muerto Ramón Berenguer á consecuencia de un flechazo que recibió en el sitio de esta ciudad, ocupó el tolosano la Provenza en virtud de un tratado que hiciera con el conde y del estipulado matrimonio de la huérfana Dulcia con su primogénito Raimundo; pero temeroso de que el rey de Aragón hiciera valer sus derechos á aquel condado, recurrió á la política de casarse con la viuda de Ramón Berenguer que al mismo tiempo era sobrina del Emperador de Alemania. De nada le sirvió, sin embargo, tan estudiada estratagema. Habidas cortes con la nobleza de Aragón y Cataluña, decidióse D. Alfonso á reclamar los estados de Provenza, partiendo á ella con un ejército al que se unieron Bertrán de Baucio, miembro de aquella familia que tanto había dado que hacer á la casa de Barcelona, y Guillermo de Montpeller, siempre adicto á la persona de nuestros condes soberanos. La política de atracción usada por D. Alfonso, restó importantes elementos al de Tolosa, contando entre ellos á Bernardo Atón, vizconde de Nimes, y al de Beziers y Carcasona que lo era Raimundo de Trencavello, asesinado más tarde por sus súbditos á cuyo castigo debió acudir D. Alfonso solicitado por Roger de Trencavello que, como su padre, le reconoció por legítimo soberano.

Asegurada la provenza, en la que dejó á su hermano Pedro en alianza y gobierno con el joven Roger, pasó D. Alfonso á Zaragoza para confirmar los fueros á los

aragoneses; y deseando extender sus conquistas por tierras de moros, inauguró aquéllas con la toma de Caspe que cedió en feudo á los caballeros hospitalarios por haberle auxiliado en la campaña.

En 1170 una algarada de almoravides llegó, al mando de Ebn Sad, á apoderarse de Tarragona, envuelta en luchas entre los prelados y Roberto de Aguiló, que, como se ha dicho, la poseía en feudo desde la reconquista. A San Olegario habíale sucedido en la silla metropolitana Bernardo de Tort, quien parece logró hacerse con los derechos de Roberto que contaba una edad avanzada. Los disturbios ocasionados por esta cesión, que algunos suponen hecha á la fuerza, se reprodujeron en tiempo del arzobispo Hugo de Cervelló dando por resultado el asesinato de éste en 1171 por los parciales ó por el mismo Guillermo, hijo del fallecido Roberto. La excomunión papal recayó enseguida sobre los asesinos á quienes se indemnizó luego con la tercera parte de la villa y tierras de Valls, en tanto que el rey don Alfonso compartia con el nuevo arzobispo la jurisdicción temporal de Tarragona, que había sido reconquistada por las armas cristianas.

A consecuencia de la muerte del conde del Rosellón, Gerardo II, adquirió D. Alfonso este territorio en 1173, pasando á Perpiñán donde confirmó las libertades y privilegios de sus habitantes, y redactó las *Constituciones de paz y tregua* que imponían serios castigos á cuantos atentaran contra la seguridad de los cementerios y vías públicas, de los clérigos, viudas y cultivadores de la tierra, y hasta de los animales útiles á la agricultura, que floreció, como las artes y ciencias, á beneficio de la protección del monarca. Muy festejado fué éste en Per-

piñán de donde partió al año siguiente para enlazarse con D.ª Sancha, hija de Alfonso VII de Castilla, faltando al compromiso contraído con la del Emperador de Constantinopla, Eudoxia, que llegaba á Montpeller para unirse con D. Alfonso mientras verificaba éste sus nupcias en Zaragoza con la infanta castellana. Eudoxia casó,



Retirada de los árabes.

empero, con Guillermo de Montpeller, sucesor del de igual nombre que había ayudado al rey contra el conde de Tolosa, y tuvo una hija que, casada con el primogénito del soberano, dió á luz aquel astro glorioso que con el nombre de Jaime *el Conquistador* había de eclipsar á todos los monarcas de él contemporáneos.

En el espacio de tiempo comprendido entre la estancia del rey en Perpiñán y el enlace con D.ª Sancha, sufrió la

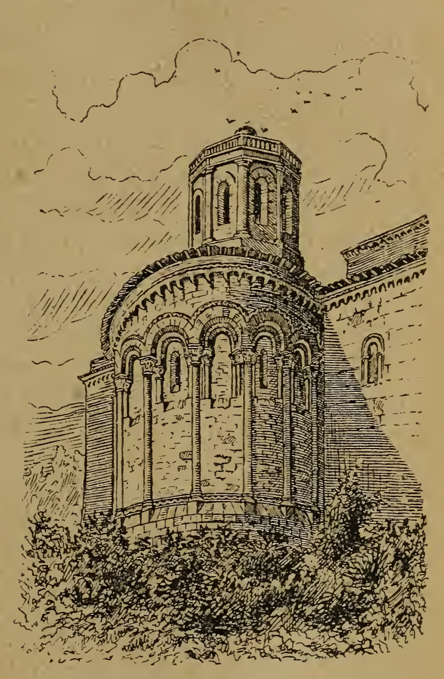
desgraciada Tarragona una nueva acometida de los almohades capitaneados por el emir Almumenín que intentó inútilmente apoderarse de ella. Irritado el emir de la resistencia de la antigua ciudad romana, ordenó fueran asolados los pequeños *mansos* de Reus, Cambrils, Salou, Constantí y otros que, gracias á la proteccion de los prelados y de Roberto de Aguiló, se habían ido formando en la florida y fertilísima vega. Era ésta, sin embargo, la última vez que las tropas musulmanas pisaban las tierras de Cataluña, que sólo continuaba castigada en los pequeños pueblos de su costa por los piratas berberiscos.

La desmesurada ambición del conde de Tolosa obligó de nuevo á D. Alfonso á personarse en sus estados de Provenza, donde había quedado sin castigo la muerte de su primo Ramón Berenguer acaecida, como dejamos dicho, ante las murallas de Niza. Llegado á un arbitraje con el tolosano, pasó D. Alfonso con su hermano Pedro á sitiar la ciudad rebelde, que sólo alcanzó su perdón á costa de mucho dinero; y de vuelta de esta expedición, que dejaba pacificadas aquellas tierras, ayudó D. Alfonso al rey de Castilla en la toma de Cuenca, partiendo luego á someter al valí de Murcia que se vió obligado á ratificar sus tributos para obtener del monarca aragonés el levantamiento del cerco que había puesto á la ciudad de Murviedro. Este avance por tierras de Valencia y fronterizas del sur de la península, fué reconocido en el tratado que en 1179 se ajustó en Cazorla con el de Castilla, conviniéndose en que los territorios de Valencia, Játiva y Denia pertenecerían á la Confederación y señalando el pueblo de Biar como límite de las excursiones del castellano.

En esto, reclamaron nuevamente la atención de don Alfonso los asuntos de Provenza que parecía destinada á no dejar momento de descanso á nuestros soberanos. La volubilidad y las ambiciones de la nobleza se habían esta vez anticipado al conde de Tolosa que era siempre el promovedor de los disturbios. Ermengarda de Narbona y los vizcondes de Montpeller, Nimes y Carcasona, reclamaron la protección de D. Alfonso para hacer armas contra el tolosano, y se encendió éste en cólera al ver que el rey de Aragón rompía la tregua, haciendo causa común con los enemigos de su feudo. La guerra se hizo larga y desastrosa para ambas partes, recrudeciendo con la muerte de Pedro, hermano del rey, en una emboscada, y complicándose con el auxilio que prestó D. Alfonso á su aliado el rey de Inglaterra, empeñado en luchas contra su hijo Enrique que contaba con el conde de Tolosa y con el célebre trovador Bertrán de Born, señor de Hautefort y tan buen paladín como influyente en la nobleza del mediodía de Francia. Terminó de momento esta guerra por haber venido á un acuerdo D. Alfonso y el tolosano; pero obstinado éste en no ser leal á la corona aragonesa, volvió á tentar la fortuna de sus armas que depuso en seguida por estar de parte del monarca el célebre Ricardo *Corazón de león* que mandaba las fuerzas de su padre el rey de Inglaterra. Pacificada otra vez la Provenza, dejó el rey en ella á su hijo Alfonso, indemnizando con los condados de Rosellón y de Cerdaña á su hermano Sancho que desde la muerte de Pedro la gobernaba.

Un cambio repentino de política efectuado por el monarca aragonés puso entonces al de Castilla en situación dificilísima para contener á los almohades que por la

parte del sur amenazaban invadir sus posesiones. Sabido es que el castellano estaba de tiempo unido con los reyes de Aragón, y que se aprovechaba de las divergencias habidas entre ellos y el de Navarra. Sea, pues, que comprendieran estos últimos el escaso provecho de sus reyertas, sea que preocupara á don Alfonso la preponderancia que iba tomando su vecino el rey de Castilla, llegóse á una inteligencia entre los soberanos de Aragón, Navarra, León y Portugal, dejando que el primero midiera sus armas con el castellano que fué derrotado con sensibles pérdidas de gentes y de fortalezas.



Ábside de San Martín Sarroca.

Satisfecho estaba D. Alfonso de haber posteriormente reunido á sus dilatadas posesiones los estados de Bearn y de Bigorra, cuando inesperados acontecimientos vinieron á amargar las postrimerías de su trabajoso reinado. A las discordias entre Pons de Cabrera y Armen-

gol de Urgel, hijo del *de Valencia* (*) que pereció á manos de unos nobles aragoneses, sigue la muerte violenta del arzobispo de Tarragona, Berenguer de Vilademúls, perpetrada por Guillermo Ramón de Moncada y otros nobles á causa de disensiones respecto á dominios eclesiásticos; las inundaciones, el hambre y la peste que se ceban en los ejércitos y poblados anonadan á los pacíficos habitantes que creen ver en el cielo funestos presagios para la monarquía: el avance de los almohades, que vencen en Alarcos á Alfonso VIII de Castilla, les hace temer por la hasta entonces afortunada reconquista, y la herejía de los albigenses, que aparece en el mediodía de Francia, echa hondas raíces en el condado de Tolosa, víctima de la corrupción de costumbres y de las más desmesuradas ambiciones.

A reprimir la naciente herejía marchaba D. Alfonso, cuando le sorprendió la muerte en Perpiñán donde testó á favor de sus hijos dejando á su primogénito Pedro el reino de Aragón con los condados de Barcelona, Rosellón, Cerdaña, Conflent, Pallárs y tierras francesas desde Beziérs al puerto de Aspe; nombrando á Alfonso heredero de la Provenza con los condados de Milhaud, Gavaldá y Rodonense, y ofreciendo á Dios y á la Virgen María á su tercer hijo Fernando, que fué monje de Poblet según la expresa voluntad de su padre.

Prueba fehaciente de la inmensa preponderancia que había adquirido en esta época el espíritu religioso son las cuantiosas donaciones que hizo D. Alfonso *el Casto* á las más famosas iglesias y santuarios del cristianismo,

(*) Este conde fundó el célebre monasterio de Santa María de Bellpuig en 1166.

especialmente al de Poblet que eligió para panteón de la dinastía catalano-aragonesa, concediendo, en compensación de su sepultura, los molinos de Ribas al monasterio de Ripoll que contenía las cenizas de sus ilustres antepasados.—En este reinado muestra el estilo románico su tercer período de desenvolvimiento en el monasterio de Santas Creus, cartuja de Escala Dei y catedral de Tarragona que continuaban levantándose al igual que Santa María de Poblet en cuyos claustros fué enterrado solemnemente D. Alfonso el año 1196.

PEDRO II *el Católico*

Muerto D. Alfonso, juraba á los 17 años de edad su primogénito Pedro los fueros de Aragón en Zaragoza, y después de unos cinco meses de tutoría se encargaba del gobierno á tenor de lo acordado por las Cortes de Daroca, poniendo aparentemente término á las disensiones habidas con su madre D.ª Sancha, las que, reproducidas más tarde, dieron lugar á la reclusión de ésta en el monasterio de Sijena.

Necesitábase de una táctica especial y de saludables energías para conjurar los conflictos á que estaba abocada la Confederación cuando empuñaba D. Pedro el doble cetro de Aragón y Cataluña: los almohades vencedores en Alarcos amenazaban los reinos cristianos con sus formidables invasiones; la Francia del norte aprovecharía cualquier incidente para apoderarse de los condados del mediodía que estaban en continuas desavenencias; la herejía de los albigenses penetraba ya en las comarcas septentrionales de Cataluña, y las luchas

intestinas arreciaban en ésta con manifiesto perjuicio de la monarquía molestada de tiempo por las ambiciones de los reyes de León y de Navarra.

Lograda en unión del monarca castellano la reducción á Andalucía del vencedor de Alarcos Ayub-Almanzor, pasó D. Pedro á Gerona castigando severamente á los herejes mientras concedía á los habitantes de Perpiñán el *Privilegio de la mano armada* contra los daños y ofensas que no hubieran sido debidamente restituidos ó reparadas; medió después con éxito en las contiendas entre los condes de Urgel y de Foix que habían acudido á las armas, y convocó en 1198 las primeras Cortes de Barcelona para atender á los estragos del hambre y á los gastos de la guerra con Navarra, cuyo rey Sancho *el Fuerte* pagó con pérdida de tierras y de castillos las continuadas zozobras en que había puesto á la corona aragonesa.

La lealtad y sumisión del conde de Tolosa la resolvió D. Pedro de un modo muy distinto que su padre D. Alfonso *el Casto*. Conocía demasiado la volubilidad del tolosano para atraerle con tratos que no habían de respetarse; y así, acordando el matrimonio de su hermana Leonor con dicho conde, pudo evitar las luchas del de Focalquier con el príncipe Alfonso que hemos dejado en el señorío y gobierno de la Provenza.

Pasó enseguida el rey á Montpeller donde el conde Guillermo estaba en inminente peligro de muerte. Sabido es que había éste casado con la desairada Eudoxia, de cuyo matrimonio tuvo á María que, viuda del conde de Marsella, estaba ahora unida con el de Cominges que había ya repudiado á otras dos esposas. De esta corrupción de costumbres que, contra la voluntad de la Igle-

sia usaban los poderosos cuando á sus intereses convenía, hubo también de participar D. Pedro logrando que el de Cominges obtuviera la anulación de su enlace con María, la cual casó en 1204 con el rey de Aragón aportándole en dote el señorío de Montpeller donde fueron confirmados los fueros y libertades después de las ceremonias esponsalicias.

Pero faltaba á D. Pedro una razón poderosa para impedir que la Francia del norte avanzara contra los feudos pirenáicos perturbados por la funesta herejía de los albigenses. Por esto ideó un acto de resonancia que se avenía perfectamente con su carácter faustuoso; y pasando de Montpeller á Marsella, donde había prepaparada una arrogante flota, se embarcó con un lucido séquito para ser coronado en Roma por el Papa y hacerse feudatario de la Iglesia. La ceremonia de la coronación fué solemne y majestuosa: ungido el monarca en la iglesia de San Pancracio, recibió las insignias reales pasando en procesión á la basílica de San Pedro donde ciñó la espada que había de defender el nombre cristiano; se comprometió además á ser obediente á la Iglesia y á pagar un feudo anual á la Sede Apostólica, y dícese que data de entonces, 1204, el uso del escudo catalán que recibió D. Pedro del Santo Padre después de la transcrita ceremonia. (*)

Las ostentaciones de D. Pedro en Roma y el recibimiento del rey de Inglaterra que se verificó en Jaca con mucha pompa, agotaron de tal manera el tesoro real que obligaron al monarca á establecer la contribución

(*) Mueve á creerlo la circunstancia de ser los colores oro y encarnado de dicho escudo, los mismos que usa la Iglesia Romana.

del monedaje; medida que exacerbó los ánimos del país, especialmente en Montpeller cuyos habitantes, disgustados por la poca prisa que se diera D. Pedro en devolverles una suma que le habían prestado, le sitiaron en el castillo señorial, de donde pudo escapar milagrosamente, llegándose á un acuerdo por mediación del legado de la Provenza que representaba en aquellos dominios la suprema autoridad del Santo Padre. Disgustado el rey por esta impopularidad y humillación de su persona, trató de repudiar á su esposa D.ª María, que en 1208 dió á luz un hijo llamado Jaime y destinado á ser la figura más brillante de la dinastía catalano-aragonesa.



Escudo catalán.

En este mismo año moría el conde Armengol de Urgel dejando una tierna hija cuyos derechos al condado le disputaba su ambicioso primo Gerardo de Cabrera por haber terminado la sucesión masculina descendiente de los condes de Barcelona. Los pueblos de Balaguer, Agramunt y Liñola se declararon en obediencia á Gerardo que entró por tierras de Urgel imponiéndose á los descontentos por la fuerza de las armas; hasta que, reclamada por la viuda Elvira la protección de don

Pedro, tomó éste con sus tropas la fortaleza de San Lloréns, obligando á Gerardo á comprar su libertad con la entrega del castillo de Montsoríu, y á reconocerle en la posesión del condado mientras la huérfana Aurembiaix no contara con la edad suficiente para hacerse cargo de la herencia que le pertenecía.

Las complicaciones político-religiosas que preveía D. Pedro, no tardaron en aparecer en los estados del mediodía de Francia. Los trovadores con un lenguaje que acusaba cierta libertad de pensamiento no acomodada á la manera de ser de la época, y los señoríos harto celosos de la preponderancia que iba adquiriendo la Iglesia en asuntos de jurisdicción y dominio, contribuyeron directamente á fomentar las teorías albigenses, cuyos sectarios dispusieron luego de cuantiosas sumas y de ejércitos perfectamente organizados (*). A prevenir estos peligros envió el papa Inocencio III á Pedro de Castelnáu, que parece fué asesinado por el conde de Tolosa tildado como el de Beziérs de protector de los herejes; y no necesitando el Papa de otras provocaciones, publicó una cruzada que reunía en Lión más de 300,000 hombres dirigidos por Arnaldo de Amalrich que fué monje de Poblet y nombrado generalísimo por los prelados. Este ejército, en el que obligado por las circunstancias hubo de figurar el conde de Tolosa, acampó enseguida ante Montpeller á donde pasó Roger, vizconde de Beziérs y Carcasona, para disculparse de las sospechas que sobre él recaían; pero desairado por el generalísimo

(*) Era la herejía albigense derivada de la de los maniqueos y sostenía que Satanás había imperado en el mundo hasta que vino Jesucristo á borrar el pecado de Adán y Eva.

Amalrich, volvió á sus estados acordando con sus súbditos la resistencia de todas las plazas, que fortificó inmediatamente, encerrándose él en Carcasona cuyas condiciones de defensa le parecieron suficientes para rechazar á los cruzados. Presentados éstos ante Beziérs, envió Amalrich un obispo para que los católicos hicieran entrega de los herejes, que se albergaban en sus muros; negáronse aquéllos á lo solicitado por el generalísimo, y principió la lucha con encarnizamiento, cayendo por fin la ciudad en poder de los cruzados que la entregaron á las llamas después de haber pasado á cuchillo á sus habitantes.

Sitiábase ya con igual objeto la fortificada Carcasona cuando llegó D. Pedro de Aragón á interesarse por la suerte de su aliado Roger que la defendía. Deliberado respecto á la paz que apetecía Roger, concedió el consejo de prelados la vida al conde y á doce caballeros principales á cambio de rendirse á discreción los demás ciudadanos; y no aviniéndose á ello Roger, redoblaba la defensa de la ciudad al propio tiempo que partía don Pedro para sus estados resentido de la altanería del generalísimo. Continuado el sitio, capituló por hambre Carcasona, cuyo señorío aceptó el cruzado Simón de Monfort después de haberse ofrecido á los condes de Borgoña, de Nevérs y de San Pablo que noblemente lo rehusaron.

Terminada su misión, volvíanse las fuerzas de la Iglesia á sus respectivos distritos mientras las llamas consumían á los habitantes de Carcasona que se negaron á ser católicos y moría el vizconde Roger envenenado por Simón de Monfort que en vano propuso á D. Pedro le admitiera el homenaje como feudatario. Confirmó, no

obstante, el Papa al de Monfort en su nuevo señorío; y á consecuencia de la oposición que demostraron los nobles de Beziérs y de Carcasona á reconocer al caballero francés, tuvo que volver D. Pedro á aquellas tierras de las que regresó después de haber, á instancias de los prelados, aceptado el homenaje de Simón de Monfort y convenido en el casamiento de la hija de éste



Los cruzados ante Carcasona.

con el heredero Jaime que pasó á Carcasona bajo el cuidado del que había de ser el matador de su padre. Tradúcense en esto los grandes deseos que tenía D. Pedro de obedecer al Sumo Pontífice; pero esta política no podía tener el éxito apetecido por cuanto estaba el monarca unido por la sangre al conde de Tolosa, á quien excomulgaba ahora la Iglesia, por haberse negado á expulsar á los herejes de sus dominios.

Un hecho verdaderamente glorioso para las armas

cristianas distrajo por breve tiempo á D. Pedro de estas peligrosas contiendas. Había el califa Mohamet predicado la guerra santa contra España y disponíase con 150,000 almohades á reponer el poderío musulmán entonces humillado por los cristianos. Noticioso de ello el Papa. hizo un llamamiento á todos los soberanos españoles. reuniéndose en Toledo el de Navarra y D. Pedro de Aragón á quien acompañaban los prelados de Tarragona y Barcelona, los condes de Rosellón y Ampurias, el valeroso Dalmáu de Creixell y otros caballeros catalanes y aragoneses con 20,000 infantes y 4,000 caballos. Encomendados los tres cuerpos de ejército á sus respectivos monarcas, penetraron por una oculta vereda en los campos de las Navas de Tolosa desconcertando por completo á las fuerzas almohades; victoria que con el nombre de *Triunfo de la Santa Cruz* celebra á perpetuidad la Iglesia el día 16 de Julio. Murió en esta gloriosa jornada el valeroso Dalmáu de Creixell cuyas indicaciones habían seguido los reyes de Castilla, Aragón y Navarra, quienes no se desdeñaron de llevarlo en hombros para darle cristiana sepultura.

Al año siguiente. 1213, tuvo D. Pedro que volver á Provenza donde continuaba la sangrienta guerra entre Simón de Monfort y el conde de Tolosa, y se veía éste amenazado en su capital después de haber perdido la villa de Muret, cruelmente castigada por su poderoso enemigo. Negoció el monarca aragonés con el Sumo Pontífice la sujeción de Monfort, alegando que era feudatario de la corona; y, no pudiendo llegar á un acuerdo definitivo, ni obtener del concilio de Lavaur la restitución que de las tierras pirenáicas solicitara, no reparó ya D. Pedro en ponerse de parte del de Tolosa y frente á

frente con la Iglesia que por boca del legado Amalrich le excomulgaba solemnemente.

Por entonces tuvo lugar la muerte de su desgraciada esposa D.ª María de Montpeller cuyo repudio había por tercera vez solicitado del Padre Santo. Movíale á ello el poco afecto que demostró siempre á tan infortunada princesa y la pretensión de casarse con la hija del rey de Francia; pretensión que si no tuvo el éxito que don Pedro se prometía, dió lugar á que el monarca francés negara el concurso de su hijo á la cruzada que debía continuar aquellas terribles luchas del fanatismo y de la intolerancia.

Mientras moría, pues, la *reina santa* en Roma, organizaba D. Pedro sus ejércitos catalano-aragoneses reuniendo con los de Tolosa, Foix y Cominges un total de 4,000 infantes y 3,000 caballos que marcharon inmediatamente contra Muret, fortaleza estratégicamente colocada en la confluencia de los ríos Longe y Garona. La acometida de las tropas reales fué tremenda para los sitiados; y ya entraba D. Pedro en los arrabales cuando recibió aviso de que venían los cruzados de Simón de Monfort á quien quiso el monarca batir en campo llano, abandonando la villa de Muret donde podía resistirse con mucha ventaja. El desgraciado arrojo de D. Pedro llevóle á ser envuelto en una fingida retirada del de Monfort, cayendo mortalmente herido mientras huían á la desbandada las huestes de Tolosa, Foix y Cominges, ahogándose los más en el Garona, y dejando los restantes el campo libre á los enemigos. A la noticia de la victoria, salieron los habitantes de Muret á cebarse en los heridos y á despojar los cadáveres, no respetando siquiera al rey D. Pedro que, ensangrentado y comple-

tamente desnudo, ofrecía un espectáculo tan conmovedor que arrancó lágrimas á Simón de Monfort dueño del campo y llegado á presencia del infortunado monarca.



Batalla de Muret.

¡Extraños contrastes los que ofrece la historia en alguno de sus hombres ilustres! El rey que se había hecho feudatario de la Iglesia, moria en lucha abierta precisamente contra ella y á manos de los cruzados de Monfort que estaba encargado de la custodia del heredero don Jaime; el rey tan amante del fausto y de la ceremonia, aparecía revuelto entre los cadáveres, sin distintivo, sin armadura, sin prenda alguna que recordara su poderosa grandeza.

Los despojos de D. Pedro fueron entregados por Simón de Monfort á los caballeros del Hospital quienes lo trasladaron al monasterio de Sijena, donde en 1213

recibió cristiana sepultura junto con otros nobles aragoneses que le habían acompañado y murieron en la batalla.

Jaime I *el Conquistador*

A la muerte de D. Pedro *el Católico*, contaba su heredero Jaime la edad de seis años y se hallaba en Carcasona al cuidado de Simón de Monfort, con cuya hija habíase con antelación estipulado su matrimonio. Pronto los catalanes y aragoneses enviaron una embajada al vencedor de Muret para que les entregará el joven soberano, consiguiéndolo al fin por mediación del papa Inocencio III quien tuvo que reconvenir duramente al de Monfort que persistía en su interesada negativa.

En unas cortes celebradas en Lérida se prestaron los debidos homenajes al rey, que pasó á Monzón bajo la custodia del gran Maestre del Temple, y se atendió al gobierno de Aragón y Cataluña nombrando gobernadores al efecto y estableciendo la procura general del reino en D. Sancho, conde del Rosellón y hermano del abuelo del monarca.

Cerca de tres años estuvo D. Jaime asediado en Monzón por las ambiciones de la nobleza que andaba muy dividida por cuestiones de jefatura. Advertidos los leales de que á toda costa deseaba dejar el rey aquel encierro, facilitáronle la salida y prestábanle fidelidad en 1217, comprometiéndose además en las cortes de Tarragona y de Lérida á satisfacer la contribución del *bovaje* para robustecer la autoridad del soberano ante quien depuso D. Sancho el cargo de que se hallaba revestido.

Enseguida dió D. Jaime brillantes pruebas de su caballerosidad y arrojo. Los rozamientos entre algunos nobles aragoneses pusiéronle, á los 11 años, en la necesidad de solventarlos por medio de las armas consiguiendo triunfos que indignaban á los mismos contendientes, quienes no reparaban en confabularse para mermar el prestigio real en beneficio de sus ambiciones de mando. Mas unidos, en cambio, los catalanes, lograban por entonces reponer al conde de Tolosa en sus posesiones del Lenguadoc, tomando por sorpresa la misma ciudad de Tolosa ante cuyas murallas moría Simón de Monfort partida la cabeza de una pedrada.

Contribuía igualmente la nobleza cátalana á rodear de prestigio la corona alistándose en la Orden de Nuestra Señora de la Merced que, por inspiración providencial, instituía D. Jaime en Barcelona con su confesor San Raimundo de Peñafort y con San Pedro de Nolasco. Era ésta una orden militar dedicada á la redención de cautivos, y se acomodaba perfectamente á la obra realizada por los frailes dominicos y franciscanos, que saneaban con el bálsamo de la caridad las llagas de aquellas familias cuyos deudos sufrían en las árabes mazmorras: ¡bella institución que contrastaba visiblemente con el espíritu de aquella época azarosa y corrompida!

Con esta piadosa obra y con el casamiento verificado en 1221 con D.ª Leonor, hija del rey de Castilla, robustecía D. Jaime su autoridad real cuando serias disensiones de la nobleza le obligaron nuevamente á tomar las armas. Nuño Sánchez, hijo del conde del Rosellón, y Guillermo de Moncada, señor de Bearn, invadían mutuamente sus posesiones por una querella sobre un astor de caza. El parentesco de D. Nuño con el monarca obli-

gó á éste á declararse contra Guillermo, quien, perdidas la mayor parte de sus fortalezas, fué sitiado en su castillo de Moncada que hubiera tomado D. Jaime á no mediar secretas inteligencias entre los que le acompañaban y los parciales de Guillermo. Generalmente terminaban así aquellas luchas de la nobleza: cuando veían seguro el triunfo del monarca, deponían sus odios para concertarse contra él, á quien lograron tener poco menos que prisionero en Tortosa, de donde, fugándose una noche, pasó á hacer un llamamiento para guerrear contra moros y acabar hábilmente aquellas peligrosas banderías.



D. Jaime contra Ahones.

Un hecho que, al propio tiempo que la energía del joven soberano, corrobora la pujanza y dilatado orgullo de la nobleza, vino á encender la guerra civil y á decla-

rar en contra de la corona las parcialidades y las maquinaciones de los aragoneses. Marchaba D. Jaime con poca gente camino de Teruel á Zaragoza, cuando encontró á Pedro Ahones llevando por su cuenta una expedición á tierras de Valencia. Reconvenido Ahones por el rey, tuvo la osadía de poner mano á la espada que no pudo desenvainar gracias á los ardorosos 17 años de Don Jaime: trabóse enseguida la lucha entre los leales y Ahones, á quien abandonaron los suyos al ver que con singular arrojo llegaba el rey á la colina donde se defendían, y terminó la pelea cayendo herido Ahones en brazos de D. Jaime, y á consecuencia de una lanzada que le ocasionó la muerte. La noticia de este suceso levantó la mayor parte de la nobleza contra el rey que se vió obligado á escapar de Huesca donde fué preso á traición; pero el importante partido que lograban los leales dirigidos por Ramón Folch y por Rodrigo de Lizana, contribuyó á que, mediante arbitraje del arzobispo de Tarragona y del gran maestre del Temple, se suspendiera la lucha y pudiera D. Jaime dar principio á las singulares empresas á que estaba predestinado.

No parecía sino que se precipitaran todos los acontecimientos para dar á D. Jaime el dictado de defensor de las buenas causas. La huérfana del condado de Urgel, aquella Aurembiaix que había visto sus derechos en peligro durante el reinado de D. Pedro *el Católico*, volvía á solicitar el apoyo real contra las pretensiones de Gerardo de Cabrera. Llamado éste á consejo por el rey, negóse á acudir persistiendo en su actitud altanera ya que contaba con el apoyo de Guillermo de Cardona. No titubeó entonces D. Jaime en lograr por medio de las armas lo que debía ser objeto de un litigio; y, apoderán-

dose de Albesa y de Menargues, sitió á Balaguer prendiendo á Gerardo y reponiendo á Aurembiaix, que casó más tarde con el infante D. Pedro de Portugal.

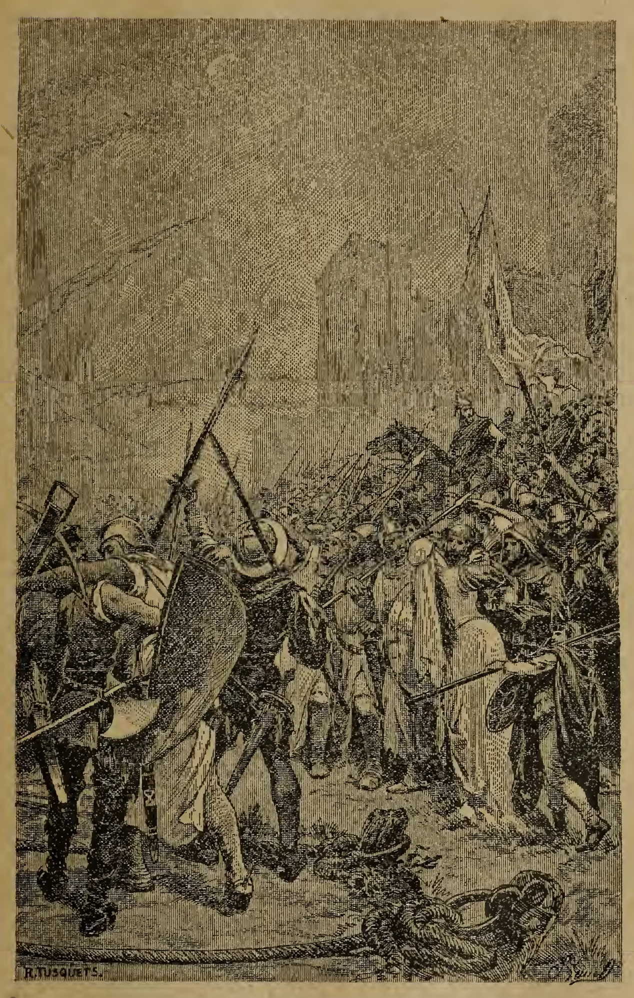
Llegado era el tiempo en que la figura de D. Jaime había de conmover al orbe entero con sus admirables empresas. Hallábase el rey en Tarragona, donde habían acudido los nobles catalanes Nuño Sánchez, Guillermo y Ramón de Moncada, el conde de Ampurias, Guillermo de Cervelló, Ramón Alemany, Guillermo de Claramunt y Bernardo de Santa Eugenia, cuando, convidados por el cómitre de galeras Pedro Martell, se habló largamente de lo que eran las tierras de Mallorca. Tal debería ser la pintura que de ellas hiciera el experto navegante, que, entusiasmados los nobles, propusieron á su rey la inmediata conquista de aquellas islas. Aceptada la idea por D. Jaime, celebráronse cortes en Barcelona rivalizando todos los congregados en coadyuvar con sus alcances á la conquista: el arzobispo de Tarragona en nombre del clero, Guillermo de Moncada en representación de la nobleza, y Berenguer Guitart que llevaba la voz de los ciudadanos de Barcelona, ofrecieron gentes y dineros, jurando todos los paladines hallarse el 1.º de Mayo en el puerto de Salou para acompañar al soberano.

Ordenada á Ramón de Plegamáns la construcción de las naves, comenzaron los aprestos mientras acudía el rey á las cortes de Lérida para interesar á los nobles de Aragón en la partida. Negáronse éstos alegando ser más conveniente el avance por tierras de Valencia donde el emir Abú Zeyd había sido destronado por Zeyán, y ardía en deseos de recuperar lo perdido; circunstancia y consejo que no dejó de aprovechar D. Jaime para promover la guerra entre los emires y distraer así todo auxilio á

los almohades de Mallorca que iban á probar el temple de su espada reluciente y victoriosa.

Contra la voluntad del monarca, no pudo realizarse la marcha de la flota á Mallorca en el dia fijado; y de Mayo á Septiembre ocupóse en organizar las compañías que de todas armas iban llegando á Salou, Cambrils y Tarragona, en bendecir las banderas en el monasterio de Poblet donde invocó la protección de la Virgen, y en procurar abastos y máquinas y vitualla, logrando que el día 6 se pusieran en camino las 150 naves cuya vanguardia llevaba Ramón de Moncada, que hizo puerto en Santa Ponza después de una tempestad que no pudo hacer desistir á D. Jaime de la travesía calificada de temeraria por los cómitres y pilotos de las galeras.

No tardaron las compañías del de Moncada en tomar y defender las primeras montañas de Mallorca contra los moros que estaban ya prevenidos para la campaña; y al saberlo el rey, que habia con el resto de la armada aportado en Porrasa, ordenó el avance de Guillermo de Moncada que, con su hermano Ramón, Hugo de Mataplana y otros caballeros ilustres, sellaron con su sangre los frutos de la primera victoria. Impaciente se mostraba Don Jaime para entrar en pelea, habiendo necesidad de detenerle el caballo por adelantarse demasiado de la hueste; presentía tal vez la suerte de sus mejores campeones, y caía como un torbellino sobre los moros destrozando sus apiñadas taifas, en términos que no pudo realizar su completa derrota tanto por el cansancio de las tropas como por cerrar la noche que le halló dueño del *Coll del Rey* donde por boca de Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, recibia la fatal noticia de la muerte de sus buenos adalides.



Embarque de las tropas de D. Jaime para Mallorca.

Al día siguiente estaba D. Jaime á la vista de Mallorca (*), cuyo puerto bloqueaban las naves catalanas para impedir todo auxilio. Enterrados solemnemente los cadáveres de los Moncadas, cuya triste ceremonia arrancó lágrimas al mismo rey, levantó éste el espíritu de los decaídos con una sublime plática, ocupándose sin pérdida de tiempo en arrimar á los muros de la ciudad las máquinas de guerra mientras los manteletes ó gatas protegían las excavaciones en las que se libraban combates contra los moros que respondían al ingenio de los cristianos con fosos y contraminas. ¡Penalidades sin cuento las de aquel sitio! El moro Fatilla logró salir de los estrechados muros, y, cortando las aguas que abastecían los reales, puso al campo cristiano en nuevos aprietos; pero alcanzado por las tropas de Gerardo de Cervelló, fué batido y arrojada su cabeza á la ciudad en tanto que el caudillo Aben Amet se sometía con sus montañeses, quienes proveyeron el campo de D. Jaime de cuantos abastos y refrescos se necesitaba. Continuaban en esto los trabajos de ingeniería que desplomaban las torres enemigas, y acudían los sitiados al recurso de poner en cruz, desnudos y encima de la muralla á los cautivos cristianos para aplacar las iras de los sitiadores... Todo en vano: las mismas víctimas excitaban el avance de las fuerzas del rey, y entonces se hicieron por el moro proposiciones á D. Jaime para que levantara el sitio. A la negativa del soberano, se prepararon los defensores á recibir el golpe definitivo.

Los nobles catalanes, después de jurar que no retro-

(*) Así se llamaba la ciudad que hoy en día se conoce con el nombre de Palma.

cederían ante el enemigo, titubeaban con sus guerreros en dar el asalto; pero el grito de *¡Santa María!* dado por el rey con una sublimidad inexplicable, les arrojó como leones sobre los muros rompiendo la muralla de lanzas que defendían al rey moro y esparciéndose por calles y plazas donde la lucha y la matanza no tuvieron tregua ni freno hasta la Almudáina que tomó el rey, después de presentarle unos soldados el de Mallorca que había logrado escapar en la confusión y el saqueo. Más de 20,000 sarracenos perecieron en la ciudad, que invadió la peste cebándose especialmente en los caudillos Guillermo de Claramunt, Raimundo Alemany, Gerardo de Cervelló y Hugo de Ampurias; más de 30,000 se refugiaron en las cuevas de Artá, de donde les obligaron á salir los almogavares y presentarse al rey, que partió con sentimiento de la hueste para Cataluña luego de repartido el botín, echados los cimientos de la catedral de Palma y dejado de lugarteniente de la isla á Bernardo de Santa Eugenia.

A la noticia de que llegaba el victorioso monarca á Tarragona, salía la clerecía á recibirle y se entregaba el pueblo á expansiones y fiestas que hallaron eco en todos los estados de la Confederación, orgullosos ya de su rey que á la sazón contaría 21 años. De Tarragona pasó á dar gracias á la Virgen de Poblet; y, acordando la creación del obispado de Mallorca, concedió el señorío de ella al infante D. Pedro de Portugal, viudo de Aurembiaix, á cambio del condado de Urgel que por falta de sucesión había heredado el infante. En este mismo año 1231 volvió D. Jaime á Mallorca mal informado de que el rey de Túnez quería reconquistarla, no siendo del todo infructuoso su viaje por cuanto logró sujetar á los moros montañeses tomándoles los fuertes de Alaró,

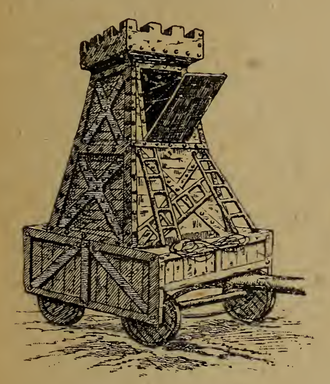
Santueri y Pollensa; y en 1232, vuelto ya D. Jaime á Cataluña, partía otra vez á Mallorca para recibir el homenaje de las últimas fuerzas musulmanas que sólo «en presencia de aquel gran rey» quisieron deponer las armas. A esta sujeción siguió la de Menorca con tributo de 3,000 cuarteras de trigo, 100 vacas y 500 reses menores, y, dos años después, la de Ibiza llevada á cabo por el sacrista de Gerona, Guillermo de Montgrí, á quien se la cedió en feudo el soberano.

Así terminó aquella epopeya para dar lugar á otra no menos arriesgada y victoriosa para D. Jaime. Había éste dejado al emir de Valencia, Zeyán, en luchas con el destronado Abú Zeyd, y consideró propicia la ocasión para unir á la corona aragonesa aquellas tierras, llamadas por los moros el *vergel de las amenidades de España.*

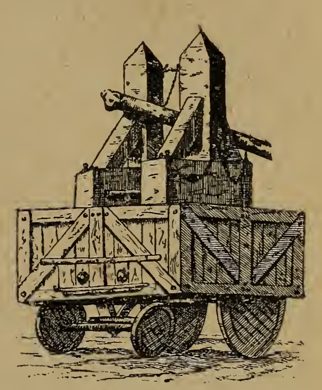
Abierta la campaña de Valencia por acuerdo de las cortes de Monzón, tomáronse las plazas de Arés y de Morella para llegar pronto á Burriana que estaba muy bien defendida, tanto, que obligó al monarca á agotar los recursos de su oratoria para disuadir á los caudillos en el empeño que tenían de abandonar la empresa. Tomada Burriana, gracias á la incansable actividad de Berenguer Guillermo de Entenza, aseguróla el rey como punto estratégico para la emprendida conquista; y, fiado en sus ardorosos almogavares, hizo una excursión por las orillas del Júcar, no pudiendo establecerse en ellas por falta de medios materiales para la pelea. A recabar los aprestos de gentes y dineros pasaba el rey á Lérida, después de haber casado en Barcelona con D.ª Violante de Hungría (*),

(*) Habíase divorciado de D.ª Leonor, de la que tuvo al príncipe Alfonso.

cuando le sorprendieron los disturbios de Urgel cuyo condado pretendía de nuevo la casa de Cardona apoyada esta vez por los condes de Foix y de Pallárs, quienes obtuvieron para Pons de Cabrera el título de conde de Urgel, si bien con la selección de Lérida y Balaguer que se reservaba el monarca. Era esto en 1235 y continuaba entretanto la conquista de Valencia.




Torre dé asalto.


Ariete.

Penetrado el emir de que las fortificaciones de Enesa podían, por su proximidad á la capital, ser apetecidas por D. Jaime para asegurar su campaña, mandaba derribarlas y concentrar las gentes que las defendían, no tardando el monarca aragonés en llegar á ellas y reedificar el castillo, que encomendó á Guillermo de Entenza con 100 caballeros y buen número de peones, para acudir él en persona á los abastos de Burriana, á convocar cortes, á levantar el espíritu del país y á poner término á frecuentes disensiones entre la nobleza, ¡actividad in-

cansable que sólo se concibe en una voluntad de hierro como la de D. Jaime!

Noticioso Zeyán de la ausencia del monarca, mandó sobre Enesa (llamado desde entonces Puig de Santa María) un ejército de 60,000 peones y 600 caballos que rodearon el castillo batiéndolo con poderosas ballestas. Salió el de Entenza con 50 jinetes y 1,000 infantes á detenerlos; y, después de inútiles avances y retiradas, logróse infundir tal confusión en los sitiadores que, desconcertados y batidos con encarnizamiento, tuvieron á dicha poderse encerrar en Valencia á cuyas puertas llegaron los catalanes en su osadía.

Al poco tiempo recibía el rey en Zaragoza la triste nueva de que Guillermo de Entenza había fallecido; y, contra la voluntad de los nobles que opinaban prudente abandonar el Puig, pasó D. Jaime á dar en él sepultura al finado y armar caballero al hijo de éste, en presencia de todos los maestres de las órdenes militares españolas. Pronto supo D. Jaime que los nobles habían tratado de abandonar la fortaleza tan luego como partiera él para sus asuntos de gobierno; y acudiendo á una de aquellas resoluciones extremas que tanto le caracterizaban, reunióles en la capilla del Puig al clarear el alba, y, después de una ardorosa excitación, extendía solemnemente la mano sobre el altar haciendo voto de no volver á sus estados hasta terminada la conquista de Valencia. La emoción embargó el ánimo de los nobles, cuyo entusiasmo creció más cuando ni á ruegos de Doña Violante quiso ceder el rey en sus decisivos propósitos; íbanse entretanto sometiendo pueblos y castillos, y llegaban al campo numerosas huestes de vecinas y extranjeras comarcas atraídas por la fama de D. Jaime que

sentaba sus reales en el Grao, prohibiendo los merodeos para no alentar con un fracaso á los sitiados. En esto supo que, contra sus órdenes, se habían los almogavares apoderado de Ruzafa, y que las naves de Tortosa habían aniquilado á una flota del rey de Túnez que iba en socorro del de Valencia; y ora auxiliando peligrosos avances, ora dirigiendo los trabajos de la ingeniería, pasaba el rey tan cerca de los muros que recibió un flechazo en la cabeza sin demostrar el más leve dolor y sin impedirle de asistir á la destrucción de la torre de Boatella donde perecieron abrasados los árabes que la defendían.



Rendición de Valencia.

La hora de la capitulación era llegada. Habidas dos secretas conferencias con los embajadores de Zeyán, llamaba D. Jaime á la nobleza para informarla de la ren-

dición de Valencia; y al día siguiente aparecían en lo alto de las torres las *barras de Aragón* siendo saludadas con transportes de júbilo mientras se apeaba D. Jaime de su caballo, besaba humildemente la tierra y daba gracias á Dios que ponía en sus manos la victoria. Era esto en 1238 cuando salían los habitantes de la ciudad en número de 50,000 á refugiarse en Denia, Granada y Almería ó á establecerse en la huerta de Valencia, que tanto enriquecieron con su trabajo y conocimientos agrícolas.

A este avance del con razón llamado D. Jaime *el Conquistador*, respondía con otro la política de San Luís, rey de Francia, por tierras de Lenguadoc y de la Provenza. Al estipulado matrimonio de la hija del conde de Tolosa con el hermano del monarca francés, sucedía el enlace de las hijas del provenzal con el propio San Luís la una, y en 1246 con el infante Carlos la última; cosa que, debilitando la preponderancia de la Confederación en aquellos dominios, decidiría tal vez á D. Jaime á aceptar en 1258 el tratado de Corbeil por virtud del cual renunciaba San Luís á los derechos que la casa francesa «pudiera tener sobre los estados catalanes» á cambio de la cesión que hacía D. Jaime de las posesiones transpirenáicas (*), excepción hecha del señorío de Montpeller que se reservaba. Sentado que no podía la pujanza del monarca aragonés arredrarse á la de la Francia del Norte, sólo se comprende esta cesión por el propósito de D. Jaime en dilatar su influencia marítima por el Mediterráneo, pues en 1262, y contra el consejo

(*) Esto es: de las posesiones situadas al Norte de las Corberas que llegan hasta Leucata y el Mediterráneo.

del Papa, vemos casar á su hijo D. Pedro con D.ª Constanza, hija del rey de Sicilia Manfredo, protector de los gibelinos y en lucha abierta contra el poder de la Iglesia.

En el espacio de tiempo que media entre los citados acontecimientos, hállase D. Jaime ocupado en asuntos de difícil solución, en los que desgraciadamente no es-estuvo muy acertado. Después de haber heredado por muerte de Nuño Sánchez los condados del Rosellón y de Cerdaña, se preocupa de la división del reino entre sus hijos D. Alfonso y D. Pedro; y al señalar, para el primero, los límites de Aragón desde el Segre á Ariza, protestan los catalanes negándose en las cortes de Barcelona á jurar á D. Pedro como heredero del Principado si no se establece la divisoria en el Cinca, como al fin lo declara el soberano. Pero el perjudicado primogénito, educado en Castilla por su madre D.ª Leonor (la repudiada de D. Jaime), y los nobles aragoneses (que no se avenían á la fijación de confines) alzaron la bandera de rebelión y aun lograron que el monarca castellano defendiera su causa: el matrimonio acordado de Violante, hija de D. Jaime, con el príncipe heredero de Castilla pone fin á la contienda, y puede nuestro soberano llevar á cabo la toma de Játiva, fortaleza musulmana que se mantenía preponderante á despecho de la sumisión de las tierras valencianas.

Sucede á esto la sublevación del moro Azedrach que desde la toma de Valencia estaba en la corte del rey gozando de toda suerte de distinciones. Convenido el moro con los fugitivos de Játiva, que ocupaban las fragosidades de Mariola, iba en compañía de D. Jaime á tomar posesión de la tenencia de un castillo, cuando se vieron

envueltos por numerosas huestes sarracenas, al frente de las cuales corrió á ponerse el traidor Azedrach no logrando empero con esta alevosía prender al valeroso monarca. Indignado éste, ordenó el extrañamiento de todos los sarracenos que ocupaban las riberas del Júcar; y como por esta determinación se engrosara el partido de Azedrach, hubo necesidad de llamar á los almogavares, quienes cuidaron de acosar como á fieras á los sublevados, terminando de momento aquel conato de independencia que dió ocasión al infante D. Pedro para demostrar sus buenas disposiciones militares.

Tampoco las revueltas de Urgel tardaron en reproducirse. A Pons de Cabrera que en 1235 hemos visto obtener el título de Conde, le sucedió su hijo Alvaro que había á los 10 años casado con Constanza, hija del senescal Pedro de Moncada. No reconociendo Alvaro como válido este matrimonio, unióse con Cecilia de Foix, indignando con ello al de Moncada que acudió al rey para que entendiera en el asunto. Obligó D. Jaime al de Cabrera á entregarle varios castillos de su feudo; mas como, según fuero, no fuesen éstos á los 10 días devueltos por el monarca, se levantó en armas la nobleza catalana enviando mensaje á D. Jaime de que se separaba de su obediencia.

Contra estos odios y los de Aragón tuvo que luchar el rey en las cortes de Barcelona y Ejea para llevar la guerra á Murcia en auxilio del rey de Castilla que deseaba arrancarla de los moros. La terquedad de los catalanes y aragoneses en recabar la vindicación de los desafueros de D. Jaime, obligó á éste á ciertos reconocimientos que, si bien le disgustaban, eran necesarios para el logro de acopios y de caudales para la empresa,

pudiendo al fin realizarla con aquel acierto de gran capitán y de esforzado guerrero que le reconoce la historia. En compañía de sus hijos, del vizconde de Cardona, Pedro de Moncada, Blasco de Alagón y 1,100 caballeros, tomó en seguida las ciudades de Elche y Alicante para dirigir personalmente el sitio de Murcia de común acuerdo con su yerno D. Alfonso *el Sabio* de Castilla que se le unió en Alcaraz con toda su gente. Las tentativas de los sitiados fueron todas inútiles ante la pericia y decisión de D. Jaime, viniéndose luego á un acuerdo que, con todo y ser ventajoso para los sarracenos, lograba la sujeción de aquellos estados del sur, que fueron repartidos entre los barones que acompañaban á los monarcas aliados (1266).

Había ya D. Jaime llegado á los 60 años de edad, y, á pesar de no haber logrado el menor descanso en su vida de gobierno, sentíase apto para acometer las más ruidosas campañas. A la promesa de que el emperador de Constantinopla y el Kan de Tartaria le auxiliarían en la conquista de la Tierra Santa, armaba en Barcelona 32 naves de alto calado y 12 galeras partiendo en ellas y en compañía de sus hijos naturales Fernán Sánchez y Pedro Fernández, de los maestres del Temple y del Hospital, de 300 nobles catalanes y aragoneses y de una hueste de 20,000 infantes y más de 2,000 caballos. Esta famosa expedición que hubiera llevado triunfantes las *barras de Aragón* á Palestina, sufría la furia de los temporales en aguas de Menorca, viéndose dividida y desbaratada la flota, parte de la cual llegaba á las costas de Cerdeña aportando el rey en Aguas Muertas para abandonar la empresa y regresar á sus estados de Cataluña.

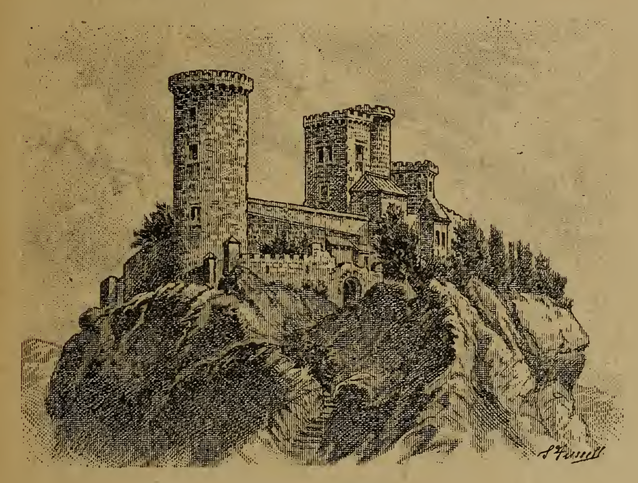
En 1272 tuvo D. Jaime que volver á tierras de Fran-

cia donde Felipe *el Atrevido* (*), heredero de San Luís, defendía la causa de su feudatario Gerardo de Casaubón contra el conde de Foix. Interesado por éste el monarca, se avistó con Felipe en la abadía de Bolbona; mas no habiéndose convenido el de Foix con el acuerdo de su apoderado, fué batido y preso por *el Atrevido*, habiendo necesidad de ceder D. Jaime los castillos de su feudo para recabar la libertad del altanero conde. También por entonces reclamóle auxilios su yerno el rey de Castilla para guerrear contra los moros fronterizos, y también la nobleza catalana se negó á acompañarle como antes lo hiciera para la campaña de Murcia. A las razones dadas por Ramón de Cardona de no venir obligado á defender posesiones extrañas, contestó D. Jaime con la orden de que entregara aquél sus castillos; alborotóse la nobleza con este desafuero, y repitiéronse aquellas complicaciones que tanto habían de amargar los últimos años del monarca.

En esto, fué llamado por el papa Gregorio X para asistir al concilio de Lión en el que, entre otros asuntos, debía tratarse de la reconquista de Tierra Santa. Mucho gustó de ello D. Jaime, y creyó ser llegada la ocasión de hacerse coronar por el Santo Padre, á cuyo efecto llevóse una corona valuada en más de 100,000 sueldos torneses. Era tan universal la fama del *Conquistador*, que su entrada en la ciudad fué de las más imponentes de que puede hacerse mérito: la clerecía, la nobleza, el pueblo todo, se estrujaban para ver de cerca á aquel famoso guerrero. Abierto el concilio, tratado de la redención de los Santos Lugares, y demostrada por el Papa la in-

(*) Casó con una hija de D. Jaime llamada Isabel.

tención de que D. Jaime capitaneara la cruzada, convino él en tonos siempre ardorosos y convincentes; pero al ver que los demás barones ponían dificultades en la empresa, se levantó y dijo con tanta marcialidad como intencionada malicia: «Barones, ya podemos marcharnos, pues hoy, á lo menos, hemos dejado bien puesto el honor de nuestra España».



Castillo de Foix.

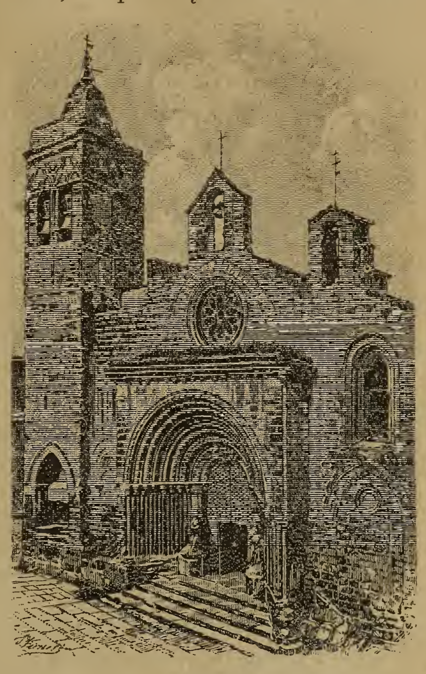
Los deseos que abrigara D. Jaime de hacerse coronar por el Papa no pudieron realizarse por estar éste empeñado en que le ratificara el tributo de Aragón hecho por D. Pedro *el Católico*, á lo que no quiso acceder el rey penetrado del mal efecto que había producido en el pueblo aquel acto de sumisión á la Iglesia. Logró sí que le confesara Gregorio X, y después de haber recibido cinco

veces la bendición apostólica, partió para Cataluña sin aguardar á que terminara el concilio.

La actitud hostil en que había dejado á los nobles catalanes fuése acentuando con las nuevas pretensiones del monarca á la ocupación de los castillos de Ramón de Cardona; siguieron á éstas las del infante D. Pedro de que no pudieran las hembras heredar los feudos de la corona, y la guerra civil estalló violenta y terrible, hallando eco en Aragón con la particularidad de hallarse Fernán Sánchez, hijo natural del rey, entre los sublevados. A los desmanes de los parciales de D. Pedro respondían motines y represalias en Zaragoza; á la actitud soberana de D. Jaime contestaba la altanería y desacato de la nobleza; la tirantez crecía, los desmanes se multiplicaban, y no pudiendo el monarca llegar á un acuerdo en las cortes de Lérida, ordenaba á su primogénito don Pedro (*) que pasara á Aragón para impedir que se unieran las fuerzas de Fernán Sánchez á los sublevados de Cataluña. Profesaba Pedro un odio implacable á su hermano y recibió la noticia con aquel bárbaro placer que había de empañar las glorias de su futuro gobierno. Sitiado por él Fernán Sánchez en el castillo de Pomar, á orillas del Cinca, acudió á la salvación vistiendo sus arreos á un escudero mientras él, disfrazado de pastor, intentaba la salida en la confusión del combate. No en vano temía á su hermano D. Pedro; pues, descubierto y prendido al vadear el río, fué ahogado por orden del infante, encendiéndose más las iras de la nobleza y aquella guerra funesta y desesperada. Fortificábanse el conde de Ampurias en Castellón y Dalmáu de Rocabertí en

(*) En 1261 había muerto Alfonso, hijo de D.ª Leonor.

Llers para hacer frente á D. Jaime que había en Lérida reunido sus tropas; acudía éste á reprimir las sediciones parciales con escaso éxito; disponia y levantaba el sitio de Rosas para lograr en nuevas cortes una inteligencia con los ofendidos, y llegaban para colmo de desdichas fatales nuevas que obligaron á suspender aquellas ruinosas desavenencias.



Agramunt.

Una avalancha de benimerines había pasado el estrecho y se unía á los moros de Granada para sembrar la desolación en la península; los cristianos eran vencidos en Écija mientras al grito de *Unión* se sublevaba el pueblo de Valencia contra los oficiales del rey, y volvía el moro Azedrach á levantar la bandera de independencia en aquellas vecinas montañas. La derrota de las fuerzas que desde Játiva había mandado el rey á Concetaina resonó estrepitosamente en las fragosidades ocupadas por los moros, y bajaron éstos como trombas á destruir

á los leales en Luchente, á donde no pudo acudir Don Jaime por hallarse postrado en cama y próximo á ser víctima de una vida tan azorada y trabajosa. Cuenta el cronista Muntaner que á la noticia del desastre de Luchente, hízose el rey transportar en andas al campo enemigo para acabar la vida guerreando contra moros, en tanto que su hijo Pedro lograba derrotarlos completamente y regresaba victorioso y lleno de polvo á besar el venerable rostro del monarca en medio del llanto y de la espectación de todo el ejército.

Lo cierto es que llevado el rey á Alcira, llamó al infante D. Pedro para hacerle solemne entrega de su espada *Tizona* con la que había salido siempre vencedor; le hizo renuncia de la corona despidiéndose de él para que fuera á ocupar su puesto en la campaña, y pidió el hábito cisterciense con el objeto de acabar sus días en el monasterio de Poblet, no pudiendo lograr tanta dicha por haber fallecido en Valencia el 27 de Julio de 1276. Enterrado en la catedral, á donde acudió todo el pueblo, trasladáronse sus restos á Poblet con mucha pompa; y más tarde, profanadas las sepulturas reales en los disturbios del presente siglo, depositáronse sus cenizas en la catedral de Tarragona donde actualmente reposan.

Este famoso rey, el más ilustre, más grande y más glorioso de la Edad Media; tan hábil, tan afortunado en las grandes empresas; representación genuina de todo un pueblo; modelo de actividad, energía y conocimiento de su época, ofrece en su vida privada notables decepciones sólo dispensables por la corrupción de costumbres del siglo. El repudio de su primera esposa D.ª Leonor, la satisfacción demostrada al saber la muerte de su hijo natural Fernán Sánchez perpetrada por el primogé-

nito D. Pedro, y el acto llevado á cabo con el obispo de Gerona Berenguer de Castellbisbal á quien hizo cortar la lengua por haber revelado al Papa un secreto de confesión, empañan sus grandes hazañas y hacen recaer sobre él las iras de la Iglesia, de las que sólo le libran sus obras de piedad y su sincera penitencia.

Considerado D. Jaime como legislador no desmerece en nada de sus grandes proporciones como guerrero; pues, á más del sinnúmero de disposiciones á que da lugar su medio siglo de gobierno, de los nuevos Usatjes que añade á los de Cataluña, del impulso que da al régimen municipal con la concesión de privilegios y nombramiento de *paheres ó jurados*, de la célebre institución del *Consejo de Ciento* de Barcelona modelo de magistratura popular, y de la publicación del *Libro del Consulado de Mar*, primero de su clase y copiado por todas las potencias marítimas, le vemos compilar los Fueros de Aragón y los de Valencia, así como fundar el de Huesca sobre el antiguo y celebrado de Sobrarbe: trabajo inmenso en el que le auxilian la sabiduría del jurisconsulto Vidal de Canellas y el consejo de los hombres más eminentes de su siglo. La institución de los *gremios,* que tiende al perfeccionamiento y reglamentación del trabajo, es también favorecida por el rey que dilata los horizontes de las libertades populares, y sólo el predominio feudal le priva de mejorar la situación de los *payeses de remensa*, esclavos de sus señores y víctimas de los *malos usos* desde el principio de la reconquista.

Los estudios generales y la literatura catalana alcanzan gran apogeo bajo el gobierno de D. Jaime; pues mientras se crea la Universidad de Lérida y se desarrolla en

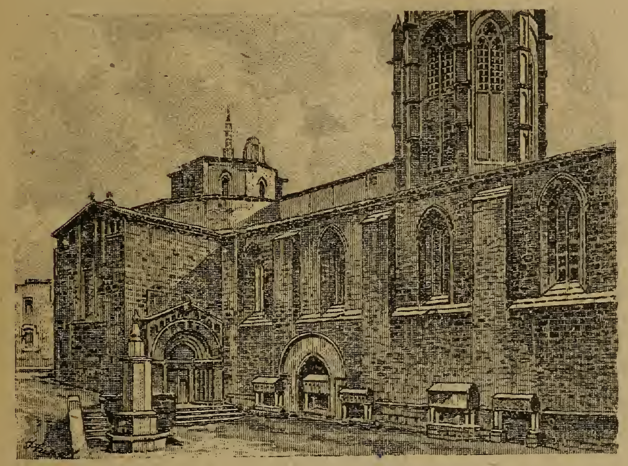
Valencia la enseñanza teológica reemplaza á la latina la lengua catalana, mostrando su gallarda prosa en el *Fuero de Valencia*, en el *Llibre de la Sabiesa* y en la célebre *Crónica* que escribe el rey, produciendo la ciencia y la literatura hombres tan eminentes como Arnaldo de Vilanova y Raimundo Lulio, famoso éste último en todos los ramos del saber humano.

Y para que á estas manifestaciones de progreso intelectual no falte el sello del arte, delectador del espíritu en las penalidades de la guerra, aparece el estilo ojival sobre la arquitectura románica de Agramunt y de Vallbona, iniciándose en la catedral de Lérida y desarrollándose en los conventos de San Francisco y Santa Catalina de Barcelona para alcanzar toda su majestuosidad y elegancia en los venideros reinados: ¡digno coronamiento de la grandiosa obra de D. Jaime que legaba el triple cetro de Cataluña, Aragón y Valencia al primogénito Pedro, y fundaba la dinastía de Mallorca para su segundo hijo Jaime á quien dió además las tierras de Montpeller, del Rosellón y de la Cerdaña!

Pedro III *el Grande*

En Játiva y no muy sobrado de gente para acudir á las tropelías de los sublevados de Valencia, supo don Pedro la muerte del *Conquistador*, yendo enseguida á coronarse á Zaragoza con declaración, al ser ungido por el arzobispo, de que no recibía la corona en nombre de la Iglesia Romana ni contra ella. Revelaba con ésto el monarca la resistencia de la casa aragonesa en reconocer el vasallaje hecho por D. Pedro *el Católico*, y eludía

el compromiso que toda contraria declaración pudiera acarrearle con la Iglesia, casado como se hallaba con D.ª Constanza, cuyo padre Manfredo estaba en guerra con el Sumo Pontífice.



Monasterio de Vallbona.

Coronado ya D Pedro y jurado su primogénito Alfonso por las cortes, activó la extinción de los moros valencianos que desde Montesa sembraban el pánico por los vecinos distritos. Montesa era casi inexpugnable: sólo al arrojo de los fieros almogavares, que á despecho de una lluvia de peñascos se hicieron dueños de una contigua meseta, pudo lograrse la rendición de la villa, defendida por 30,000 combatientes. A la sujeción de Montesa siguió la de todo el reino, y pasó D. Pedro á Cataluña, donde el sucesor de Alvaro de Urgel renovaba sus pretensiones al condado por medio de las armas.

Contaba el de Urgel con la ayuda de D. Jaime de Mallorca, cuyas relaciones con su hermano D. Pedro no eran muy cordiales, y con la del conde de Foix, siempre dispuesto á defenderse en sus importantes fortalezas: un convenio por el que se reconocía al de Urgel mediante feudo á la corona, y por el que Jaime de Mallorca transfería el directo dominio de sus estados á D. Pedro puso fin al conflicto.

No había, empero, el monarca aragonés de estar mucho tiempo en paz en el Principado, pues aquellos odios que ya en vida de su padre le demostrara la nobleza recrudecieron sobre interpretación de derechos feudales, y los Moncadas, Anglesola, Alemany, condes de Pallárs, Urgel y otros barones de no menos fama volvieron á las armas, llegando Ramón Folch á pasar el Llobregat y á presentarse ante los muros de Barcelona. La demasiada confianza que estos caudillos tenían en sus tropas, llevóles á hacerse fuertes en Balaguer á donde voló el rey con un crecido ejército de caballería aragonesa, obligándoles á rendirse después de un largo sitio, y á comprar la libertad con indemnización de guerra y nuevo reconocimiento de vasallaje á la corona.

La previsora política de D. Pedro llevóle enseguida á acometer una serie de negociaciones que tuvieron un feliz coronamiento. Su hermana D.ª Violante de Castilla junto con su nuera Blanca de Francia y sus nietos los *Infantes de la Cerda,* se amparaban en Aragón por haber sido estos últimos desheredados por las cortes castellanas; vió en ello D. Pedro un argumento poderoso para estar en paz con Castilla y tener á raya á la Francia interesada, como se supone, por los hijos de doña Blanca, y cuidó de regalar en la corte á sus ilustres

huéspedes en tanto que afirmaba sus relaciones peninsulares casando á su hija Isabel con el rey de Portugal, que lo era D. Dionisio. Procuró igualmente intervenir en asuntos de Túnez cuyo trono se disputaban El Watek é Ibrahim Abú Ishak, y aprovechándose de la negativa del primero en satisfacer el tributo que D. Jaime *el Conquistador* había recabado del tunecino, mandó don Pedro á Conrado de Llansa con 10 galeras á Túnez, logrando instituir en esta plaza y en Bugía cónsules catalanes: protectorado que podía serle de mucho provecho por los intereses que se ventilaban en la isla de Sicilia.

Veamos lo que agitaba á la sazón aquella isla del Mediterráneo. Los derechos que la casa de Alemania poseía de antiguo sobre tierras de Italia, habían ya en el reinado del *Conquistador* dado lugar á serias contiendas entre los *gibelinos* y los *güelfos:* los primeros defendiendo la causa de los Emperadores, los segundos la de los Papas. El legado que de la isla de Sicilia hiciera Federico de Alemania á su hijo Conrado, pasó por derecho de conquista y en perjuicio de Conradino al tío de éste, Manfredo, hermano del difunto Conrado y, como se ha dicho, padre de D.ª Constanza que estaba casada con el monarca aragonés Pedro III. Habíase ya el Papa opuesto á este enlace para privar á Manfredo de un aliado poderoso, como había logrado que Carlos de Anjou, hermano de San Luís de Francia, aceptase en 1266 la investidura de Sicilia con feudo á la Iglesia Romana. Manfredo fué derrotado y muerto en los campos de Benavento por el de Anjou; mas los excesos cometidos por éste después de la batalla, decidieron á los gibelinos á llamar enseguida á Conradino que fué preso

en San Valentín y decapitado en Nápoles, desde cuyo cadalso arrojaba el guante ó anillo que la tradición hace recoger á Juan de Prócida bajo el compromiso de vengar la muerte del heredero de Sicilia. En este estado se hallaba la isla cuando pasó el de Prócida á Aragón instigando á D.ª Constanza á que se mostrara hija dignísima del que había perecido en los campos de Benavento.



ITALIA MERIDIONAL Y SICILIA.

Estos acontecimientos, pues, previstos, sabidos ó considerados por D. Pedro, le obligarían tal vez á tomar la plaza de Túnez y á preparar considerables armamentos que sorprendieron á los demás soberanos. En todos los puertos hábiles, en todos los astilleros de la costa catalana se reunían tropas y se construían naves para

organizar una flota de 140 galeras que en 1281 salía de Port Fangós para dirigirse al norte de Africa. Prodigios hicieron los almogavares en aquellas abrasadas tierras, especialmente en las llanuras de Alcoyll; pero, como en espera de interesantes sucesos, las tropas no se movían de la costa. Llegó entonces una embajada de sicilianos á suplicar á D. Pedro que aceptara la corona de Sicilia, donde al toque de *vísperas* se había amotinado el pueblo de Palermo haciendo una horrorosa matanza de franceses, y corría el indignado Carlos de Anjou á sitiar á Mesina con 14.000 caballos, 50.000 infantes y 150 velas. Aceptada por D. Pedro la oferta de los sicilianos, recogió sus naves en el puerto de Alcoyll, que entregó á las llamas, y apresuróse á desembarcar en Trápani, donde fué acogido como libertador, reproduciéndose los festejos en Palermo cuyo Parlamento le aclamó por rey en medio de la ovación más delirante y el contentamiento de toda la isla. A esta noticia y en vista de que Carlos de Anjou levantaba el cerco de Mesina por requerimiento de D. Pedro, desbordáronse los sitiados contra los anjovinos en espantosa confusión, aumentándola los almogavares con sus gritos de *¡firam! ¡firam!*, que resonaban en las aguas del estrecho alumbrado por el incendio que de sus naves presenciaba el encolerizado Carlos desde la opuesta orilla.

A este primer triunfo de D. Pedro, sucedían luego aquellas glorias navales que hicieron tan famosos los timbres de la corona aragonesa. Desde Reggio, á donde había llegado la escuadra del de Anjou, se dirigían 40 naves á Nápoles con orden, como las demás, de abandonar las aguas de Sicilia, cuando alcanzándolas el almirante Pedro de Queralt con sólo 14 galeras en Nico-

tera, las hizo huir á la desbandada, apresando 22 que, con las banderas caídas en el agua, fueron remolcadas hasta Mesina, logrando los prisioneros la libertad merced á la benevolencia de D. Pedro.

La noticia de este descalabro desalentó tanto á Carlos de Anjou como indignó al Papa que excomulgaba al rey de Aragón enviando al propio tiempo refuerzos á Catona para impedir que invadiera la italiana península. Los almogavares, sin embargo, habían de ser los primeros en desbaratar sus propósitos. De noche, y sin que se apercibieran los enemigos, cruzaron el estrecho en unas barcas, y á los gritos de *¡desperta ferro!* se echaron sobre la guarnición de Catona acuchillando á 300 caballeros y poniendo fuego donde se albergaba el hermano de Carlos, conde de Alesón, que pereció á manos de aquellas indomables compañías. Siguió á esto la rendición de Reggio y la sumisión de toda la Calabria, y llegaba poco después D.ª Constanza á Mesina cuyo Parlamento juró al infante D. Jaime para sucesor de D. Pedro en Sicilia, nombrándose á Alaimo de Lintini justicia mayor del reino, á Roger de Lauria gran almirante de la escuadra, canciller á Juan de Prócida y jefe del ejército catalán á Guillermo Galcerán de Cartellá.

Un compromiso caballeresco obligó entonces á don Pedro á ausentarse de la isla de Sicilia. El encolerizado Carlos de Anjou le había retado á combate particular en Burdeos, y debía partir allí D. Pedro con 100 caballeros dispuestos á batirse con otros tantos que acompañarían á su contendiente. Todos se disputaban el honor de formar en el regio acompañamiento, eligiéndose por fin 50 catalanes, 40 aragoneses y 10 entre sicilianos y tudescos que embarcados en las naves de Galcerán Marquet llega-

ron á Cataluña donde tuvo D. Pedro noticia de que por parte del francés se le preparaba una celada. En efecto: con asentimiento del rey de Inglaterra, señor de Burdeos, habían ocupado las tropas de Francia las cercanías del lugar destinado al palenque, y estaba éste preparado de tal suerte que toda huída por parte de los catalanes fuera imposible. Entonces recurrió el rey de Aragón á un ardid tan arriesgado como extremadamente curioso. Llamó á un ganadero conocedor de los atajos de los Pirineos, y se convino en que el rey como criado y Blasco de Alagón, Berenguer de Peratallada y Conrado de Llansa como escuderos, servirían al ganadero en ventas y poblados para alejar toda sospecha que pudiera hacer infructuoso el viaje. Así y sin otras armas que una malla interior y una azcona montesa, llegaba don Pedro á Burdeos pasando aviso al senescal de que había un mensaje del rey de Aragón y de que deseaba una entrevista. Preguntado el senescal si aseguraba al rey y á los 100 caballeros que debían acompañarle, contestó no serle posible por cuanto el rey de Inglaterra había accedido á la celada que preparaba el de Francia; pidió entonces D. Pedro que le acompañara al campo del palenque; montó á caballo recorriéndole varias veces en toda su longitud, y descubrióse al senescal haciendo levantar acta de que había acudido al reto en el día fijado. ¡Grande fué la sorpresa del senescal al reconocer á D. Pedro y al considerar como había burlado al de Anjou! En seguida tomó el rey, con sus cuatro acompañantes, un camino distinto para llegar á Bayona, y después de muchas penalidades y no pocos peligros logró reunirse con su hijo Alfonso que impaciente en Tarazona le aguardaba.

Continuaba entretanto Roger de Lauria coronándose de gloria en los mares de Sicilia. Noticioso de que una flota provenzal discurría por aguas de Malta, acudió presuroso á destruirla, mandando antes aviso á los almirantes enemigos para que se apercibieran al combate.



Batalla naval.

No quería el de Lauria obtener por sorpresa laureles que sabía ganarse con su bravura y pericia navales; y, embistiendo á las galeras provenzales con ardimiento inconcebible, llegóse al abordaje batallando él en persona con el vicealmirante Cornut á quien dió muerte con una azcona enemiga que le había, á Roger, clavado una pierna á las tablas del buque. La confusión que se inició en las galeras provenzales fué espantosa: sólo 8, destrozadas y sangrientas, pudieron escaparse; la mayor

parte fueron llevadas prisioneras á Mesina; y, curado Roger de su herida, aprestóse nuevamente para llevar su osadía hasta el mismo puerto de Nápoles, incendiando el astillero y los buques al ver que nadie contestaba al reto que les dirigía.

Llegado D. Pedro de Burdeos, hallóse en una serie de conflictos que pesaban sobre la Confederación amenazada por una guerra con Francia cuyo rey Felipe *el Atrevido*, sobrino del de Anjou, no perdonaría á D. Pedro ni la ocupación de Sicilia ni la burla del desafío. Resentidos los aragoneses de que, sin su consejo, hubiera el rey llevado la guerra á tan lejanos países; disgustados de verse puestos en entredicho (*) por el Papa; agraviados en sus fueros, privilegios y libertades, y temerosos de las imposiciones á que darían lugar los rozamientos con Francia, se juramentaron para apartarse de la obediencia del monarca si no atendía éste á sus reclamaciones como al fin lo hizo. Verían igualmente los catalanes cierto desvío por parte del rey á las instituciones del país ó no estarían muy identificados con la política del monarca respecto á Sicilia y por consiguiente á la Sede Apostólica, cuando exponíanle sus quejas en las cortes de Barcelona pidiendo y logrando que éstas fuesen convocadas anualmente, á la par que confirmadas las inmunidades y privilegios que disfrutaban. A todo esto, tenía D. Pedro que acudir contra el señor de Albarracín que había obtenido la privanza de sus tierras por sentencia apostólica, y recibíase la sensacional noticia de que el papa Martín IV ofrecía el reino de Aragón á Felipe *el*

(*) Según él debían estar cerradas las iglesias sin administrar otros sacramentos que el Bautismo á los recién nacidos y la Penitencia á los moribundos.

Atrevido, y que lo aceptaba éste para su segundogénito Carlos de Valois, prestando enseguida juramento ante el legado Juan Chollet y recibiendo la investidura en marzo de 1284. La guerra con Francia estaba declarada; traíala la investidura con Carlos de Valois, pero faltaba al *Atrevido* un apoyo para introducir sus tropas en Cataluña; apoyo que se halló en el mismo hermano del rey de Aragón, en Jaime de Mallorca, que cedía al monarca francés el señorío de Montpeller á trueque de la promesa del cetro de Valencia una vez arrancado de las manos de D. Pedro.

Ante tan inminentes peligros, constituían una esperanza para la Confederación las victorias alcanzadas por el coloso del mar, el almirante Roger de Lauria. A los aprestos de Carlos de Anjou, que deseaba resarcirse de tantas derrotas, armó Roger 34 galeras en Mesina, y partió para Nápoles alentando á los suyos con el incentivo del botín que prometía ser inmenso. Como de costumbre envió el reto á las naves enemigas. Mandábalas el príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo* hijo del de Anjou; y aparentando Roger de Lauria una vergonzosa huída, lograba por virtud de una evolución destrozarlas momentáneamente y hacer prisionero al orgulloso príncipe y á toda la nobleza que le acompañaba. Llegados á Mesina, quería el pueblo cebarse en los prisioneros y se alborotaba al grito de *¡mueran los franceses!* alboroto que á duras penas pudieron apaciguar D.ª Constanza y el de Lauria, cuidando empero de asegurar su codiciada presa. Bien quiso el de Anjou vengar esta nueva derrota con la toma de Reggio, pero la defensa de esta ciudad le obligó á levantar el sitio que á ella pusiera y á reconocer á Roger de Lauria como árbitro y señor de los mares

de Sicilia. Poco después moría Carlos de Anjou y se preparaba el formidable ejército de invasión á Cataluña.

Incansable D. Pedro en llevar á buen acuerdo las diferencias de Aragón y en someter una asonada de Barcelona en favor de la casa de Francia, partía como un rayo á Perpiñán para impedir que su hermano don Jaime franqueara la entrada á los invasores. Sorprendida la ciudad y derribadas á hachazos las puertas, apoderábase del alcázar real y de los infantes, cabiendo mejor suerte á dón Jaime que se evadió por un desagüe del castillo; y recorría las villas del Rosellón incitándolas á la defensa, en tanto que avanzaba aquella erupción de guerreros amparados por la oriflama real sacada solemnemente por el rey de Francia de las naves del templo de San Dionisio.



Almogavar.

Seis cuerpos de ejército entraban por Salses en direc-

ción á Cataluña. Componían el 1.° unos 60,000 ribaldos encargados de forrajear y abastecer las compañías; en el 2.° formaban 5,000 caballos y 13,000 ballesteros mandados por los senescales de Tolosa, Carcasona, Bellcaire y el conde de Foix; había en el 3.° las gentes del Languadoc en número de 60,000 guerreros; el 4.° contaba con 80,000 hombres entre picardos, borgoñones, flamencos y alemanes; mandaba el 5.° de 6,000 caballos el legado del Papa Juan Chollet, y figuraban en el 6.° el rey de Francia Felipe *el Atrevido*, sus hijos Felipe y Carlos de Valois con toda la nobleza y con Jaime de Mallorca, y una impedimenta de 80,000 acémilas protegida por 600 caballos. ¡Jamás se había visto penetrar en Cataluña tan imponente ejército!

A la resistencia de algunas ciudades del Rosellón contestaban los cruzados con el incendio de Elna, que fué arrasada; y viéndose D. Pedro engañado por el senescal de Colibre que quiso hacerle blanco de un ballestero, incendió las naves del puerto para ocupar con sus gentes el Pirineo y fortificarse en Panissárs por donde probablemente pasarían las tropas enemigas. Los nobles catalanes, abandonando sus resentimientos, acudieron á defender aquellas cumbres que coronaban de fogatas para intimidar al rey de Francia, y ya éste desalentaba ante aquel espectáculo y á las acometidas de los almogavares que le desbarataron en Voló un campamento de 1,500 acémilas, cuando un monje enviado por Jaime de Mallorca le facilitó un camino por donde, sin ser vistas, podía abocar sus fuerzas cerca la villa de Perelada.

No habiendo, en virtud de esta traición, podido cerrar el Pirineo á los invasores, precisaba cambiar de plan de campaña contra aquel ejército cuya misma multitud

había de ser su ruina: al efecto, determinó D. Pedro evacuar el Ampurdán, después de haber Dalmáu de Rocaberti pegado fuego á su villa de Perelada, y concentrarse en Gerona para dar lugar á que Roger de Lauria viniera con sus galeras á privar de todo auxilio



Castillo de Llers.

de víveres por parte de la costa. Con esto, con dejar las villas abandonadas para que las necesidades de los cruzados no pudieran ser atendidas, y con los somatenes que no debían dejarles en sosiego, había de ser el invasor presa de miserias y de enfermedades que le aniquilarían. Sólo los castillos de Llers, Besalú, Camprodón, Montsoriu, Montornés, Moncada y algunos otros habíanse habilitado para la resistencia, mientras Ramón Folch mandaba salir de Gerona á los inútiles para las

armas, y se fortificaba en ella con 2,500 hombres despidiéndose de D. Pedro que daba órdenes á todo su ejército para disolverse.

Ocupado el Ampurdán y la costa desde Colibre á Blanes por los franceses, tomaron éstos después de catorce asaltos el castillo de Llers, donde Carlos de Valois fué coronado como rey de Aragón en medio de multitud de cadáveres; se dirigieron luego á Gerona con aparatosa profusión de armas, de banderas y de tormentaría, y pasó el conde de Foix á proponer á Ramón Folch la entrega de la plaza á cambio de cuantas mercedes y distinciones apeteciera. A la patriótica respuesta del vizconde de Cardona, quedó formalizado el sitio, rico en proezas por parte de los defensores que cuidaban de no dar momento de descanso á los enemigos.

Tanteó entonces D. Pedro el espíritu de los aragoneses respecto á la invasión francesa y al apurado cerco de Gerona; y al ver su indiferencia, lo temerosos que andaban también los nobles catalanes, y el desaliento que iba cundiendo en todos los pueblos, se entregó á fiestas y diversiones esperando la reacción que no tardó en determinarse entre los amedrentados. Acudió pronto la nobleza al palacio real en demanda de que se le señalara un sitio para hostilizar al enemigo que se entregaba á excesos en los poblados; les indicó el rey las villas de Hostalrich y de Besalú como centros de reunión y de avance, y allí hicieron maravillas los almogavares en tanto que se fortificaba Barcelona y se armaban 11 galeras que al mando de Galcerán Marquet y Berenguer Mayol vencían á la flota francesa entre Rosas y San Feliu de Guixols prendiendo al almirante Lodeva con sus caballeros y pertrechos y cascos y vituallas.

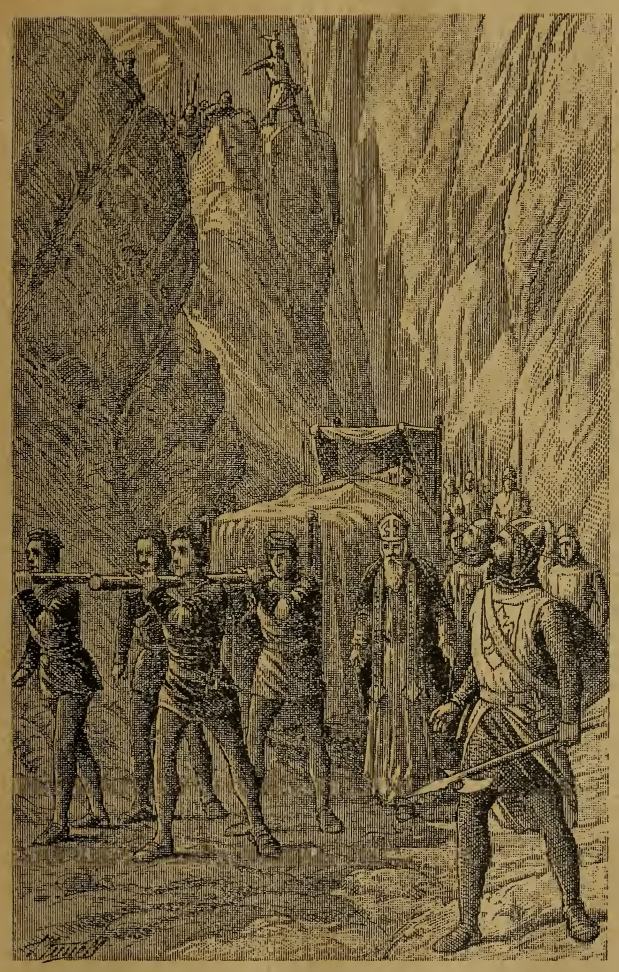
A la noticia de esta victoria llamó el rey á todas las huestes de Aragón y de Cataluña para ir contra los que sitiaban á Gerona, logrando destruir un fuerte núcleo de caballería francesa cerca de Besalú: cosas ambas que decidieron al rey de Francia á procurar por todos los medios la rendición de Gerona. Redoblados los esfuerzos, arrimadas las máquinas y escaleras y materias inflamables á las murallas, en vano intentaron hacer sucumbir á aquellos bravos defensores; y caían fatigados los sitiadores, y morían acosados por el hambre y por la peste (*), cuando envió *el Atrevido* nuevo mensaje á Ramón Folch para desalojar la plaza con todos los honores á que se había hecho acreedor por su admirable defensa. De común acuerdo con D. Pedro, que en Hostalrich acababa de tener noticia de la llegada de Roger de Lauria con su escuadra de Sicilia, convino Ramón Folch en la entrega de Gerona si dentro de 20 días no había recibido los socorros que necesitaba.

Componíase la flota, llegada á Barcelona, de 30 galeras y no habían de permanecer ancladas por mucho tiempo. Unidas á las 11 de Mayol y de Marquet, volaron á atacar á las francesas, confundiéndose con ellas en desigual combate durante la noche y á los gritos de *¡Aragón!* y *¡Sicilia!* que repetían los enemigos para desconcertar á los nuestros y aumentar aquella baraúnda atronadora con el ruido de las ballestas y tambores y trompetas y cuernos marinos. Trece galeras eran llevadas después á Barcelona con inmenso botín y numerosos

(*) Ha quedado la tradición de las *moscas de San Narciso* que, según Desclot, atormentaban á las caballerías ocasionándoles la muerte.

prisioneros, habiendo necesidad de señalar que no se mostró D. Pedro muy humano en esta victoria, pues mandó ensartar 300 heridos en una maroma para perecer ahogados en el mar, y envió al rey de Francia 260 prisioneros á los cuales había hecho sacar los ojos por la marinería de Roger de Lauria. A este desastre, á la derrota de Saint Paul en Rosas y al apresamiento frente de Cadaqués de otras galeras francesas por el de Lauria, obedeció el mensaje que el rey de Francia mandó al coloso del mar para estipular una tregua. Contestó Roger que ni aun á instancias del rey de Aragón se avendría á ella; y al ser amenazado por el conde de Foix con la posibilidad de armar la Francia 300 galeras para destruirle, respondió el de Lauria que le bastaban á él 100 para aniquilar todas las escuadras de los mares por los cuales *no una nave, sino que ni siquiera un pez se atrevería á asomar como no llevara grabado en la cola el escudo con las armas de la casa aragonesa*.

Por más que Gerona había capitulado por falta de víveres y por virtud del convenio, decidía Felipe *el Atrevido* retirar sus huestes de Cataluña, perdida toda esperanza de lograr los auxilios de boca y guerra por parte de la costa; y hallábase enfermo y desalentado ante aquel ejército de inválidos que le seguía hacia el Ampurdán, en tanto que ocupaban las tropas de don Pedro las alturas de los Pirineos para cortarle la retirada. Difícilmente podía ya salir de Cataluña aquella comitiva de enfermos, de gente azorada, de caballos famélicos, que había dejado las dos terceras partes de su contingente en los alrededores de Gerona: en vano había intentado tomar el castillo de Besalú para asegurar por aquella parte su vuelta á Francia; y no habiendo



Retirada del ejército francés por el collado de Panissárs.

otro remedio que atravesar las escabrosidades de Panissárs, donde estaban los ejércitos catalanes, llegó á Villanueva de la Muga enviando el hijo *del Atrevido* mensaje á D. Pedro en demanda de paso franco para su padre moribundo. Accedió á ello el rey de Aragón conteniendo á duras penas sus tropas mientras pasaba la litera real rodeada de los infantes, del cardenal-legado y 1,000 caballeros protegidos todos por la oriflama francesa; pero á los gritos de *¡Aragón! ¡Aragón!* dados luego por D. Pedro, cayeron como un alud los almogavares sobre la retaguardia, cebándose horriblemente en aquellos infelices que cubrieron con sus cuerpos, armas, arreos y bagajes aquellas gargantas inaccesibles. Los pocos franceses que podían escapar de la matanza eran acosados por los marineros de Roger de Lauria que había desembarcado en Colibre; y, llegado á Perpiñán, moría el rey de Francia á quien tan noblemente contestaba D. Pedro á la celada que le había preparado en Burdeos. Esta jornada, conocida por la del *Coll de Panissárs,* dejaba libre de franceses á Cataluña, pues sucediendo á la de Gerona la evacuación de las demás villas municionadas por *el Atrevido,* rendíase la de Castellón donde á principios de la guerra fué envuelto don Pedro en una trama de la que pudo escapar gracias al aviso del conde de Ampurias que fué siempre fiel á la corona aragonesa en esta epopeya.

A su vuelta á Barcelona, supo D. Pedro la conspiración del justicia mayor de Sicilia Alaimo de Lintini, que se había convenido con los franceses; y, después de haber ordenado al infante Jaime que le trajera al príncipe de Salerno para ser debidamente asegurado en la capital de Cataluña, disponía una expedición á Mallorca,

tanto para castigar á su hermano D. Jaime como para evitar que la ocupara Francia, en caso de complicarse los asuntos á consecuencia de los últimos sucesos. No había, sin embargo, D. Pedro de llevar á cabo la expedición proyectada. Enfermo en Villafranca del Panadés, llamó á su hijo Alfonso para que tomara el mando de la flota, y después de reclamar los auxilios espirituales y de declarar que «no había hecho la ocupación de Sicilia en desacato y ofensa de la Iglesia sino en virtud del derecho que á ella tenían sus hijos», recibía la absolución apostólica por medio del arzobispo de Tarragona, y moría en 1285, siendo, según su voluntad, enterrado en el real monasterio de Santas Creus, donde se conserva su sepultura.

De su única esposa D.ª Constanza, dejó D. Pedro *el Grande* ó *el de los Franceses* los siguientes hijos: Alfonso, que le sucedió en los estados de Aragón, Valencia y Cataluña; Jaime, rey de Sicilia; Federico, que gobernó en ella cuando Jaime se sentó en el trono de Aragón por fallecimiento de Alfonso; Pedro, que se enlazó con la familia de los Moncadas; Santa Isabel, reina de Portugal, y Violante, casada con el rey de Nápoles.

Alfonso III *el Liberal*

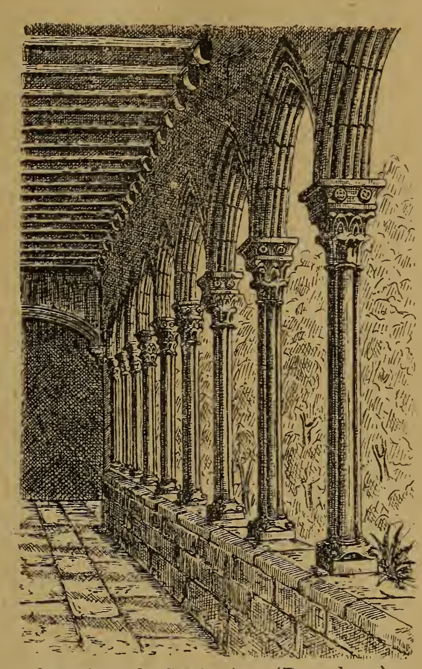
Cuando expiraba D. Pedro *el Grande*, llegaba á Barcelona el príncipe de Salerno, Carlos *el Cojo*, habiendo antes en la cárcel de Cefalú renunciado sus derechos de Sicilia al rey de ella, D. Jaime, con el que había estipulado el matrimonio de su hija D.ª Blanca. La prisión de este príncipe, por quien se interesaban la Francia y la

Iglesia; la de los hijos de Jaime de Mallorca, aliado con el monarca francés; la investidura de Carlos de Valois sobre la corona aragonesa, y lo temeroso que andaba el rey de Castilla, Sancho *el Bravo,* de que protegiera el aragonés las aspiraciones de los infantes *de la Cerda,* complicarían el problema de la paz que apeteciera don Alfonso de vuelta de Mallorca, donde había dirigido la expedición organizada por su difunto padre.

Ninguna resistencia halló D. Alfonso en los que custodiaban las islas de Mallorca y de Ibiza, desviados como estaban de su rey D. Jaime por la traición que hizo á su hermano cuando la invasión francesa; hallóla más en sus tropas de mar que, al tener noticia del fallecimiento de D. Pedro, temieron por la isla de Sicilia y quisieron partir á ella para evitar que fuese víctima de nuevos vejámenes por parte de los güelfos. Para acallarlas, ordenó el rey que parte de las naves pasaran con Roger de Lauria á informar á D.ª Constanza del fallecimiento de su esposo D. Pedro, y, recibida con luto general en Sicilia la funesta nueva, coronóse solemnemente al infante D. Jaime, á tenor de lo dispuesto por el parlamento de Mesina. Con el resto de la flota partió don Alfonso á Alicante, donde citó á los valencianos para que le prestaran los debidos homenajes, y estuvo luego en Santas Creus á celebrar las exequias de su padre, en tanto que el almirante Roger de Lauria hacía estragos en las costas de Provenza.

No descuidaba el monarca que su tío D. Jaime de Mallorca tenía avanzadas en Cataluña por tierras del Rosellón y que amenazaba con sus huestes caer sobre algunos lugares; y, luego que se hubo coronado en Zaragoza con mucha pompa, pasó á Castellón de Ampurias para le-

vantar el cerco que allí pusiera su tío apoyado por el rey de Francia que contestaba así á la osadía de Roger en las aguas de Provenza. Con esto, con las pretensiones de la *Unión* aragonesa y con las de Sancho de Castilla á apoderarse de los infantes de la Cerda, principiaron las dificultades para el monarca quien, como medida preventiva, hizo asegurar en Ciurana la prisión de Carlos de Salerno, mientras comenzaban las tareas diplomáticas que dieron por resultado una tregua, aprovechada por D. Alfonso en la reconquista de Menorca.



Claustros de Santa Ana (Barcelona).

Pagaba esta isla, ya en tiempos del *Conquistador*, un tributo á la corona aragonesa y gobernaba en ella el almojarife Aben Zeyd á quien se suponía en tratos con los enemigos de la corona. Interesaba, por otra parte, á D. Alfonso el dominio de Menorca para asegurar la tranquilidad de las Baleares; y, partiendo de Port Fangós con 122 naves,

con el caudillo Pedro Cornel y los nobles catalanes Ramón Folch, Guillermo de Anglesola, Berenguer de Entenza y Francisco de Requeséns, logró en una sola jornada apoderarse de la isla, de la que partió Aben Zeyd para Berbería quedando los demás como esclavos y sujetos á un respetable tributo. De entonces, 1286, data el origen de la villa de Mahón que, como toda la isla, fué repoblada de catalanes por Pedro de Lebia.

A la llegada del vencedor de Menorca, y mientras los vicealmirantes Berenguer de Vilaregut y Bernardo de Sarriá asolaban las costas de Sorrento, Nápoles y Prasitano, pusiéronse otra vez sobre el tapete las negociaciones de paz entre Aragón y Francia, interviniendo en ellas el rey de Inglaterra cuyo intento no era otro que casar á su hija Leonor con el monarca aragonés. Como preliminares, convinose en dar libertad á Carlos de Salerno mediante fianza de sus hijos á cambio de otros tantos caballeros que pondría D. Alfonso en poder del rey de Inglaterra, quien se comprometía á obtener una tregua de tres años por parte de Roma, de Francia y de Carlos de Valois; terminado este plazo, haría el de Salerno paces con Aragón, bajo pena, en caso de incumplimiento, de una fuerte suma y de quedar sus hijos á prisión perpetua de D. Alfonso. Pero no tendrían muy buen éxito los oficios del rey de Inglaterra, por cuanto había entonces el papa Honorio lanzado la excomunión á D. Jaime de Sicilia; y los gobernadores de Nápoles, sabedores de la ausencia de Roger de Lauria, caían sobre Agosta y se paseaban libremente por las aguas de Malta. Llamado Roger, batió con solas 40 naves á las 48 galeras enemigas en Castellamare; y, con 40 de ellas, con el almirante y con 5,000 prisioneros, se acercó á

Nápoles que se vió obligada á comprar una tregua mediante una crecidísima suma.

No ofrecían tampoco muy buen aspecto los asuntos de Aragón á nuestro soberano. Jurados los privilegios de que disfrutaban, quisieron los nobles intervenir en el ordenamiento de la casa y consejo real; y como se opusiera D. Alfonso á esta demanda, produjéronse discordias entre los *unidos*, llegando á propalarse la especie de proclamar rey á Carlos de Valois y desentenderse del aragonés si no les atendía. Ante esto, no tuvo más remedio D. Alfonso que concederles el célebre *Privilegio de la Unión* por el que se obligaba á no proceder contra la nobleza sin previa sentencia del Justicia mayor y de las Cortes; á convocar éstas una vez al año en Zaragoza, y á otorgar á los en ellas reunidos el derecho de elegir el real consejo como solicitaban: privilegio, como ha dicho un autor, exorbitante y desconocido en los anales de las demás naciones.

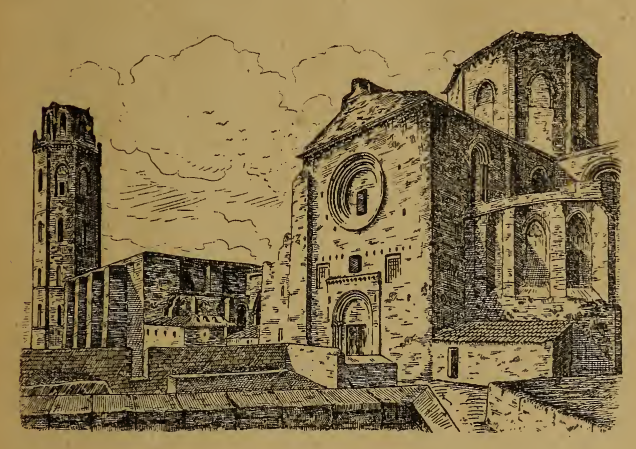
Sucedió á esto la guerra de Castilla, por defender don Alfonso á los infantes de *la Cerda* contra Sancho el Bravo que se había aliado con la Francia; y después de muchas negociaciones, y de haberse llegado á un convenio en Campfranch, salió, como se había estipulado, el príncipe de Salerno para Francia, dejando en rehenes á sus hijos Luís y Roberto bajo condición de reducirse el príncipe á prisión al cabo de un año si se rompía el tratado.

Demasiado pronto había de ver el rey de Aragón el incumplimiento del convenio. El príncipe de Salerno, no sólo se olvidó de recabar la renuncia de Carlos de Valois á los estados aragoneses, sino que, pasado á Italia, se hizo coronar rey de Nápoles por el papa Nico-

lás, quien le absolvió además del compromiso de Campfranch y de la renuncia que hiciera en Cefalú á favor de D. Jaime de Sicilia. Púsose éste al saberlo en pie de guerra y pasó con una escuadra á bloquear la plaza de Gaeta; pero después de muchos estragos por parte de Roger de Lauria, de las peripecias del sitio que fueron horrorosas, y de verse los sitiadores circunvalados por las fuerzas de los güelfos, terminóse aquella guerra cruel por mediación del rey de Inglaterra, conviniendo el Papa en una tregua que dió lugar al de Lauria á acrecentar sus glorias navales por la costa de Africa.

Agriado D. Alfonso por haber el príncipe de Salerno faltado al compromiso de reducirse á prisión si se rompia el tratado, ordenó el equipo de 12 galeras para dirigirse á Sicilia y á la misma Nápoles donde con el nombre de Carlos II de Anjou se habia el de Salerno coronado, llegándose, por fin, á una tregua que terminó en paz definitiva si bien en perjuicio de la Confederación rodeada y dificultada su gestión por tantos y tan poderosos enemigos. En Tarascón, donde acudieron los plenipotenciarios de los estados contendientes, firmábase en 1290 la paz con los siguientes compromisos para la casa aragonesa: 1.º Pediría D. Alfonso perdón al Papa á cambio de estar en paz con Roma y Francia; 2.º Pagaría el censo hecho por Pedro *el Católico* á la Iglesia, con todos sus atrasos, mediante revocación de los derechos que Carlos de Valois tenía á la corona aragonesa; 3.º Quedaría el rey de Mallorca sujeto al señorío de Aragón; 4.º Sacaría D. Alfonso sus gentes de Sicilia interesando al rey D. Jaime y á su madre D.ª Constanza en no retenerla á despecho de la Iglesia; 5.º Emprendería una expedición á Tierra Santa en favor de Roma y obligaría,

de vuelta y con las armas, á su madre y hermano á dejar la Sicilia caso que á ello se resistiesen, y 6.º Pondría en libertad á los hijos del príncipe de Salerno tan luego como el legado del Papa levantara el entredicho que sobre Aragón pesaba.



Antigua catedral de Lérida.

En 1291 y cerca de Panissárs se ratificaba esta paz tan vergonzosa para D. Alfonso á quien no pueden disculpar los mismos peligros de que estaba amenazado. Remordimiento sentiría de ello cuando, al morir en el mismo año y casi repentinamente en Barcelona, dejaba á su hermano D. Jaime de Sicilia en el trono de Aragón, nombrando á su segundo hermano Federico para que sucediera á aquél en la corona siciliana. Por este testamento quedaban, pues, en guerra los dos hermanos si

quería el primero respetar el tratado; por este testamento tenía la Sicilia quien la amparaba para no verse otra vez invadida por los franceses.

Jaime II *el Justo*

A la noticia del fallecimiento de D. Alfonso de Aragón, vino de Sicilia su hermano D. Jaime á coronarse á Barcelona, declarando en el acto de la ceremonia no recibir la corona por virtud del testamento de D. Alfonso sino como á heredero de Pedro el Grande. Revélase en esto la intención del monarca de no renunciar la Sicilia, y lo prueba el haber dejado en ella y sólo con el cargo de lugarteniente á su hermano Federico.

Abierto su reinado con la alianza que ajusta con Sancho de Castilla, mientras Roger de Lauria pasea triunfante su flota por las aguas de Jonia y llega el vicealmirante Berenguer de Montolíu en sus expediciones navales hasta Tarifa, preocúpase D. Jaime de la paz estipulada por su antecesor con Francia y con la Iglesia, conmoviéndose, al saberlo, la Sicilia que teme verse abandonada á manos de sus enemigos. El nuevo papa Bonifacio VIII logra reunir en Agnani á los plenipotenciarios de Francia y de Cataluña, quienes con Carlos II de Anjou firman en 1295 la paz sobre las bases del tratado de Campfranch, ampliándolas con la restitución de prisioneros y con el matrimonio de D. Jaime con doña Blanca de Anjou hija del citado Carlos, rey de Nápoles. Entrañaba este convenio, como sabemos, la restitución de Sicilia á la Iglesia, y hacia inevitable la guerra entre Jaime y Federico, terco como se hallaba este último en

no renunciar sus derechos aun á cambio de los que de conquista sobre el imperio de Oriente le había ofrecido el mismo Bonifacio.



Ábside de Vilabertrán.

Las conclusiones del tratado no tardaron en observarse. En Vilabertrán y ante una espléndida comitiva celebráronse el mismo año las bodas del monarca con D.ª Blanca de Anjou, y aprestábase el legado del Papa á levantar la excomunión de la casa aragonesa mientras llegaba una embajada de sicilianos á interesar á don Jaime por la situación apuradísima de la isla. Desoídos los embajadores, partieron enseguida á proclamar rey á Federico y lograron que muchos caudillos se desentendieran de la orden del rey de Aragón que les imponía la entrega á la Iglesia de las plazas que custodiaban,

Formaban al lado de Federico casi todos los nobles catalanes y aragoneses, Blasco de Alagón entre ellos, y los almirantes Roger de Lauria y Conrado de Llansa.

Pero ante la virilidad de los sicilianos levantábase temible el compromiso de D. Jaime de obedecer al Papa que le acababa de nombrar Almirante, Gonfalonero, Capitán general de la Iglesia, y le hacía donación de Córcega y de Cerdeña con feudo á Roma una vez reintegrada á ésta la Sicilia. Añádase á esto el haberse el de Lauria separado de los sicilianos y el matrimonio de la hija de D.ª Constanza con el heredero del rey de Nápoles, y júzguese la situación de Federico abandonado á sí mismo y sin otro auxilio que el de sus leales paladines. La guerra no debía tardar en manifestarse. Abierta en Calabria é indignado Roger de Lauria de su derrota por Blasco de Alagón, pasó á Cataluña á instigar al monarca para que llevara las armas contra Federico: reuniéronse 80 galeras y otras naves menores para Italia, y recibía luego D. Jaime el estandarte de la Iglesia en Roma yendo á juntarse con las tropas que Carlos de Anjou tenía en Nápoles prevenidas. Señalóse Siracusa como la primera plaza que debía tomarse á los sicilianos, y allí partieron las naves del sobrino de Roger y los ejércitos del monarca aragonés, siendo ambos vencidos por el almirante de Federico, Conrado Doria, y por los almogavares de Blasco de Alagón que hicieron en ellos una horrorosa matanza.

Alentó tanto esta jornada á los sicilianos como indignó á D. Jaime el verse abatido por los que creía débiles enemigos. Reunidas cortes en Barcelona y recabados subsidios para la guerra, partió nuevamente el monarca para Sicilia con 56 naves á tiempo que Federico salía á

su encuentro con 40 galeras, trabándose en el cabo Orlando «la batalla más escandalosa y horrible de cuantas se dieron en aquellas guerras crueles» (*). Luchaban con Federico los caudillos Blasco de Alagón, Hugo de Ampurias, Gombáu de Entenza, Bernardo de Ribelles y García Sánchez; con Jaime: Roger de Lauria, Gilaberto de Centellas, Gerardo y Ferrer Alemany, Ramón de Cabrera y Pedro de Montagut: catalanes, aragoneses y sicilianos todos; los mismos que habían arrancado la Sicilia del poder de los güelfos. En medio de la mortandad, del choque de las naves y de la gritería, veíanse á los reyes hermanos enardecer á sus combatientes sin que por parte alguna se decidiera la victoria; hasta que la temeridad de Gombáu de Entenza dió lugar á que fueran apresadas algunas galeras sicilianas huyendo las restantes con Federico que, desfallecido de cansancio, llegaba á Mesina para llorar la pérdida de su valeroso aliado. Terminada esta fratricida contienda, partía don Jaime para sus estados á pesar de las súplicas de Carlos de Nápoles y del papa Bonifacio: remordíale tal vez la conciencia ó creía haber dado demasiado cumplimiento al contraído compromiso.

Los sicilianos, empero, no cedieron en su demanda. Recogió Federico sus gentes y venció á los anjovinos apoderándose del príncipe de Taranto; peleóse con nuevo afán alcanzando ora victorias ora desastrosas derrotas; y por fin, cansados todos de la guerra y habiendo retirado el Papa su alianza con Francia, firmábase la paz en Catalabelota quedando confirmado Federico por rey de Sicilia, si bien no podían heredarla sus hijos por

(*) QUINTANA. — *Vida de españoles célebres.*

pasar á Carlos de Anjou cuya hermana Leonor debía casarse con el nuevo soberano. Era esto en 1302 y moría más tarde en Valencia Roger de Lauria á quien, llevado á Santas Creus, se le dió eterno descanso al lado de Pedro el Grande y en una humilde sepultura.

Amanecían los días de paz para que pudiera D. Jaime dedicarse á la obra de la civilización por tanto tiempo descuidada; amanecían los días de paz para la corona aragonesa, y tenía lugar aquella célebre expedición de catalanes y aragoneses á Oriente, que parece una fábula de los tiempos heróicos.

La terminación de la guerra de Sicilia dejaba ociosa á mucha gente ávida de pelear y á aquellos famosos almogavares que en la temeridad y el peligro buscaban sus mayores delicias. Conocíalo perfectamente Federico y tenía en sus filas un templario desertor que era reclamado por el Papa. Para desembarazarse, pues, de aventureros y para salvar del castigo á quien hasta entonces había defendido su causa, llamó Federico á Roger de Flor proponiéndole pasar en auxilio del emperador griego Andrónico Paleólogo á quien los turcos acababan de arrebatarle sus estados amenazando caer sobre su capital la hermosa Constantinopla. Aceptada la oferta por Roger, partían luego en 36 embarcaciones 1,500 caballos, 4,000 almogavares y 1,000 peones, llegando el año 1303 á Constantinopla donde fueron recibidos por Andrónico que nombró *megaduque* á Roger de Flor y le casó con su sobrina María, hija del rey de Bulgaria. Con sus caudillos Fernán Giménez de Arenós, Fernando Ahones, Corbarán de Alet, Pedro de Aros, el cronista Muntaner, un cuerpo de griegos mandado por Marulli y otro de alanos por George, atravesó el de Flor el mar

de Mármara, desembarcando en Artacio y principiando á romper la caballería turca que dejó aquellas playas sembradas de cadáveres. Satisfecho Andrónico, mandó víveres á la hueste que invernaba en Ciziso, donde en una revuelta promovida por los alanos pereció el hijo de



Batalla de Tirra.

George á manos de los almogavares, cosa que acarreó enemistades á Roger de Flor cuya primera victoria había movido á envidia á los principales caudillos de los griegos. Creció ella cuando internándose Roger por la Anatolia venció á los turcos en Filadelfia, Nicea, Magnesia y Tirra, llegando hasta el monte Tauro cuyas faldas resonaron al hierro de las famosas compañías; recibieron éstas un refuerzo de 1,000 almogavares y 200 caballos con Berenguer de Rocafort que acaudillaba gentes en

Sicilia; pasó Rocafort á ocupar el mando de Corbarán de Alet, muerto en la batalla de Tirra, y nuevas luchas y nuevas proezas aumentaron la fama de Roger de Flor, que fué llamado á Constantinopla á investirse con la dignidad de *César* para dar la de *megaduque* á Berenguer de Entenza que acababa de llegar de Sicilia con nuevos auxilios. Tales distinciones y el éxito cada día creciente de la campaña aumentaron la envidia de los griegos, atreviéndose el mismo Andrónico á pagar con moneda corta á los almogavares; indignáronse éstos y sus caudillos, arrojando el de Entenza al mar las insignias de megaduque, y tembló el trono de Oriente, salvándose sólo con la concesión de la Anatolia á los principales jefes de la *Compañía*. La traición, empero, debía llegar á donde no pudiera la envidia. Pasado Roger á Andrinópolis para despedirse de Kir Miquel, hijo de Andrónico, y unirse á su ejército de Galipoli, fué invitado á un banquete en el que pereció con 1,300 almogavares acuchillados por 9,000 alanos que al mando de George estaban apostados al objeto. A esta traición siguió la de Constantinopla y demás ciudades, matando al almirante Fernando de Ahones y á cuantos catalanes y aragoneses hallaron desprevenidos, en términos que quedó reducida la hueste á 3,300 hombres y 200 caballos.

Conmoción inmensa produjo en Galipoli esta matanza. Ciegos de furor y desbordados á duras represalias, degollaron los almogavares á niños y á mujeres, pidiendo á gritos á Berenguer de Entenza que les llevara á Constantinopla para vengar á Roger de Flor, mientras veían llegar á sus murallas las tropas imperiales en número de 13,000 peones y 14,000 caballos. Por consejo de capitanes resolvióse desafiar á Andrónico por

medio de una embajada á Constantinopla. Componíanla cinco caudillos y el catalán Siscar que acusó de pérfido y desleal al Emperador; pero, presos en Rodosto, fueron horriblemente descuartizados, en tanto que unas galeras genovesas prendían á traición á Berenguer de Entenza de vuelta de una expedición á Heraclea que



rindió después de un forzado sitio. ¡Quedaban sólo 1,200 infantes y 200 caballos en Galípoli! Habido consejo en medio de la desesperación que es de suponer, se barrenaron las pocas naves que había en el puerto; y á la divisa de vencer ó morir, cayeron mandados por Rocafort sobre los sitiadores haciendo en ellos una horrorosa matanza: alentáronse éstos con las tropas que Kir Miquel mandaba de refresco, y ya se disponían á marchar sobre Galípoli cuando alcanzados por los almogavares en Aprós, llegóse á un combate todo desesperación y furia

por ambas partes, quedando aquel puñado de hombres vencedores de las tropas imperiales que, con Kir Miquel herido, se entregaron á la fuga más espantosa de que puede darse ejemplo. ¡Quién podía ya contener á aquellas gentes catalano-aragonesas! Campiñas, pueblos, alquerías, todo fué destrozado; escalaron Rodosto acuchillando á sus moradores; ocuparon Plánido, Madito y Estañara con resistencia, y llevaron sus rastros de sangre hasta los jardines de la imperial Constantinopla que les vió azorada pasar el estrecho como una tromba de hierro. Descansaban ya los almogavares de su tremenda venganza cuando supieron que retiraban á sus tierras 9,000 alanos en compañía de su jefe George y de una multitud de mujeres y niños; y haciendo largas jornadas, desafiando no pocos peligros, cayeron sobre aquella gente amilanada todas las compañías de Plánido, Madito y Rodosto, sembrando en ella la muerte con encarnizamiento, matando al traidor George, y dejando viva aquella maldición que por mucho tiempo proferían los griegos: «Así la venganza catalana caiga sobre tu cabeza.»

El incentivo de estas represalias indujo á los turcos á alistarse en las compañías de almogavares, y libre Berenguer de Entenza por mediación del monarca aragonés, partió á ponerse al lado de sus hermanos de Galípoli, produciéndose rozamientos entre él y Rocafort por cuestiones de mando. Llegó entonces el infante Fernando, hijo del rey de Mallorca, enviado como lugarteniente por Federico de Sicilia; reprodujéronse las disidencias entre los caudillos de la Compañía, y en su marcha al reino de Salónica en busca de nuevos laureles, se embistieron los de Rocafort y Entenza pereciendo

éste de una lanzada y generalizándose el combate, que sólo pudo apaciguar la energía del príncipe lugarteniente. En vista de esto, embarcóse Fernando con Muntaner y otros descontentos para Negroponto, donde fueron



La venganza catalana.

presos por unas naves venecianas que mandaba Tebaldo por cuenta de Carlos de Valois pretendiente al imperio griego; y el mismo Rocafort, abrazando desde entonces el partido de Tebaldo, es entregado por los suyos y á consecuencia de sus demasías, siendo llevado á Nápoles donde se le dejó perecer de hambre en una cárcel.

La hueste quedaba abandonada y en situación apuradísima. Llamóla el duque de Atenas, Gualter de Brena, para defenderse de sus enemigos, y allí, tras muchas jornadas, atravesando la Tesalia y las Termópilas, fue-

ron los almogavares á coronar dignamente aquella expedición con nuevos triunfos que les repusiera de sus intestinas discordias.

En poco tiempo lograron reintegrar al duque de Atenas sus perdidas posesiones, y mal pagó éste tan señalado servicio mandando un fuerte golpe de caballería para aniquilarlos. ¡No conocía el valor de aquellas gentes indomables! Preparados los almogavares en las orillas del Cefiso, atrajeron al enemigo sobre un campo que habían inundado, y en él pereció acuchillado el duque con su caballería en tanto que eran los fugitivos acosados hasta Atenas donde se establecieron los catalanes y aragoneses poniéndose bajo el dominio del rey de Sicilia. Así terminó aquella gloriosa epopeya en 1313; así pasaron los ducados de Atenas y Neopatria á la corona siciliana, y luego á la aragonesa que los rigió hasta 1452 en que Constantinopla fué tomada por los turcos.

Volviendo á D. Jaime de Aragón, le hallamos el año 1307 en las cortes de Montblanch ocupándose de la futura conquista de Cerdeña, cuando un hecho extraordinario le reclamó la atención á otros asuntos. Felipe el *Hermoso*, de Francia, habíase fijado en las enormes sumas que poseían los Templarios y pensó reaccionar con ellas su exhausto tesoro. Acusóles de los más enormes delitos, despojóles de sus bienes y fortalezas después de un proceso que generalmente terminaba con la hoguera, y no contento de obrar así con los Templarios de Francia, instigó á D. Jaime para que hiciera lo mismo con los de sus estados. No poca resistencia puso el monarca aragonés en acceder á las súplicas de Felipe; pero la pujanza de éste y el aviso que recibía del Papa, le

decidieron á embargar las fincas de lós Templarios y aun á atacarles en sus fortificaciones de Monzón y de Miravet, de donde salieron mediante capitulación, quedando extinguida aquella orden militar y religiosa que había gozado tanta preponderancia. Lejos D. Jaime de entregarse á los excesos del rey de Francia, contentóse con ocupar los castillos y bienes del Temple, los cuales pasaron más tarde á la orden de Montesa instituida en Barcelona y á instancias del monarca en 1319 (*).

En una entrevista que tuvo D. Jaime con el rey de Castilla para proceder á la administración de estos bienes, acordóse llevar la guerra al reino de Granada, conviniendo en que el castellano iría sobre la capital en tanto que el aragonés sitiara á Almería con su ejército y á Ceuta con una flota. Terminados los aprestos, partieron en 1309 los caudillos catalanes con D. Jaime al tiempo que el almirante Bernardo de Sarriá cerraba con sus naves el estrecho de Gibraltar y se anticipaba el vizconde de Castellnou á tomar la plaza de Ceuta con estrago. No se llevó, sin embargo, á cabo la toma de Almería á pesar del buen servicio de la caballería que vino del Rosellón con Jaime de Mallorca y de las proezas de Jimeno Pérez de Arenós que murió en el combate; el rey de Castilla había pactado con el de Granada, y temeroso D. Jaime de una derrota levantó el cerco y partió á Barcelona luego de lograda la libertad de muchos cautivos.

A los dos años, 1312, recibió D. Jaime el homenaje de Sancho de Mallorca en quien recayera el dominio de ella y del Rosellón á consecuencia del fallecimiento de

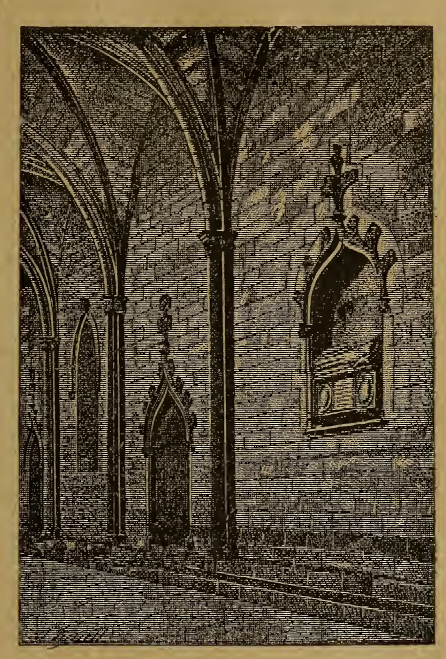
(*) Distintivo: la cruz roja de brazos iguales.

su padre; y, recobradas mediante cesión del rey de Francia las tierras del valle de Arán, contraía D. Jaime segundas nupcias con la hija del rey de Chipre, como antes las había verificado el principe Alfonso con la sobrina de Alvaro de Urgel, D.ª Teresa de Entenza, que anexionó nuevamente aquel condado á la corona aragonesa. Era este Alfonso el segundo hijo de D. Jaime; el primogénito había profesado con renuncia del trono, y las cortes de Barcelona y de Zaragoza reconocieron como sucesor á Alfonso á quien confió el monarca la conquista de Cerdeña.

Esta isla, arrancada á los árabes en 1050 por las repúblicas de Génova y de Pisa, estaba á la sazón bajo el dominio del Juez de Arborea, de los Dorias, del marqués de Malespina y de los pisanos que, como jibelinos, odiaban la intervención apostólica traducida en la investidura que de la isla hiciera el Papa en favor de don Jaime. El Juez de Arborea que era güelfo, ofrecióse al monarca aragonés para ayudarle contra los pisanos, y habidas cortes en Gerona, prometidas 20 galeras por Sancho de Mallorca, y gentes y dinero por las ciudades de Barcelona, Tortosa, Camarasa, Cubélls y Tarragona. organizóse una armada en 1322, fecha en que realizaba D. Jaime su tercer matrimonio con Elisenda de Moncada y unía á la corona el condado de Ampurias, que se dió al infante D. Pedro para gobernarlo.

Al año siguiente y después de haber el príncipe Alfonso recibido el estandarte en presencia de los reyes, partían 150 naves de Port Fangós y desembarcaban en Palma de Sols un nutrido ejército que D. Alfonso dirigía contra la villa de Iglesias en tanto que cerraba el puerto de Caller el almirante Caroz con sus naves de

Mallorca. Castigado quedó el ejército del infante y el de su aliado el Juez de Arborea en el sitio de Iglesias; las enfermedades y las lluvias hacían temer ya por el éxito de la campaña, cuando al cabo de siete meses se rindió la villa pasando sus defensores á la de Caller, acompañados por las tropas reales que indicaban con ello la confianza suprema que tenían en la empresa.


Claustro de la catedral de Barcelona.

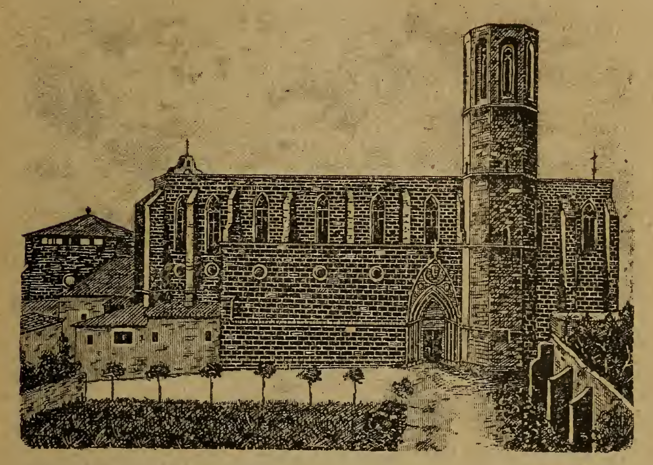
Llegado ante Caller tuvo Alfonso noticia de que una fuerza de 6,000 hombres entre pisanos, genoveses y tudescos había desembarcado para proteger la villa; y saliendo á su encuentro con solos 1,000 peones y 500 caballos, trabóse en Lucocisterna una fiera batalla en la que los tudescos, rompiendo los escuadrones reales, pusieron en gran peligro á D. Alfonso que debió la vida á Bernardo de Boxadórs quien le ofreció el caballo por haber el infante perdido el suyo en la pelea. Pero Al-

fonso, que había recibido el estandarte real bajo compromiso de vencer ó morir en Cerdeña, no debía retroceder ante el peligro que le rodeaba; y alentando á los suyos con los gritos de *¡Aragón! ¡Aragón!*, arrolló á los antes vencedores tudescos y se presentó glorioso ante Caller donde hizo construir el castillo de Bonaire tanto para repeler nuevas acometidas como para forzar la entrega de la plaza. Resistióse ésta y aun arriesgó una salida sin éxito contra Bonaire; pero ante la inutilidad de sus tropas, y á la noticia de que llegaban refuerzos de Aragón, pactó una tregua que terminó en paz definitiva por virtud de la cual la república de Pisa reconoció la soberanía de Aragón en sus posesiones de Cerdeña. Costoso fué este nuevo florón engastado á la corona aragonesa; á los dispendios y sacrificios de la Confederación para conseguirlo, hay que añadir la pérdida de 12,000 guerreros, víctimas de las inclemencias del clima y del singular arrojo de los tudescos y pisanos que les resistieron.

A la vuelta del triunfante D. Alfonso á Cataluña, falleció el rey Sancho de Mallorca señalando por sucesor á su sobrino Jaime, de menor edad; y, por más que el rey de Aragón quería para sí los derechos del de Mallorca, convino en reconocerle y en darle por esposa á su nieta Constanza, hija de Alfonso y hermana de Pedro á quien se juró como primogénito en las cortes de Zaragoza.

Después de un reinado de 37 años y en medio de la paz de que gozaba la Confederación tan engrandecida por las recientes conquistas, fallecía D. Jaime en Barcelona siendo enterrado en el crucero de la iglesia de Santas Creus y frente á la sepultura de Pedro *el Grande* (1327).

En tiempo de este monarca acusa grandes progresos la civilización catalana; pues mientras el estilo ojival muestra sus encantos en la catedral de Barcelona, claustros de Santas Creus, Santa María del Mar, capilla real



Real monasterio de Pedralbes.

de Santa Agueda y monasterios de Pedralbes y Valldoncella (*); mientras florece la prosa catalana en las crónicas de Muntaner y de Desclot que siguen consultándose con provecho, y sustituyen á los solitarios monjes las órdenes de los frailes dominicos, franciscanos, mercedarios, agustinos y carmelitas, corre parejas el arte naval con la importancia marítima de la corona, y se

(*) Fueron fundados en 1325 por Elisenda de Moncada, que descansa en el de Pedralbes á donde se retiró cuando la muerte de su esposo D. Jaime.

desarrollan los mercados de Reus, Olot, Vich y Barcelona, que dan vida á la exportación de los productos de la tierra y á los trabajos de cerrajería, pintura, paños y sedas que por su bondad y elegancia son solicitados en todas las plazas.

Alfonso IV *el Benigno*

Viudo de D.ª Teresa de Entenza, pasaba el vencedor de Cerdeña, D. Alfonso, á ocupar el trono de Aragón después de haber jurado las libertades y privilegios de Barcelona. Tantas y tales fueron las fiestas con que solemnizó Zaragoza el acto de la coronación, con representaciones de todos los estados, con torneos y danzas y juegos de caña y de sortija, que sería prolijo enumerarlas; baste apuntar que se reunieron más de 30,000 jinetes entre catalanes, aragoneses, castellanos, navarros, franceses, moros de Tremecén y de Granada, y que estaba valuada la corona en 50,000 libras catalanas: inusitada suntuosidad que correspondía dignamente á la importancia de la Confederación á tanta altura colocada por el acierto y buen gobierno de sus egregios soberanos.

Coronado D. Alfonso y encariñado con la alianza de Castilla, casó con la hija de Fernando *el Emplazado,* D.ª Leonor, disgustando con ello á la nobleza que veía en la elegida un carácter demasiado varonil y absorbente para recabar en beneficio propio cuantas concesiones pudiera dar lugar la sucesión de dicho matrimonio. Por esto vemos imponerle los nobles la condición de no enajenar derecho ni pensión alguna de la corona; imposi-

ción que pensó sortear D. Alfonso con la cláusula de «sólo en caso de necesidad y dote de los infantes», no previendo quizás que esto mismo había de acarrearle lamentables disensiones.

Habíase también convenido en el acto del casamiento en llevar la guerra á Granada con el rey de Castilla, y ya se hacían los aprestos pertinentes cuando estallaron rebeliones en Cerdeña á las que hubo necesidad de acudir con 45 galeras que, al mando de Guillermo de Cervelló, hicieron estragos en Mónaco, Mentón y Lavaña, llegando á bloquear la misma ciudad de Génova que tenía posesiones en la isla. Á esto sucedieron las represalias de los genoveses por las costas de Cataluña y Baleares, y quedó tirante la relación entre las dos potencias que se disputaban el señorío marítimo del Mediterráneo.



Santa Águeda (Barcelona).

Entretanto la influencia castellana tenía absorbida la atención del reino, y surgían ya las dificultades previstas por la nobleza al principio de este reinado. La reina D.ª Leonor no se cansaba de procurar por su hijo Fer-

nando (en perjuicio del primogénito Pedro, hijo de doña Teresa de Entenza) y conseguía dotarlo con el marquesado de Tortosa y con las tierras de Alicante, Orihuela, Játiva, Murviedro y Burriana; todo con aquiescencia de D. Alfonso que parecía haber gastado sus energías en la conquista de Cerdeña. Indignóse la nobleza catalana con Ot de Moncada que echó en cara al rey la injusticia de estas concesiones; protestó Tortosa de no querer ser separada de la corona aun á trueque de las preeminencias que se le otorgaban, y conmovióse el *popular* de Valencia presentándose en actitud hostil al palacio que ocupaban los soberanos. Llegado á éstos Guillermo de Vinatea, dijo maravillarse de tales donaciones y que no mudaría de señor aunque le cortaran la cabeza; y ante las palabras de D.ª Leonor, que aseguró no consentiría el rey de Castilla tales desafueros sin degollarlos á todos, contestó D. Alfonso: «Reina, reina, nuestro pueblo es libre y no está sujeto como el de Castilla; pues los que lo forman tienen á Nos como señor, y Nos á ellos como buenos vasallos y compañeros.»

Por esta contestación y por ser revocadas algunas donaciones, comprendió D.ª Leonor la virilidad de los nobles; y ora persiguiendo á unos, ora mandando ajusticiar al mismo secretario del monarca, pensó amedrentar al consejo real, uno de cuyos miembros, Miguel Pérez de Gurrea, se llevó á Jaca al primogénito D. Pedro para evadirlo de las asechanzas y maquinaciones de la temida madrastra.

Fácil es de suponer cómo se iría formando el carácter del primogénito. Despertado en odios y enérgico como era, procuró luego intervenir en el gobierno, logrando con la procuradoría del reino afianzar su autoridad en

vista de lo enfermizo que andaba su padre D. Alfonso; pero llevaba á tal extremo su justicia, que la misma nobleza acudió en queja al rey, quien no se atrevía á atajar los ímpetus de su hijo, temeroso de que lo atribuyeran á manejos de D.ª Leonor; y así obraba D. Pedro como rey ó poco menos, en tanto que continuaba la reina en su política de revestir de dignidades á los nobles castellanos y de procurar nuevas donaciones para su segundo hijo.

Poco más pudo conseguir D.ª Leonor de su esposo D. Alfonso á quien dejó agonizando en Barcelona para huir con los infantes Fernando y Juan á Castilla, temerosa tal vez de las iras de D. Pedro que se encargó de dar sepultura al monarca en 1335.

De su primera esposa tuvo á Pedro, que le sucedió en el reino; á Jaime, que fué conde de Urgel, y á Constanza, casada con el rey D. Jaime de Mallorca.

PEDRO IV *el Ceremonioso*

Tan luego como bajó al sepulcro D. Alfonso *el Benigno,* dió órdenes D. Pedro para coronarse en Zaragoza, agriando con esto á los catalanes que estaban acostumbrados á ver antes jurados sus privilegios; y luego de coronado con mucha pompa, reconociéronse en parlamento algunas concesiones hechas por el difunto D. Alfonso en favor de D.ª Leonor y de los infantes que continuaban en Castilla recelándose de las ambiciones del soberano. Casó éste en 1338 con la hija del rey de Navarra, D.ª María; y, recibido homenaje de su cuñado Jaime III de Mallorca, dispuso la traslación de las reli-

quias de Santa Eulalia á la cripta de la catedral de Barcelona, solemnidad á la que asistieron los reyes de Mallorca, el legado del Papa, el arzobispo de Tarragona y los prelados, barones y caballeros de la Confederación en número y calidad verdaderamente extraordinarios.

Terminada esta ceremonia, pasó D. Pedro á Aviñón (*) para rendir al Santo Padre el homenaje por las islas de Córcega y de Cerdeña, y ocupóse pronto en armar una flota en auxilio del rey de Castilla que estaba amenazado por una formidable invasión de 70,000 caballos y 400,000 agarenos decididos, al mando de Abdulhasén, á arrancar la España del dominio cristiano. Afortunadamente fué batido y deshecho tan numeroso ejército en las orillas del Salado el año 1340.

Pronto habia de hacerse temer D. Pedro por su desmesurada ambición y por aquellas iras que le fueron despertadas en Jaca por su madrastra, sin que los lazos de familia ni la intervención pontificia fuesen bastantes á detenerle en su inhumana política. Víctima de ésta fué el infortunado D. Jaime que, como se ha dicho, era el tercero de la dinastía de Mallorca de la que formaban parte la Cerdaña y el Rosellón con la ciudad de Montpeller y sus dominios. Aprovechando D. Pedro las pretensiones de Francia sobre el señorío de Montpeller, hizo aparecer á su cuñado como sospechoso á la corona, citándole á Barcelona precisamente cuando estaba aquél engolfado en la defensa de sus tierras. Bastó al monarca la tardanza de D. Jaime para declararlo contumaz, y, como desapareciera este cargo por la llegada de aquél

(*) En el reinado de Jaime *el Justo* había el papa Clemente V trasladado á Aviñón la Sede Apostólica dando con ello lugar á un cisma que duró hasta 1429.



Santa María del Mar (Barcelona).

con su esposa Constanza, acusóle de conspirador y de quererse apoderar de la familia real, cosa que terminó con el rompimiento de los dos soberanos y confiscación de los bienes del de Mallorca en beneficio de la corona aragonesa.

Colocado Jaime de Mallorca entre la ambición de don Pedro, las pretensiones de Francia y la voluntad del pueblo en ver á Cataluña, Aragón y Mallorca fundidas en un solo cetro, no le quedaba otro recurso que la humillación ó la desesperada defensa: rehusada la primera por D. Pedro, acudió Jaime á fortificarse en Mallorca, donde fué vencido por las naves de Aragón, no cabiéndole otra suerte que llegar casi abandonado á tierras rosellonesas para agotar alli sus rentas y caudales en la defensa de su causa. Dominada la isla, apresuróse don Pedro á coronarse en Palma de Mallorca para volver á Barcelona y perseguir obstinadamente á su cuñado contra quien se habían mandado levantar somatenes en Berga y en Ripoll después de habérsele negado un salvoconducto para presentarse á la clemencia del ambicioso soberano. La lucha de D. Pedro fué cruel y asoladora como si contra moros se guerreara: pasó á cuchillo las fortalezas que le resistian, taló los campos, los arbolados y la hermosa vega de Perpiñán, y ya se disponía á entrar en esta villa cuando se suspendieron las hostilidades por un año, á instancias del Papa al parecer, pero más bien por no hallarse D. Pedro bastante prevenido de gente, según él mismo confiesa en su *Crónica*.

Terminada la tregua, invadióse de nuevo el Rosellón batiendo las villas y castillos de Argilérs, Elna y Colibre, visto lo cual corrió el de Mallorca á humillarse al aragonés, quien, levantándole del suelo y besándole en

la boca, le perdonó á condición de tenerlo en su poder y de incorporarse de sus tierras, á cuyo efecto se publicó la pertinente pragmática. De vuelta de Perpiñán, convocaba D. Pedro parlamento para determinar lo que procedía hacerse con su cuñado: se señaló á éste una pensión á trueque de renunciar á las reales insignias, y, no conformándose el vencido á tanta humillación, procuró evadirse á Puigcerdá donde merced á algunos parciales logró levantar un ejército y entregarse á correrías de escasísimos resultados. A su regreso y á la noticia de que el monarca aragonés se acercaba con refuerzos, cerró Puigcerdá las puertas al infortunado de Mallorca negándole no sólo el equipaje de su propiedad, sino hasta el pan que solicitara en su penosa marcha; y solo, falto de toda atención, aterido de frío, llegaba Jaime á Montpeller en tanto que D. Pedro sentaba su corte en Perpiñán deslumbrando á sus habitantes con la pompa de que acostumbraba á revestirse.

Allí concibió la idea de hacer jurar á su hija Constanza para sucederle en el trono de Aragón á consecuencia de no haber hijos varones de su matrimonio con D.ª María; y planteada su idea aun contra los derechos de Jaime de Urgel, hermano del monarca y heredero legal de la corona, y de los que pudieran alegar los infantes Fernando y Juan que vivían en Castilla, principiaron á conmoverse los nobles aragoneses, terminando la conmoción en revuelta al ver que se investía á Constanza con la procuradoría del reino, cargo hasta entonces desempeñado por Jaime á gusto de Aragón y de Valencia donde residía. La presencia de éste en Zaragoza hizo que se levantara la bandera de *la Unión* defensora de las libertades holladas por D. Pedro; respondieron

todos los pueblos y ciudades, con pocas excepciones, y se enviaron mensajes á los infantes que estaban en Castilla para acudir á la lucha, caso de negarse el monarca á reunir cortes en Zaragoza en las que debía ponerse en claro la sucesión en competencia.

A la noticia de esto y sofocada la nueva revuelta de Jaime de Mallorca en el Rosellón, convino el monarca en convocar cortes y hasta en ceder á las imposiciones de los unionistas si bien con el propósito deliberado de revocar luego sus acuerdos: conducta aconsejada por el privado Bernardo de Cabrera y muy en armonía con el carácter del rey, cuyas tendencias absolutistas se habían soberanamente comprendido. La *Unión* capitaneada por Jaime, Juan y Fernando, hermanos del rey, oyó en las cortes las hipócritas excusas de D. Pedro; y al producirse un tumulto por quererse privar la entrada con armas, y á la negativa real en confirmar el privilegio que disponía la celebración anual de aquellas asambleas, pidió el rey nuevo consejo al de Cabrera y accedió á todo para salir de aquella situación, y poder, en otra más próspera, dar rienda suelta á su humillada altanería.

Entretanto atraía el de Cabrera á Lope de Luna y á otros jefes de la *Unión* al partido de D. Pedro, quien, considerándose ya potente con estas adhesiones, desmandóse contra su hermano Jaime de Urgel acusándole de traidor y desleal, no logrando con ello otro resultado que concitar los ánimos de los congregados que se alzaron en nuevo tumulto viniendo á poco que no pereciera D. Pedro á manos de los agraviados. Al día siguiente cerrábanse las cortes con motivo de las noticias que llegaban de Cerdeña; y luego de repuesto el infante Jaime

de Urgel en la procuradoría del reino y de confirmados los privilegios aragoneses, salía el rey para Cataluña, pronunciando estas palabras al divisar el primer pueblo de la frontera: «¡Bendita tierra poblada de lealtad y bendito Nuestro Señor que nos ha dejado salir de la tierra rebelde y malvada!» (*)

Ya el rey en Barcelona, donde casó en segundas nupcias con la infanta de Portugal D.ª Leonor mientras moría Jaime de Urgel á lo que parece envenenado, súpose que la *Unión* arreciaba en Valencia capitaneada por otro hermano del monarca, por el infante Fernando que arrolló en Castellón la casa de Pedro de Ejérica degollando á cuantos en ella se albergaban, en tanto que las tropas reales batían á Concentaina y decapitaban al gobernador cuyo pellejo fué clavado en las puertas de la muralla. A estas nctícias y á la derrota del de Ejérica por el unionista Gilaberto Dalmáu de Cruilles, partió el rey para la villa de Murviedro logrando pacificarla con la falsa promesa de apartar de su consejo á Bernardo de Cabrera y de dar la procura del reino á Fernando. Pero á la vez que esto hacía, despachaba órdenes á sus parciales para auxiliarle en Murviedro donde permanecía poco menos que prisionero; trama que, descubierta por los unionistas, produjo una alarma que llegó hasta la mansión real obligando al orgulloso soberano á prometerles que iría á reunir cortes en Valencia. Habían los *unidos* vaciado una campana á cuyo toque debían los conjurados presentarse con armas, y era ella la que debía repercutir á los oídos del monarca como la indig-

(*) La población á que se alude era la de Fraga situada á orillas del Cinca que era la divisoria entre Aragón y Cataluña.

nación de un pueblo á quien se conculcan sus derechos y libertades.

Un nuevo tumulto acaeció en Valencia á donde habían llegado los reyes recibidos por el infante Fernando. Si-



Los *unionistas* de Valencia.

mulaba D. Pedro haberse reconciliado con él y con el pueblo entregándose á fiestas, cuando á la voz de *¡traidores!* propalada por los leales, conmovióse el pueblo y la nobleza arrollándoles al grito de *¡Viva la Unión!* y al toque de la *Campana de las cortes;* salió entonces D. Pedro en compañía de su hermano Fernando para apaciguarlos, y, retirado al palacio, vió subir al pueblo hasta su estancia y entregarse á diversiones y danzas en las que hubieron de tomar parte los reyes así como prometer que permanecerían en Valencia según voluntad y

deseo de los unidos. Poco gustaba el rencoroso monarca de aquella humillación de que era objeto; y, tomando pretexto de la peste que se desarrollara en el reino, logró salir para Teruel donde Bernardo de Cabrera le trajo la noticia de haberse los catalanes decidido por el rey ante cuya política y contensiones habían demostrado la más absoluta indiferencia.

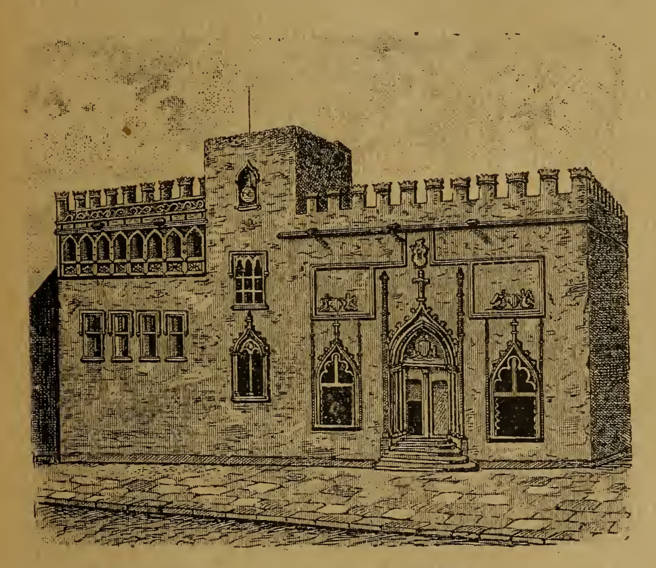
Con tan poderosa ayuda creyóse fuerte D. Pedro para aniquilar á la *Unión,* que le atribuía no sin fundamento la muerte del infante su caudillo; y dando órdenes á Lope de Luna para atacar á los conjurados que sitiaban á Epila, logróse derrotarlos tras una sangrienta pelea, para entrar el rey al día siguiente en Zaragoza donde se quemó en público el *Privilegio de la Unión* y fueron revocadas cuantas concesiones se había obligado á firmar al astuto soberano. Cuéntase que quiso D. Pedro romper con su puñal uno de estos documentos, y como se infiriera con él una pequeña herida en la mano, dijo sonriendo y en medio de la espectación de las cortes: «Privilegio que tanta sangre ha costado, justo es que con sangre real se borre.» Por esto y por llevar siempre la daga ó puñal en el cinto, apellidósele *el del Puñalet* á más de *el Ceremonioso* como le llamaban los aragoneses.

Quedaban en pie los unionistas de Valencia, y éstos, como los de Aragón, iban á recibir el último golpe. Con 15,000 hombres, 1,200 caballos y una flota catalana, presentóse D. Pedro ante Valencia, lográndose tras muchas súplicas de los moradores que no «fuese incendiada, arrasada y sembrada de sal para que jamás persona alguna la habitase» como era intento del monarca, según él mismo confiesa fríamente en su *Crónica.* Se decapitaron, en cambio, á muchos nobles, menestrales y

mercaderes; se ahorcó á Juan Sala, jefe de la *Unión* y á otros doctores, y aumentaba cada día el número de ejecuciones con pasmosa variedad de suplicios, contándose entre ellos el de dar á beber á algunos el metal fundido de la *Campana de las cortes*. ¡De este modo terminaba aquella lucha de la independencia feudal contra el absolutismo de D. Pedro; de este modo perdían Valencia y Aragón sus libertades y privilegios con tanta sangre selladas y conseguidos!

Aprovechando esta guerra civil que tanto preocupara al *Ceremonioso,* hacía el ex-rey de Mallorca la última tentativa para recobrar sus estados. Vendido el señorío de Montpeller, y con el auxilio de una flota que le enviara D.ª Juana de Nápoles, desembarcó Jaime en las Baleares con un buen golpe de gente, al paso que Gilaberto de Centellas, gobernador de la isla, llamaba sus tropas de defensa y recibia una escuadra del monarca aragonés para asegurar el dominio de la corona. Los dos ejércitos se encontraron en las llanuras de Lluchmajor; y tras una sangrienta y desesperada batalla, caía herido el valeroso Jaime á quien cortó la cabeza un almogavar de Burriana. ¡Triste epílogo de tan simpática dinastía y desgraciado monarca que con sus dotes á tanta altura la hubiera colocado! Dígase de él, como postrer elogio, que había limpiado las Baleares de la piratería árabe; que para engrandecer su corona había extendido el comercio hasta Alejandría; que confirmaba y ampliaba los privilegios de la isla y los del Rosellón, y, por último, que compilaba para su casa las célebres *Leyes palatinas,* las que más tarde y con el título de *Ordenaciones de la Real Casa* fueron traducidas por D. Pedro *el del Puñalet* origen y causa principal de su desgracia.

En esto había el *Ceremonioso* casado con D.ª Leonor, hija de los reyes de Sicilia, por haber fallecido su segunda esposa en Ejérica y á consecuencia de la peste; y en Perpiñán, donde había convocado á los catalanes para jurar sus fueros y privilegios, decidió cambiar el cóm-



La Lonja de la Seda (Valencia).

puto de la Encarnación por el de la Natividad del Señor, desde cuya fecha así se continúan contando los años. Era esto en 1350 y desaparecían los temores de falta de sucesión masculina del monarca por haber nacido el príncipe Juan á quien se hizo jurar por todos los reinos y cuya educación se confió al gran privado Bernardo de

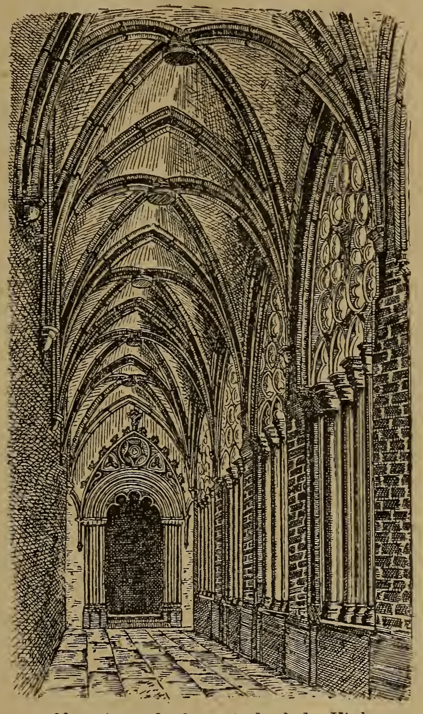
Cabrera en quien tenía D. Pedro una confianza y una amistad sin límites.

Podía ya el monarca atender á los intereses de Cerdeña, bastante abandonada por los pasados disturbios, pero era preciso para ello contrarrestar la preponderancia de Génova, potencia naval de primer orden en el Mediterráneo. Al efecto dispuso el de Cabrera aliarse con Venecia, firmándose enseguida los consiguientes compromisos; y, juntando una escuadra mixta de 64 bajeles, se avistó con la genovesa en el mar de Mármara, trabándose una batalla en la que no por quedar indecisa la victoria dejaron por ambas partes de sufrirse innumerables pérdidas, entre ellas la del almirante Pons de Santa Pau que mandaba las galeras catalanas. Al año siguiente, 1353, y contra las instancias del Papa, renovóse la lucha con una armada de la que fué aclamado Bernardo de Cabrera como almirante; y en aguas de Alguer, donde se hallaban los genoveses, alcanzóse una tan completa victoria que 33 naves y 3,200 prisioneros coronaron la misión del de Cabrera, que por rozamientos con el Juez de Arborea, producía en Cerdeña una rebelión á la que tuvo que hacer frente el mismo monarca con una armada de 400 bajeles, llegando por fin á una inteligencia con el sublevado y quedando de momento suspendidas las hostilidades.

Concluída esta guerra presentábase otra no menos formidable para la Confederación, ya que era el enemigo el monarca castellano, altanero y soberbio como el de Aragón y quizás más que éste cruel y vengativo. Estaban por Pedro *el Cruel* los infantes Fernando y Juan, hermanos del *Ceremonioso*, y figuraba al lado de éste Enrique *el de Trastamara,* hermano bastardo del de Castilla:

¡horrendo contraste de que raras veces nos da ejemplo la historia de las dinastías!

Principio de esta guerra fueron las invasiones desastrosas por ambas partes de la frontera, hasta que enojado el castellano de haber perdido la cooperación de Fernando, que volvió á unirse al aragonés, hizo alianza con genoveses y con moros granadinos, llevándole su osadía á presentarse ante Barcelona con una flota que fué batida por las pocas naves del puerto, por los gremios que se armaron inmediatamente, y por una *bombarda* (*) que desde el castillo de una galera puso en confusión y desastre á las castellanas que huyeron á Baleares y se entregaron á todo género de excesos en Ibiza y demás poblaciones de la costa. Encendida con



Claustros de la catedral de Vich.

(*) Primera vez que se hace uso de la artillería en España.

esto la guerra, á todo acudía D. Pedro de Aragón y en todas partes vencía al de Castilla, habiendo empero necesidad de molestar á los pueblos con subsidios y gentes para la campaña; complicóla el haberse aliado los monarcas castellano y navarro contra el *del Puñalet;* y la noticia de la fuga de Jaime (hijo del que fué rey de Mallorca) á quien se tenía preso en Barcelona, acabó por inspirar temores de una revuelta en el Rosellón, donde vagaban las *compañías blancas*, gente aventurera que, terminada la guerra entre Francia é Inglaterra, esperaba ponerse á sueldo de quien necesitara de sus servicios. Acrecentó la inquietud de D. Pedro el haber sido derrotadas sus tropas por las castellanas en Calatayud, y, temeroso de que llegara el enemigo hasta las puertas de Zaragoza, convocó cortes y recabó nuevos auxilios, llevando siempre la delantera los catalanes que juntaron un ejército para Zaragoza, logrando que Pedro *el Cruel* tomara la dirección de Valencia á la noticia de tan poderoso refuerzo.

Las consecuencias de la alianza entre D. Pedro de Aragón y Enrique *de Trastamara* habían de ser fatalísimas para el infante Fernando y para Bernardo de Cabrera, pues que podía el primero pretender la corona de Castilla por ser primo de Pedro *el Cruel,* y era fácil al segundo desvirtuar las promesas que hiciera el aragonés al de Trastamara de ayudarle á conquistar las tierras castellanas. Había además la circunstancia de poseer Fernando el marquesado de Tortosa á despecho de la autoridad real y de los pueblos, y no olvidaría *el del Puñalet* la parte que el infante tomara en los disturbios de la *Unión;* así que, unida la ambición á los al parecer disipados rencores, determinaban la muerte de Fernando, á

quien se llamó á Castellón y se le cosió á estocadas á la orden de D. Pedro, que tomó inmediatamente posesión del marquesado de Tortosa.

Igualmente era el gran privado y poderoso Bernardo de Cabrera, víctima de D. Pedro *el Ceremonioso*. Caído en desgracia de éste cuando la derrota de Calatayud. habíase el de Cabrera refugiado en Navarra, de donde logró arrancarlo D. Pedro instigado por su esposa doña Leonor y por la nobleza que le odiaba de muerte; y luego de abrirle proceso en el que se le imputaban los más atroces delitos, fué decapitado en Zaragoza y enterrado de limosna por haberle sido confiscados todos sus bienes. Así pagó *el del Puñalet* los servicios y la lealtad del de Cabrera, prototipo de adhesión á la corona y ejemplo á la vez de las mudanzas de la humana vida. Era esto en 1364.

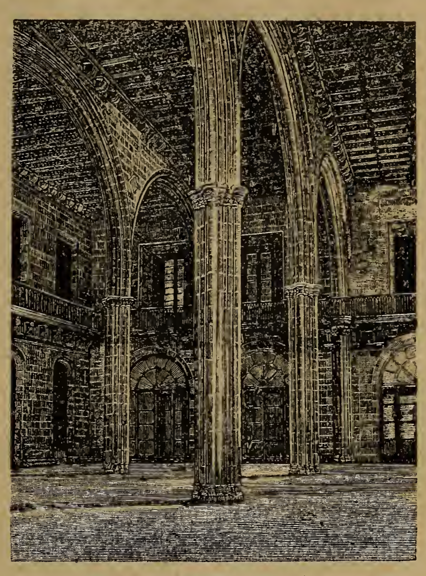
Satisfechas así las ambiciones del monarca, cuidó de llevar la guerra á Valencia, donde su enemigo, el de Castilla, merodeaba; y comprendiendo lo esquilmados que estaban los pueblos con tanta contribución de gentes y de dineros, alzó los ojos á las *compañías blancas*, á las que atrajo con grandes promesas y envió á la frontera castellana, por donde se internaron, llegando á despojar á Pedro *el Cruel* de la corona y á sentar al *de Trastamara* en el trono que pretendía. Los auxilios del Príncipe de Gales, del infante de Mallorca y de varios caballeros franceses, lograron para Pedro *el Cruel* el trono que le usurpara su hermano Enrique, y entonces tuvo lugar la campaña de Montiel en la que, sitiado el monarca castellano, fué llevado arteramente á la tienda del bastardo *de Trastamara,* que cerró con él, dándole muerte de una cuchillada.

Terminada esta guerra interesóse D. Pedro en la sucesión de Sicilia, de la que se titulaba rey, y á cuya huérfana D.ª María destinaba para casarla con Juan su primogénito; mandó socorros á Cerdeña donde continuaba el de Arborea en sus pretensiones y disturbios; destruyó la tentativa del infante Jaime de Mallorca, y selló la paz con Enrique *de Trastamara* (entonces rey de Castilla), casando al hijo de éste con la infanta Leonor, de cuyo matrimonio se originaría más tarde el derecho de la dinastía castellana sobre la corona aragonesa.

Era llegado el año 1379 en que cumplía D. Pedro los 59 de su edad, y cuando nadie creía que contrajese nuevo matrimonio por haber fallecido su tercera esposa, casaba con Sibila de Forciá, dama que no tuvo la habilidad necesaria para asegurar la tranquilidad del monarca, ávido del reposo á que le hacían acreedor su edad provecta y su azorada vida de gobierno. Dominábale Sibila con su gallarda presencia, y procuró tanto por su hijo Alfonso, que excitó los odios del primogénito Juan á quien logró indisponer con su padre; tanto, que á pesar de la boda concertada con la huérfana D.ª María de Sicilia, entregóse á Violante de Bar con quien casó á despecho de D. Pedro que hizo inmediatamente renuncia de la Sicilia en favor de su segundogénito Martín, conforme á la disposición de Federico I que impedía la sucesión femenina en el trono de aquella isla.

Paseaba D. Pedro la vista por sus extensos dominios de Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares, Córcega, Cerdeña y Sicilia; recibía el ofrecimiento de los ducados de Atenas y Neopatria por haber fallecido el rey Federico III que los señoreaba, y creíase contento con haber alcanzado el medio siglo de su reinado que reunía tan potente

nacionalidad, cuando las discordias de su esposa Sibila le amargaron poderosamente. Habíase esta dama apoderado tanto de la voluntad del monarca, que, después de logradas preeminencias para su familia, conseguía despojar al primogénito de la procura general del reino, cosa que no pudo prevalecer por estar de parte de Juan el justicia de Aragón y la voluntad del pueblo; añádase á esto la guerra civil que ardía en Cataluña entre el Camarero de Tarragona y el Arzobispo sobre el señorío de Reus, y júzguense los últimos días de tan ceremonioso monarca que en 1387 moría en el palacio mayor de Barcelona, solo, abandonado de la indiscreta Sibila que huía temerosa de las iras del primogénito.



Salón de la antigua Lonja (Barcelona).

Supervivieron al rey, que fué enterrado en Poblet, D. Juan, su sucesor en el trono; Martín, que lo ocupó á la muerte de su hermano, y Leonor que hemos visto casada con el monarca de Castilla. De D.ª Sibila de Forciá tuvo á Alfonso, que fué duque dè Morella, y á

Isabel, esposa del último conde de Urgel, Jaime *el Desdichado*.

A pesar de los dictados de cruel y de sanguinario que, con razón, se han dado á D. Pedro, hay que convenir en que fué una de las figuras más salientes de la dinastía catalano-aragonesa. Dió unidad á la tierra; aseguró la preponderancia real sobre el bamboleante feudalismo; extendió sus dominios por todo el Mediterráneo llevando el comercio hasta Canarias, Inglaterra y Flandes; reconstruyó el arsenal de Barcelona *(Dressana)*; interesóse por la construcción del canal de Manresa, y dió empuje á los monumentos de la Casa de la Ciudad, la Lonja, el Palacio menor y San Justo, de Barcelona, verdaderas joyas del arte ojival en su período de majestuosidad y de elegancia.

JUAN I *el Cazador*

Inauguró el primogénito de *el Ceremonioso* su reinado en la Confederación, mandando perseguir á su madrastra D.ª Sibila que, recelosa de él, huía camino del Panadés con su hermano Bernardo de Forciá, con el conde de Foix y con otros caballeros catalanes; pequeña corte que, alcanzada por los somatenes y fuerzas reales en San Martín Sarroca, fué llevada á Barcelona donde se castigó á muchos con la horca y se despojó á todos de los bienes que fueron donados por el rey á su esposa D.ª Violante. Acusada D.ª Sibila de abandono y robo del palacio real y aun de la posibilidad de haber hechizado á D. Juan cuya salud ofrecía serios cuidados, sometiósela bárbaramente á tormento en Bar-

celona; y, después de señalarle una pensión á instancias del legado del Papa, se la recluyó en un convento donde terminó sus días al cabo de pocos años. Cuidó enseguida el monarca de jurar las libertades de Cataluña y de llegar á concordia con los Arboreas de Cerdeña; y, persistiendo el cisma de la Iglesia entre los papas de Aviñón y de Roma, decidióse por el primero, Clemente VII, conforme al testamento de D. Pedro y por consejo de los prelados y barones de sus estados.

Había heredado D. Juan de su padre el amor á la ostentación y al lujo, y unía á ello una especial predilección por la caza, la música y la poesía que rodearon su corte de artistas y poetas á gusto y solicitud de doña Violante que con Carroza de Vilaregut compartía la dirección del gobierno. A esta faustuosidad, que atentaba poderosamente contra el erario público, principió la nobleza á conmoverse demostrando sus resentimientos al monarca en las cortes de Monzón, en las que, á más del arreglo de la casa real, se logró separar del palacio á Carroza de Vilaregut por su demasiada privanza y livianas costumbres. Así pudo contar D. Juan con los nobles para resistir una invasión del conde de Armañach que pretendía derechos á la corona de Mallorca; y, casando á su sobrino Martín con D.ª María de Sicilia, dispuso gentes para darle posesión de aquella isla, que mostraba en ello cierta resistencia. Preocupóle igualmente la abolición de los *malos usos* de que seguían siendo víctimas los *payeses de remensa*, y hubiéralo logrado á no sobrevenir complicaciones en el gobierno, y á no sorprenderle la muerte cuando más en ello se interesaba.

Los aprestos de guerra llevados á cabo para Sicilia produjeron honda sensación en Cerdeña, donde al man-

do de Brancaleón de Oria se habían los isleños sublevado; y á ello pensaba acudir el rey con sus recursos navales, cuando le detuvo en Barcelona un grave y extraordinario suceso. A la noticia de la matanza de judíos verificada en Sevilla y en otras capitales de España, desbordóse el pueblo de Barcelona invadiendo las opulentas aljamas del Call donde los hebreos tenían sus templos, sus casas y sus tesoros. Incendiáronse los edificios degollando á los ancianos, niños y mujeres que no querían bautizarse; robáronse las inmensas riquezas que acumulaban aquéllos con su comercio, y sólo pudo la milicia ciudadana poner freno á los revoltosos recluyendo á algunos extranjeros que se señalaron como promotores del tumulto. Íbase ya á castigarlos de una manera ejemplar cuando los marineros, que de todas nacionalidades había en el puerto, fueron desde la Platería á la casa del veguer á libertar á los presos; y, al grito de exterminio propalado por todas partes, á la sed de riquezas mezclada con el fanatismo religioso, y á la invasión de las gentes del campo que habían engrosado las filas de los amotinados, corrieron éstos de nuevo á la judería del Call y de ella al castillo donde se refugiaban los azorados hebreos, sembrando en ellos la destrucción y la muerte con una odiosidad y barbarie verdaderamente inexplicables. La aljama (*) quedó destruída completamente; se hicieron cristianos los que pudieron salvarse de la asolación y el saqueo, y sólo tuvo tiempo el rey de castigar

(*) Ocupaba lo que actualmente son las calles del Call, Baños, Bajada de Santa Eulalia y San Honorato, levantándose frente á la de San Ramón el Castillo Nuevo, del que no queda vestigio.

á muchos con la horca, devolviendo al año siguiente (1392) todas las franquicias á los judíos y eximiéndoles por tres años de los tributos á que venían obligados.



Matanza de judíos en el Call.

Logrado esto, pudo el monarca atender á los asuntos de Sicilia y sentar en aquel trono al hijo de su hermano Martín. Reunida en Port-Fangós una flota de 100 bajeles, se embarcaron los esposos María y Martín, el padre de éste de igual nombre, el almirante Bernardino de Cabrera y los capitanes más ilustres de Cataluña con otros de Aragón no menos valerosos y distinguidos. Llegados á Trápani, se logró batir á los revoltosos tomándoles Palermo y otras ciudades; pero viendo Bernardino de Ca-

brera que escaseaban los auxilios y que no llegaban los del monarca, á quien preocupaba la revuelta de Brancaleón en Cerdeña, partió para Cataluña á empeñar sus grandes posesiones del Montseny y Guillerías donde estaba el famoso castillo de Montsoriu, y juntó naves para socorrer al hermano del monarca que estaba en grave aprieto por la osadía y envalentonamiento de los sublevados. Pronto una escuadra de Pedro Maza de Lizana y otra de Roger de Moncada lograron la pacificación de la isla con la toma de Catania donde murió el primero de dichos almirantes, volviendo el de Cabrera investido con el ducado de Módica por virtud de sus proezas que debía continuar en el reinado sucesivo.

En este mismo año, 1394, moría en Aviñón el papa Clemente VII y era elegido para sustituirle el cardenal aragonés Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII, encendiéndose nuevamente el cisma de la Iglesia. Reconocióle D. Juan bajo compromiso de auxiliarle en su empeño, pero á los dos años moría el rey en los bosques de Torroella de Montgrí á consecuencia de una caída de caballo persiguiendo una loba. Su cadáver fué trasladado á Barcelona y después á Poblet como era costumbre y voluntad de los monarcas aragoneses.

Su amor á las clases desheredadas, á las letras, ciencias y artes hacen simpático el recuerdo de este rey que por sus dolencias gustaría tanto más de ello que de la guerra. En su tiempo y corte alcanza la lengua catalana una altura envidiable, siendo la que brilla en los *Juegos Florales* instituídos por él en Barcelona el año 1393 y protegidos por sus sucesores, especialmente por D. Martín que señaló una pensión anual para las joyas que se distribuían; protección que, desde 1859 en que fueron

restaurados, sigue dispensándoles el municipio barcelonés de nuestros tiempos. La lengua catalana usada por los reyes de Aragón «porque desde que sucedieron á los condes de Barcelona siempre tuvieron por su naturaleza



Ruínas del poderoso castillo de Montsoríu.

y antiquísima patria á Cataluña» (*), tenía, como París y Tolosa, sus escuelas de *gaya ciencia* dirigidas por los ciudadanos barceloneses Luís de Aversó y Jaime March que formaron el primer consistorio de los Juegos Florales; debían pasar, empero, dos siglos para desarrollarse la poesía que cuenta en la actualidad con obras verdaderamente maestras, como tendremos ocasión de exponer en su lugar y al ocuparnos del *siglo de oro* de las letras, ciencias y artes de Cataluña.

(*) ZURITA.—*Anales de Aragón.*

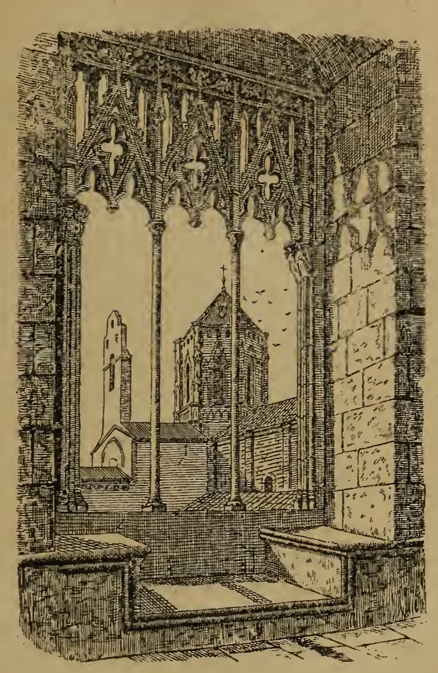
MARTÍN *el Humano*

Tan pronto como se supo en Barcelona la muerte de D. Juan I, convocóse parlamento para atender á la dirección del gobierno, y juróse á D.ª María de Luna como á lugarteniente del reino por ser esposa de don Martín que se hallaba en Sicilia y á quien correspondía la corona en virtud del fallecimiento de su hermano D. Juan sin sucesión masculina

Protestada esta elección por el conde de Foix, que estaba casado con Juana hija del difunto monarca, tuvo el parlamento que levantar tropas para oponerse á la invasión del pretendiente que llegaba hasta Camarasa por el Segre; corrieron allí los condes de Urgel y de Pallárs, defensores de la verdadera causa, y lograron en pocas jornadas reducirle á Aragón donde pensó hallar el de Foix buena acogida por haberse mostrado algo remisos los aragoneses en aceptar el nuevo soberano. No fué en Aragón el pretendiente más afortunado que en Cataluña, pues, convencidos los nobles de que era prudente cooperar á la iniciativa del sabio *Consejo de Ciento* de Barcelona, levantaron ejércitos á la noticia de la invasión y cuando ya se sitiaba á Barbastro, á cuyo auxilio voló el conde de Urgel obligando al de Foix á emprender la retirada á tierras de Francia.

Cuidaba en tanto D. Martín de pacificar la Sicilia y de entronizar á su hijo Martín *el joven* y á su nuera doña María; y una vez esto conseguido, partía para Aviñón á avistarse con su cuñado Benedicto XIII prometiéndole auxiliarle en el cisma de la Iglesia, que desde el reinado

de Pedro IV continuaba. De Aviñón, llegó á Barcelona en 1397 siendo jurado y jurando los privilegios como era de costumbre; lo mismo hizo en Zaragoza donde abrió cortes con un brillantísimo discurso, y en medio de la paz interior que gozaba la Confederación florecían las artes y la literatura, alcanzando la lengua catalana el mayor esplendor en el sentido de su elegancia.



Ventana del palacio del rey Martín.

No descansaban, empero, las armas en Sicilia. Principiadas en ausencia de don Martín las turbulencias y bandosidades, figuró notablemente en ellas Guillermo Ramón de Moncada que era general en jefe de la isla, conde de Agosta y marqués de Malta; pero la pericia y buena suerte de Bernardino de Cabrera supieron dominar la insurrección y afianzar la soberanía del joven Martín que le colmó de mercedes y le invistió con el cargo del turbulento Moncada, quedando de vicealmirante Galce-

rán Marquet y con los honores de condestable Jaime de Prades, de la familia real y muy querido de los sicilianos.

También sentíanse las consecuencias del cisma en la Confederación, preocupada de la suerte de Benedicto XIII á quien el rey de Francia quería hacer desistir en su actitud, deseoso de la unidad en la jefatura de la Iglesia. De común acuerdo con todos los cardenales, habíase de proceder al nombramiento de un nuevo Papa; pero terco Benedicto en no renunciar la jefatura espiritual, abandonado de casi todos sus prelados, con pocos adictos y con gentes de Aragón y de Cataluña, encerróse en el castillo de Aviñón que en 1398 atacaron las tropas de Francia no logrando otra cosa que apurar la estrechez de Benedicto que se mantuvo firme contra tantos peligros y penalidades como le rodeaban.

Habían estos sucesos retardado las fiestas de la coronación de los reyes, las que tuvieron lugar en Zaragoza con tanta pompa que sobrepujaron á cuantas hasta entonces se habían celebrado. Usaba el rey una rica túnica con los colores del escudo condal, siendo ungido en la catedral por el arzobispo García Fernández Heredia, todo con fiestas y saraos y juegos de caña y torneos que estaban entonces en su verdadero apogeo. Apreciado el rey de sus súbditos, correspondía á sus manifestaciones de simpatía con el apoyo que prestaba á las artes inaugurando la fábrica del Hospital de Barcelona, creando estudios literarios, y edificando el primoroso palacio de su nombre en Poblet mientras disponía la recepción de su hijo Martín *el joven* en la capital del Principado. Venía casado el primogénito con su segunda esposa Blanca, hija del rey de Navarra, y poco pudo permane-

cer en Barcelona reclamada su presencia en Cerdeña donde el vizconde de Narbona se había levantado con numerosos ejércitos. Correspondía esta marcha con la apertura de las cortes en Perpiñán, en las que hizo el



Ruínas de Bellesguart (Barcelona).

rey la más brillante apología de la nación catalana, y con la nueva elección en Roma de Gregorio XII, quien, no pudiendo extirpar el cisma, encendía las aspiraciones de los sardos para interesar la atención del aragonés y alejarle de Benedicto que, fugitivo de Aviñón, había llamado á concilio á varios prelados.

Las cortes de Perpiñán continuaron en San Cucufate y en Barcelona, acordando mandar auxilios á Cerdeña. Reunióse una flota de 150 naves, y mandadas por Pedro de Torrellas y toda la nobleza catalana, se unieron en Caller á las tropas del joven Martín cayendo á poco sobre

los sardos en San Luri donde quedaron destrozadas las compañías del de Narbona si bien con sensibles pérdidas por ambas partes, entre ellas la del conceller de Barcelona, Juan Desválls, que era general en jefe de la infantería Estas victorias de Cerdeña, siempre costosas por la malignidad del clima, debían sellarse con la sangre real á más de la de tantos y tan ilustres guerreros; pues en 1409, dos meses después de la batalla de San Luri, fallecía víctima de la peste el joven Martín, siendo enterrado en la catedral de Caller donde tantos próceres y caballeros descansaban. Consternó esta nueva á la Confederación por no dejar el primogénito Martín otros hijos que los naturales Violante y Fadrique; alejábase la posibilidad de una paz no interrumpida en la isla de Cerdeña, y aparecía nublada la suerte de los reinos por ser viudo el rey D. Martín, de edad bastante avanzada y no muy sano para contraer nuevo matrimonio. No obstante, luego de pasado el dolor del rey, y á instancias de los concelleres de Barcelona y del Papa Benedicto que huyendo de la peste de Perpiñán estaba en Bellesguart, contrajo aquél esponsales con D.ª Margarita de Prades, perdiéndose luego la esperanza de sucesión y principiando á notarse las pretensiones á la corona por hallarse huérfana de heredero legítimo.

Los bandos de Aragón, representados por los Urreas, por el arzobispo de Zaragoza y por D. Antonio de Luna, dieron que entender al conde de Urgel nombrado por D. Martín procurador ó lugarteniente del reino; y como Zaragoza estaba por el arzobispo Heredia y tuviera el de Urgel que reprimir algunos disturbios, fué éste tildado de parcialidad con los Lunas y mal visto por el arzobispo que contaba con el grupo de Benedicto con todo y llevar

este Papa la sangre de los Lunas como en otro lugar se ha manifestado. Así las cosas, al presentarse el asunto de sucesión, veíase el conde de Urgel con probabilidades de ser elegido tanto por el cargo que desempeñaba como por ser el de línea masculina más afine al monarca; pero como ello no conviniera á los parciales de los Urreas y del arzobispo, hallaron éstos en el regente de Castilla, D. Fernando *de Antequera,* un candidato que satisfaciera los deseos de muchos, especialmente los del papa Benedicto que aspiraba á contar con la obediencia de Castilla, á más de la de Aragón, Cataluña y Valencia que no le había faltado.

Sin decidirse por ninguno de los aspirantes, tenía empeño D. Martín en legitimar á su nieto Federico, aun contra la voluntad de la Confederación y de D.ª Margarita que abogaba por Jaime de Urgel conforme los dictados de la conciencia; alegaban derechos nuevos pretendientes fiados en la autoridad y alta alcurnia de sus procuradores, y en 1410 moría el rey en el monasterio de Valldoncella declarando que recayera la sucesión en quien *por justicia le correspondiera:* incierta decisión que ponía en grave conflicto á los unidos reinos y que de tantas consecuencias había de ser para lo sucesivo.

Interregno y Compromiso de Caspe

Pruebas de patriotismo y de prudencia sin límites tuvo que dar la Confederación en tan apurado trance. Quería Cataluña transmitir intacta la corona á quien *por justicia correspondiera*, y por esto elegía en cortes á 12 individuos para que con los concelleres de Barcelona y

el gobernador de Cataluña, Gerardo Alemany de Cervelló (que suplía á Jaime de Urgel como pretendiente) cuidaran interinamente del gobierno, convocaran parlamentos para oir á los aspirantes, y obraran en todo como valedores del derecho que tanto apetecian y respetaban; y así cumplieron tan ilustres próceres su cometido, atendiendo además á los bandos de Aragón y de Valencia, á los asuntos de Sicilia y de Cerdeña y á las necesidades todas del país para no entregar dividida la Confederación á quien por justicia correspondiera la corona.

Los aspirantes al trono, representados por sus procuradores en el parlamento de Tortosa, fueron los siguientes:

Jaime, conde de Urgel; era biznieto por línea masculina de Jaime *el Justo,* y su esposa era hija de Pedro IV y hermana de Martín *el Humano.*

Alfonso, duque de Gandía: era nieto de Jaime *el Justo.* Por morir mientras se deliberaba, suplióle su hijo llamado también Alfonso.

Luis, duque de Calabria: alegaba derechos de su madre Violante, hija de Juan *el Cazador.*

Fernando, infante de Castilla: era hijo de Leonor, sobrino de Martín y nieto del padre de aquélla, Pedro IV. Se le llamó *el de Antequera* por haber conquistado esta plaza á los moros, y desempeñaba la tutoría de su sobrino Juan II de Castilla.

Fadrique, conde de Luna: era hijo bastardo de Martín *el joven* y nieto del *Humano.*

Juan, conde de Prades: era hermano del duque de Gandía á quien hacía la oposición.

Oídos los pretendientes, envió el parlamento embajadores á Aragón y á Valencia para que en sus asambleas deliberaran sobre quién mejor derecho tenía; y, cuando ya en Aragón venían á un acuerdo los encendidos bandos, acaeció la muerte violenta del arzobispo Heredia perpetrada por D. Antonio de Luna: circunstancia tan desfavorable al conde de Urgel, mirado como sucesor indiscutible, que al paso que comprometía su elección daba lugar á que Fernando *de Antequera* entrara con tropas castellanas en Aragón sopretexto de vengar la muerte del arzobispo patrocinador de su candidatura. Indignó esto último al parlamento catalán que tan circunspecto se había mostrado, y, de acuerdo con el de aragoneses de Alcañiz, se envió embajada á Fernando *de Antequera* para que retirara su gente; resistióse éste aprovechándose tanto de su apogeo como de su numeroso partido, y, para evitar las dilaciones de un nuevo parlamento de los tres reinos, acordóse someter la elección á varias personas de reconocida honradez, quedando elegidos por Cataluña, Aragón y Valencia (sin contar para nada con Mallorca y Cerdeña) en la forma siguiente: Pedro Zagarriga, arzobispo de Tarragona, Guillermo de Vallseca y Bernardo de Gualbes, catalanes; Domingo Ram, obispo de Huesca, Fr. Francisco de Aranda y Berenguer de Bardají, aragoneses; Bonifacio Ferrer, Fr. Vicente Ferrer y Ginés Rabasa, á quien sustituyó Pedro Beltrán, valencianos.

Reunidos en el castillo de Caspe y custodiados por un alcaide y 100 ballesteros de cada reino, logró la elocuencia de Fr. Vicente Ferrer la elección de Fernando *de Antequera* contra «los varones legítimos y descendientes por línea varonil de la prosapia de los reyes de

Aragón» (*) los indicados conde de Urgel y duque de Gandía. Publicóse la sentencia el día 28 de Junio de 1412 en la plaza de Caspe, y entró á regir la Confederación la dinastía castellana, muy á gusto de Aragón, no tanto de Valencia y mucho menos de Cataluña, como ha dicho el célebre historiador Zurita en sus *Anales*.

(*) Así lo sostuvo en el parlamento el arzobispo de Tarragona, Pedro Zagarriga.

DINASTÍA CASTELLANA

EN LA

CONFEDERACIÓN

FERNANDO I *el de Antequera*

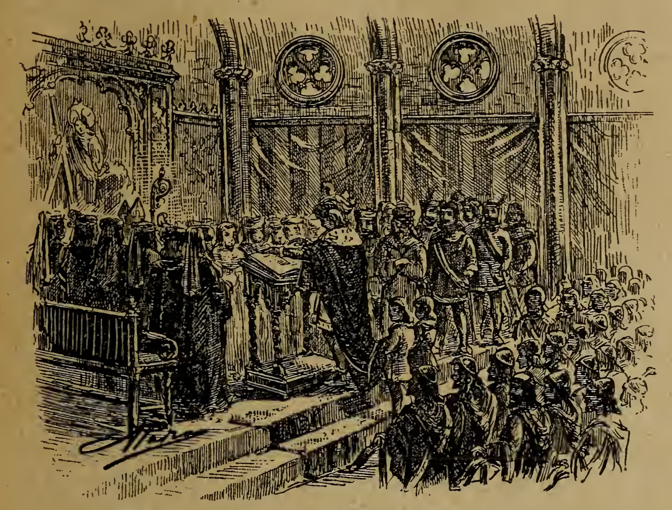
Tan luego como el *Compromiso de Caspe* proclamó rey de Aragón á D. Fernando *de Antequera*, salieron los embajadores de los tres parlamentos á recibirle, con la particularidad de haberle los de Cataluña esperado en la frontera y héchole cortesía sin apearse de caballo según uso y costumbre en tales recepciones establecidos. Ya el rey en Zaragoza, y nombrado canciller á Bernardo de Gualbes, presentóse á las cortes para las juras de reglamento, recibiendo de paso el homenaje de sus competidores el duque de Gandía y Fadrique de Luna; atendió luego á los asuntos de Cerdeña no olvidados en el interregno por el parlamento de Cataluña, y confirmó á D.ª Blanca como virreina de Sicilia, cargo que ésta renunció por haberle el rey nombrado ocho consejeros que la privaban de toda iniciativa en el gobierno.

Preocupóse enseguida D. Fernando de no haberse el conde de Urgel presentado á rendirle homenaje en Zara-

goza, y aun supo que estaba muy lejos de su propósito toda demostración de fidelidad y obediencia. Sea que de ello temiera ó de que se levantara en armas Cataluña, entró por Lérida con 2,000 jinetes castellanos y convocó á cortes en Barcelona á los catalanes, luego de haberse avistado en Tortosa con el papa Benedicto, quien le invistió con los derechos de Cerdeña y de Sicilia en medio de las acostumbradas ceremonias.

Jurados en Barcelona los privilegios y libertades por el rey y el primogénito D. Alfonso por los catalanes, cuidóse de la sumisión del conde de Urgel que, alentado por D. Antonio de Luna y á instancias de su madre doña Margarita, habíase puesto sobre las armas en defensa de sus derechos que creía conculcados. Había él de Luna, desde el veredicto de Caspe, emigrado á Gascuña y se fortificaba en Loarre temeroso de la justicia de D. Fernando por la muerte del arzobispo Heredia; prometía, desde allí, mandar al conde auxilios de gente aventurera que sobraba en Burdeos; aceptaba el de Urgel la promesa en la confianza de ser secundado por los catalanes, y, al propio tiempo que enviaba al de Luna joyas y tesoros para la recluta, condonaba el título de rey de Sicilia al duque de Clarenza que le ofrecía también la espada en la defensa de su causa. Amigos contaría el de Urgel en Zaragoza y Barcelona que cuidarían de mantener al país receloso para con el soberano; pero la política de éste debía esterilizar cuantos amaños se hicieran, puesto que convocaba nuevas cortes en la capital del Principado, exponíales la desobediencia de Jaime de Urgel, y pedíales su criterio, seguro de la nobleza y lealtad de los congregados. Declarada por éstos la rebeldía del conde, acató el país la decisión de sus próceres; y si la causa

del de Urgel era hasta entonces simpática, fué, sin dejar de serlo, considerada como atentatoria á la seguridad del reino, ya que de esta conformidad habían deliberado sus representantes en las cortes.



Fernando *de Antequera* jurando los fueros.

Vencía entretanto el de Urgel á las tropas leales en Margalef y dominaba desde los Pirineos á Balaguer amenazando caer sobre la ciudad de Lérida que estaba muy bien municionada. Temeroso de ello D. Fernando y de que pudiera el enemigo recibir nuevos refuerzos de Gascuña, decidió ir personalmente á la lucha llamando al efecto sus tropas castellanas que vencieron al de Luna en Aragón y llegaron frente á Balaguer donde, á ruegos de D.ª Margarita ó mal aconsejado por sus jefes, se había

el conde de Urgel fortificado. No tardó el *de Antequera* en presentarse ante Balaguer y en formalizar el sitio con un aparato y actividad verdaderamente sorprendentes. Rodeóse la ciudad de fosos y empalizadas mientras se montaban las torres de asalto, se fundía la artillería, se elaboraba la pólvora y se emplazaban los trabucos y máquinas para aportillar las murallas; llegaba el duque de Gandía á unirse al real y se apoderaba del convento de Santo Domingo desde el cual se mortificaba grandemente á los sitiados; disparábanse las bombardas cuyos proyectiles, de cuatro quintales de peso, derruían las más elevadas fortalezas; asaetaban los ballesteros del rey á cuantos soldados del conde asomaban por los bamboleantes lienzos de muralla, y principiaba la plaza á flaquear al paso que se iban entregando los vecinos pueblos penetrados de la inutilidad de su resistencia ante tantos y tan poderosos enemigos. Apurado el conde, despachaba al capitán Favárs con dinero para reclutar gente, que no llegó; aconsejábanle los paheres que se diese á la fuga para no perecer con él arrasada y derruída la villa; aumentaban el hambre y la miseria y la muerte y las deserciones... todo se conjuraba contra el conde incitado por su madre D.ª Margarita á sucumbir antes que presentarse á la clemencia de quien le había quitado la corona. ¡Sólo una víctima aparecía propicia al sacrificio en aquel horroroso contraste: era la desgraciada Isabel, próxima á ser madre y rodeada de sus hijos que lloraban con ella la inminente ruína de su padre y de su condado!

Enojado el *de Antequera* por haberle una bala enemiga matado el caballo con bastante riesgo de su persona, mandó disparar á un tiempo toda la artillería contra la

plaza, creciendo en furia los sitiados que se entregaban á incesantes rebatos; y á la caída, á traición, del castillo de la condesa, en vista de que se repetían las deserciones merced al pregón de indulto del monarca, y de que se sustituían por otras de piedra las tiendas de los sitiadores, se interesaron los paheres para que cesara la



Sitio de Balaguer.

lucha, no conviniendo en ello D. Fernando sino á trueque de rendirse á discreción el conde y sus defensores. Salió entonces la condesa Isabel, á quien negara D. Fernando audiencia; y consiguiéndola al fin por mediación del obispo de Malta, de rodillas, enferma, desolada y en medio de la espectación del ejército, logró arrancar de su sobrino, el monarca, la promesa del perdón que para su esposo solicitara. Tuvo pronto lugar en la plaza una escena altamente conmovedora: estropeado, ham-

briento y lívido el semblante, apareció el conde Jaime de Urgel despidiéndose de su esposa, madre, hijos y vasallos en medio de un llanto general; llamó á un barbero para que le hiciera la barba, que había jurado no quitarse hasta ser *rey ó res* como le repetía siempre doña Margarita, y, apenas hubo salido de Balaguer para rendirse, apoderóse de él una turba de soldados que le llevaron ante el rey dispuesto á recibirle, no en su tienda como correspondía á la prosapia del vencido, sino en el mismo campo y ante todo el ejército para que fuera mayor la humillación y resultara más sonada y manifiesta la victoria. Pedida gracia por el conde, díjole el rey perdonarle en la persona y que no sería extrañado de su reino; y, despedídolo de su presencia, mandábalo pobremente vestido á Lérida en tanto que daba órdenes para incoarle proceso que le condenaba á prisión perpetua y á confiscación de los bienes de su condado. Entró luego el rey en Balaguer, no por un portillo abierto en el muro como quería, sino por la puerta principal como le indicaron los paheres alegando que no por asalto sino por capitulación había tomado la plaza; entregó el alcázar real al pillaje de sus soldados á quienes repartió las riquezas de la familia del conde, y mandó internar á su ilustre prisionero para alejar todo conato de rescate por parte de los que habían sido sus deudos y servidores.

Camino de Zaragoza andaba el infortunado conde, atado de pies y manos, befado y escarnecido por los que le custodiaban, y creía acabar en una cárcel de la capital aragonesa, cuando supo que se le trasladaba á Castilla contra lo prometido por D. Fernando. En vano protestaron, con el conde, su esposa Isabel y el duque de Gandía, testigo presencial de la rendición de Balaguer;

y llegaba Jaime de Urgel á su destierro de Ureña casi al mismo tiempo que caía el castillo de Loarre en poder del rey, fugándose D. Antonio de Luna, causa principal de la desgracia de la casa de Urgel y de su condado.

Terminada esta lucha y recibido el homenaje del vizconde de Narbona, agitador de Cerdeña, pasó el rey á coronarse en Zaragoza abriendo cortes en las que le mostró sus resentimientos la nobleza interesada por el perdón de D. Antonio de Luna; recibió allí una embajada de Sicilia en demanda de que les diera á uno de sus hijos como rey, y cuando accedía en parte á sus deseos designándoles á su segundogénito Juan como lugarteniente, llegaban comisarios del emperador Segismundo de Alemania y del rey de Francia interesándole en la unidad de la Iglesia y en la extirpación del cisma que por tanto tiempo persistía. No plugo mucho tal comisión á D. Fernando, ya que entrañaba el apeamiento del papa Benedicto á quien por gratitud del veredicto de Caspe debía proteger con todas sus fuerzas, y eran por otra parte demasiado poderosos los que tal asunto le exponían para desoirles en absoluto; así vemos al rey sortear su difícil situación pasando á Morella á avistarse con Benedicto, indicarle la voluntad de que asistiera al concilio de Constancia en el que debía elegirse el nuevo Papa, y romper al fin con Benedicto de cuya obediencia se separó públicamente, no recordando que á su protección debía la corona que acababa de recibir en Zaragoza de manos del arzobispo.

En el intervalo de esta para el monarca dificultosa política, celebráronse cortes en Montblanch donde pudo ver el poco aprecio que le tenían los catalanes; y, al ser demandado para que sacara las tropas castellanas que hi-

cieron la campaña de Urgel, debió responder en tales desmanes que obligaron al conceller Ramón Dezplá á replicarle dignamente, dando todo ello por resultado la clausura de las cortes y la marcha del rey á Valencia, donde casó á su primogénito Alfonso con D.ª María, hija de Enrique III de Castilla, mediante dispensa pontificia.

Tales sinsabores habían de hacer mella en la salud del rey que llegó enfermo á Barcelona donde mayores disgustos le aguardaban. Eran los barceloneses celosísimos de sus libertades y privilegios, y venían obligados, del rey al vasallo, á pagar tributos ó *vectigales* sobre ciertas especies; tributos concedidos por los reyes de Aragón á cambio de los sacrificios que hiciera la ciudad en cuantas empresas y expediciones llevaran ellos á cabo. Deseoso, pues, D Fernando de tantear el espíritu de los barceloneses, ordenó á sus criados que se resistieran á pagar los impuestos, produciéndose con esto un tumulto que encendió un alguacil real al amenazar á los vendedores con la justicia del monarca; pidióla el pueblo á los concelleres ofreciendo sus vidas en defensa de las libertades, y negándose el rey á cumplimentar la indicación que aquéllos le hicieran, tocó la campana á *Consejo*, reuniéndose pronto los *Cien* jurados para deliberar acerca de la actitud que debían observar ante la negativa de D. Fernando

Acordóse, por fin, que debía el rey, como los demás ciudadanos, respetar los impuestos de Barcelona; que fuesen declarados enemigos de la ciudad cuantos á ello se opusieran; que debían todos auxiliar en tal asunto á los *concelleres*, y que así fuera expuesto al soberano por una comisión presidida por Juan Fivaller en atención á haber enfermado el *Conceller en cap*, Marcos de Turell,



Juan Fivaller ante Fernando *de Antequera.*

en aquellos momentos. Arriesgado era el acto que iba á acometer el Consejo, conocidos el carácter y la energía de D. Fernando; pero el ilustre prócer Juan Fivaller que si bien temería las iras no rehusaba el peligro, dispúsose á cumplir su comisión con aquella entereza de carácter de que pocas veces se da ejemplo en la historia de las monarquías unitarias. Otorgado testamento, recibidos los sacramentos y despedídose de su familia, vistióse la gramalla negra en señal de luto y se dirigió á palacio precedido de un veguer y acompañado de 19 concelleres que, como el pueblo que se estrujaba á su paso, alentábanle para el acto que acometía. Había el rey negado la entrada á otro que no fuese Juan Fivaller, y al ser éste preguntado y al responder por tres veces que era *un conceller de la ciudad de Barcelona*, dijo el rey desde su sillón á quien sus órdenes cumplía: «Déjale entrar, que bien claro dice que es Fivaller su pertinacia.» A la reverencia y embajada de Fivaller desatóse el rey en palabras autoritarias, negándose á que le besara la mano; escuchó Fivaller los cargos del rey con atención y mesurado respeto, y contestóle que recordara haber jurado cumplir los privilegios del país, que ésta era la resolución de la ciudad, y que debía ella cumplirse á todo trance. A tal entereza y dignidad, reunió el soberano su consejo mandando retirar á Fivaller á una sala vecina para esperar la respuesta; fué el consejo de parecer que debía accederse á la petición de los concelleres, y llamado Fivaller, se lo expuso así el rey añadiendo que «se quedaba con la victoria pero no con el triunfo.» Indecible fué la alegría del pueblo al saber el resultado de la comisión de Fivaller; en medio de una ovación delirante, disputándose los ciudadanos en vito-

rear á los defensores de sus privilegios, y agitando al aire sus capas y pañuelos y sus sombreros, acompañóse á los concelleres hasta la Casa de la Ciudad, á donde llegaba más tarde el canciller Bernardo de Gualbes para satisfacer el impuesto.

Ante esta humillación, partió D. Fernando inmediatamente de Barcelona, llegando á Igualada con pocas esperanzas de vida, aumentada su dolencia por el disgusto. Al saberlo el Consejo, acudió enseguida por su comisionado Juan Fivaller á ponerse á disposición del soberano, y tales deberían ser los cuidados de Fivaller, que le nombró D. Fernando albacea mayor en su testamento recomendándole al propio tiempo á su primogénito Alfonso, que había de sucederle en la corona. Murió el rey (que fué enterrado en Poblet) en el año 1416, dejando á Alfonso, que le sucedió en el gobierno, y á Juan, Enrique y Pedro para quienes no tiene la historia más que frases de justa recriminación y de censura.

ALFONSO *V el Magnánimo*

Las primeras disposiciones que tomó el hijo y sucesor del *de Antequera* luego de jurado en cortes y de confirmados los privilegios á los catalanes, fueron la de llamar á su hermano Juan por sospechas de que se erigiera en soberano de Sicilia, en donde ejercía de lugarteniente, y la de trasladar desde Ureña al castillo de Mora á Jaime de Urgel por noticias ó temores de una conspiración entre los prohombres y personas influyentes del extinguido condado. La política unitaria y la idea de erigirse el rey en única potestad de sus dominios, fué á lo que especialmente atendió D. Alfonso, favoreciéndole la cir-

cunstancia de haber desaparecido los grandes feudos, de los que sólo quedaba el de Pallárs, cuya bandera aun tardaría en arriarse en las faldas pirenáicas donde señoreaba.

Cuidaba, empero, D. Alfonso de granjearse el aprecio del país algo receloso de la dinastía que le gobernaba. El estar, desde el reinado anterior, provistos en castellanos los cargos del consejo y de la casa real, había movido á la nobleza de Cataluña á interesar al monarca en la celebración de cortes para tratar de los asuntos indicados: convocólas el rey para San Cucufate del Vallés en 1419, y, usando allí el idioma catalán en su discurso de apertura, expuso tras no pocas dilaciones y protestas los deseos de pacificar las islas de Córcega y de Cerdeña, lográndolo pronto á favor de una flota de 80 naves en la que se embarcó dejando á su esposa doña María como lugarteniente de los unidos reinos.

Presentósele entonces, 1421, ocasión favorable para unir á sus estados el reino de Nápoles que, contra las aspiraciones de Luís de Anjou, regía Juana II quien le adoptaba como hijo y sucesor de la corona; no la despreció D. Alfonso cuyos deseos de extender sus dominios eran bien manifiestos; y aceptando el título de duque de Calabria, propio de primogénito, resucitaba las luchas entre Aragón y Anjou que durarían esta vez treinta años y que debían complicarse por la intervención de la Iglesia, de Génova, del ducado de Milán, del *condottiere* Sforcia y de otros estados y banderías que tenían agitada la italiana península.

Abierta la campaña con la victoria alcanzada por la escuadra de Ramón de Perellós sobre la anjovina que bloqueaba á Nápoles, fué reconocido D. Alfonso por la

nobleza de la ciudad y aclamado por el pueblo; continuó en buena estrella batiendo y desbaratando á la flota genovesa en aguas de Pisa, y, principiando los napolitanos con la misma D.ª Juana á sentir envidia de las glorias de D. Alfonso, llegóse á armar un complot para asesinarle, no quedándole otro recurso que encerrarse en uno de los castillos mientras sus tropas eran acuchilladas en las calles de Nápoles. No se contentaron los conjurados con los sangrientos laureles de su victoria: tenian sitiado al rey en el castillo del puerto, y debía rendirse sin remisión á no venirle una flota de recurso, de la que no se tenía noticia. Afortunadamente las cortes de Tortosa habían sido previsoras y armado una escuadra de 22 galeras que al mando de Ramón Folch de Cardona llegaba en aquellos momentos de angustias y de zozobras para los sitiados. Recibiéronla éstos con frenético entusiasmo, y, no aguardando á que el enemigo creciera en alardes con nuevos refuerzos, salieron de su encierro furiosos contra Nápoles, á la que no pudo valer el auxilio del *condottiere* Sforcia, quien sólo consiguió la salvación de la reina Juana en tanto que era la ciudad entregada á las llamas y al saqueo. Revocaba enseguida D.ª Juana la adopción de D. Alfonso á quien sustituía por Luís de Anjou; y de paso el aragonés á Cataluña, daba á su rival nuevas pruebas de no acabado ardimiento sitiándole y tomándole la plaza de Marsella, cuyas cadenas del puerto eran llevadas por D. Alfonso á Valencia, á donde llegaba en 1423, terminada la primera etapa de aquella atrevida campaña.

Agriado el rey por el apoyo que Martín V, electo en 1417 por el concilio de Constancia, había prestado á D.ª Juana de Nápoles, favoreció en Valencia la elección

de Clemente VIII en sustitución de Benedicto que habia fallecido, y ocupáronle enseguida los disturbios de Castilla á cuyo trono aspiraban los infantes de Aragón Juan y Enrique, D. Alvaro de Luna y el arzobispo de Toledo, atendida la menor edad del monarca Juan I, hermano de la esposa de D. Alfonso. De ambas cuestiones habia de resentirse el monarca aragonés; pues mientras el papa Martín, lograda la unidad italiana, hacia caer sus fuerzas sobre Gaeta, Castellamare y Sorrento y obligaba al infante Pedro á encerrarse en uno de los castillos del puerto de Nápoles que defendia, se negaban los catalanes á ayudar al monarca en las guerras de Castilla, doliéndose de que se acudiera á asuntos extraños á la corona en tanto se dejaba morir pobremente á la desgraciada Isabel cuyo esposo el conde de Urgel seguía siendo objeto de malos tratos de calabozo en calabozo. Por fortuna, púdose después de muchas negociaciones terminar el cisma por renuncia del papa Clemente en 1429, y firmarse una tregua de cinco años con Castilla, dando lugar al rey á convocar cortes en Barcelona para proseguir su política de Italia donde contaba ya con la amistad del papa Martín y volvía á ser adoptado por la veleidosa Juana de Nápoles en 1433, fecha en que tenía lugar en Játiva un hecho que la historia imparcial no puede pasar por alto en manera alguna.

Pongamos en antecedentes á nuestros lectores. El infante Juan, á quien privara su hermano D. Alfonso de la lugartenencia de Sicilia por miedo de que se erigiera en ella como soberano, estaba casado con D.ª Blanca de Navarra de la cual tenía un hijo á quien las cortes de Olite dieron en 1423 el Principado de Viana. Muerto el rey de Navarra, fueron proclamados D. Juan y doña

Blanca para sucederle; pero veía D. Juan la posibilidad de ceñir la corona aragonesa por no contar D. Alfonso con hijos de su matrimonio con D.ª María, y sólo un obstáculo podía oponerse á sus desmesuradas ambiciones: era éste un anciano prisionero de Játiva, el conde



Asesinato del Conde de Urgel en Játiva

de Urgel, caso de que los catalanes fijaran en él la mirada ya que tanto por su suerte se habían interesado... Un día llegaban á Játiva los infantes D. Juan, Enrique y Pedro; pedían al alcaide del castillo que les llevara á su presencia el conde prisionero, y al acudir el alcaide á los gritos que resonaban en la estancia de la fortaleza, halló cadáver al conde, no recibiendo á su reclamación otra respuesta de los infantes que la de haberse hecho aquello

por orden del rey, á quien ningún historiador hace responsable del crimen por los infantes cometido (*).

Satisfechos de su crimen, partían Pedro y Enrique á Sicilia donde, por muerte de D.ª Juana, se preparaba don Alfonso á defender sus derechos de Nápoles contra Renato de Anjou, hermano de Luís III que también había fallecido. No fué el principio de esta guerra tan próspero como el de la anterior para D. Alfonso; pues salido de Mesina y sitiando á Gaeta (de donde había el defensor Spínola hecho salir á los inútiles para las armas, que fueron socorridos por la magnanimidad del monarca) hallóse éste envuelto por los genoveses que volaron en auxilio de los sitiados, y cayó prisionero del duque de Milán, de quien no sólo recabó luego su libertad sí que también la alianza por haberle mostrado el peligro que, favoreciendo á la casa de Anjou, corría la Italia de ser un día invadida por los franceses. La llegada de una flota, provista por las cortes de Monzón y mandada por Bernardo Juan de Cabrera, conde de Módica, dió nuevos alientos á D. Alfonso para la conquista de Nápoles, cuya ciudad, defendida por la esposa de Renato de Anjou, contaba con un contingente de soldados aguerridos y dispuestos á resistirse á todo trance. Porfiado y costoso fué el sitio, pero el ardimiento de los catalanes demostró á las tropas aliadas que era inútil y temeraria toda resistencia. Dada la voz de asalto por Fernando, hijo bastardo

(*) Al contrario: es opinión general que sintió mucho el rey la muerte del conde de Urgel; creía él que le iban á buscar para acompañarle á Portugal, cuyo soberano estaba casado con la hija del conde y había accedido á la libertad de los infantes Pedro y Enrique (presos á consecuencia de las guerras de Castilla) bajo compromiso de la libertad del referido conde.

del rey, escaláronse las murallas y los baluartes con indecible arrojo, y pronto las *barras catalanas* dominaron el real alcázar mientras los leales invadían las calles y palacios de aquella opulenta ciudad del Mediterráneo. Fugitivo Renato á la Provenza, fué D. Alfonso reduciendo á su obediencia los pueblos, y en 1443 entraba en la ciudad siendo acogido con delirantes aclamaciones.

Estas campañas de Italia, tan largas y tan costosas para D. Alfonso, contribuían al descontento de la Confederación, juguete de las ambiciones de los infantes y cansada de la ausencia de su soberano. Las pretensiones de D. Juan de Navarra, viudo de D.ª Blanca y casado con Juana Enríquez, habían dado lugar á otra guerra entre aquel reino y el de Castilla; y por haberse en cortes de aragoneses y de navarros negado el Príncipe de Viana á auxiliar á su padre, movióse éste en odios contra aquél obligándole á que compartiera la gobernaduría de Navarra con su madrastra la castellana Juana Enríquez. Dió ello motivo á dos bandos, los *Beamonteses* por el príncipe y los *Agramonteses* por la madrastra; y llegados á las armas, cayó prisionero el de Viana á quien mandó su padre de castillo en castillo hasta que fué pedida y alcanzada su libertad por las cortes aragonesas. Exacerbáronse estos odios de D. Juan hacia Carlos de Viana por haber dado á luz un hijo la orgullosa Juana Enríquez, y ya veremos las consecuencias y días luctuosos que ellos habían de depararnos.

No menos turbulencias había en la misma Barcelona, donde los bandos de la *Busca* y de la *Biga* tenían agitadas á las clases populares contra las más elevadas que ejercían el monopolio de la ciudad en todas sus esferas; especie de revolución social que alcanzó para el ele-

mento popular la representación en el Consejo de Ciento y en la comisión que entendia en el nombramiento de los consejeros del rey, gracias á Galcerán de Requeséns que ejercia el cargo de gobernador general de Barcelona.

En el intermedio de estos sucesos que alcanzan hasta 1455, lograba D. Alfonso la paz definitiva de Nápoles con la investidura que de este reino le confería el papa Eugenio; unía á estas nuevas tierras el ducado de Milán por testamento del que lo regía, y mostrábase orgulloso del ensanchamiento de sus dominios, de los que sólo debía restarse el ducado de Atenas por haber en 1452 caído á la invasión de Moamet II que, al año siguiente, entró con los turcos en la imperial y hermosa Constantinopla.

Poco más pudieron alcanzar el largo reinado y la gloria militar de D. Alfonso. La osadía de los genoveses en presentarse ante Barcelona fué castigada por el almirante Bernardo de Vilamarí haciendo estragos en aquella república por cuyos mares señoreaban las naves catalanas, y la muerte natural de D. Alfonso acaecida en 1458 y en el castillo de Nápoles, puso término á la contienda marítima partiendo la flota para Barcelona donde fué recibida la noticia con general sentimiento de los ciudadanos. Por virtud del testamento de D. Alfonso, sucedíale en la Confederación el primogénito D. Juan que era rey de Navarra; y en el reino de Nápoles, ganado con los auxilios y con la sangre de los catalanes, dejó á su hijo bastardo D. Fernando, instituyendo una dinastía en vez de considerarlo como una simple conquista de la corona, como lo era en efecto.

Muy discutida ha sido la personalidad de D. Alfonso. Si bien es verdad que no mostró nunca afecto á su es-

posa D.ª María y que tuvo más que abandonada la Confederación pues pasó la mayor parte de su reinado en Italia, reconócesele como hábil político, como *Sabio, Magnánimo* y *Liberal* á la par que como sufrido y experimentado guerrero. Florecieron en su tiempo las artes,



Remate de la puerta de la Audiencia (Barcelona).

que levantaban el precioso edificio de la Diputación de Barcelona cuyo frontal con el celebrado San Jorge es una maravilla de aquellos tiempos; las ciencias, con la fundación de las Universidades de Gerona y Barcelona; las letras, con los historiadores Tomich, Turell y Boades y con los poetas Ausias March, Roig, Jordi de Sant Jordi, Valmanya y Torroella; eran también singulares los progresos de la industria y de la agricultura, y al lado del comercio, extendido desde Flandes hasta Alejandría, figuraban las expediciones de Jaime Ferrer á Río de Oro

y al Golfo de Guinea suscitadas por los conocimientos geográficos en que Viladestes y Vallseca se distinguían.

Juan II

Violento había de ser el reinado de Juan II por los rencores que éste tenía á su hijo el Príncipe de Viana y por no acomodarse su carácter autoritario á la organización autonómica de Cataluña. Debilitado el régimen feudal por las inmunidades de que se hicieron dignos los pueblos, había dado lugar á que el derecho de ciudadanía ocupara los escaños de las Cortes y á que compartiera con la nobleza y con la prelacía las atribuciones sólo á estas entidades antes pertinentes: era ello beneficioso para el país puesto que todos los estamentos venían igualmente interesados por la salud y prosperidad de la patria, y si los *payeses de remensa* continuaban siendo esclavos de los *malos usos* preocupábanse de ellos los concelleres y diputados y esperábase ocasión favorable para redimirlos. Las *Cortes* representadas por los tres brazos el *Eclesiástico,* el *Militar* y el *Real* ó *Popular,* con derecho á intervenir en la administración de la real casa, facultadas para proponer y derogar leyes como para no votar los subsidios sin previa satisfacción de los agravios por ellas expuestos al soberano; y la *Diputación* ó *Generalidad*, compuesta de Diputados inviolables que representaban las Cortes no reunidas, encargada del cobro y administración de las rentas, con escuadra de su propiedad y derecho á levantar ejércitos cuando fuere necesario, constituían el verdadero *Gobierno de Cataluña* cuando á los 62 años de edad y por

testamento de D. Alfonso era elevado Juan II al trono de la dilatada Confederación catalano-aragonesa.

En los primeros años del reinado de D. Juan, pudo ya verse el escaso respeto que estas constituciones y privilegios le merecerían. El Príncipe de Viana, que desde Sicilia procuraba reconciliarse con el soberano, esperó por orden de éste en Mallorca la noticia de concordia que le llegaba en 1460 facultándole para vivir donde fuera de su gusto, excepción hecha de Sicilia y Navarra por la popularidad de que en ambos territorios disfrutaba el primogénito. No era menor el afecto que le tenía Cataluña penetrada del carácter y afabilidad que le distinguían; y al ser recibido en Barcelona poco menos que en triunfo, y al agriarse por ello D. Juan mandando á los catalanes que trataran al de Viana como príncipe *que no fuese primogénito*, principiaron los rozamientos y disgustos que subieron de punto en las cortes de Lérida donde fué negada por el monarca la petición de ser jurado Carlos de Viana como heredero y sucesor de la corona.

Pero había de llegar á más la osadía del rey, indignado ya de las legales exigencias de los catalanes. Instigado por la madrastra Juana Enríquez que, con la primogenitura, anhelaba para su hijo Fernando la mano de la infanta de Castilla D.ª Isabel destinada también para esposa del de Viana, llegó á prender á éste al presentarse en las cortes de Lérida, faltando abiertamente á lo que en el acto de la concordia había prometido. La inviolabilidad de los que á cortes acudían y el haber recaído tal contrafuero en la persona del primogénito, indignó de tal manera al país que fué necesario todo el aplomo de la Generalidad para que no acudiera aquél á

las armas. Creció con ello la simpatía del pueblo por Carlos de Viana; multiplicáronse las embajadas al rey para que libertara á su hijo tan ignominiosamente detenido; agotáronse todos los recursos del derecho para no dar lugar á luctuosas contiendas; pero ante la terquedad de D. Juan, y al ser en Zaragoza despedidos los emisarios con la amenaza de que *la ira del rey era mensajera de la muerte,* tocó la campana á somatén en Barcelona, y á los gritos de *¡Vía fora!* y de *¡Mueran los traidores que mal aconsejan al soberano!,* acudió todo el Principado al lado de la Generalidad y se dispuso á defender con su sangre sus venerandas y respetadas constituciones. Era la primera vez que se alzaba Cataluña contra el Rey; la había éste provocado, y debía convencerse de que la conculcación de las libertades de un pueblo no es la mejor garantía para tenerle sufrido y resignado á la obediencia.

Ante esta actitud no tuvo D. Juan otro remedio que decretar la libertad del de Viana, que estaba preso en Morella, y aun dijo que lo hacía á instancias de Juana Enríquez que abrigaba el intento de acompañar al libertado príncipe á Barcelona; intento de que hubo de disuadirla la Generalidad para no hacerla víctima del pueblo que en ella veía la causa de tantos trastornos. Así, mientras la reina se detenía en Villafranca, entraba Carlos de Viana en Barcelona recibido por la Diputación, por los concelleres, por la clerecía, por el pueblo todo que se entregó á fiestas y regocijos jamás vistos ni organizados para la recepción de soberano alguno. Pidióse luego á la reina, que continuaba en Villafranca, la jura de don Carlos como primogénito con todas las inmunidades y preferencias al cargo respectivas; y no atreviéndose ella

á contestar sin la anuencia de su esposo, pasó á ver á éste á Aragón, regresando pronto á firmar el convenio de Villafranca por el que accedía á todo lo pedido por la Diputación y se obligaba el mismo D. Juan á no entrar en el Principado en el que como lugarteniente y administrador general su hijo D. Carlos le representaba.



Entrada del Príncipe de Viana en Barcelona.

No pudo ser muy duradera la alegría de este triunfo para los barceloneses, pues vieron morir al de Viana cuando mejores bondades y atenciones de él se prometían. Corrióse la voz de que había sido envenenado por la madrastra Juana Enríquez; y como en protesta, si no fuera ya por las simpatías que al infortunado príncipe tenía todo Barcelona, hízose el luto general, desplegándose en las exequias y demás honras fúnebres mucha

suntuosidad y riqueza, y llegóse á tener al finado en concepto de santo, atribuyéndole milagros que perpetuaron en libros y publicaciones en buena memoria del que había sido su más risueña esperanza. Así quería Cataluña al Príncipe de Viana, amante del estudio, consuelo de los afligidos, benigno con sus enemigos y digno de mejor fortuna y de padre más manso, como ha dicho Mariana y todos los historiadores que de él se han ocupado (*)

Al saber la muerte de Carlos, se presentó Juana Enríquez con su hijo Fernando en Barcelona, donde fué jurado como primogénito sin resistencia alguna, demostrando con ello los catalanes que sólo la legalidad y el respeto á las constituciones informaban todos sus actos. Pudo aún la reina ver el cadáver de Carlos de Viana á quien besó «por ceremonia ó complacencia» como dice Quintana; y ya instalada en Barcelona, donde moría envenenado el repostero de Carlos, dirigió su política á mermar el prestigio de la Generalidad, alentando las pretensiones de los *payeses de remensa* que con sus jefes Verntallat y Serroli merodeaban por la provincia de Gerona sembrando la intranquilidad y la alarma en los pacíficos pueblos. Ante esta conmoción púsose en pie de guerra la Generalidad nombrando al conde de Pallárs capitán general del Principado; alegó la reina ser de su incumbencia la sujeción de los remensas sublevados; y al dar, desde Gerona á donde pasó, seguridades de no ser necesarios tales armamentos, descubrióse que se había D. Juan aliado con Luis XI de Francia para entrar

(*) Véase la apología que de tan infortunado Príncipe hace el historiador Quintana en su *Vida de españoles célebres*.

en Cataluña, y que se tramaba una conspiración realista en Barcelona para entregar á los reyes los personajes más distinguidos de la Diputación y del Consejo. Continuaba en tanto la Diputación levantando ejércitos y ajusticiaba á los conspiradores que no pudieron escaparse;



Barcelona armándose contra Juan II

se hacían pregones reales mandando que no se alistara gente á las banderas de la Generalidad; contestaba ésta con otros de desobediencia á la reina al conocerse el convenio de D. Juan con el rey de Francia á quien empeñaba los condados del Rosellón y de Cerdaña, y disponíase el pueblo á hacer respetar el tratado de Villafranca por el que no podía el rey entrar en Cataluña hasta ser llamado por los catalanes.

Una vez llegado D. Juan á Cataluña con fuerzas castellanas y aragonesas, y mientras el conde de Pallárs si-

tiaba en Gerona á Juana Enríquez y á sus consejeros, llamó la Diputación á somatén general á todos los pueblos declarando al rey como enemigo público; y cuando ya había el de Pallárs levantado el sitio de Gerona para concentrarse á la noticia de la invasión de Francia, y eran destruídas las tropas del país en Rubinat, batida y entrada Tárrega, y amenazada Barcelona por las victorias realistas, daba el Principado, lejos de arredrarse, nuevas muestras de virilidad y de energía proclamando Conde de Barcelona á Enrique IV de Castilla, enemigo entonces del de Aragón por haber éste favorecido á la nobleza que aspiraba al destronamiento del citado soberano (1462).

No tardaron las tropas de D. Juan en presentarse ante Barcelona cuyo sitio levantó el rey por haber el conde de Pallárs acudido en auxilio de los sitiados; tomó empero las plazas de Villafranca y Tarragona cometiendo excesos, y, disponiéndose á entrar en Lérida que estaba muy bien fortificada, recababa con su política la renuncia de Enrique IV al título de Conde de Barcelona para que la situación de los catalanes fuese más apurada y trabajosa. Recurrió entonces el país al condestable Don Pedro de Portugal (1464) y continuó la guerra con desventaja para Cataluña. Cayó Lérida por hambre y Villafranca por traición de Juan de Beamonte, partidario de Viana y á quien el rey prometiera la devolución de los bienes tomados en las pasadas luchas de Navarra; fué el Condestable destruído en Prats de Rey con pérdida de muchos y muy leales capitanes; capituló Cervera en tanto que se alcanzaban algunas victorias en el Ampurdán; y mientras caía Amposta gloriosamente defendida por Pedro de Planella, moría el Condestable en

Granollérs el año 1466 no sin sospechas de haber sido envenenado por los realistas que no dejaban de residir en los pueblos mostrando cierta indiferencia por los sucesos que se desarrollaban.

No descorazonó la Generalidad ante tales peligros y contrariedades. Penetrada de la legalidad de su causa y visto que por desaciertos de D. Juan se habían enajenado de la corona las tierras de Rosellón (que con el aparente título de lugarteniente poseía de verdad el rey de Francia), persistió con más bríos en su empeño y acogióse á Renato de Anjou, conde de Provenza y enemigo capital de Aragón según hemos podido ver en el reinado de D. Alfonso *el Magnánimo*. Aceptado por el de Anjou el título de Conde de Barcelona, era fácil el auxilio de la antes enemiga Francia, ya que ésta atendería al completo dominio del Rosellón; complicábanse por otra parte á D. Juan los éxitos de la campaña por tener que acudir á sus estados de Navarra donde su yerno el conde de Foix se declaraba en desobediencia; y ciego de una catarata y á los 70 años de edad, recibía el rey la noticia de los avances del duque de Lorena, que guerreaba por su padre Renato, y de la muerte de la reina Juana Enríquez que á tantas complicaciones y disturbios le había abocado. Era esto en 1468, y al año siguiente casaba el príncipe Fernando con la infanta Isabel de Castilla, bajo pacto de permanecer aquél en tierras castellanas; cosa no vista en el sinnúmero de monarcas con que contaba la Confederación y que con princesas ilustres y esclarecidas se habían enlazado.

Recobrada la vista por los cuidados del médico judío Abiatar, atendió D. Juan á la guerra de Cataluña tomando á Gerona, Hostalrich, Blanes y San Celoni, á las

que no pudo auxiliar Juan de Calabria sustituto del duque de Lorena que había fallecido; y después de la sumisión de Torroella, Castellón y Perelada, y de una escaramuza en el Besós donde fueron vencidos los barceloneses, formalizó en 1472 el sitio de la capital del Principado, sentando sus reales en Pedralbes para no levantarlos hasta poner término á aquella lucha que tanto pesaba al encanecido monarca como á los ardorosos catalanes que la sostenían.

Porfiado fué el sitio de Barcelona en el que se pusieron en juego todo el adelanto de la artillería y la eficacia de las máquinas de guerra; rechazaban los sitiados los asaltos desafiando peligros y alentados por el conde de Pallárs que se multiplicaba en los rebatos y defensa de los aportillados muros... ni el hambre, ni la peste podía rendirlos; caerían con ellos las instituciones del país, la honra de su bandera, el prestigio de la Generalidad, la entereza de sus concelleres que habían ya triunfado de la imposición absolutista de D. Fernando *de Antequera*... A tanta obstinación y en vista de que el sitio duraba ocho meses sin ventajas manifiestas para las armas realistas, escribió D. Juan al Consejo de Ciento ofreciendo tratar á los catalanes con «amor y caridad», pero ni así cedieron los sitiados en su demanda. Renovó entonces el rey sus ofrecimientos con mayores seguridades para los defensores, y capituló Barcelona con la condición de que fuera reconocida su fidelidad, de que juraría de nuevo el rey los fueros y privilegios, y de que eran justificados los actos de la Diputación cuya lealtad y obediencia debían ser pregonadas por todos los dominios de la corona. Tal fué la honrosa capitulación de Barcelona, en donde entraba solemnemente D. Juan,

perdonando á todos los ciudadanos excepto al conde de Pallárs que huía á los montes á sostener la independencia del último de los condados catalanes.



Claustro de la catedral de Gerona.

Entonces conoció D. Juan el desacierto de haberse aliado con la Francia. Había perdido el Rosellón, y debía en conciencia restituirlo á la corona aragonesa. Teniendo en su favor la circunstancia de ser aquellos pueblos adictos á Cataluña por más que funcionara en Perpiñán un parlamento francés y que fueran ocupadas todas las villas militarmente, decidióse por llevar allí la guerra á toda prisa; guerra que no debía ver concluída á pesar de haberse entrado en Perpiñán, cuyas puertas abriera Juan Blancas, y de mantener vivo el es-

píritu de fidelidad á Cataluña los caudillos Bernardo de Olms y Pedro de Ortafá que levantaron ejércitos contra la Francia, celosa de los terrenos nuevamente adquiridos en los pasados disturbios.

A las negociaciones de D. Juan, comprometiéndose á entregar la suma por qué fueron empeñados el Rosellón y la Cerdaña, contestaban los franceses asolando aquellas tierras á cuyo auxilio salió el rey, entonces en Barcelona; era en tanto asaltada la villa de Elna y presos Bernardo de Olms, cuya cabeza se izó clavada en una pica en un castillo frente de Perpiñán, y un hijo de Juan Blancas que, llevado ante las murallas de la ciudad por Pedro de Ortafá y Blancas defendida, fué inhumanamente degollado ante la actitud del padre que prefirió la pérdida de su hijo á ser tenido como traidor al rey y á la patria que la importante fortaleza le confiaran.

Mientras esto acontecía y era evacuado Perpiñán por sus defensores, proclamábase en Castilla á D. Fernando y á D.ª Isabel por fallecimiento de Enrique IV que ceñía la corona; pero ni ello, ni los triunfos navales de Bernardo de Vilamarí en Cerdeña pudieron mitigar la zozobra con que moría el rey al ver las armas francesas en el Pirineo y la terquedad del conde de Pallárs en reconocerle la soberanía de su condado. Así murió el rey á los 81 años de su edad, después de haber reinado 54 en Navarra y 22 en Aragón, alejado de su hijo, solo y mal visto de los catalanes quienes tuvieron que empeñar las joyas del palacio para tributarle las últimas honras en Poblet donde fué sepultado en 1479 á los pocos días de su muerte.

FERNANDO II *el Católico*

Ya rey de Castilla D. Fernando, por hallarse casado con D.ª Isabel, fuélo también de Aragón por fallecimiento de su padre Juan II, dando lugar á que hubiera más comunidad de intereses en las dos coronas, pero no á la *unidad nacional* que señalan muchos historiadores no fijándose en que ni se dicta por los soberanos ley alguna que comprenda á los dos estados, ni los mismos reyes los consideran formalmente unidos en su última voluntad ya que dispone D.ª Isabel á su gusto y autoridad de León y Castilla como Fernando de sus dominios de Aragón, Cataluña y Valencia como tendremos ocasión de ver más adelante (*). Hasta en los mismos sucesos que se desarrollan en el reinado de los *Reyes Católicos* puede verse la separación é independencia con que obraban las dos coronas; pues mientras la toma de Granada es empresa exclusivamente de Castilla y se engalana ésta con el descubrimiento de Colón, corre de cuenta de Cataluña la resolución del problema de los *remensas* y la anexión de las tierras rosellonesas perdidas en la política del anterior reinado. Con todo, es importante el reinado de los *Reyes Católicos* por operarse en él la total reconquista de España, por extenderse la civilización y comercio á países antes desconocidos, y por llevar los estados españoles á la *unidad*

(*) El artículo único de la unión monárquica de las coronas de Aragón y Castilla, entre otras cosas, dice: «Subsistirán las aduanas en las fronteras de las dos Coronas... y en ningún caso regirá, ni como supletoria, en una Corona la legislación de la otra.» COROLEU y PELLA.—*Los Fueros de Cataluña.*

personal que ha de concluir en *definitiva* por estar aquellos vinculados en un solo cetro.

Aunque por pactos matrimoniales viniera obligado D. Fernando á residir en Castilla, no descuidó de jurar los privilegios de los catalanes y aragoneses, y de promover, desde Barcelona, las gestiones con Francia para la devolución de los territorios roselloneses y ceretanos. Igualmente puso la atención en mantener la preponderancia marítima del Mediterráneo ajustando treguas con Génova y nombrando general de la armada á Bernardo de Vilamarí, nieto del de igual nombre; pero como debía compartir con su esposa D.ª Isabel el gobierno de la corona, dejó en Cataluña y con el cargo de virrey al infante aragonés D. Enrique, y pasó á Castilla donde se suscitaba la guerra de Granada que señalaría la total expulsión de los moros de la península. Allá las armas castellanas, conmovíase Cataluña ante la sublevación formal de los payeses de remensa que clamaban por la abolición de los *malos usos* y se entregaban con su caudillo Juan Sala á excesos en el Vallés á donde tuvieron que acudir el virrey y la bandera del Consejo de Ciento, tanto para echarles de Granollérs que habían tomado á la fuerza como para auxiliar á Jofre de Senmanat que corría grave peligro en Tarrasa por los remensas sitiado. De Granollérs pasaron los remensas á Mataró á cuyo auxilio no llegó á tiempo la milicia ciudadana; y ya se disponían á batir la iglesia de Llerona, cuando, alcanzándoles las fuerzas del *Conceller en cap* Jaime Destorrents, fueron destruídos con grandes pérdidas cayendo prisionero Juan Sala á quien se decapitó en Barcelona en tanto que se perseguía á los que en el Ampurdán continuaban en sus incesantes y atrevidas algaradas.

Era, sin embargo, llegada la hora de redimir á tan ínfimas clases sociales. Considerado por la Generalidad que se haría interminable la guerra por favorecer á los sublevados lo accidentado y montuoso del territorio, y que era nota discordante con el espíritu de la época la miserable condición de las gentes montañesas, llegóse con



Incendio de Granollers por los *remensas*.

éstas á una inteligencia que dió por resultado la sentencia arbitral de Guadalupe por la que D. Fernando anulaba los *malos usos*, reducía á un censo los derechos de vasallaje, y se imponía la multa de 15,000 libras para el perdón, del que estaban exceptuados los caporales ó caudillos á quienes se les imponía la pena de muerte con la confiscación de sus bienes (1486).

Pacificada Cataluña y recibido el Tribunal de la In-

quisición que en defensa de la fé católica y extirpación de la herejía se había generalizado en España, pasó el virrey á someter al conde de Pallárs que desde las guerras de Juan II continuaba independiente en su condado pirenáico. Poco costó al virrey vencer la resistencia de Pallárs á quien auxiliaban los roselloneses y ceretanos: sitiada su esposa Catalina, en tanto que él acudía á Francia en busca de socorros, logróse la rendición del castillo señorial, que se donó á Ramón de Cardona con el título de marqués, y recibíase al año siguiente la feliz noticia de que la guerra de Granada había terminado. En 1492 y ante los reyes D. Fernando y D.ª Isabel entregaba el último rey árabe Boabdil las llaves de la ciudad, y eran por decreto expulsados los judíos de aquel reino, extendiéndose luego esta orden á todos los que ocupaban la España y no quisieron abrazar el cristianismo.

Dignáronse entonces los reyes permanecer en Barcelona que, aunque no tuviera intervención directa en la celebrada conquista, gustaba mucho de la gloria y de la presencia de la corte. En ello se complacía cuando fué el rey objeto de un atentado por un loco escapado del hospital, por Juan de Cañamás que, esperándole en la Plaza del Rey y en el momento de bajar las escaleras del palacio, le dió una cuchillada en el cuello no teniendo la herida otras consecuencias que el susto y el tumulto consiguientes. A pesar de las instancias de los Concelleres en tomar por su cuenta el castigo del criminal, que bajo su jurisdicción estaba, fué el infeliz loco horriblemente mutilado y echado á las llamas por orden de los que el Real Consejo constituían. Pero debía desaparecer luego la mala impresión que esto producía ante las noticias que llegaban de haber una pequeña flota

alcanzado la gloria más universal de que puede darse cuenta. Un oscuro marino que, durante la guerra de Granada y después de recorrer varias naciones, había porfiado ante los reyes de hallar un camino más corto



Recibimiento de Colón en Barcelona.

para llegar á las Indias, traía las primicias de un Nuevo Mundo y se disponía á ser recibido por los reyes solemnemente en Barcelona. Era éste el genovés Cristóbal Colón sobre cuyas gestiones en la corte han fantaseado mucho los historiadores llegando á afirmar que tuvo D.ª Isabel que empeñar sus joyas para el armamento de la flota. Lo que hay de verdad, y así lo testifica la his-

toria moderna, es que fué el catalán Luís de Santángel el verdadero promotor del descubrimiento, pues ya partía Colón de la corte desengañado de la protección de los monarcas cuando logró Santángel que fuera nuevamente oido el genovés, y aun aprontó la suma de 17,000 florines de oro para que no se llevara á cabo la empresa con la estrechez que prometía la poca confianza de todos, apoyada en el fallo del consejo de Salamanca que había tratado de visionario á Colón y disuadido á los reyes de que dieran crédito á las empíricas suposiciones del navegante. Descubierto, pues, el Nuevo Mundo, fué Cristóbal Colón recibido por D. Fernando y D.ª Isabel en Barcelona con mucha pompa; y en el segundo viaje, que verificó aquél en 1493, acompañáronle los catalanes Fr. Bernardo Boil, monje de Montserrat, como primer arzobispo y patriarca de las Indias, y Pedro de Margarit investido con el cargo de capitán y gobernador de los países descubiertos.

Estos felices acontecimientos, aumentados con la restitución de las tierras rosellonesas, no fueron sino un punto de espera para la guerra que iba á declararse entre Aragón y Anjou y que había de ser fatal para la dinastía instituída en Nápoles por el monarca aragonés Alfonso *el Magnánimo*. Los deseos de Anjou, siempre manifiestos para dominar aquella parte de Italia, se desarrollaron repentinamente en la personalidad de Carlos VIII de Francia quien logró apoderarse de Nápoles venciendo y destituyendo á Fernando II que la regía. No gustó esto al Papa, que era Alejandro IV y natural de Valencia de donde fué arzobispo, y formando con don Fernando *el Católico,* con la república de Venecia y con el ducado de Milán la *Liga santísima,* abrióse la cam-

paña con los triunfos del *gran capitán* Gonzalo de Córdoba, que batallaba por Aragón, logrando reponer al rey de Nápoles en tanto que agriado el francés reproducía la guerra en el Rosellón que terminó gracias á una tregua. Muerto el rey de Nápoles sin sucesión y habiendo testado en favor de su tío Fadrique, renováronse las contensiones entre Aragón y Francia cuyos soberanos don Fernando y Luís XII habían buenamente acordado repartirse el reino echando á Fadrique del trono que ocupaba. Sea por cuestión de límites, sea por celos de autoridad y predominio en aquellas tierras, encendióse la guerra dando nuevas ocasiones al *Gran Capitán* para lucir sus dotes militares, pues, luego de vencido en Cerinola al duque de Nemúrs que halló la muerte en la batalla, llegó á apoderarse de la misma Nápoles, uno de cuyos castillos defendía el conde de Pallárs que fué llevado prisionero á Játiva donde no tardó en acabar sus días miserablemente.

En esto, pasaba D. Fernando en persona á combatir á los franceses en el Rosellón y alcanzaba victorias en Leucata, Roquefort y La Palma cuando un inesperado acontecimiento vino á cambiar la faz de las cosas. Doña Isabel *la Católica* (que contaba ya con una hija llamada Juana y enlazada con el archiduque de Austria Felipe *el Hermoso)* bajaba al sepulcro en 1504 disponiendo en su testamento de León y de Castilla que legaba á su hija Juana, y nombrando administrador á D. Fernando por incapacidad de aquélla. Celoso se mostró el archiduque de que su suegro lograra tal preeminencia; quería él el gobierno de Castilla como esposo de la legítima heredera, y contaba con la nobleza castellana y hasta con el auxilio del rey de Francia que le ofrecía su alianza para

resarcirse de las derrotas de Nápoles, donde coronaba el *Gran Capitán* su campaña con la toma de la plaza de Gaeta. Ante tales desvíos y peligros levantóse la política de D. Fernando *el Católico* casando con Germana de Foix, sobrina del rey de Francia: con ello logró que el francés evacuara el Rosellón y desistiera de sus pretensiones al reino de Nápoles, y decidió volver á sus estados de Aragón y Cataluña donde fué recibido con júbilo por ver en él la restauración autonómica, bastante debilitada por la intervención militar á que habían dado lugar los sucesos referidos.

Esta verdadera separación de la corona aragonesa de la de Castilla (que hubiera persistido á sobrevivir el hijo que tuvo el rey de su esposa D.ª Germana), queda más justificada si cabe con la marcha de D. Fernando á Nápoles temeroso quizás de que el *Gran Capitán* amagara el intento de considerar aquel reino como conquista de Castilla. No fué así por fortuna. Embarcado el rey con su esposa y acompañado de la nobleza, como antes lo hicieran los reyes de Aragón, llegó á Nápoles recibiendo la adhesión del *Gran Capitán* y aun la investidura del reino por el Papa; pero tuvo que volver luego á Castilla, donde, por muerte del archiduque su yerno, fué llamado para encargarse del gobierno que no podía regir doña Juana cuyas facultades intelectuales habían sufrido un grave trastorno.

La esperanza de una separación completa había desaparecido para la Confederación precisamente cuando resucitaba ésta sus pasados triunfos, pues mientras Ramón Folch de Cardona, virrey de Nápoles, conseguía victorias en Pulla y Calabria, contribuía el almirante Vilamarí á las conquistas de Orán, Argel, Túnez y Bugía

ya de antes patrimonio y dominadas por la corona aragonesa. No menos digno se hacía D. Fernando de la comisión que le había conferido la castellana política. Como si quisiera dejar á su nieto Carlos enteramente libre de enemigos la *corona de España,* concebía y llevaba á cabo con asombrosa actividad la anexión de Navarra que gobernaba Enrique de Labrit; y en tanto que moría el gran almirante Vilamarí y alcanzaba el de Cardona nuevas victorias en Italia donde se reproducían las pretensiones de Francia, se instalaba y moría el rey en Madrigalejos el año 1516 nombrando heredera á su hija D.ª Juana *la Loca* y gobernador á su nieto D. Carlos que continuaría la serie de soberanos, no con el título de *Reyes de Castilla* ó *de Aragón* sino *de España*, sin que por ello ni la unidad política ni administrativa se hubieran llevado á cabo. Continuaba, pues, la vida regional si bien algo debilitada como se ha manifestado; tanto es así, que al morir D. Fernando disponía, como antes lo hiciera D.ª Isabel, «que no obrara D. Carlos mudanza alguna en el gobierno y regimiento de Aragón, y que no se negociaran las cosas de este reino sino por personas de él naturales», y aun le indicaba los nombramientos del arzobispo de Zaragoza y del cardenal Cisneros para las regencias respectivas de Aragón y de Castilla.

Fué D. Fernando enterrado en Granada como su esposa D.ª Isabel, y se le acusa de haber sido ingrato con Colón y con Gonzalo de Córdoba, así como de que la autoridad de ambas coronas quedara vinculada en la de Castilla que, aun á trueque del *tanto monta*, *monta tanto Isabel como Fernando,* principió á llamar *coronilla* á la de Aragón cuando aportaba ésta las extensas regiones de Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, Sicilia, Córcega,

Cerdeña, Calabria, costa de Africa, derechos al reino de Navarra, Nápoles, Jerusalén, Atenas y Neopatria, con el imperio del mar Mediterráneo; todo unido y conquistado por la sangre y el ardimiento de la CONFEDERACIÓN CATALANO-ARAGONESA.

DINASTÍA AUSTRIACA

CARLOS I

La circunstancia de haber muerto los reyes católicos Isabel y Fernando sin más hijos que D.ª Juana *la Loca* y el haber ésta casado con el archiduque de Austria, Felipe *el Hermoso* que fallecía en 1506, dió lugar á que ocupara el trono de España la *dinastía austriaca* personificada en el joven Carlos, fruto del matrimonio de D.ª Juana y residente en Alemania donde su abuelo el emperador Maximiliano gobernaba. Extenso y glorioso es el reinado de Carlos I alguno de cuyos sucesos, pocos, se desarrollan en Cataluña. Desde su llegada á ésta en 1519 y luego de jurados los privilegios á los catalanes algo rehacios en reconocerle como soberano por vivir todavía Juana *la Loca,* fueron todo fiestas y regocijos en Barcelona donde permaneció la corte por espacio de un año: celebráronse en la catedral los suntuosos funerales de Maximiliano que presidió D. Carlos vistiendo la *gramalla* de los *concelleres*; instituyóse en la misma basílica el Capítulo general de la orden del *Toisón de oro*, cuyo precioso collar otorgó el rey á los soberanos de Dinamarca y de Polonia y á otros príncipes y dignidades asistentes á la ceremonia; y como si ello no

fuera bastante para mover en fiestas á todos los ciudadanos, aumentábanlas la noticia de haber sido D. Carlos elegido Emperador de Alemania, de haber el intrépido Hernán Cortés descubierto y conquistado la Nueva España, y de llevar Hugo de Moncada sus galeras á Gerbes, cuyos isleños se hicieron tributarios de D. Carlos que trocaba por el de *majestad* el título de *alteza* usado por su antecesora la dinastía castellana.

Pero la dignidad de Emperador que recayera en don Carlos había de mover á envidia á Francisco I de Francia, pretendiente al trono de Alemania, y no podia ser otro que la Italia el palenque donde las contensiones entre Francia y España se reprodujeran. Llevadas allí las armas por Francisco I en 1522 (*), dispuso D. Carlos sus mejores capitanes para aniquilarle, distinguiéndose el condestable de Borbón, Carlos de Lanoy y el almirante Hugo de Moncada que alcanzó nuevos lauros en la pelea contra Andrea Doria; y cuando en la segunda etapa de esta guerra quiso Francisco I dirigir personalmente las operaciones, fué preso en la célebre batalla de Pavía, llegando á Barcelona en 1525 donde le visitaron los concelleres y la nobleza, especialmente las damas en nocturna y suntuosísima cabalgata.

Libre Francisco I de sus prisiones por virtud de un tratado que no cumplió, levantó otra vez la Francia

---

(*) En este año terminó la guerra de las *Germanias* de Valencia así como en el año anterior la de las *Comunidades* de Castilla; revoluciones populares que sin enlace ni conexión tendían á la defensa de las libertades holladas por la nobleza y por los ministros reales. «Una y otra revolución sucumbieron, dando por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza».

contra D. Carlos. Contaba el francés con el auxilio del papa Clemente VII y de los venecianos; pero el condestable de Borbón, que no dormía en Italia, asaltó la ciudad espiritual haciendo capitular al mismo Clemente que se había refugiado en el castillo de San Ángelo, se-



Torres de la catedral de Barcelona.

ñalándose en esta contienda Hugo de Moncada, que mandaba las compañías de vanguardia, y otros catalanes cuyos nombres hizo inscribir más tarde el Papa en las puertas de la basílica de San Juan de Letrán por haberla defendido del saqueo á que se entregaba el resto del ejército en su conseguida victoria. En tanto se había la Francia aliado con Venecia para libertar al Papa (de

lo que no hubo necesidad por haberse evadido de San Ángelo disfrazado de mercader); y avanzando sus jefes Lautrec y Andrea Doria contra Nápoles, hallaron viva resistencia en Hugo de Moncada que pereció en la defensa, no habiendo caído la ciudad por haber Andrea Doria abandonado á la Francia y pasado al servicio de las armas españolas. Estas contensiones, dificultadas por el avance del turco Solimán que amenazaba la Hungría, terminaron con la paz de Cambray, firmada la cual en 1529, venía D. Carlos á Barcelona siendo recibido con delirante entusiasmo por haber contestado á la embajada *que se le recibiese como á los Condes sus antecesores, pues estimaba en más ser Conde de Barcelona que Emperador de Romanos.*

Celebradas cortes y pasado con una escuadra á Bolonia donde fué coronado por el Papa, volvió D. Carlos á Barcelona para ofrecer los laureles de sus triunfos contra los turcos á su esposa la emperatriz D.ª Isabel que con el príncipe heredero le aguardaba; presenció las fiestas, saraos, torneos del *Born*, cabalgatas alegóricas y otras diversiones de la época, y recibió embajada de Muley Hasén á quien había destronado de Túnez el corsario Barbarroja que se entregaba á la piratería más desenfrenada por la costa mediterránea. No deseaba otra cosa D. Carlos que ocasión favorable para abatir al turco que infundía serios respetos á todo el orbe cristiano. La empresa de Túnez había de ser el primer reto, y á ella puso toda su actividad logrando reunir en Barcelona las armadas de Portugal, Génova y Países Bajos que con la de Italia sumarían 360 velas. Con ellas partió el rey en 1535, y deshecho Barbarroja en la Goleta y luego en Túnez, sentó de nuevo á Muley Hasén en el trono, dando

la libertad á más de 2,000 cristianos que en lóbregas mazmorras arrostraban penosamente su cautiverio.

También Francisco I tuvo que mostrarse celoso de esta victoria. En sus deseos de humillar á D. Carlos, no vaciló en aliarse con el mismo Solimán y en molestar todos los estados en que la bandera española señoreaba; y ora á Saboya, ora á Luxemburgo, partían siempre numerosas huestes francesas, una de las cuales compuesta de 60,000 hombres invadía en 1542 el Rosellón á cuyas tierras volaron los tercios catalanes impidiendo que fuera tomada Perpiñán y logrando tras muchas escaramuzas llegarse á la paz de Crespi que fué firmada en 1544.

Ausentado D. Carlos de España y gobernada Cataluña por virreyes que no sabían granjearse el aprecio de los naturales, fomentábase el bandolerismo á medida que la paz dejaba ociosa á muchas gentes; y ni los somatenes lograron exterminarle de las cercanías de Caldas de Montbuy donde parece que tenía sus manidas, ni la orden del virrey, marqués de Tarifa, mandando derribar los castillos, produjo otro efecto que engrosar las filas de los bandoleros por más que se hubiera ajusticiado á Moréu Cisteller, á Antonio Roca y á otros que ponían en continua zozobra á todo el Principado. Estos disturbios y otros atentados del marqués de Tarifa á la autonomía de que continuaba gozando Cataluña, alcanzan hasta el año 1555 en que Carlos I hace renuncia de los reinos de España y Flandes en su hijo Felipe, con la particularidad de no comprenderse en ella la antigua Confederación cuyo título de Rey de Aragón conservó D. Carlos hasta su muerte acaecida en el monasterio de Yuste el año 1558. Consuela verdaderamente la singular predilección que siempre tuvo D. Carlos por los estados aragoneses y es-

pecialmente por Cataluña. A fuer de gran político conocería que la organización autonómica no debía atacarse de una manera decidida; así le vemos siempre pronto á atender y guardar las preeminencias de los Concelleres á quienes tiene á su lado en todas las ceremonias y aun les prefiere á otras dignidades más anexas á la corona, contándose que en la procesión del Corpus no se desdeñó de ser porta-palio con un humilde labrador por estar éste investido con la *gramalla* del Consejo. ¡Lástima que los virreyes no acomodaran sus actos á la conducta del Emperador, y entendieran de otro modo el respeto á que se hacían dignos los privilegios y las libertades de Cataluña!



Conceller.

Felipe II

Es también el de D. Felipe II un reinado grande en acontecimientos, pocos de los cuales se desarrollan

en Cataluña. Las guerras de Flandes, en las que figura Luís de Requeséns nombrado virrey de aquellos estados por el duque de Alba, tenían absorbida la atención de D. Felipe, en tanto que avanzaba el turco por el Mediterráneo señoreando en la isla de Menorca y turbando con atrevidos desembarcos las pacíficas poblaciones de la costa. Necesarios los armamentos para las guerras exteriores, estaba el litoral poco menos que abandonado á las galeotas turcas que llevaron su osadía hasta Badalona saqueándola furiosamente; ante esta amenaza púsose la marina catalana á la defensiva, y aparejando los barceloneses 50 naves que debían unirse á las que votaron las cortes de Monzón poco antes de ser jurado D. Felipe en Barcelona, logró el almirante Juan de Cardona socorrer á la ciudad de Malta que estaba sitiada por el corsario Dragut, capitán de una flota de 300 galeazas.

Era ésta victoria naval precursora de la más sonada y gloriosa que debía presenciar la cristiandad en el año 1571. Ajustada por la Iglesia, España y Venecia la liga contra el turco, determinóse destruir de una vez su pujanza marítima, reuniendo al efecto una escuadra de 200 galeras encomendadas á D. Juan de Austria, hermano natural del rey, quien puso toda la confianza en su lugarteniente Luís de Requeséns que, de vuelta de Flandes, había logrado recientes triunfos en la costa africana. Salida la flota de Mesina y descubierto el turco en aguas de Lepanto, allí fueron las naves españolas batiendo en singular pelea á todo el poder de Alí y del bajá del Ponto, cuyas galeras capitanas fueron apresadas por los catalanes Juan de Cardona y Pedro Roig, de San Felíu de Guixols, consiguiendo el bravo Camisó, también de San Felíu, que se le otorgase en trofeo el

solio y el dosel de Alí, por haber presentado la cabeza de éste al generalísimo D. Juan de Austria. Otros recuerdos guarda Cataluña de esta memorable batalla debida á la pericia y consejo de Luís de Requeséns que luego pasó á Flandes donde le esperaba la muerte: á más del fanal de la capitana turca que se colocó en el santuario de Montserrat donde por el nombre de *llántia del rey moro* se le conocía, fueron llevadas á Barcelona una infinidad de banderas y gallardetes, señalando la tradición al Santo Cristo que se venera en la catedral y á la imagen de Nuestra Señora de la Victoria como testigos presenciales de aquella lucha en que reverdecieron los laureles de la antes tan celebrada y opulenta marinería catalana.

Pero la derrota de Lepanto debía ser vengada por los turcos, cuyo total exterminio no pudo por entonces llevarse á cabo. Señalada la plaza de Túnez por su despecho, llevaron allí sus naves con numerosa piratería á la que tuvo que hacer frente el catalán Gabriel de Cervelló con escasas fuerzas. Bien resistió los primeros asaltos con una valentía que le coloca á la altura de los más grandes capitanes; pero extenuado, herido, lleno de sangre y en medio de un montón de cadáveres, tuvo que ceder á la cuarta embestida, presentándose al turco con solos 30 supervivientes, y no alcanzando otro premio por su heroicidad que ser llevado á Constantinopla donde murió en el olvido más injusto y censurable.

Esta triste noticia no alteró los ánimos del Principado, receloso del espíritu unitarista del monarca que en 1580 intervenía en asuntos de Portugal logrando anexionarlo á la corona; recordaba por otra parte que eran sus constituciones atacadas por los virreyes, inquisidores y comunidades castellanas que se habían hecho dueñas de

Montserrat sustituyendo á los antiguos monjes, y veía con pena que hasta alguna población fuera osada en no reconocer las preeminencias de los Concelleres, como sucedió en Tortosa al negar la entrada á Galcerán de



La *Coronela* y la *bandera de Santa Eulalia.*

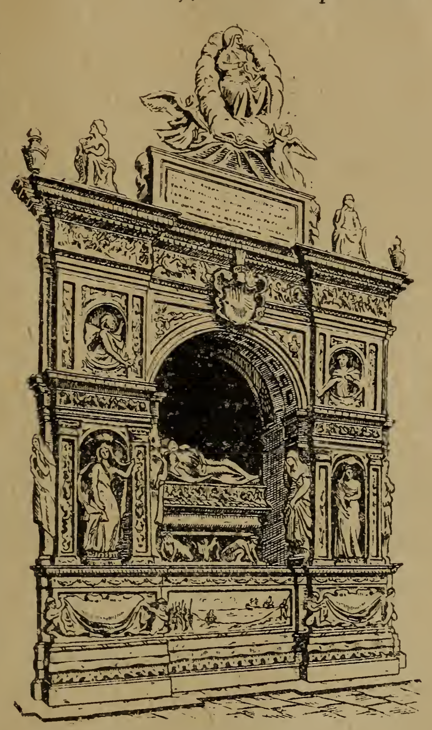
Navel en 1588. Era el de Navel *Conceller en cap* de Barcelona y venia de la corte á donde le llevara una queja de la municipalidad contra el virrey que la desatendía. A su llegada á Tortosa fué intimado á no entrar en ella vestido de gramalla y precedido de los vegueres con las mazas levantadas; quedóse el Conceller poco menos que sitiado en un mesón junto al puente, y, pasando aviso de

tal contrafuero á Barcelona, púsose ésta en pie de guerra sacando la *bandera de la ciudad* y reuniendo los gremios, ante cuya virilidad y gestiones tuvo Tortosa que desistir de su inoportuna y mal entendida arrogancia.

Era la bandera de la ciudad la joya más preciada de los barceloneses, y sólo se sacaba cuando la salud de la patria corría inminente peligro. Victoriosa en todas partes, desde la epopeya de Panissárs hasta la defensa de las libertades cuando el reinado de Juan II, precedía á su salida una ceremonia digna de recordarse, ya que representa el vivo entusiasmo que despertaba la *bandera* en una de cuyas caras habíase bordado la imagen de Santa Eulalia. Al publicarse por el veguer de Barcelona el usaje *Princeps mamque* y al dar el grito de *¡via fora!* que era contestado por el pueblo con *via fora so metent*, se encendían fogatas y sonaban las campanas llamando á los gremios sobre las armas; entonces salía la bandera, que llevaban rollada sobre los hombros cuatro concelleres, y se izaba en una de las ventanas de Casa la Ciudad en cuyo sitio le daban guardia de honor las compañías de *la Coronela* que era la hueste de los gremios cuyas banderas eran también izadas solemnemente al serlo la de Santa Eulalia.

Si Barcelona lograba mantener su dignidad contra algunos desafueros por los virreyes cometidos, no corría igual suerte Zaragoza que en 1591 vió mermados sus privilegios por haber el Justicia mayor, Juan de Lanuza, salido en defensa de Antonio Pérez á quien reclamaba el monarca como presunto autor del asesinato del noble Escobedo, secretario particular de D. Juan de Austria. Amotinado el pueblo libertó á Antonio Pérez de la cárcel y obligó al *Justicia* á guardar el privilegio de la *Ma-*

nifestación por el cual ningún aragonés podía por la justicia real ser atropellado; reprodujéronse los tumultos al conocerse las intenciones del rey, no otras que derribar el edificio de las libertades aragonesas, y llegados á las armas y batidos por las tropas reales en Epila, vió Zaragoza levantado el patíbulo en el que con la cabeza de Lanuza eran cercenados los Fueros de Aragón con tanta sangre y constancia defendidos y perpetuados.



Sepultura de los Cardonas (Bellpuig).

Los chispazos de las guerras religiosas á que estaba abocado Felipe II, llegaron hasta el Rosellón hacia donde avanzaba una fuerza francesa en 1597. Dada desde Salses la señal de alarma, púsose á la defensiva Perpiñán en tánto que la Diputación mandaba allí tropas con el virrey duque de Feria quien no pudo conseguir lauros por haber luego la Francia desistido de sus propósitos. Repe tida la inva-

sión, tan deficiente como la primera, llegóse á la paz de Vervíns; y al año siguiente, 1598, moría D. Felipe en el Escorial, dejando el trono á su hijo Felipe que fué el tercero de su nombre en la dinastía austriaca que tenía toda la península española bajo su dominio.

A la sombra de la paz que disfrutó Cataluña en el siglo que terminaba, habían florecido la agricultura y las ciencias en alto grado; pues mientras las heredades y tierras de labor veían levantarse en su seno muchas de las importantes *masías* ó casas solariegas que todavía recuerdan su antigua pujanza, producían los estudios teólogos como Hortolá, Cassadórs y Vileta; médicos y naturalistas como Roca, Micó, Bruguera, Vas y Miguel Servet que descubrió la pequeña circulación de la sangre; filósofos como Torres, Sunyer y Ramoneda; cosmógrafos y astrólogos como Giráu y Molera de Vich; jurisconsultos como Peguera, Socarráts y Oliva, y cronistas é historiadores como Carbonell, Viladamor, Pons de Icart, Despaláu y otros cuyas obras, como las de los demás científicos, lucharon, para perpetuarse, con las dificultades que entonces ofrecía la naciente imprenta que sólo daba á luz las producciones que los poderosos y entidades de la corte patrocinaban. No así las bellas artes predominaron en este siglo. Alejada la corte de Cataluña, la poesía y el arte monumental sólo alientan á la iniciativa particular, no pudiendo empero sustraerse á las nuevas corrientes: la primera, á la castellana que abrillanta Boscán con sus famosas composiciones, mientras Pedro Serafí imita las trovas de Ausias March con bastante provecho; el segundo, á la del Renacimiento que, alternando con el ojival el estilo neo-clásico ó plateresco, produce obras como las capillas de los Grallas y Reque-

séns en la antigua catedral de Lérida, y la soberbia sepultura de los Cardonas que del convento de San Francisco de Bellpuig se trasladó á la Iglesia parroquial donde subsiste.

Felipe III

Inaugura Felipe III su gobierno con los preparativos de boda con D.ª Margarita de Austria, á la que pasó á recibir en Valencia, no presentándose hasta el año siguiente á Barcelona que había hecho cuantiosos dispendios para la celebración del real enlace que debía en ella verificarse. Con todo y haber D. Felipe faltado á la promesa de recibir á su futura esposa en Barcelona, dispuso esta ciudad toda suerte de regocijos para hacer más grata la estancia de los soberanos; galantería á la que correspondió el rey abriendo cortes en las que se decretaron leyes referentes á la organización municipal y á la elección de concelleres, permitiendo asimismo á la Diputación el equipo de 4 galeras que se bendijeron en 1608 para luego prestar un servicio en el que pocos habían atinado.

Presumíase por entonces que la piratería árabe andaba en secretas inteligencias con los moriscos, y que no eran éstos extraños á los ataques que, como Canet en 1604, sufrían varias poblaciones de la costa del Mediterráneo. Creído de ello el rey ó aconsejado para fines que no se conciben, decretó la expulsión de esta raza que venía ocupándose en el perfeccionamiento de la agricultura; y en 1610 llegaron á Flix los moriscos de Lérida, Fraga, Serós, Mequinenza y Aytona para ser, en número de 4,000, trasladados á las costas de Africa en las galeras

que la Diputación había equipado con el consentimiento del monarca.

Pero si el extrañamiento de los moriscos ha dado lugar á serias reflexiones sobre lo discutible de su provecho, no hizo lo propio la extinción del bandolerismo que desde la terminación de las pasadas guerras sembraba la intranquilidad en la región catalana. La gestión de los virreyes, alentando al elemento rural contra la nobleza cuyo fuero fué mermado hasta el punto de no permitirles el uso de espadas y pedreñales, había dado motivo á rozamientos que se manifestaban en los dos bandos que tenían alterada la montaña, allá en las gargantas del Congost, lejos de las ciudades municionadas y que pudieran ser socorridas por las fuerzas regulares. No tenían éstos, empero, bandera conocida, pero acusaban ciertos resentimientos respecto á la marcha de la cosa pública. La conducta del virrey duque de Feria, prendiendo á un diputado y al oidor militar, que luego fueron libertados por orden real con apeamiento del cargo que el causador de tal contrafuero ejercía, y la de otro virrey, el duque de Montaleón, mandando arrancar las puertas y ventanas de las masías so pretexto de que pudieran en ellas hacerse fuertes los bandoleros, constituía en conjunto una arbitrariedad que daba nuevos prosélitos á los *Narros* y *Cadélls,* á cuya sombra merodeaban los bandidos de profesión, no logrando extinguirlos las continuas sentencias que se ejercían en Barcelona. A Cisteller y Roca habían sucedido Camps, Paláu y Poch que, como aquéllos, pagaron con la vida los trastornos que ocasionaban; habían en sus rebatos puesto en peligro las villas de Ripoll y de Manresa, y tuvieron los pueblos y el Consejo de Ciento que levantar tropas

para barrerlos de las montañas donde señoreaba el *narro* Roque Guinart á quien el mismo Cervantes, su contemporáneo, presenta como tipo de valentia y de caballerosidad á pocos bandoleros reconocida.

Eran, pues, necesarios otros correctivos que los usados por los virreyes para aniquilarlos. Conociéndolo el rey, apeló al recurso de indultar á cuantos quisieran unirse á los ejércitos reales, gracia á que se acogía Roque Guinart, pasando á servir en las tropas de Flandes, en tanto que preferían otros el destierro que de las comarcas aragonesas y catalanas se les indicaba.

Desde esta fecha, 1611, hasta la muerte de Felipe III ocurrida en Madrid el año 1621, no registra la historia de este Principado otro acontecimiento que la fundación de los conventos de capuchinos, carmelitas, teatinos, recoletos y otras órdenes de clérigos regulares que figuraban al lado de los solitarios monjes á quienes el concilio de Trento imponía la obligación de dedicarse al estudio á la par que á las obligaciones y ceremonias de su culto.

Felipe IV

Es el reinado de Felipe IV verdaderamente calamitoso para Cataluña. Entregado el joven monarca á la voluntad de su favorito el conde-duque de Olivares, cuida más del regalo de su persona que de las necesidades de la nación, llevándole tan desacertada política á una deplorable decadencia que se traduce por la pérdida del reino de Portugal y tierras del Rosellón, y por la pasividad y malas voluntades del pueblo que ve un azote en las guerras suscitadas por la ineptitud y desmesuradas ambiciones del favorito.

Amante el conde-duque de las empresas exteriores, vese obligado á reclamar enormes subsidios que empobrecen la ya debilitada España, y cuenta para ello con la autoridad ilimitada de la monarquía, extinguidos como se hallan los privilegios de los antiguos reinos: Castilla los había perdido en Villalar, Aragón en Epila, Valencia en la guerra de las *germanías*..., sólo Cataluña gozaba de su autonomía regional, y ella había de ser el blanco del favorito para dejar sentado el lema de *un rey y un reino,* que no se cansaba de repetir á los propicios oídos del soberano. Así vemos ya desde el principio de este reinado promoverse dificultades para el reconocimiento del nuevo virrey por no haber Felipe IV jurado con antelación los privilegios; logrado esto en 1626, continúan los rozamientos en cortes por defender Juan de Cardona la política regional contra las maquinaciones del conde de Santa Coloma, hechura del favorito Olivares; crecen más tarde cuando intenta éste recabar un impuesto sobre las rentas del país postrado por la peste, por el bandolerismo (*) y por el decrecimiento del comercio que sólo atiende al continente descubierto; se multiplican en 1632 ante la imposición del virrey, Infante-Cardenal, no permitiendo que á su presencia permanezcan cubiertos los concelleres como era de costumbre; y llegan al colmo al ser requerida Barcelona con el *quinto* de los réditos, y con no ser atendidas las reclamaciones de la Municipalidad y de la Diputación, que sólo con mucha prudencia pueden acallar los gritos subversivos y manifestaciones hostiles de sus subordinados.

(*) Capitaneábalo esta vez el famoso Juan Sala Serrallonga que tenía su centro de operaciones en las Guillerías y obedecía á móviles de la francesa política.

Bien cuidaba el entonces electo virrey Juan de Cardona de buscar un paliativo á tanto desafuero; pero distaban mucho sus consejos de llegar al monarca, entretenido en saraos y diversiones por el conde-duque de Olivares; era éste el verdadero rey, y gustaba de los resultados de su solapada política. Las probabilidades de una guerra con Francia habian traído á Cataluña numerosos ejércitos del centro de España, y mal respondían éstos al trato que recibían por parte de los pueblos donde estaban alojados. Suscitada la guerra, hicieron los catalanes caso omiso de toda opresión y corrieron á defender la frontera rosellonesa, no pudiendo lograr la toma de Leucata que había caído en poder de los franceses á la primera tentativa. Llegados éstos á Salses con 20,000 hombres y 5,000 caballos, prendiéronla á traición. dando ello motivo á nuevas

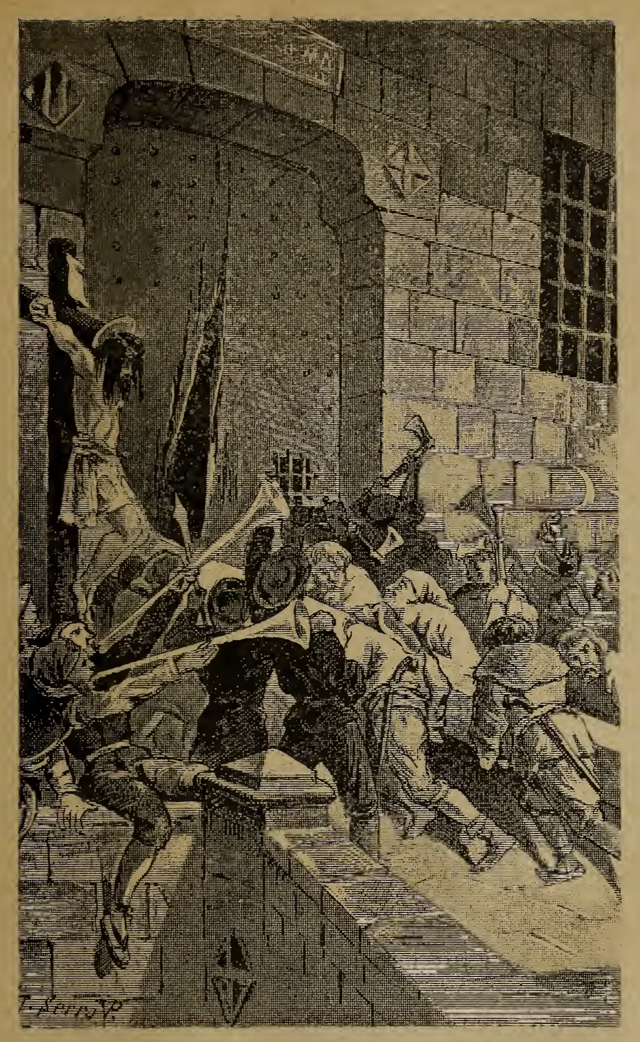

Claustro de San Francisco (Bellpuig).

energías y pruebas de fidelidad por parte de Cataluña, cuyo virreinato desempeñaba entonces Dalmáu de Queralt, conde de Santa Coloma (1639). No había necesidad de que escribiese á éste el conde-duque diciéndole que «fuesen los catalanes quienes llevasen á cuestas el forraje, castigando severamente á los que á ello se negaran», ni de que le diera facultades para prender á los Diputados caso de que opusieran obstáculo á toda intervención en las rentas que administraban: sabía Cataluña que debía acudir á la defensa de la integridad de la patria, y ni los Concelleres ni la Diputación escasearon los medios para llevar al rescate de Salses el *más abundante ejército que España formó dentro de sí* (*), pues se calculan en 30,000 las plazas que mantuvo el Principado en aquel sitio que duró por espacio de siete meses.

Reçobrada Salses en 1640, renováronse las quejas de los pueblos ante los excesos de los ejércitos permanentes que en ellos se alojaban, y las de la Diputación por la forma anticonstitucional con que se llevaban á cabo dichos alojamientos; respondía á ello el virrey mandando nuevas compañías á los pueblos para que *fuese superior en cada lugar la gente de guerra á la de tierra* y diciendo que *los concelleres no podían ni debían darle consejo...*; hacía más, privaba que ningún abogado defendiera á los paisanos contra las tropelías de los soldados, y no prendía á los diputados Tamarit y Clarís, como le ordenaba el conde-duque, por miedo á la conflagración que estaba pronta á reventar por los continuados homicidios, robos y atropellos de la soldadesca.

Eran horrorosas las extorsiones de que era víctima

(*) MELO.—*Guerra de Cataluña.*



Libertad de Tamarit y de los concelleres.

Cataluña: en Paláu Tordera moría Antonio de Fluviá con su esposa, hija y criados por haberse resistido á las exigencias de las tropas: la caballería de Quiñones desmantelaba La Roca sin respeto alguno á sus habitantes; eran robados los ornamentos sagrados de la Garriga; insultado el clérigo de Cardedéu; incendiada Riu de Arenas por los tercios de Leonardo de Moles sin respeto á la iglesia parroquial ni al Santísimo Sacramento...; pero á la noticia de que en Santa Coloma de Farnés se lanzaba el pueblo á las armas arrollando é incendiando la casa donde perecía el alguacil Monredón que mató de un pistoletazo á uno de los jurados, se levantaban las villas en somatén general y batian á Moles en Riu de Arenas y á la caballería de Arce en Amer obligándola á refugiarse en Blanes donde con el resto de los reales tercios se reunía.

Intentado por la Diputación el último esfuerzo, pasó Francisco de Tamarit en queja al virrey respondiéndole de la seguridad de Cataluña si reprimía los excesos de la soldadesca; pero el conde de Santa Coloma, que no por ser catalán dejaba de obedecer á ciegas al conde-duque, tuvo la osadía de prender á Tamarit y á dos concelleres, ordenando se hiciera causa á Pablo Clarís, cuya dignidad de canónigo de otros respetos se merecía. No hubo necesidad de otro desafuero para que los mal reprimidos rencores se desbordaran. A la voz de *¡traidores!* y de *¡viva el rey y muera el mal gobierno!* precipitáronse á la cárcel las fuerzas que acababan de llegar victoriosas de los tercios de Cherinos y de Módena, y libertaron á Tamarit y á los concelleres á quienes no costó poco de contener la hecatombe que no debía tardar en presenciarse.

En efecto: era costumbre que en el día del Corpus vinieran á Barcelona los segadores á ofrecer sus servicios á los hacendados, y llegaron entonces en número de 3,000 provistos de hoces y de armas ofensivas como en espera de sucesos desagradables. Hervía de gente la calle Ancha, multiplicándose los grupos y comentándose los pasados hechos, cuando al ser herido un segador por un criado del difunto alguacil Monredón, sonó el cuerno de los segadores y la voz de *¡venganza!* que amotinó al pueblo frente al palacio del virrey para incendiarlo, habiendo necesidad de la presencia del Santísimo Sacramento que sacaron los religiosos de San Francisco y de la actitud de los concelleres y diputados para reprimir el tumulto. Crecía éste, empero, por las Ramblas, y se extendía por toda la ciudad asaltando y saqueando las moradas donde se refugiaban los servidores y jurisconsultos reales... ¡Ni los templos pudieron ofrecer seguridad á los perseguidos!... Berart fué cosido á puñaladas en el convento de las Mínimas; Grau perecía á las hoces de los segadores en el de los Ángeles; en San Francisco y en Santa Madrona eran degollados cuantos ministros ó adictos al Gobierno se refugiaban... todo ardía en exterminio y venganza, y se arrastraban los cadáveres y se libertaba á los presos y se oía siniestro el cuerno de los segadores alentando á la multitud que propalaba la falsa nueva de haber sido herido uno de los concelleres. Custodiado el virrey conde de Santa Coloma en el palacio y oído el parecer de los diputados, incapaces de contener el tumulto, decidióse á pasar á Atarazanas para desde allí asegurarse en una de las galeras del puerto. Ya era tarde. Invadidas las inmediaciones del arsenal, quedó sitiado en él Santa Coloma, no

habiendo otro remedio que abrir un boquete en el muro por el que salieron los obispos de Barcelona, Vich, Urgel y otros servidores y caballeros que fueron respetados por la muchedumbre, no cabiendo igual suerte al virrey que, en las huertas de San Beltrán, junto á la playa, azaroso, viendo partir á su hijo en un esquife, fué atravesado por el puñal de la conflagración, cayendo exánime en las rocas, de donde fué trasladado al convento de la Merced para recibir en él cristiana sepultura.

Noticioso el conde-duque de los disturbios de Barcelona, acaecidos al mismo tiempo que era Perpiñán cañoneado por los tercios reales fugitivos de Blanes, pensó acudir al remedio nombrando virrey de Cataluña á Juan de Cardona; y pasaba éste á reprimir las tropelías de que era víctima Perpiñán, arrestaba á Arce y á Moles que permitieron los excesos, y levantaba la prohibición impuesta á los abogados de no poder defender al paisanaje, en tanto que la Municipalidad y Diputación barcelonesas apaciguaban á los revoltosos y acudían en embajada al soberano para exponerle la deficiencia de su política. Pero ni se conformó Olivares con el proceder de Cardona ni permitió que dicha embajada llegara al rey á quien quería tener ignorante el privado de su desastroso gobierno; y, ora revocando los acuerdos del virrey que murió en Perpiñán á consecuencia del disgusto, ora mandando detener en Alcalá de Henares á los embajadores, llevaba su astucia á hacer que los magnates aprobaran la sujeción de Cataluña por la guerra, aun contra las observaciones del conde de Oñate que era partidario de conseguir con la prudencia los éxitos que á toda costa quería el privado fiar á la fuerza de las armas.

Sucedió, pues, que so pretexto de continuar la guerra contra la Francia, organizaba el marqués de los Vélez grandes ejércitos con las tropas de Portugal y del centro de España, sin otro intento que el de coger desprevenidos á los catalanes; débiles eran éstos para resistir tanto empuje; pero á los vehementes discursos de Pablo Clarís, presidente de la Diputación, y al elevado patriotismo de los diputados Tamarit y Quintana, aprestóse Cataluña á la defensa de sus constituciones, en tanto que se gestionaba el protectorado de la Francia, cuyo célebre ministro el cardenal Richelieu tenía puestas sus miras en el aniquilamiento de la austriaca dinastía.

¡Sólo Tortosa se hizo sorda al llamamiento de la Generalidad y de los concelleres! Abriendo sus puertas al marqués de los Vélez, franqueábalas á la ruína y asolación del Principado de que formaba parte; y de ella salieron aquella multitud de tercios que pasaron Cherta á cuchillo, que incendiaron Perelló y que degollaron á los defensores de Cambrils en el mismo momento que por capitulación honrosa deponían las armas. Ante tales peligros y vista la fingida resistencia del general francés Espernán que guerreaba por Cataluña y que entregó la plaza de Tarragona á las tropas reales, comprendió claramente Clarís la necesidad de publicar el somatén general y de acogerse decididamente á la Francia que por la gestión de Espernán demostraba aspirar á más que á ser protectora de Cataluña. Reunidos los *Brazos* y con aquiescencia de la ciudad, á la que se dieron las debidas satisfacciones, proclamóse en 1641 á LUIS XIII DE FRANCIA por Conde de Barcelona, constituyéndose enseguida la junta de defensa en el *Conceller en cap* Francisco de Tamarit, el jurisconsulto Juan Pedro

de Fontanella y Mr. Plesis Besanzón, al saberse que el marqués de los Vélez se acercaba á Barcelona, rota la línea de defensa que se le habia puesto en Martorell donde formaban los migueletes de Cabañas y de Casellas que corrieron á prestar sus servicios en las murallas de Montjuich y de la capital del Principado.

Conocida por el de Vélez la importancia de la fortaleza de Montjuich, dirigió allí los tercios del marqués de Torrecuso, cuyo hijo, el duque de San Jorge, mandaba un fuerte golpe de caballería que con la de Quiñones debía impedir todo auxilio por parte de la muralla de San Antonio. Defendía el pequeño fuerte de Montjuich el francés Aubigny con su gente y los migueletes de Cabañas, y eran las murallas de la ciudad ocupadas por los gremios, á quienes no se cansaba de alentar Clarís así como á la caballería de Serignán que esperaba ansiosa en los portales la señal del combate. Á las primeras descargas de la mosquetería real, respondieron los de Montjuich con un nutrido y certero fuego; y salía la caballería del portal de San Antonio destrozando á la de Quiñones y del duque de San Jorge que pereció en el combate, y llegaba Torrecuso á las murallas de Montjuich, donde flaqueara Aubigny, cuando, al refresco de tropas de la ciudad, descolgáronse los defensores del castillo por las murallas, acosando á los escuadrones castellanos que, colocados entre dos fuegos, diéronse á la fuga más espantosa por aquellas rocas que dejaron sembradas de picas y espadas y banderas y arreos y cadáveres en imponente tumulto. Aterrorizado el de Vélez, cuyos sobrinos perecieron en la matanza que siguió á la retirada, cedió el mando á Garay que formaba en su estado mayor y cuya serenidad salvó de una nueva

hecatombe á los fugitivos. Poco después entraban los vencedores en Barcelona llevando en trofeos 13 banderas, y corría el ejército real á concentrarse en Tarragona noticioso de la llegada del conde Lamotte con tropas francesas, á quien había Luís de Francia investido con el cargo de virrey de Cataluña.



Pablo Clarís.

Alentó tanto á los catalanes la llegada del nuevo virrey como les apenó la noticia del fallecimiento de Pablo Clarís, precisamente cuando más necesitaban de su jamás desmentido patriotismo. Ídolo del pueblo, *libertador y padre de la patria,* alma de la resistencia del Principado y escrupuloso defensor de las preeminencias de la Diputación que presidía, bajó al sepulcro siendo llorado de todos y sin poder disfrutar del premio del triunfo que verdaderamente le correspondía.

Decidida ya la protección de la Francia, iba á principiar la funesta *guerra de separación* originada por la ineptitud de Olivares, y de ella saldría mutilada la antigua

región catalana como ya lo estaba la totalidad de la península con la independencia que consiguieron los portugueses á raíz de la batalla de Villaviciosa. Organizadas las tropas, salió el mariscal Lamotte para Tarragona, logrando apurarla con su osadía y con el ardimiento de las fuerzas de José de Margarit y de Serignán, no pudiendo empero entrar en ella por el oportuno socorro de la escuadra castellana que mandaba el duque de Ferlandina. Pidiéronse entonces nuevos ejércitos á Francia por haber las continuas levas casi desmantelado las poblaciones; pero Richelieu, que preveía los resultados positivos de aquella guerra, limitóse á enviar tropas al Rosellón y con ellas al mariscal Brezé que sentó su campo ante Perpiñán para rendirle á la superioridad de sus armas. Sabedor de ello Felipe IV contestó á la gestión de Richelieu mandando al marqués de Povar en auxilio de los sitiados; pero como éste tenía que atravesar Cataluña y estaba ella cuajada de ejércitos regulares y de somatenes, tuvo en su avance que detenerse en el río Tordera, siendo envuelto en su retirada por las fuerzas de Margarit, Lamotte y Terrail que hicieron prisionero á todo el ejército. A esta noticia y á la rendición de Perpiñán, llevaba Felipe con mejor acuerdo la campaña á Lérida donde la suerte fué adversa al marqués de Leganés sobre el que cargaron las tropas catalanas y francesas venciéndole completamente y dando nuevos laureles á Lamotte que entró en la ciudad victorioso.

Operóse entonces un cambio de política que debía dejar sentada su influencia en la marcha de la guerra. En Francia habían fallecido Richelieu y Luis XIII; en España era destituído el conde-duque de Olivares (1643).

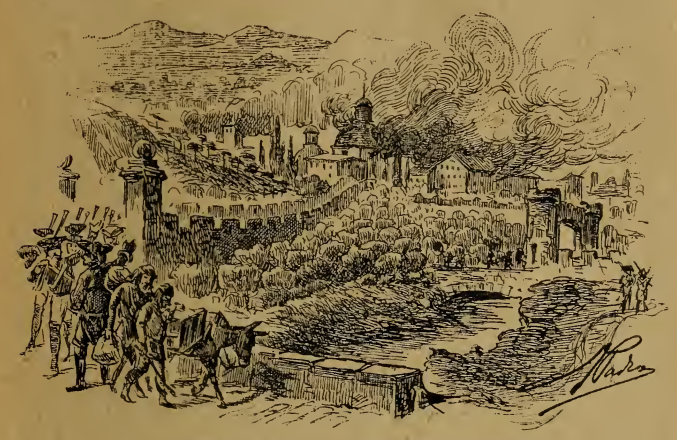
Alterada aquélla por la menor edad de Luís XIV y reaccionado el espíritu español por el apeamiento del ruinoso favorito, principiase á notar efervescencia en Cataluña por el mal trato de que es objeto por parte de las tropas francesas envalentonadas con el éxito de sus campañas; y si la venida de Pedro de la Marca como visitador por Francia es mal mirada por no poner coto á las demasías de la soldadesca, es bien comentada la conducta de Felipe IV dando la libertad á los catalanes prisioneros diciendo que *el rey no hacía la guerra á sus vasallos sino á sus enemigos*. Sucede á esto la toma de Lérida por las tropas castellanas de Silva y entra en ella el rey prometiendo acatar las constituciones de los catalanes con perdón de todos excepto del valiente José de Margarit, del Dr. Fontanella y de cuantos cree cómplices en la muerte del conde de Santa Coloma; continúa en desgracia Lamotte intentando tomar á Tarragona de donde es rechazado; es destituído de virrey pronunciándose la opinión del país más favorable á Felipe que á la Francia; y mientras el nuevo virrey conde de Harcourt entra en Barcelona victorioso de Rosas cuyo sitio encargó á Mr. de Plesis, de la célebre batalla de Lloréns donde prende al marqués de Mortara, y de Balaguer que tomó á la fuerza y á los méritos de su pericia, ve el jurisconsulto José de Fontanella en el Congreso de Múnster las intenciones de la Francia, no otras que dar fin á la guerra y quedarse con el Rosellón, para cuya misiva andaba el visitador La Marca revolviendo archivos en vez de acudir á las quejas para cuya reprensión parecía enviado.

Agradó no obstante la gloriosa gestión de Harcourt (1645-47) á los catalanes y mostráronle sus simpatías

cuando, después de intentar el sitio de Lérida, le nació un hijo en Barcelona y se le despidió al ser reemplazado por el célebre Condé que no pudo añadir á sus glorias de Rocroy y de Friburgo los laureles de Lérida que él creía seguros á su venida. Disgustado de ello y á pesar de haber detenido en Bellpuig al marqués de Aytona que entraba con tropas castellanas, partió á Francia para sustituirle el cardenal Mazarino que tampoco pudo alcanzar otra cosa que rozamientos con los catalanes. Siguió á éste el mariscal Schomberg que se limitó á prender la villa de Tortosa y á cortar abusos en los alojamientos; y al pasar Schomberg á Francia en 1648, al quedar Cataluña sin virrey, y vista la mala defensa del francés Marsini en las fortificaciones de Villafranca, creció la desconfianza con la Francia, cuyo cambio de autoridades indicaba claramente el abandono en que tenía al Principado, no logrando levantar la opinión la venida del virrey duque de Vendome quien tuvo que reprimir cónspiraciones realistas en Barcelona. Siguieron á esto nuevas quejas del paisanaje contra el mal trato de las tropas de Francia, y principiaron los catalanes á alistarse en las banderas del marqués de Mortara que recobró Tortosa en 1650.

La llamada guerra de separación iba á su término. Sólo faltaba dar la última muestra de virilidad para conseguir, cuando menos, el respeto de las libertades y constituciones del país: y al efecto, y después de arrostrar una peste que se ceba en los barceloneses socorridos admirablemente por el gobernador Margarit y por los concelleres, se dispone Barcelona á sostener un sitio que inicia el marqués de Mortara batiendo la torre del Llobregat y ocupando militarmente todas las cercanías,

en tanto que llega Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, nombrado capitán general y con facultades para venir á una inteligencia cuando los sitiados la reclamaran.



Las tropas de Francia desalojadas de Tortosa.

No convenía esta vez á la Francia dar pruebas palmarias de su abandono á los barceloneses; así es que si la defección del general Marsín dejó solos á los catalanes defendiendo la capital de su Principado, enviáronse auxilios con Lamotte que logró entrar en la ciudad donde principiaba á notarse los horrores del hambre, de la miseria y de las enfermedades. No cejaba el gobernador Margarit de alentar á los gremios, de acudir á los hospitales y de ocupar los puestos de más peligro en las murallas; pero el puerto estaba bloqueado y no acudía ninguna escuadra francesa á procurar la resistencia: había más, se sabía que los ejércitos reales ocupaban ya

toda Cataluña sin que se tuviera noticia de nuevos envíos por parte de Francia, y que las tropas de ésta ajusticiaban en Vich á los defensores de Felipe IV, quien deseaba la paz y reconocía las ruinosas contiendas á que le había abocado la impolítica del en mala hora escuchado conde-duque de Olivares. En esto la Diputación que ejercía sus funciones desde Manresa reconoció á Felipe IV como rey y señor, negociándose enseguida la capitulación de Barcelona, no con Lamotte que representaba la Francia, sino con la municipalidad que recabó de Juan de Austria el reconocimiento de los privilegios y constituciones por parte del rey, ordenando la inmediata salida de las tropas francesas una vez hubieron escapado el gobernador Margarit y cuantos estaban excluídos del perdón que desde Lérida había el rey Felipe concedido á los catalanes. Era esto en 1652.

Rendida Barcelona y vueltos los catalanes á la obediencia de Felipe IV, debía la Francia continuar la guerra para conseguir en fruto los territorios pirenáicos que anhelaba; así es que, desde el año 1653 hasta el 59 en que por la Paz de los Pirineos satisface la Francia sus deseos, sucédense en el Principado las escaramuzas y batallas que inicia el desterrado é incansable Margarit, entrando por el Rosellón con 14,000 hombres y 4,000 caballos que no pueden rendir á Gerona á cuya defensa corre el virrey Juan de Austria con las tropas reales y con las levas y somatenes de Cataluña. A Margarit, siguióle Condé quien, no pudiendo hacer medrar una conspiración barcelonesa contra Felipe, toma la vuelta del Ampurdán sometiendo á Puigcerdá, Seo de Urgel, Camprodón y Berga; avanzan las armas francesas hasta Palamós, Castellón de Ampurias, Cadaqués y Solsona;

son luego arrinconadas por Juan de Austria que recobra Blanes y por el marqués de Mortara que sucede á aquél en el virreinato; repite Margarit sus excursiones hasta cerca de Barcelona para ser en su retirada batido en Olot; y después de la batalla de Camprodón en la que el ejército francés es batido por el virrey con pérdidas considerables, suspéndense las hostilidades para dejar oir las deliberaciones de los plenipotenciarios que en la isla de los Faisanes redactan los 124 capítulos de la funesta Paz de los Pirineos, por la que las tierras de Rosellón y de Conflent quedarían separadas para siempre de Cataluña.

Reunidos en Ceret los delegados franceses Pedro de la Marca y Jacinto de Serroni y los españoles Miguel de Salvá y José Romeu para señalar los límites de las dos naciones, mostró el erudito La Marca los documentos que recogiera en los archivos cuando fué oidor de Cataluña; y arrollando con su oratoria á los delegados de España á quienes poco importaba la mutilación del Principado, dejó fijados los lindes no en los *verdaderos Pirineos* que desde el valle de Andorra y tomando la dirección N. E. desciende por las Corberas hasta Leucata en el Mediterráneo, sino en el hoy llamado *Pirineo catalán* que termina por las Alberas en el cabo de Cervera, quedando definitivamente acordado en el año 1665 en que moría Felipe IV dejando á su hijo Carlos II la decadencia más espantosa en todas las esferas del gobierno.

Carlos II

En este reinado, que principia por regencia, se observa la ley natural establecida en las dinastías como en los individuos: la virilidad imponiéndose á la apatía, los poderosos abatiendo á los débiles, el esplendor ofuscando á la miseria. Penetrado el rey de Francia Luís XIV de la superioridad de su corona respecto á la española que iba á ceñir el enfermizo Carlos II, promovió otra vez la guerra contra España con la invasión de los Países Bajos, á los que alegaba derechos por estar casado con D.ª María Teresa, hija del primer matrimonio de Felipe IV; y si ella no tuvo consecuencias de momento por haberse llegado á un acuerdo, era el preludio de otras que se sucederían para mayor postración de la austriaca dinastía próxima á extinguirse con el estéril aunque largo reinado de Carlos II.

Estaban al frente del gobierno, por menor edad de D. Carlos, la reina viuda D.ª María Ana de Austria y su confesor el jesuita alemán P. Nitard, quienes habían procurado alejar de la corte al hijo natural de Felipe, D. Juan de Austria, que gozaba muchas simpatías entre los catalanes. Acogido por éstos (descontentos como los demás españoles de ver en manos extranjeras la dirección del gobierno) residió Juan de Austria en Barcelona, pudiendo persuadirse de los buenos oficios de la Diputación y de los concelleres para volverlo al favor de la reina, cosa que conseguida en 1669 le llevaba al virreinato de Aragón por haber una conmoción madrileña apeado al P. Nitard, que se volvió á Alemania de donde había venido.

Reanudada en 1673 la guerra con Francia por impolítica de los españoles en Flandes, se entregaron los franceses á represalias en Cataluña poniendo el mariscal Le Bret fuego en La Junquera para regresar herido al Rosellón donde tuvo que reprimir una conspiración en



Defensa de Massanet de Cabrenys por los *migueletes.*

favor de la corona de España. Indignados los catalanes de la comisión de Le Bret, presentáronse al virrey marqués de San Germán para que les llevara á castigar tal osadía, dando principio á la guerra con la batida de aquél en Bellagarde y del mariscal Schomberg en el río Tech, donde ganaron lauros las compañías ligeras de migueletes mandadas por los caudillos Trinxería y Manera que tenían su plaza de armas en Masanet de Cabrenys, considerándose en ella poco menos que inex-

pugnables. Noticioso Schomberg de que los disturbios de Mesina reclamaban el auxilio de tropas españolas, avanzó de nuevo por el Ampurdán llegando hasta Gerona, de cuyos alrededores le desalojó el virrey San Germán, y entrando, en su retirada, la plaza de Masanet defendida con coraje por los incansables y denodados migueletes.

En esta etapa lograron también los franceses apoderarse de Bellagarde y de Figueras; y cuando en 1677 esperaban mucho los catalanes de Juan de Austria que ascendió á la privanza por haber empuñado D. Carlos las riendas del gobierno, hallaron la decepción más amarga no sólo al no ser oídos al pedir que viniera el rey á jurar los privilegios, sí que también por la gestión del virrey conde de Monterey, por él enviado, quien no prestó el debido auxilio á Puigcerdá sopretexto de ser necesaria su presencia en Barcelona por cuyas aguas una flota francesa discurría. Los esfuerzos de los catalanes en esta guerra sin provecho y en la que no contaron con más caudillos que los de las fuerzas ciudadanas y de los somatenes y migueletes, fueron coronados por la paz de Nimega en 1679 que es cuando la España hace implícitamente renuncia de sus posesiones de Flandes.

Pero no por haber casado Carlos II con la sobrina del rey de Francia dejó éste de hacerle la guerra en los Países Bajos; guerra que, repercutiendo en Cataluña en el año 1684 con la campañá del marqués de Bellefonds, lleva las tropas franceses hasta Gerona sin que el nuevo virrey Bournonville pueda detenerlas junto al Ter, falto como se hallaba de oficiales valerosos que parecía obedecían á móviles secretos á datar de la influencia francesa que en la corte española se había desarrollado. A

la deficiencia de éstos, suplía el paisanáje y el sin igual arrojo del militarismo catalán; pues, entrado Bellefonds en Gerona, dueño ya de los arrabales que batió á cañonazos, y de la misma plaza mercado donde tenía formadas sus tropas, fué acometido por los defensores al mando del gobernador Carlos Sucre quien le obligó á levantar el sitio, al paso que lograba Trinxería rendir la guarnición francesa de Báscara, no pudiendo socorrer á Cadaqués que fué entrada merced á un nutrido ejército y á 30 galeras que hacían contra ella un incesante fuego de artillería. Por las treguas ajustadas con Francia en 1687 terminó este simulacro de defensa del territorio; pero cuando esperaba Cataluña reponerse en ellas de sus pasados daños, suscitaba nuevos disturbios la conducta del marqués de Leganés que había sucedido á Bournonville en el virreinato.

Comenzaron, éstos, por negarse el pueblo de Centellas á las exigencias de los alojamientos, alegando como causa el haber una plaga de langosta asolado los campos que ya venían empobrecidos por los estragos de la guerra y por la falta de brazos para el cultivo. Enviado á ella un cuerpo de caballería por el virrey, produjose por desmanes de un soldado una alarma que terminó en somatén y halló eco en Villamajor cuyo paisanaje, al grito de *¡viva el rey y muera el mal gobierno!*, presentóse ante Barcelona á donde pasó una comisión para interesar á los concelleres y diputados en la relevación de los tributos de que eran objeto. Bajo promesa de ser atendidos, depusieron su actitud hostil á tiempo que era mandado de virrey el marqués de Villahermosa y se rompían las treguas con Francia para llegar á la última etapa de la guerra.

Fué la gestión de Villahermosa peor que la de Leganés y crecieron los disturbios hasta el punto de desarmar el paisanaje á las tropas regulares en algunos pueblos: abría entretanto el francés Noailles aquella campaña que principiando en 1689 con la toma de Camprodón continuaba con la rendición de San Juan de las Abadesas, Olot, Vich y Ripoll sin que la venida de Medinasidonia como virrey pudiera privar la caída de la Seo de Urgel y de Rosas, ni lograra su sucesor el marqués de Villena otra cosa que una seria derrota en Torroella de Montgrí á pesar de contar con el mayor ejército que reuniera la España para estas guerras; se repetían las pérdidas en Palamós, Gerona, Hostalrich y Castellfollit: y viendo los catalanes la ausencia completa de buenos generales que les condujeran á la victoria, se entregaron resueltos á la guerra por su cuenta dando pruebas de su superioridad militar en San Esteban del Bas, Olot, Blanes, Argelaguer y San Lorenzo de la Muga, precisamente en los momentos que llegaba el príncipe de Darmstad con tropas austriacas é irlandesas para oponerse á la política de Francia, que dominaba completamente en la corte con perjuicio de los catalanes abocados á una guerra sin otras consecuencias que su inminente ruina.

Fué el príncipe de Darmstad acogido con entusiasmo por los catalanes; pero sea por recelos del militarismo español ó por apresurar el desenlace del simulacro que se representaba, dióse desde Madrid la orden de que fueran suprimidas las pequeñas partidas y somatenes, comprendiéndose así el rápido avance del mariscal francés Vendomme que sustituyó al enfermo Noailles y se presentó ante Barcelona sin haber hallado ninguna resis-

tencia por la costa. Barcelona, pues, iba á ser la víctima de los amaños de la corte y de las ambiciones de Francia. Rodeada de ejércitos franceses y bloqueado su puerto por 120 embarcaciones en las que figuraban 14 navíos, no contaba con otra defensa que con las tropas españolas del conde de la Corzana (pues el virrey Velasco había salido para quedarse en las riberas del Llobregat), con las extranjeras del príncipe de Darmstad, y con las compañías de *la Coronela* á quienes, como siempre, se designaba la custodia y defensa de los puntos más peligrosos de la muralla.



Capilla de San Jorge en la Audiencia.

Inútiles eran los fuegos combinados de la artillería enemiga para rendir la plaza: en el baluarte de San Pedro caían arruinados los edificios y se abrían brechas por las cuales intentaba escalar el francés la fortaleza, pero allí estaban los tercios de *la Coronela* que denodadamente le repelían; avanzaba y retrocedía el enemigo

cada vez más imponente y castigado en su número; eran entrados los baluartes de San Pedro y de la Puerta Nueva sin que el virrey Velasco se preocupara de otra cosa que de marchar á Martorell aparentando una pelea contra la caballería de Vendomme; acudía á todo el de Darmstad mientras el conde de la Corzana preparaba el espíritu de sus jefes á la capitulación y á las paces, y cuando parecía declinar la potencia enemiga por haber atravesado sus trincheras un convoy que con 4,500 hombres entraba á reforzar las fuerzas ciudadanas, indicó el de la Corzana á los concelleres ser necesaria la capitulación tanto porque así lo escribía el virrey como para evitar la total ruina de Barcelona que estaba, decía, rodeada de minas que debían volarla estrepitosamente. En vano se presentaba el pueblo al príncipe de Darmstad y quería con él perecer entre los humeantes lienzos de muralla que se derribaban; estaba ya bastante apurado aquel simulacro de defensa que había costado más de 4,000 víctimas, y, á manejos de la corte y del militarismo, capitulaba Barcelona viendo entrar al quebrantado ejército de Vendomme que dejaba al pie de los muros la exorbitante cifra de 15,000 franceses entre muertos y heridos de todas armas. Así fué francesa Cataluña por poco tiempo, pues la paz de Ryswik en la que «Luís de Francia se mostró generoso con la España con el propósito de que, por no tener hijos, hiciera D. Carlos testamento en favor de su familia» (*) dejaba limpia de tropas extranjeras á Barcelona, no sin haber ésta pagado antes una fuerte indemnización para hacerla más digna

(*) BALAGUER.—*Historia de Cataluña.*

del dictado de víctima propiciatoria que se merece en esta inútil y desesperada defensa.

Pero no debía el conde de la Corzana gozar del premio á que aspiraba por su gestión, puesto que, designado para virrey en sustitución de Velasco, pusieron á ello



La Diputación de Barcelona.

brava resistencia los barceloneses, no habiendo otro remedio, para acallarlos, que designarles al príncipe de Darmstad, acentuándose con ello la simpatia de los catalanes para con la casa de Austria ante el espíritu unitarista que la Francia les demostraba.

A los dos años de la toma de Barcelona, moría don Carlos sin sucesión directa á la corona, y pasaba ésta

por voluntad testamentaria á Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia. Era esto en 1700, final de un siglo en que, por armónica relación de los hechos, florecían los historiadores Pujades, Monfar, Corbera, Bruniquer y los Moncadas que escribieron sobre asuntos de Cataluña: los jurisconsultos Xammar, Aguiló, Oliva y el célebre Juan Pedro de Fontanella; el diplomático Martí y Viladamor; los teólogos Magarola, beato José Oriol, Robuster y Quintana, y los pintores Juncosa y Franquet que, precursores del gran Viladomat, figuraban al lado del escultor Blay que bordó el rico salón de San Jorge de la Audiencia y terminó el palacio de la actual Diputación, y de los poetas Fontanella y Vicente García *Rector de Vallfogona* que fueron los primeros en llevar el lenguaje catalán á la escena en que por entonces no había de hacer grandes progresos.



DINASTÍA BORBÓNICA

Felipe V

Ya en vida del enfermizo Carlos II agitábase en la Corte la diplomacia extranjera para hacerse con el trono español, vista la falta de sucesión directa en el soberano que lo ocupaba. La Francia y la Alemania, más directamente interesadas en ello, habían de ser las dos potencias que suscitarían la gran contienda de la que sería víctima Cataluña; aquella *guerra de sucesión* que, con ser funestísima para toda España, daría por resultado el total aniquilamiento de los fueros y privilegios de los catalanes. Preponderante entonces Luís de Francia, logró sentar en el trono español á su nieto Felipe de Anjou contra el derecho del emperador Leopoldo de Alemania; derecho que, declinado por éste en su hijo el archiduque Carlos, fué de momento simpático á Cataluña que se dispuso á sostenerlo, temerosa de las tendencias unitaristas de Luís XIV reflejadas en su nieto Felipe, V en España y I de la *dinastía borbónica* que inauguraba.

Como si comprendiera Felipe que había de ser Cataluña la región más adicta al archiduque Carlos, procedió inmediatamente al relevo de Darmstad en el virreinato del Principado, pudiéndose persuadir al año

siguiente, en que llegaba á Barcelona para recibir á su esposa María Gabriela de Saboya, del mal efecto que produjo á los concelleres su negativa á recibir las llaves de la ciudad y el no permitirles permanecer cubiertos á su presencia con todo y estar investidos con la Grandeza de España que les había conferido el difunto Carlos II. También en las cortes que presidió el rey se promovieron debates por no mostrarse propicio á respetar las constituciones como era de costumbre; y, llegados á un acuerdo en vista de la energía de los concelleres, recabó un fuerte subsidio que le sirvió para llevar la guerra á Italia, donde se disponía el emperador Leopoldo á abrir la contienda contra la preponderancia francesa que tan hábilmente le había arrebatado la corona de España.

Victorioso Felipe en Italia, regresó á Madrid á tiempo que Leopoldo se aliaba con Inglaterra y Holanda y probaba Cataluña el escaso respeto que merecían sus constituciones al virrey y á los ministros reales: las preeminencias de la Diputación y del Consejo eran restringidas; las insaculaciones para la elección de cargos, monopolizadas; se prendía á un opositor á cátedras por sostener que era lícita la defensa de las leyes de la patria cuando fueren holladas; se violaba el secreto de la correspondencia; se apelaba á todo para excitar al país, de sí bastante receloso y descontento, y se mandó de virrey á Velasco cuando había ya Portugal entrado en la alianza de Leopoldo y habíase proclamado en Viena al archiduque Carlos por rey de España, mandando á Darmstad con una flota inglesa que no pudo rendir á Barcelona por estar los ciudadanos con pasividad y en espectativa de los sucesos.

Desde este momento crecieron los apuros del virrey que creyó cómplices á los barceloneses de la asonada de Darmstad, ocupado en la toma de Gibraltar que conservan todavía los ingleses; y ora decretando persecuciones injustas, ora mandando tropas á Vich donde al grito de *¡Viva Carlos III!* se habían algunos caudillos



Proclamación del Archiduque de Austria en Vich.

sublevado, llegó á conmover de tal modo al país, que, en 1705 y á causa de haber aparecido en la costa la escuadra aliada, conoció el peligro que corría su autoridad noticiosa de que se afanaban los pueblos para saludar y ponerse á las órdenes del archiduque Carlos que se disponía al desembarco cerca de Barcelona.

Aprestóse luego el virrey á la defensa de la ciudad impidiendo todo acto que pudiera degenerar en revuelta;

y prohibía que se armara *la Coronela*, que salieran los vecinos de casa durante la noche, y que se tocasen las campanas ni para las oraciones del culto, cuando tuvo noticia de que ya desembarcaban las tropas aliadas al mando del príncipe de Darmstad y del inglés Peterbourgh que no tardaron en formalizar el sitio de la plaza interin se sublevaba todo Cataluña. Dueños los aliados de Monjuich, al pie de cuyos muros cayó Darmstad cubierto de gloria, principióse á bombardear á Barcelona, no teniendo el virrey otro remedio que capitular y embarcarse para huir de la conmoción del pueblo que aclamó enseguida por rey á CARLOS DE AUSTRIA, celebrándose á su entrada solemnes fiestas y cortes en las que se organizó el nuevo gobierno y se concedieron franquicias á los ciudadanos.

¿Qué hacia entretanto Felipe V? Aconsejado y protegido por su abuelo Luis XIV, mandó recoger las tropas españolas para ponerse á su frente y «reprimir la osadía de su rival»; y atravesando á duras penas desde su adicta Cervera hasta Barcelona, circunvaló la plaza con nutridos ejércitos hispano-franceses en tanto que una flota debía desde el puerto causar desperfectos en los edificios. No se arredró Barcelona á la presencia de tantísimos enemigos. Contra las indicaciones de los concelleres, quiso el Archiduque arrostrar las penalidades del sitio y sucumbir si era necesario en la lucha; y, dado el mando de la plaza al conde de Ullelfeld, la dirección de la artillería al catalán Boneu, y la custodia de los muros á *la Coronela*, á los clérigos, al pueblo todo que había acudido á las armas, esperó el cañonazo de aviso para aprestarse á la pelea que había de anular ó de dar mayores bríos á la causa que sustentaba.

Iniciado el ataque contra el castillo de Monjuich, luchóse en él á brazo partido hasta que los batallones de Felipe ocuparon la *Lengua de sierpe* y parte de la fortaleza; corrió, al saberlo, impaciente el pueblo para recuperarlo; pero, mal organizado con la precipitación que



Derrota de Felipe V en las murallas de Barcelona.

no daba lugar á oir el consejo, tuvo que retirarse á las murallas de la ciudad, aumentando la confusión el haber sido muerto de un pistoletazo el *Conceller en cap* Francisco Nicoláu de Sant Joán, al subir al campanario de la catedral para impedir á los amotinados que se tocara á rebato. Dueñas las tropas filipenses de Monjuich, que volaron, principió un horroroso fuego contra la plaza sin que por ello mostrara Carlos el menor desaliento, antes bien daba coraje á los vecinos de San Pa-

blo que sin distinción de clases ni jerarquías artillaban las zanjas y cortaduras; y cuando era mayor el daño y crecía el peligro y se derrumbaban los edificios al choque de las bombas, apareció la escuadra aliada barriendo del puerto á la filipense, y se coronaron las cumbres vecinas de somatenes que obligaron á Felipe á levantar el sitio más que de prisa. ¡Espantosa fué la retirada de aquel potente ejército! Desbordados sobre él los barceloneses, incendiaban las municiones, destrozaban las tiendas, destruían las trincheras, herían á los azorados fugitivos sin que los mariscales franceses Tessé y Noailles pudieran contener el espanto y la confusión que se sucedían; y cuando finido un eclipse de sol que aumentó el desconcierto de las tropas reales se concentraron las fuerzas de los ciudadanos, vieron éstos abandonados y revueltos los carros de artillería, los barriles de pólvora, las granadas, el forraje, las acémilas, tiendas y bagajes, todo entre los regueros de sangre de las 8.000 víctimas que había costado el intento á los sitiadores.

Celebrada la victoria con la erección de un obelisco en la plaza del Born, partió Carlos para unirse con los aliados que, vencedores de Felipe en Portugal, se dirigían á Madrid de donde había salido la Corte. En su paso por Zaragoza pudo ver el afecto que le tenía la antigua corona de Aragón, y no atreviéndose á ir á Madrid donde fué proclamado por las tropas aliadas, recibió el homenaje de los valencianos en su capital para volver á Barcelona cuando ya eran sus parciales desalojados de la Corte por las tropas francesas y castellanas que el duque de Bervich había reunido para reponer á Felipe en el trono que se le escapaba.

Era Bervich el destinado á asegurar la corona en las

siones del protegido de Francia. Replegándose los aliados en los campos de Murcia, fueron completamente batidos por el mariscal francés en Almansa, acosándoles hasta Aragón y Valencia que vieron abolidos los pocos fueros y privilegios de que gozaban, después de haberse ensangrentado las llanuras de Játiva, cuya población y castillo redujo á cenizas el filipense Asfeld en su comisión desastrosa.

Llegó entonces, y cuando ya había el incansable Bervich entrado en Cataluña y tomado la ciudad de Lérida, llegó Staramberg con refuerzos de tropas aliadas para reparar los desastres; pero ni su presencia pudo evitar la caida de Tortosa, ni el apeamiento de Bervich por el duque de Orleáns dió giro favorable á la causa austriaca con todo y haber ésta obtenido victorias en el Ampurdán, y reconocido en 1709 el papa Clemente XI por rey de España á Carlos que al año siguiente se enlazaba con la princesa de Brunswich en Barcelona, movida en fiestas y regocijos por los ciudadanos.

En estas etapas de indecisión, intentó el *animoso* Felipe dar un golpe sonado llegando hasta Balaguer con 23,000 hombres, al propio tiempo que el Archiduque salia de Barcelona con todas sus tropas. Combina entonces Staramberg, que ya había batido á Felipe, sus gentes con las numerosas de Carlos de Austria, y alcanzando á las reales en Almansa las derrota en toda la línea: hace más, acosa á Felipe hasta las inmediaciones de Zaragoza, y allá le vence y le anonada, no quedando á éste otro recurso que huir á Madrid para levantar la corte y dejar que la ocupe D. Carlos en medio del asombro de toda la península.

Hay que confesar que fué el Archiduque fríamente

recibido en la capital de España; estaba ella por Felipe, y así lo comprendió el de Austria retirándose enseguida al saber que mandaba la Francia nuevas tropas con el mariscal Vendomme que venció á los aliados en Brihuega y en Villaviciosa, pudiendo llegar Carlos á Barcelona lacerado el corazón á la noticia del quebranto y por tener el francés Noailles en grave aprieto á los gerundenses que heróicamente se defendían. Pero quien realmente había de llevar rudo golpe era Cataluña, puesto que, por muerte del emperador José, hermano de Carlos, entraba éste á sucederle en Alemania; cosa que decidiría á las potencias aliadas á desistir de su intento por el natural temor de que adquiriera entonces la Alemania la preponderancia que á la Francia se disputaba.

Reclamada la presencia de Carlos en Viena, partió á ella con vivas protestas de no abandonar á Cataluña; y dejaba en prueba de ello á la emperatriz su esposa de regente, á Staramberg de capitán general, y á las tropas aliadas de las que se separaron luego las inglesas por haber su soberano ajustado paces con Francia. Así las cosas, y retirados también los portugueses de la alianza, cuidó Carlos en medio de sus promesas de indicar á los catalanes la necesidad de que la emperatriz pasara á juntarse con él en Viena; y esto lo decía cuando ya habían mediado negociaciones de paz en las que se había comprometido á sacar sus tropas del Principado: ingratitud sólo comprensible por el deslumbramiento que le causaría la corona imperial ante lo nebuloso y problemático de la española que apeteciera. Fieles, empero, los catalanes, persistieron en tenerle por rey conforme lo habían jurado, y se disponían en 1713 á mantener solos la lu-

cha contra España y Francia por solemne declaración de los *tres Brazos* que nombraron vicerregente á Pedro de Torrellas y general en jefe á D. Antonio de Villarroel que había militado en las huestes de Felipe V.


Los pueblos armándose contra Felipe V.

Rayaba en verdadero fanatismo el amor que sentían los catalanes por el Archiduque; por él iban á emprender una lucha sin par en la historia, y perderían en ella los fueros y privilegios de cuya conservación no se había tratado en cuantas deliberaciones tuvieron los reyes, ni en la misma amnistía que á raíz de la paz de Utrech se había por Felipe V publicado. Sólo el noble Staramberg, al evacuar Tarragona con sus tròpas alemanas, se interesó por la suerte de Cataluña: veía que ignominiosamente se la inmolaba, pero no pudo recabar por ella nada que la decidiera á deponer la actitud hostil en que se había colocado.

En tanto, avanzaba el grueso del ejército real seguro

de la resistencia de Barcelona. Iba á su frente el duque de Pópuli, quien ocupó las montañas vecinas de la ciudad el día 25 de Julio, intimando á los barceloneses la rendición antes de formalizar el sitio. A la negativa de éstos, alegando que defendian al rey Carlos que del juramento de fidelidad no les había relevado, distribuyó Pópuli sus tropas para hostilizar las murallas, ínterin se entregaban los ciudadanos á toda suerte de precauciones tanto para la defensa de la plaza como para conmover al país que, desde la evacuación de las tropas aliadas, era objeto de las más humillantes imposiciones.

Considerada por Villarroel la necesidad de ser sacada la bandera de Santa Eulalia, pusiéronse los gremios sobre las armas y acudieron con su jefe el *Conceller en cap* Rafael Casanova á apagar los fuegos de una batería enemiga con otra que improvisaron; enardeció á los sitiados la nueva de haberse Cardona defendido heróicamente de dos asaltos y la de que los caudillos José Moragas y *Carrasclet* lograban triunfos sobre los ejércitos filipenses; y cuando por la paz de Rastadt creían ser socorridos por Carlos de Austria por haber éste terminado la guerra continental con Francia, ó ver respetados sus privilegios de los que no podía menos que preocuparse el antes Archiduque, sufrieron nueva decepción al esperar inútilmente socorros navales y al ver que no eran precursoras de respeto alguno las bocas de los cañones que principiaron á vomitar proyectiles sobre la plaza.

Más de 12,000 bombas habían ya estallado en ella el día 7 de Julio de 1714, en que se presentó Bervich con 20,000 hombres de refresco para los sitiadores. Pero el aliento de los barceloneses no desfallecía. Rodeados de 70 batallones, de 51 escuadrones de caballería, de 140

cañones y de otras fuerzas que, ocupadas en perseguir á los migueletes de Moragas, marqués de Poal, Carrasclet y otros no tardarían en presentarse, contaban sólo ellos con 10,000 soldados aptos para la pelea: exiguo número que da á la defensa de Barcelona derecho á ocupar la página más brillante de su ilustre historia.

Las tropas de Bervich no descansaron un momento: situadas frente los muros, emplazando baterías con que foguearlos, abriendo trincheras y terraplenes y parapetos para salvar los rebatos, iban adelantando por la parte del barrio de Ribera donde estaban Villarroel y Casanova con los tercios de *la Coronela*. Las acometidas se sucedían en medio del horroroso bombardeo que sufría la plaza: eran ahora las compañías de estudiantes las que recuperaban el baluarte de Santa Clara; ahora las de los gremios que luchaban cuerpo á cuerpo contra los zapadores en medio de la humareda y del estertor de los muros; las de los clérigos, mujeres, ancianos y mozos que rechazaban el asalto ordenado por Bervich... todo envuelto en la ira, en la confusión, en el delirio que encendía la campana *Honorata* tocando á somatén en tanto que abrían siete brechas los cañones enemigos que reventaban por el incesante fogueo. Vista la temeridad de los sitiados, á pesar de haberse enseñoreado de ellos el hambre y la miseria, púsoles Bervich en la alternativa de capitular ó de ser tratados con toda la rudeza de la guerra; y á la contestación de que *los tres Brazos no admitían capitulación alguna* (inconcebible ardor de una ciudad que tenía derruídos los muros) dispuso Bervich el asalto general, el 11 de Septiembre, por los 40,000 soldados de su ejército contra los 8,000 de que á la sazón disponía Barcelona.

La defensa había de ser costosa, horrenda, desesperada. Caídas á la vez todas las huestes sobre la plaza, se multiplicaban los episodios con pasmoso heroísmo: en el baluarte de San Pedro eran acuchillados todos los defensores; perecía en el de Santa Clara el cuerpo de escribanos sin que se salvara uno solo; disputaban los estudiantes el de Levante batallando con furia atroz y cayendo con toda la gloria apetecible; y cuando ya Bervich creía rendidos á los defensores y veía escalar las murallas y consideraba vencida la plaza, cobraba ésta nuevos bríos haciendo un llamamiento general á las armas y corriendo con el conceller Casanova al baluarte de San Pedro, de donde desalojaron al enemigo que asimismo perdía las baterías de la Puerta Nueva. Peleábase por todas partes con sin igual heroísmo y horrorosas pérdidas, hasta que cayó el conceller Casanova herido y abrazado á la *bandera* que tomó el conde de Plasencia para retirar y reponerse del sufrido quebranto.

No con menos ardor se batía la caballería de Villarroel en la parte del Born confundiéndose con los apiñados grupos de fusileros que la resistían; y cuando, á tiempo que saqueaba el enemigo el barrio de Ribera, se retiraban los mermados escuadrones á la línea de muralla, volaban las repuestas compañías de ciudadanos á San Pedro trabándose nuevamente en él tan desesperada lucha que por once veces fué perdido y recuperado el baluarte sobre cuyos humeantes escombros flotaba acribillada de balazos la bandera de Santa Eulalia. La ciudad en masa hallábase entregada al frenesí de la defensa; y caían todos los batallones sobre los muros, y eran repelidos por los clérigos y viejos y mujeres que desempedraban las calles para obstruirlas con barricadas, y es-

taba ya herido Villarroel cuando apareció la bandera blanca en el palacio de la Diputación por haberse reunido los Comunes y determinado plantear á Bervich la capitulación al objeto de que Barcelona entera no fuese reducida á cenizas. Poco ó nada sacaron los parlamenta-



Heróica defensa del baluarte de San Pedro.

rios de la actitud de Bervich: rióse éste al hablarle de una capitulación honrosa y del respeto de los fueros de la ciudad; y por más que se consiguiera no constara en la entrega la palabra *á discreción* como Bervich deseaba, fué ella ocupada por las tropas de Felipe, procediéndose enseguida á la rendición de Cardona, último baluarte que venía al suelo con las libertades y privilegios de Cataluña.

No tardaron los vencedores en dar pronto remate á la

obra que habían emprendido. La Diputación, el Consejo de Ciento y el Brazo Militar fueron abolidos; los tercios de *la Coronela*, desarmados; recogidas las banderas y las insignias de los Concelleres; las llaves, libros y documentos de la ciudad, ocupados; y cuando el día 18 entraba Bervich solemnemente recibido por las tropas pero con omisión absoluta de los azorados vecinos, quedaba completamente aniquilada la obra de los primeros Condes soberanos, perdida la fisonomía peculiar de Cataluña y establecido el nuevo gobierno que principió por desterrar á Villarroel, á Casanova y á otros defensores, decretando la prohibición del uso de las armas y el traslado de la Universidad á Cervera como castigo á los estudiantes y premio á la ciudad que había permanecido siempre adicta á la causa de Felipe.

Con la partida de Bervich y con el nombramiento de capitán general para Barcelona, continuaron en mayor escala la opresión y la desconfianza en todos los actos y personalidades; pues mientras se destrozaba la columna de triunfo erigida en el Born por Carlos de Austria, y se demolía el barrio de Ribera para emplazar la *Ciudadela*, y se ajusticiaba al guerrillero Bach de Roda en Vich y al general José Moragas en Barcelona, se recogían, borraban é inutilizaban cuantos títulos, honores y privilegios habíanse concedido por el Archiduque, se abría la correspondencia dudosa y hasta la privada y se ordenaba la entrega de los *Anales de Cataluña*, que había escrito el conceller segundo Feliu de la Peña, así como la de cuantos libros y folletos y alocuciones se esparcieron y publicaron durante la guerra. A más de esto, se prohibió el comercio de Cataluña con Alemania; se hizo obligatorio el uso del papel sellado; se impuso

la contribución del catastro; se ordenó la demolición de casas fuertes, castillos y fortalezas; se guardaron las minas de plomo de Falset; se mandó al arsenal, para ser destrozada, la campana Honorata que había tocado á somatén, y se retiraron los escaños del Consejo que se habían conmovido á las deliberaciones de los últimos Concelleres. Sobre este naufragio, del que sólo se salvaron el Derecho civil y el Consulado de Mar, aparecía la creación de una Audiencia presidida por el Capitán General del Principado, y de ella se excluía la lengua catalana que fué sustituída por la de Castilla en los estudios literarios y en los asuntos públicos.

La guerra no había, empero, concluído; sosteníanla algunos caudillos como Pedro Juan Barceló (a) *Carrasclet* que entró en Reus y forzó la villa de Valls, en la que en 1690 había fundado las *Escuadras* Pedro Antonio de Veciana, y crecía la persecución de los partidos borbónicos *(botiflérs)* contra los austriacos *(vigatáns)*, en tanto que el ministro Alberoni enemistaba á Felipe con la Francia, aliada á la sazón con Inglaterra, Austria y Holanda para sostener el tratado de Utrech. Fruto de esta ruptura de relaciones que motivaron la venida de Bervich con ejércitos para batir á los filipenses en que antes había militado, fué la pérdida de Sicilia y de Cerdeña, cedidas por Felipe en la paz que se le obligó á firmar en 1720. Originó esta decepción tal tristeza en la persona del soberano, que á los cuatro años y viendo á su hijo Luís en condiciones para hacerse cargo del gobierno, renunció en él la corona no pudiendo lograr el descanso que apetecía por haber fallecido Luís á los seis meses de ocupar el trono.

De entonces data la primera forma de *Cortes españo-*

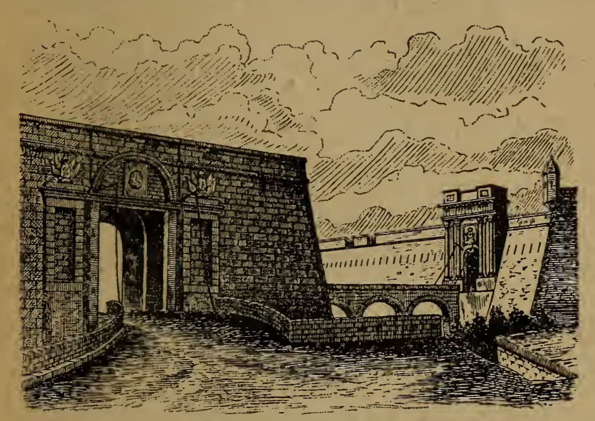
las, pues deseoso Felipe de que su segundo hijo Fernando fuese jurado como primogénito y príncipe de Asturias, reunió en Madrid diputados de todos los reinos, entre los que figuraron los de Barcelona, Gerona, Tortosa y Cervera como representantes de Cataluña. Al año siguiente 1725, firmó Felipe las paces con Carlos de Austria, quien á cambio de sus derechos á la corona española obtuvo los de ésta á Italia y á los Países Bajos, y terminó la *guerra de sucesión* con amnistía general de *Carrasclet* y otros caudillos que dejaron los montes para ocuparlos los bandoleros que tanto dieron que hacer á las *Escuadras de Cataluña.*

Desde esta fecha hasta la muerte de Felipe acaecida en 1746 y á consecuencia de su hipocondría que degeneró en enfermedad consuntiva, regístranse sólo en Cataluña los disturbios de Reus á causa de las levas forzosas para engrosar los ejércitos permanentes. Este monarca cambió la ley de sucesión al trono español por la *ley sálica* francesa, en cuya virtud debían heredar la corona los descendientes varones, en línea recta ó transversal, antes que las hembras; ley que, invocada más tarde por un descendiente de Felipe, originaría las guerras civiles que tendremos lugar de exponer en el siglo décimonono.

Fernando VI

Reinado de no interrumpida paz fué el de Fernando VI que sucedió á su padre Felipe V en el gobierno de España; pues, aunque entrara ésta en su más decidido período unitario, era tan suave y tan bondadoso el carácter del soberano que jamás pensaron los pueblos en

sustraerse á su beneficiosa política. Veía en ella Cataluña su bienestar y su sosiego; alejábale la mala memoria de las pasadas opresiones; tenía en mucha estima el respeto que á su propia legislación todavía se guardaba; y así, mientras atendía al acrecentamiento de su riqueza perfeccionando el trabajo, desarrollando la agricultura y



Castillo de Figueras.

extendiendo su comercio, miraba con buenos ojos el impulso dado á las construcciones navales por el ministro marqués de la Ensenada, recibiendo con no menos aplauso los decretos sobre prohibición de desafíos y destino de los vagos á los arsenales y á los ejércitos permanentes.

La blandura con que el poder absoluto se ejercía permitió que la iniciativa individual entrara en más prósperos y dilatados horizontes; y se estimulaban los sabios en el cultivo de las ciencias, se instruían los gre-

mios en las novedades de la industria y volvian á encauzarse las artes y las letras, sintiéndose, no obstante, los inconvenientes que irrogaba el estar la Universidad de Cervera tan alejada del centro donde las iniciativas intelectuales necesitaban de mayor desarrollo.

En medio de esta paz, del aprecio general de los pueblos y en tanto que se levantaba la fortaleza de San Fernando en Figueras, murió el rey el año 1759 dejando el trono á su hermano Carlos quien renunció en su hijo la corona de Nápoles, que ceñía, para continuar el esplendor de la española que iba á sentar en sus sienes.

Carlos III

Buena muestra de reparación á cuantos agravios pudiera Barcelona recordar de Felipe V, fué el haber el hijo de éste, Carlos III, elegido la antigua ciudad condal como puerto de desembarco en su viaje de Nápoles para ceñir la corona de España, y no menos de agradecimiento se la dieron los barceloneses preparándose á fiestas y regocijos públicos para recibirle. Como manifestación del apogeo en que se hallaban las artes catalanas, y tal vez para encariñar al soberano á prestarlas toda protección y amparo, se afanaron los gremios en organizar una lucida cabalgata en la que los principales productos, las creaciones de la fantasía y el refinamiento de la industrial cultura figuraban; quedando tan complacido de ello Carlos III que, al despedirse de la ciudad, condonó á ésta la suma que por la contribución del catastro adeudaba desde 1716 en que fué instituido. Igualmente tuvo que agradecerle Cataluña el decreto de prohibición de entrada de ciertos géneros

que perjudicaban su industria; y la misma navegación colonial, cuya prioridad de comercio con América estaba reducida á Cádiz y á Sevilla, alcanzó bajo Carlos III la más decidida protección, de consecuencias favorabilísimas para los catalanes que en la industria y en las artes rivalizaban con las más renombradas potencias.

Lo que no plugo á Cataluña fué la Real Ordenanza previniendo el reemplazo del ejército permanente por medio del sorteo, partidario como era el rey de llevar la guerra contra los ingleses, á quienes intentó inútilmente tomar Gibraltar después de haber hostilizado las costas británicas en combinación con las escuadras de Francia, con cuyo monarca había Carlos III celebrado el *Pacto de Familia*, por virtud del cual debían ambas naciones, la Francia y la España, prestarse mutuo apoyo en la defensa de su territorio y el de sus respectivas colonias.

No privó ello empero que Cataluña, como toda la nación, pudiera solazarse en su periodo de riqueza y de verdadero progreso en todos los ramos. Barcelona fundaba la *Real Academia de Buenas Letras* á cuya sombra florecieron los historiadores Castellví, Masdéu, Serra y Postíus, Caresmar y otros; la de *Ciencias naturales*, con los botánicos Jaime y Juan Salvador, Paláu, Bernadas, Carbonell y el célebre naturalista Carlos Gimbernat; la de *Medicina*, con Pedro Virgili, Masdevall, Gimbernat (Antonio) y el famoso Francisco Salvá primero en Europa que se preocupa de la telegrafía eléctrica y de la navegación submarina; y la de *Jurisprudencia*, con Salvador, Solá y Sala, no siendo menor el contingente de teólogos y filósofos que en este reinado, como en todo su siglo, granjearon mucha fama y representación á

Cataluña. La entonces creada Junta de Comercio, que con sus luces realzó el insigne Campmany, construía la nueva Lonja en el lugar que ocupaba la antigua de la que, por amenazar ruina, sólo se conservó el hermosísimo salón que sigue siendo admirado; se principió también la actual Aduana; se dilató la agricultura con la repartición de baldíos que pasaron á la propiedad particular, con la derogación de la tasa de los granos y de la orden que prohibía cercar los cultivos á los labradores; se impulsó la abertura de caminos por el ministro Floridablanca, y se rebajó el impuesto que por contribución pagaban los habitantes, imponiendo tributaciones á las comunidades religiosas hasta entonces exentas de gravamen alguno en los bienes que poseían. (*)

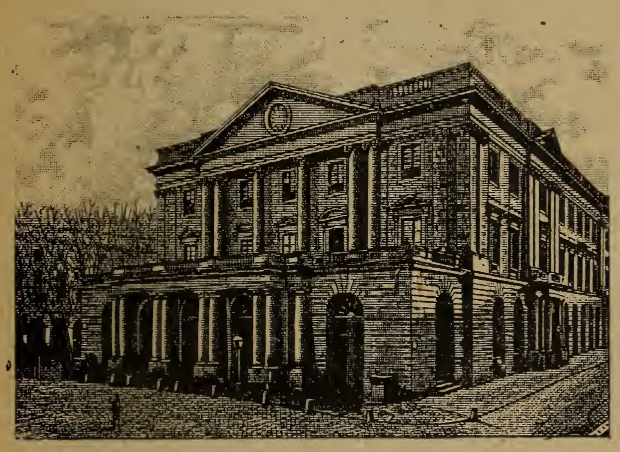
Así dejaba Carlos III su reino, al morir en 1788, para dirigirlo su hijo á los 40 años de edad, supeditado á la influencia de su esposa, y de casi ninguna energía para hacer frente á la revolución francesa que asomaba en el vecino reino como un fantasma amenazante y peligroso.

Carlos IV

La obra de restauración española con tanto celo llevada por Fernando VI y por Carlos III, iba á sufrir las consecuencias de la apatía del nuevo rey á la par que las de la impolítica é imprevisión de un inepto favorito. La enemistad con Inglaterra, por una parte, y por otra,

(*) En 1767 se llevó á cabo la expulsión de los jesuitas, embarcándose en Salou los del Principado con algunos de Aragón y Valencia, para ser trasladados á los Estados Pontificios.

las nuevas teorías que precipitaban en Francia los sucesos de la revolución, no eran buenos presagios para la paz en medio de la cual había prosperado la España, cuya dinastía reinante estaba por el Pacto de Familia estrechamente ligada con la de Francia regida á la sazón por Luis XVI de la familia de los Capetos.



La Lonja de Barcelona.

Los buenos oficios de España, que por su religiosidad no podía transigir con las teorias revolucionarias, no lograron evitar que en 1793 rodara la cabeza de Luís XVI por el cadalso; y, declarada por la Convención francesa la guerra á España, necesitaba ésta de otra dirección que la del inexperto Godoy, á quien atendía demasiado la reina María Luisa y dejaba obrar Carlos IV con entera libertad en los asuntos de gobierno. Los pueblos todos contestaron, sin embargo, con unanimidad á la provo-

cación de la Francia revolucionaria; se multiplicaron los donativos y ofrecimientos á medida que eran conocidos los horrores de los republicanos franceses, y cúpole como siempre á Cataluña la gloria de ser la primera en acudir al palenque con sus restaurados somatenes y compañías de migueletes á cuyo lado figuraban las creadas por Barcelona en número de 6,000 hombres.

Principió la guerra con el avance del general Ricardos, gobernador del principado, por el Rosellón que rindió hasta Perpiñán en tanto que el francés Dagobert se extendía por la Cerdaña tomando Puigcerdá y otras poblaciones; pero cuando, después de haber rechazado á los franceses de Rosas, era reemplazado Ricardos por el conde de la Unión, sufre el ejército español graves descalabros en Voló, viéndose precisado á emprender la retirada que origina la invasión francesa por Dugommier con 40,000 hombres, perdiéndose Ribas, Camprodón, Ripoll y San Juan de las Abadesas sin que pudieran valerles los ardorosos somatenes y los 15,000 hombres que sostenían la guerra por aquella parte. Sólo en la línea del río Muga se sostenía el conde de la Unión contra el mariscal Anguerau que le hostilizaba. Muerto el general en jefe Dugommier en la batalla de la *Montaña negra*, avanzó Anguerau por el Ampurdán derrotando al de la Unión que también halló la muerte en el combate; y cuando ya dueños de Figueras, que se rindió por traición del brigadier Torres, y de Rosas, que se defendió admirablemente con Izquierdo, amenazaban los franceces apoderarse de todo Cataluña, decidióse ésta á armarse por sí sola y á constituirse en Diputación para suplir la deficiencia de sus generales: síntomas de regionalismo que se apresuró á destruir Godoy preparán-

dose á la paz cuando ya las armas catalanas habían, en combinación con Urritia, batido á los franceses en el Fluviá y ganado lauros en Pontós donde fueron aquéllos destrozados por los incansables somatenes ampurdaneses.

Consideradas por Francia las dificultades de continuar la guerra contra España, y amenazada ésta por la escasez de recursos y por el apogeo que lograban en algunas clases las doctrinas republicanas, llegóse á la paz de Basilea por la que fueron reintegradas sus plazas á España mediante cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo. Por esta paz, que determinó la caída de Godoy, quedó más enemistada la España con Inglaterra; y cuando Napoleón Bonaparte, que se había impuesto á los revolucionarios y adquiría el título de primer Cónsul, ajustaba alianza con la España azorada de su poderío, obligábase Carlos á declarar la guerra á Portugal para cuyo objeto mandó Napoleón un nutrido ejército del que, como del aliado español, fué nombrado Godoy *Generalísimo de mar* y *tierra*, título que añadía al de *Príncipe de la Paz* que por el tratado de Basilea ostentaba tan orgullosamente. La campaña de Portugal fué rápida y restó fuerzas á la Inglaterra que la contaba en el número de las naciones sus aliadas.

Proclamado Napoleón emperador en 1804, abocó nuevamente el trono español á mayores peligros con su intento de desembarcar tropas en Inglaterra; pues juntando al objeto su escuadra con la española, fué ésta derrotada en Trafalgar valiendo ello censuras á Godoy; censuras que pensó éste sortear con una ambigua declaración de guerra, que no iba menos que contra Napoleón, empeñado entonces en luchas con Prusia donde parecía iba á

ser derrotado. Destruídos los planes de Godoy por la victoria de Napoleón sobre los prusianos, acudió la refinada politica del emperador á preparar la conquista de España; y ora pidiendo tropas á Carlos para la campaña de Rusia, ora solicitando paso para ocupar Portugal, con la promesa de nombrar á Godoy rey de los Algarbes, lograba Napoleón debilitar el ejército de la península y ocupar los extremos de ella para los fines que tenía preconcebidos y que disimulaba con la especie de repeler toda agresión inglesa por parte de las costas.

Así fué ocupando Napoleón las mejores plazas de España en tanto que andaba la corte envuelta en continuas discordias que motivaron el procesamiento del primogénito Fernando mirado por el pueblo como víctima de Godoy y de la misma reina María Luisa; hasta que alarmado el país por los constantes envíos de tropas francesas (que ya en número de 100,000 hombres ocupaban Madrid y las más importantes poblaciones) y á las noticias de haber Godoy propuesto á los reyes que abandonaran la corte, amotinóse el pueblo pidiendo la destitución de Godoy, que fué exonerado por Carlos quien dejó el trono á Fernando, viendo que por éste y no por él eran las simpatías de la nación en todas sus esferas sociales. (1808.)

Precisa saberse, antes de pasar al reinado sucesivo, que en 1779 elevaron las cortes una petición á Carlos IV para que aboliera la *ley sálica* por Felipe V introducida, conviniéndose en guardar secreto hasta que el rey tuviera por conveniente la publicación de la pragmática.

FERNANDO VII

A poco de haber ocupado el general francés Murat la capital de España, hizo en ella su entrada Fernando VII en tanto que Carlos IV formulaba protesta de haber renunciado por fuerza la corona. No necesitó de más Napoleón para intervenir descaradamente en asuntos de España; y, ordenando á Murat que no reconociera á Fernando, atrayendo á éste, á su padre Carlos y á María Luísa á Bayona so pretexto de dirimir la cuestión de competencia, supo que el pueblo madrileño se batía contra las fuerzas de Murat, dando ello principio á la *guerra de la independencia* que fué secundada por todas las regiones españolas. Entonces fué cuando Napoleón exigió á sus huéspedes la renuncia del trono de España: Fernando la hizo de los derechos de su padre Carlos; cede éste la corona á Napoleón; vuelve Fernando á renunciar como Príncipe de Asturias; señálase á ambos una pensión; es internada la familia real en Francia, y queda José Bonaparte, hermano de Napoleón, rey de España, sin que se presente á ella todavía.

¿Cómo estaba preparada Cataluña para aquella tremenda guerra de la independencia que había empezado? Los fuertes de Barcelona *Monjuich* y *la Ciudadela* habían, como el de Figueras, sido tomados merced á un ardid por las tropas del general francés Duhesme que á principios de 1808 entraba como aliado de España para la supuesta ocupación de Portugal, y no podía ser, por lo tanto, Barcelona la primera población en levantarse contra los franceses. De ella partieron éstos para sofocar los primeros síntomas de alzamiento iniciado en Man-

resa, y allá iba Svartz, que debia por Cervera caer sobre Lérida, al paso que tomaba Chabrán el camino de Tarragona con fuerzas de todas armas para someterla.

A la noticia de que Svartz llegaba á Martorell, dispusiéronse los somatenes de Manresa, Igualada, Sallent, Moyá y otros pueblos para detenerle en el Bruch, y allí tuvo Svartz que resistir al paisanaje que, envalentonado con el auxilio del somatén de Sampedor, no se contentó con cerrarle el paso, sino que cayó sobre la división enemiga obligándola tras muchas pérdidas á emprender la retirada. Era ésta la primera victoria contra las águilas francesas y habia de ser todavía más fatal para los invasores. Retirando del Bruch, llegaba Svartz de noche al pueblo de Esparraguera, donde á la noticia de su derrota se habían obstruído con barricadas todas las calles. Desde las ventanas, desde las azoteas, desde los tejados, arrojaban los vecinos sus muebles y piedras y tizones que aplastaban á la amedrentada infantería, y se la impelía á pasar la calle más que de prisa para caer con el puente de Abrera que habia sido socavado al objeto. Así pudo llegar el azorado Svartz á Barcelona el día 8 de Julio.

Rechazado Chabrán en Tarragona y llamado para caer sobre Manresa, pasó por Vendrell y Arbós, que entregó á las llamas, pudiendo, después de hostilizado en Villafranca, engrosar sus fuerzas en Barcelona para seguir en su ruta señalada; pero detenido también en el Bruch por los somatenes del Llobregat que mandaba el comandante Baget, retrocedió á la capital de donde partía el francés Lechi para entrar á sangre y á fuego en Mataró y unirse al cuartel general de Duhesme que hizo una tentativa contra Gerona siendo derrotado al pie de sus muros.

En medio de estos azares, de los descalabros del enemigo en el Ampurdán por el capitán Claró́s y de las victorias del denodado Miláns del Bosch en el Vallés y costa de Levante, se recibía el decreto de haber sido José Bonaparte electo rey de España y de que intentaba Duhesme un nuevo ataque sobre la ciudad de Gerona. Sitiaba



Derrota de los franceses por los somatenes en el Bruch.

ya esta plaza cuando aparecieron las fuerzas de Claró́s, Miláns del Bosch y Baget que no le dejaban en sosiego; y á una salida de los bravos gerundenses, y á las proezas de los somatenes y ejércitos de los citados guerrilleros, tuvo Chabrán que abandonar la artillería y huir vergonzosamente á Barcelona hasta donde fué acosado por el incansable Miláns del Bosch que llegaba al mismo pie de las murallas en su acometida. Hizo más el heróico Miláns: después de haber derrotado á los franceses en San Gerónimo de la Murtra cayó de noche sobre el campamento de Lechi en el Besós deshaciéndolo por completo; y si en su retirada vió con pesar incendiada la villa de Granollérs á que no pudo acudir, gozó en cambio

con verle desbaratado en San Cucufate del Vallés por la caballería del conde de Caldagués que le obligó á refugiarse en Barcelona, puesta en estado de sitio por las conspiraciones patrióticas que en ella se desarrollaban.

Llegó entonces Saint-Cyr con 25,000 franceses y 2,000 caballos por el Ampurdán y se apoderó de la villa de Rosas; concentró el general en jefe Vives que bloqueaba á Barcelona sus tropas para oponerse á su avance, pero vencido por Saint-Cyr en Llinás, dejó el mando á Reding quien fué también derrotado y herido en Valls por los franceses, entusiasmados con la llegada del emperador Napoleón que venía para sentar á su hermano José en el trono de España.

Las conspiraciones patrióticas se sucedían en Barcelona. A la primera, que alarmó á las autoridades francesas hasta el punto de que mandaron arrancar los badajos de las campanas por temor de que se tocara á rebato, siguió otra que fracasó á causa de haberse desatado una tempestad la noche en que debía verificarse; y cuando después de ordenado por Napoleón que fuese su hermano José jurado en el palacio de la Diputación, se prendía á los individuos del municipio y de la Audiencia que se habían negado con excepción del fiscal civil Medinabéitia, iba á estallar otra de violenta que abortó por haber sus promotores Aulet y Masana querido atraerse al general francés de Atarazanas para secundarla. Delatados por éste los citados patricios, fueron presos durante la noche con el Dr. Pou, el sargento Navarro y el Padre Gallifa, á quienes se ahorcó en la Ciudadela, con la circunstancia de haber el propio Medinabéitia adiestrado á dos presos en el manejo del funesto suplicio. Oyóse entonces el toque de somatén por la

campana *Tomassa* de la catedral; corrieron á ésta las guardias francesas para sofocar el tumulto, y después de tres días de inútiles pesquisas y á la voz de perdón que resonaba en las bóvedas del templo, aparecieron tres ciudadanos cuyos rostros cadavéricos indicaban la zozo-



Rendición de Gerona.

bra y la extenuación que por espacio de 72 horas padecieron en los fuelles del órgano donde se habían escondido. Aun contra lo prometido, fueron ahorcados al día siguiente en la Ciudadela, y poco después salía Saint-Cyr dispuesto á acabar con los heróicos defensores de la ciudad de Gerona.

Más de 30,000 franceses rodearon pronto la ciudad invicta que contaba con 6,000 hombres, con 196 piezas de artilleria y con el ardor de los gerundenses. Asaltado y destruído el castillo de Monjuich por Saint-Cyr, dirigié-

ronse los fuegos contra la plaza que sostenía el pundonoroso Alvarez de Castro: fué éste socorrido por los somatenes y por el general Blake que introdujo un convoy y refuerzos en Gerona; reanudaron los franceses el asalto con tesón y fueron rechazados; reemplazó Anguerau á Saint-Cyr no siendo más afortunado que éste en la tentativa; pero á la miseria, á las enfermedades, á la muerte que sembraron más de 80,000 proyectiles caídos sobre la ciudad, y al haber enfermado Alvarez cuando era más porfiada y desesperada la defensa, firmó el brigadier Bolibar la capitulación, entrando los franceses en Gerona después de haberles costado el sitio la importante cifra de 25,000 bajas. No creía presenciar Anguerau el espectáculo que ofreció luego á sus ojos la evacuación de Gerona. Cuando esperaba ver desfilar ante su cuartel general un nutrido ejército, hallóse sólo con una exigua comitiva de defensores, heridos los más, estropeado el uniforme, enfermos, casi inválidos, que depusieron las armas para ser llevados á Francia como prisioneros de guerra en tanto que era el bravo Alvarez de Castro encerrado en el castillo de Figueras donde murió envenenado y en medio de los más atroces sufrimientos.

La ocupación de Gerona, cuya defensa resonó por todos los ámbitos de Europa, dió alientos á Napoleón para tantear la anexión de Cataluña á la Francia; á este efecto creaba en ella un gobierno presidido por Anguerau y atraía al pueblo con promesas, ínterin la Junta de Defensa, creada á principios de la guerra en el Principado, mandaba sus diputados á las cortes de Cádiz donde se reunían los de las demás regiones españolas.

No descansaban entretanto las armas en Cataluña: el general O'Donnell vencía á Anguerau en Villafranca; si-

tiaba y rendía éste á Hostalrich; Suchet entraba en Lérida á sangre y fuego; reemplazaba Magdonal á Anguerau y era batido por el denodado Manso que de simple molinero llegó á ser general y conde del Llobregat, donde guerreaba; caía O'Donnell sobre la Bisbal sorprendiendo á Svartz que tuvo que rendirse con todo su ejército; apoderábanse Magdonal y Suchet de Tortosa; intentaban los barceloneses escalar el castillo de Montjuich y los ampurdaneses el de Figueras que logran tenerlo en su poder por poco tiempo; y sentado Suchet su centro de operaciones en Reus, dirigiéndose contra Tarragona que bate y entrega á todos los horrores del saqueo sin que el capitán general Campoverde pueda socorrerla, y trasladada á Berga la Junta de Defensa del Principado, queda éste abandonado á sus propias fuerzas y se entrega á la campaña de guerrillas haciendo un llamamiento á las armas desde la edad de 18 á la de 40 años.

Nombrado Lacy capitán general por las Cortes de Cádiz, dispónese á la ofensiva con los migueletes de Manso, Miláns del Bosch, Clarós, Gay y Rovira mientras desaloja Suchet al barón de Eroles de Montserrat que defendía; enojado éste, toma con Manso la villa de Igualada apoderándose de la artillería de Latour, y recobra Cervera cuando ya había Lacy arrancado las islas Medas de los franceses que las ocupaban.

Sucedían á estas luchas, que alcanzan hasta fines de 1811, dos sucesos importantes y en completa oposición bajo el punto de vista regional y de sucesivas consecuencias: en 1812 anexionaba decididamente Napoleón Cataluña á la Francia dividiéndola en los departamentos del Ter, Montserrat, Segre y Bocas del Ebro con De-

caén por gobernador general y Suchet en el mando del ejército, y proclamaban las Cortes de Cádiz la *Constitución* que, representando la *Nación española,* anulaba las antiguas nacionalidades que debían en lo sucesivo regirse por unas mismas leyes. Abandonada Cataluña de su rey y envuelta en la invasión francesa, hallábase enteramente dueña de sus destinos como antes de la gestión unitaria de Felipe V; pero las Cortes de Cádiz, ante cuya buena fe nada pudo la elocuencia del insigne Campmany, borraron de una plumada la organización autonómica de que podía reponerse, y la abocaron á una división artificial, síntesis de la tendencia uniformista que pugnaría con la naturaleza de todos los pueblos españoles.

La guerra de la independencia iba á su término. Derrotados los franceses por las fuerzas de Lacy, Eroles, Manso y otros guerrilleros, y volado Montserrat por Decaén que desalojó á los catalanes que lo habían recobrado, principian los mariscales á batirse en retirada á la noticia de los triunfos del inglés Vellington sobre las tropas del rey José que, replegándose, es derrotado en Vitoria el año 1813; abandona Suchet Tarragona destruyendo la muralla y el Palacio de Augusto, y señorean los somatenes y las tropas hispano-inglesas las riberas del Llobregat por ser los invasores llamados á Francia donde teme Napoleón la actitud de las enemigas potencias. Con esto, con la marcha de Suchet á Gerona, con el bloqueo de Habert en Barcelona por el general Manso, y con la toma de Lérida, Monzón y Mequinenza por el barón de Eroles que envuelve en Martorell á los ejércitos de Lamarque, coincide el llamar Napoleón al cautivo Fernando á quien se compromete á reconocer por rey

de España y á entregarle las plazas ocupadas á trueque de que no cediese Ceuta y Mahón á los ingleses, de que arrojara á éstos de España, y de que restituyese á los partidarios de José Bonaparte en sus empleos, bienes y dignidades: cosas las dos últimas que no aceptaron las



Retirada de los franceses.

Cortes como tampoco quisieron cumplir cuanto en su opresión dispusiera Fernando, *que no podía ejercer su autoridad sin haber antes jurado la Constitución que en Cádiz se había proclamado.*

Libertado Fernando, llegó el 22 de Marzo á Cataluña en compañía de los infantes Carlos y Antonio, siendo saludado en el río Fluviá por el ejército con vivas al Rey y á la Constitución; y pasando á Gerona, á Mataró y

cerca de Barcelona, que estaba todavía ocupada por los invasores, siguió su marcha á Zaragoza á tiempo que evacuaban los franceses el Principado á la noticia de la caida del gobierno Napoleón en París, quedando terminada la guerra de la Independencia el dia 6 de Junio del citado año 1814.

Desde esta fecha principian los rozamientos entre los partidos constitucionales y realistas por haber anulado Fernando la Constitución por decreto dado desde Valencia el 4 de Mayo, y ábrese un período de persecuciones que contrasta con lo desorganizada que se halla la hacienda, con la ruina del comercio, con el empobrecimiento del país y con la postración de la marina á consecuencia de los pasados sucesos. Como Mina en Navarra y Porlier en Galicia, sublévanse en Cataluña los constitucionales Miláns del Bosch y Lacy que es vencido y fusilado por orden de Castaños capitán general del Principado; estalla, más afortunada, la rebelión en Cabezas de San Juan con los batallones de Riego, y pronúnciase con éste el general O'Donnell mandado á reprimirle, proclamando la Constitución que acepta Fernando á la fuerza así como convoca la representación nacional, aboliendo la Inquisición que había sido restaurada al anular la obra de las Cortes de Cádiz.

Alterados los realistas por la humillación de Fernando, levantaron enseguida ejércitos que hallaban favorable acogida en la frontera francesa, y se batían con las tropas constitucionales de Torrijos, Van Halén, Miláns del Bosch y Llovera tomando la plaza de Seo de Urgel donde se constituyó una Junta realista que nombraba al barón de Eroles como general en jefe, determinación que dió mucha fuerza moral á la causa que se

sustentaba. Contrarrestado este apogeo realista por el nombramiento de Espoz y Mina como capitán general de Cataluña, encendióse la guerra ganando éste los pueblos de Balaguer, Artesa, Bañolas y Castellfollit que arrasó por completo; y cuando Manso tomaba Mora de Ebro á los realistas y pasaban éstos á Francia terminando en 1823 aquella lucha desesperada, resolvía el Congreso de Verona intervenir en los asuntos de España y enviaba á ella al duque de Angulema con 100,000 franceses que llegaron hasta Cádiz, donde fueron disueltas las Cortes, reponiendo á Fernando VII en el gobierno absoluto que deseaba.

Reanudadas las persecuciones, castigados con suplicios y extrañamiento los liberales, divídense los gobernantes en los bandos de Zea y de Calomarde: moderado y partidario el primero de que no se extremen las medidas de rigor, y exaltado y decidido el segundo á que se aplique toda la severidad en los vencidos. A la negativa de Fernando en restablecer la Inquisicion, fijáronse los de ella partidarios en el infante Carlos y aun promovieron el alzamiento de Bessieres que fué fusilado por Carlos de España; y como tomara la sublevación caracteres alarmantes en Cataluña, apaciguóla la venida del rey con Calomarde que habia cambiado de política ante la perspectiva de los sucesos. Salido el rey de Barcelona, donde permaneció algunos días con su tercera esposa Amalia, dejó en ella de capitán general á Carlos de España que con su carácter violento le deparó días verdaderamente luctuosos; intentó el partido liberal reaccionarse sin lograr otra cosa que aumentar el número de sus víctimas, y el cuarto enlace del rey con María Cristina y el nacimiento de la princesa Isabel vinieron á

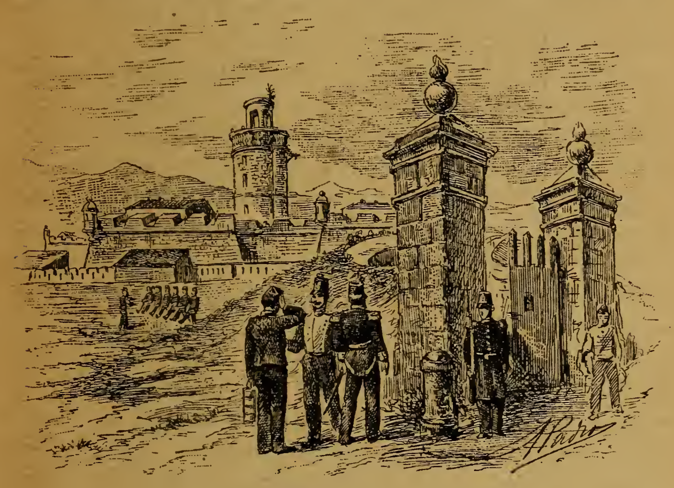
cambiar la faz de las cosas y á desilusionar á los partidarios de Carlos que creían ocuparía el trono por la hasta entonces falta de sucesión de su hermano Fernando.

Habíase antes aconsejado al monarca que promulgara la pragmática de Carlos IV derogando la *ley sálica* que excluía á las hembras de la corona; y una vez esto conseguido á instancias de Calomarde y del superior talento de la infanta Carlota, hermana de la reina, fueron vanas las súplicas que se hicieron al rey enfermo y á María Cristina que se encargó interinamente del gobierno concediendo amnistía á los constitucionales en quienes fijaba la vista para el sostenimiento de su regencia y de la infanta Isabel, que jurada en Cortes en 1833 como princesa de Asturias, era la legal sucesora de Fernando VII fallecido en el mismo año.

Isabel II

Regencia de Cristina. — De menor edad la reina Isabel, encargóse de la regencia la viuda María Cristina ampliando la amnistía concedida al partido liberal para hacer frente á la guerra que promovieron los partidarios de Carlos y del antiguo sistema de gobierno: guerra dinástica que tomó creces á consecuencia de los frecuentes cambios de ministerio y de la tirantez en que se hallaban los partidos constitucional y moderado. A los triunfos del general Zumalacárregui que guerreaba por Carlos, á la falsa voz de que los frailes habían envenenado las aguas, y á la de que eran los conventos focos de conspiraciones absolutistas, desatóse el pueblo contra las instituciones religiosas, dando lugar á escenas sangui-

narias que desgraciadamente hallaron eco en distintas provincias. Reus incendió el convento de San Francisco y el de Carmelitas en 1835; Barcelona vió quemados el de Santa Catalina y otros de no menor importancia arquitectónica; Riudóms el de recoletos; San Cucu-



La Ciudadela de Barcelona.

fate y Ripoll el de benedictinos; siguieron á éstos el de gerónimos de la Murtra, los de capuchinos de Arenys, Mataró, Igualada y el de cartujos de Montealegre, y caía también el de igual orden de Escala Dei que era el más rico y más celebrado de toda España.

El desenfreno observado por el populacho de Barcelona contra sus mejores joyas de arte y con los pacíficos moradores de ellas, arredróse ante la actitud del capitán general Llauder á quien obligaron á salir de la

ciudad las voces subversivas; y á la llegada á ella del general Basa, á quien se suponía con órdenes para castigar el motín, alarmóse el pueblo corriendo por la tribuna de Santa María al palacio donde fué muerto Basa de un pistoletazo, arrastrándole luego por las calles para ser quemado en la Rambla con los papeles que de la comisaría policíaca se habían saqueado.

Castigados los promotores del tumulto, especialmente los que habían incendiado la primera fábrica de vapor entonces instalada en Barcelona, formóse una junta liberal que se confederó con las de Aragón y de Valencia; y con la subida del ministerio Mendizábal que suprimió las comunidades religiosas incautándose de sus bienes, y con la llegada de Espoz y Mina como capitán general, restablecióse el orden para hacer frente al partido absolutista que con los guerrilleros Tristany, Ros de Eroles y Boquica y los generales Carnicer, Cabrera y Guergué, iba tomando incremento en el norte de Cataluña.

Recrudecía la guerra con represalias como el fusilamiento de *cristinos* en Santa María del Hort, el asesinato de los *carlistas* presos en Barcelona, el fusilamiento de la madre de Cabrera en Tortosa y el de prisioneros por éste en continuada venganza; y una vez proclamada por Mina la Constitución del 12 en Barcelona y jurada por la Regente en 1836, entró Maroto para organizar las fuerzas del Pretendiente en Cataluña, siendo batido por el capitán general que no pudo ó no quiso evitar la destrucción de Poblet llevado á cabo por el frenesí popular al que el robo y el saqueo aportan siempre infelices secuaces. El monasterio de Poblet, la tumba de los reyes aragoneses, el nexo y el emblema de la reconquista de Cataluña, caía bajo la tea incendiaria de los odios y de

las pasiones; y eran saqueadas las sepulturas, y arrasados los techos, y escarnecida la momia de Jaime *el Conquistador*, el rey más grande, más ilustre y más glorioso de nuestra historia.

Divididos los políticos en moderados y progresistas, ardía Barcelona en disturbios mientras el nuevo capitán general barón de Meer se batía con el mismo Pretendiente que había pasado la frontera para alentar á sus huestes de Cataluña; y expugnaba y batía el carlista Urbistondo las plazas de Berga, Ripoll, Prats de Llussanés y Gironella, y llegaba para sucederle Carlos de España que incendió Manlléu, Ripoll y Moyá, ocasionando el reemplazo del barón de Meer por Valdés, culpado el primero de no haber socorrido á Ripoll que fué horrorosamente saqueado por Carlos de España. Recibíase en medio de estos desastres la nueva de haber el general Espartero terminado la guerra con el *abrazo de Vergara;* y si Cabrera la continuaba en Cataluña y se desembarazaba la junta carlista de Carlos de España ahogándole desde el puente de Orgañá en el río Segre, sonaba el último tiro en la batalla de Perecámps ganada por Van-Halén, quedando sitiado Cabrera en Berga por Espartero que le obligó á pasar á Francia en 1840.

La continuación de los moderados en el ministerio y el haberse por éstos acordado una ley de Ayuntamientos en pugna con la Constitución de 1837 (que por Cortes constituyentes reformó la de 1812 consignando el principio de la libertad nacional) produjo en Barcelona un pronunciamiento que fomentó Espartero ocasionando la caída del ministerio que fué sustituído por González; y á la caída de éste y de los que imponían á la Regente la supresión de la ya sancionada ley de Ayuntamientos,

alcanzó Espartero la presidencia revocando la ley y convocando nuevas cortes, cosa que motivó la renuncia de la Regente que pasó á Francia bajo el título de condesa de Vista Alegre. (1840.)

Regencia de Espartero. — No dejaron los moderados en descanso al duque de la Victoria á quien las cortes habían conferido la regencia del reino. Principiadas las conspiraciones militares en favor de Cristina, alarmóse Barcelona nombrando una junta de vigilancia que la pusiera á salvo de nuevos peligros, y fijóse la milicia nacional en la *Ciudadela* para derribarla; comisión que, juzgada por el Regente como desacato á su autoridad, dió por resultado la disolución de la citada junta y el ser puesta la ciudad en estado de sitio por Van-Halén que ejercía de capitán general en el Principado.

Desde entonces las simpatías por Espartero desaparecieron; y al publicarse la ley marcial, después del mal efecto producido por la nueva de que se iba á permitir la importación de algodones ingleses, sonó una descarga en la barriada de Santa María y tocó la campana á somatén propalándose la falsa nueva de que las tropas de Zurbano entraban á saco por la calle de la Platería. Retiróse Van-Halén de la Ciudadela á San Feliu de Llobregat; quedó sólo Montjuich ocupado por Echalecu con fuerzas de defensa, y cundió la revolución á tiempo que llegaba el Regente al cuartel general de San Feliu, desde donde pedía Van-Halén el desarme de la milicia nacional bajo amenaza de bombardear á Barcelona. La poca pericia de Espartero no supo evitar la hecatombe: desoídos los comisionados que pedían un arreglo, fué inhumanamente bombardeada la ciudad en términos que

causó la ruina de 462 edificios; y cuando después de horripilantes escenas se rendía Barcelona, quedaban desarmada la milicia nacional y suprimidas la fábrica de cigarros y la casa de moneda que en ella funcionaba. (1842.)

Minado el ministerio esparterista, elevado López á la presidencia y apeado á la vez éste por el Regente, estalló la revolución en Málaga pidiendo la reposición del ministerio López; revolución que, repercutiendo en Reus con las fuerzas de Prim y de Miláns del Bosch que pedían la Constitución del 37 y la mayoría de la reina, fué secundada en Barcelona proclamando la formación de una *junta central* y resolviendo con Serrano y González Brabo la restauración de López de cuyo ministerio y gobierno provisional se encargaba Serrano de todas las secretarías. Ante tal perspectiva, á los sucesos que se desarrollaron y á la noticia de que pasaba Prim á Madrid con sus voluntarios catalanes, dejó Espartero la regencia pasando á Inglaterra desde las costas de Cádiz. (1843.)

Gobierno provisional. — Contra lo que los liberales esperaban, obró el ministerio López-Serrano con entera emancipación y aun se constituyó de elementos para aquéllos sospechosos; y no acordándose de reunir la *junta central* como había prometido, asomó otra vez la revolución en Barcelona levantando la bandera *centralista* á la que respondieron algunas ciudades. Entonces fué cuando Prim, nombrado comandante general de la provincia, propuso y consiguió el relevo del esparterista Echalecu que era gobernador de Montjuich: temía que hiciera causa común con los *jamancios* ó centralis-

tas, y se dispuso á batir á éstos con un rigor que habia de darle el fajín de general que tanto deseaba. Las barricadas, los armamentos, los disturbios estaban á la orden del día en Barcelona; pero por más que llegara á ella Atmetller con refuerzos, que se defendieran los



Los *jamancios* intentando asal'ar la Ciudadela.

centralistas en San Andrés con grandes pérdidas, que arrostrara Mataró el saqueo ordenado por Prim, y que se intentara el asalto de la Ciudadela de Barcelona en medio de una lluvia de hierro, iba de vencida la causa centralista capitulando Atmetller en Gerona y sentando los barceloneses las bases de un arreglo contra el parecer de los exaltados que á toda costa querían defenderse. En esto, el cañón de Montjuich anunció la mayor edad de Isabel II, y capitularon los jamancios consiguiendo del general Sanz que la milicia ciudadana pudiera conservar el uso de las armas.

Mayoría de la Reina. — A la caída del progresista Olózaga á quien había conferido la Reina la formación de Ministerio en 1843, y á la del gabinete González Brabo, desarmó el moderado Narváez la milicia nacional; y en 1846, después de borradas las prerrogativas políticas á las corporaciones populares por la Constitución moderada del año anterior, casó la reina Isabel con su primo Francisco de Asís, contrariando á los absolutistas que en defensa de Montemolín no tardaron en volver á las armas. Esta guerra, conocida por la de los *matinés*, fué sofocada por el general Concha, pasando Cabrera á Francia en 1848, fecha en que la revolución francesa derribaba á Luís Felipe é intervenía España en los Estados Pontificios. En 1851 y por Bravo Murillo celebróse concordato con el Papa obligándose la nación á sostener el culto y clero, compromiso que estuvo vigente hasta la revolución de 1868 y fué restablecido con la restauración en 1874.

Por el programa de Leopoldo O'Donell dado en Manzanares y á raíz del pronunciamiento militar de 1854, fué llamado Espartero al ministerio; se hicieron Cortes constituyentes; disolviólas O'Donell á metrallazos, y después de depuesto por Narváez y de ser nuevamente elegido O'Donell que formó la *unión liberal* en 1858, dió principio la guerra de Africa que apaciguó los rencores políticos y dió lugar á que reverdecieran los inmarcesibles laureles de la corona española.

Cataluña no había de permanecer impasible en aquella lucha. Desde 1859 en que dió principio, preocupáronse el Ayuntamiento y la Diputación de Barcelona del alistamiento y equipo de voluntarios que á las órdenes del comandante Sugrañes se embarcaron en el *San Fran-*

cisco de Borja para llegar á los pocos días á las costas africanas. Esperábales allí un caudillo catalán victorioso en Castillejos: el general Prim que presidió el desembarco en presencia del ejército y de las músicas militares que les saludaban. Envalentonados por este general con una elocuente arenga, desfilaron ante el cuartel de O'Donell, á quien, por parecerle deficiente su instrucción, contestó Prim que la completarían en la campaña; y pedidas por los voluntarios tiendas en que descansar del pesado trayecto, señalóles Prim el campamento marroquí diciéndoles que allí debían encontrarlas. El campamento era Tetuán; la batalla estaba señalada para el día siguiente. Sin tiempo, pues, para reponerse de su molesto viaje, fueron el día 4 de febrero de 1860 designados á la vanguardia del catalán caudillo; y en medio de una tempestad de fuego, de una lucha todo desesperación por parte de los moros, y del ardoroso arrojo de su general que asaltaba las enemigas trincheras, recibieron los voluntarios su bautismo de sangre dejando en el campo al comandante Sugrañes y al teniente Moxó con otros no por olvidados menos dignos de tan gloriosa jornada. Reverdecidos los lauros de Tetuán en Vad-Ras, resonó por toda España el heroísmo de tan valientes compañías; la oficialidad, los corresponsales, la prensa toda las llenó de elogios.. de los elogios que merecían aquellos 400 voluntarios que en solas dos batallas quedaron reducidos á menos de la mitad de su contingente. Barcelona les colmó de festejos á su regreso de África; el pueblo les coronó de gloria con un frenesí más para soñado que para descrito: la historia les ha reservado una de sus páginas más brillantes.

Casi al mismo tiempo que se firmaba la paz con Ma-



Prim en la batalla de Tetuán.

rruecos, intentó el partido carlista volver al palenque de la lucha desembarcando en San Carlos de la Rápita el capitán general de Baleares, Ortega, en compañia de quien iban Montemolín, el hermano de éste y el general Elío; pero fracasado el plan por no haberlo secundado las tropas que mandaba Ortega, fué éste fusilado en Tortosa y preso Montemolin por Dulce que le condujo á Francia, donde murió al parecer envenenado.

Al ministerio Miraflores, que en 1863 (*) creó el de Ultramar en el docto catalán Francisco Permanyer; al de Narváez, que promovió el acuchillamiento de los estudiantes sublevados durante la noche de San Daniel; al de O'Donell, que sofocó la revuelta militar del cuartel de San Gil, y á la disolución de las cortes, ayuntamientos y diputaciones por el repuesto Narváez, suceden las conspiraciones de Prim, Castelar y Pi Margall en el extranjero; y cuando, muerto Narváez, entra González Brabo y destierra á Serrano, á Zabala, á Dulce, á Echagüe y al caballero de Rodas, viene Prim de Inglaterra para pronunciar á la marina en Cádiz, cundiendo la revolución que, en la batalla de Alcolea ganada por Serrano contra Novaliches, determina el destronamiento de Isabel II que pasa á Francia en 1868.

(*) En el año anterior, España, Francia é Inglaterra llevaron la guerra á Méjico, mostrando D. Juan Prim, *conde de Reus* y *Marqués de los Castillejos*, su política retirándose con los ingleses y abandonando á Napoleón III en aquella lucha.

Gobierno provisional.—Amadeo de Saboya
República
Alfonso XII.—Regencia

Entrada la nación española en el periodo revolucionario, encargóse Serrano del gobierno provisional convocando Cortes constituyentes que, elegidas por sufragio, proclamaron la Constitución democrática de 1869 y eligieron al año siguiente por rey á D. Amadeo de Saboya; pero asesinado Prim en Madrid, divididos en lucha los constitucionales y radicales, levantados otra vez los carlistas en armas y los cubanos al grito de *¡Cuba libre!* dejó Amadeo la corona votándose en 1873 la República por asamblea nacional: República que trajeron los radicales y presidió el catalán Figueras para llegar á la del barcelonés Pi Margall envuelta en la guerra carlista, en la de Cuba, en la cantonal de Cartagena, en la desmoralización del ejército, en la anarquía más completa que no pudo dominar Salmerón en su paso por la presidencia. Restablecida la disciplina militar por Castelar y cuando ya se habian hecho atropellos y derruído edificios y aumentado horrorosamente la deuda pública, disolvió Pavía las cortes en 1874, fecha en que, nombrado Serrano presidente del poder ejecutivo, proclamó Martínez Campos á Alfonso XII, restaurando la monarquía borbónica que fué recibida por la nación con grandes esperanzas de sosiego y de tranquilidad pública.

Combatida seriamente la guerra civil que principió en Cataluña el año 1872 con Tristany, que dió pruebas de entendido militarismo; con Saválls que, derrotado en

Puigcerdá, venció á Cabrinety en Alpéns, á Nouvilas en Castellfollit y á otros jefes en Vich, Seo de Urgel, Granollérs y otras ciudades; con Alfonso, hermano del Pretendiente, que entró en Igualada y ejerció largo tiempo de general en jefe de la causa que sustentaba; y con Miret, Castélls, Galcerán y tantos guerrilleros que ora venciendo ora perdiendo terreno ponian en continua zozobra á las tropas republicanas y de Alfonso XII, terminó con la toma de la Seo de Urgel por Martínez Campos, pasando el Pretendiente á Francia después de la batalla de Peñaplata que se dió en Navarra el año 1876.—A los dos años firmábase también la paz del Zanjón por Martínez Campos en Cuba que había proclamado su independencia en 1868; y por muerte de Alfonso XII que contrajo matrimonio con su prima Mercedes de Montpensier y segundas nupcias con la archiduquesa de Austria María Cristina, quedó ésta de Regente en 1887 durante la menor edad de su hijo ALFONSO XIII que nació al año siguiente y es el destinado á regir la nación española.

Durante la regencia de María Cristina, modelo de virtudes públicas y privadas, amante y solícita madre del soberano, piadosa, caritativa y de tacto especial para la comisión que le está conferida, han acaecido las guerras de Melilla (1894), la separatista de Filipinas (1896-97), y la de Cuba que principiada en 1895 agota las fuerzas todas del país con notable detrimento de la soberanía española.

1.º Abril 1898.



EL SIGLO DE ORO

Desde las Cortes de Cádiz, que inmovilizan las de la *Nación española* en la capital de la Monarquía y anulan la existencia de las antiguas nacionalidades, queda el antes poderoso Principado de Cataluña sometido á una división artificial en cuatro provincias y pierde su fisonomía peculiar para presentarse en la unidad territorial como simple *comarca histórica* veladora de sus hermosas y venerandas tradiciones. Pero no por ello abjura Cataluña de las provechosas iniciativas que en otros tiempos y edades desarrollara; y, deponiendo las de la política y de las armas para entregarse decididamente á su propia cultura, rehabilítase con la restauración de su idioma, con la compilación de sus fastos, con el estimulo de su historia monumental, con la perfección del trabajo, con el estudio de las ciencias, y con disputar la preeminencia nacional en todos los elementos de producción y de riqueza. La restauración de los Juegos Florales en 1859, la del suntuoso monasterio de Ripoll en 1888 y la celebración del primer Certamen internacional en el que hace gala de sus industrias, de sus invenciones y singulares progresos, condensan, por decirlo así, los adelantos del siglo XIX, del verdadero *siglo de oro* para Cataluña. Veamos detalladamente estos adelantos.

LETRAS

Restaurados los Juegos Florales al calor de la *oda* del insigne Aribáu, han enriquecido la literatura catalana: D. Víctor Balaguer, autor de la primera y completa *Historia de*



Víctor Balaguer

Cataluña, poeta eximio, dramaturgo y escritor ilustre, propagador incansable de la divisa *patria, fides, amor* que ostentan los *Mestres en Gay Saber* vencedores en la fiesta floral del primer domingo de Mayo; Aguiló y Fuster, filólogo

y director del Archivo de la Corona de Aragón; Pelayo Briz y Collell, autor el primero del poema *La Orientada* y poeta y canónigo ilustre el segundo; Ubach y Vinyeta y Picó dramaturgos y aventajados cultivadores de la poesia histórica; Guimerá, poeta épico, dramaturgo y periodista; Verdaguer, primer poeta místico de su siglo, autor de la *Atlántida,* del *Canigó* y de los *Idilis;* Apeles Mestres, cantor de la naturaleza y de su poemática *Margaridó;* Oller, insigne novelista como Genís, Pin Soler y Riera Bertrán; Yxart, Sardá y Roca y Roca, críticos; Bofarull (Próspero y Antonio), Coroléu, Pella, Rubió, Sampere y Miquel, historiadores; Aulestia, autor de la primera *Historia de Catalunya* en idioma regional; y tantos y tantos poetas, monografistas, críticos y novelistas que continúan aumentando y enalteciendo la rima y la prosa catalana.

Al lado de éstos é ilustrando el idioma castellano, figuran los célebres Piferrer y Cabanyes; Patxot, Camprodón, Coll y Vehí, Cortada, Cornet y Mas, Roca Cornet, Gebhart, Masdeu, Baró, Rubió y Lluch, Felíu y Codina y el celebrado publicista Mañé y Flaquer con el crítico Miquel y Badía; aumentan el teatro y el periodismo sus prestigios con obras originales y de verdadero mérito, y llega á últramar la fama de Pi y Margall y de otras notabilidades cuyos artículos y composiciones se solicitan como irreprochables modelos de castellana literatura.

CIENCIAS

No menor contingente de celebridades cientificas ofrecen las Academias y la misma Universidad trasladada nuevamente á Barcelona en 1848. En teología y filosofía se distinguen Amat, el inmortal Balmes, Strauch, Zafont, Lluch, Mestres y Morgades; en filología Bergnes, Balart, Labernia, Donadíu y Balari; en arqueología Bastús y el P. Fita como en geología Almera y Palet y Barba; son notables los doctores en derecho Dou, Elías, Reináls, Permanyer y Durán y

Bas; florecen los médicos Ardévol, Bosch, Mata, Monláu, Letamendi, Ferrán, Pí Molist, Robert y Giné; los farmacéuticos y químicos Balcells, Plans, Agell, Alabern y Ronquillo; y al lado de los hombres de estado Figueras y Pí Margall y de los economistas Anglasell, Roca Cornet, Campmany, Aribáu, Sol y Padrís y Güell, figuran los matemáticos Castellarnáu y Presas, y los arquitectos Baixeras, Rogent, Cerdá, Granell y otros no menos distinguidos.—En 1814 crea Barcelona la primera cátedra de Física experimental y de Economía política, en 1816 la primera escuela de sordo-mudos, en 1820 la de ciegos, en 1828 la cátedra de Arquitectura naval, en 1835 la de Zoología y Museo de antigüedades, en 1840 la de Dibujo; propaga Cubí la Frenología en 1843 y Paluzíe la Paleografía en 1845.

ARTES

Las Bellas Artes, por cuyas cátedras pasan los ilustres Manjarrés y Milá Fontanáls, producen pintores como Amado, Espalter, Fortuny, Lorenzale, Pla, Sans, Vayreda, Tusquéts, Grané, y dibujantes como Padró, Pellicer, Pascó y Apeles Mestres; escultores como Campeny, Fuxá, Arnáu, Tasso, Atché, Vallmitjana y Llimona; músicos como Andreví, Candi, Barba, Tintoré, Vilanova, Obióls, Pedrell, Nicoláu y Goula; se crean conservatorios de música y declamación en 1838; se inaugura el gran teatro del Liceo en 1847; se fundan las sociedades corales que con el inmortal Clavé alcanzan desde 1860 toda la gloria apetecible; y con el desenvolvimiento del Teatro Catalán que abrillanta el popular Federico Soler *(Pitarra)*, con la instalación de academias de pintura, de orfeones y de escuelas especiales de música, alcanzan las artes todas un desarrollo inmenso que hace sentir su influencia no sólo en la península ibérica sí que también en las más importantes ciudades del extranjero.

INDUSTRIA Y COMERCIO

Trabajo ímprobo sería exponer el proceso de desenvolvimiento de la industria y comercio de Cataluña. Baste apuntar que, consecuente al abolengo que en estos ramos tiene conquistado, tiende cada día á exornarlo con nuevos adelantos que la colocan al nivel de los más florecientes estados; baste señalar que de su capital, Barcelona, irradia por todo el reino, colonias y demás naciones, este aliento vital que se traduce en productos naturales, pañolería, sedas, cerrajería, bordados artísticos, etc., etc.; y baste, por fin, indicar, que á más de los citados establecimientos científicos y primeros en España, ha sido también Barcelona la primera ciudad del reino en acusar los progresos siguientes:

Construcción de máquinas Jacquar, 1818; establecimiento de prensas litográficas, 1819; celebración de una exposición de productos industriales, 1822; iluminación particular por gas, 1826; establecimiento de una fundición de hierro, 1832 y de una fábrica de vapor al año siguiente; creación de cátedra de dibujo aplicado á tejidos y estampados, 1837; ensayo de la fotografía, 1839; iluminación pública por gas, 1840; inauguración del ferrocarril de Barcelona á Mataró, y ensayo de la pólvora blanca de Roure, 1848; fundición de metales artísticos, 1850; experimentos de luz eléctrica por el farmacéutico Doménech, 1852; construcción de buques con casco de hierro, 1857; ensayo de la navegación submarina con el *Ictíneo* de Monturiol, 1859; establecimiento de la zincografía, 1868; introducción del fonógrafo de Edison, 1878; inauguración de la electricidad, 1881; aplicación de la fotografía de lo invisible, 1896, y alcanzar la mayor extensión territorial y población de España agregando al casco antiguo y en 1897 los pueblos de Gracia, San Martín de Provensáls, San Andrés, Sans, San Gervasio y Las Corts donde

se desarrollaban las múltiples industrias que le granjearon notoria fama en la Exposición Universal de 1888.

Esta Exposición que proporcionó á Barcelona el sublime espectáculo de ver ocupado su puerto por 63 buques de guerra de 10 naciones distintas, que fué admirada por S. M. la Reina Regente y por otros soberanos, y que inmortalizó á su promotor el entonces alcalde Rius y Taulet, es la síntesis del progreso científico-industrial-artístico que se ha desarrollado en el *siglo de oro* del PRINCIPADO DE CATALUÑA.



ÍNDICE CRONOLÓGICO


LIBRARY OF CONGRESS
0 021 638 010 1